



¿ "De piedra ha de ser la cama..."?

Las tumbas en el Formativo de Puebla–Tlaxcala y la Cuenca de México, a partir de la evidencia de Tetimpa, Puebla

Una comparación entre la fase Perales en el noreste de Michoacán y la fase Lerma en Acámbaro, Guanajuato

El maguey y el pulque en Teotihuacan: representación y simbolismo

Escultura teotihuacana de la diosa Toci en la Sala Mexica del Museo Nacional de Antropología

Actividades rituales en Xochitécatl–Cacaxtla, Tlaxcala

Rancho Uaymitún: un sitio histórico en la costa norte de Yucatán

La relación hombre–ave en el siglo XVI. Crónicas y arqueozoología en el centro de México

Acerca de la gran ceramoteca que la Arqueología mexicana se merece

Arqueobotánica de El Tetzcotzinco

Noticias

Reseñas



# ARQUEOLOGÍA

SEGUNDA ÉPOCA

**Director General:** Sergio Raúl Arroyo, **Secretario Técnico:** Moisés Rosas Silva,  
**Coordinador Nacional de Difusión:** Gerardo Jaramillo, **Coordinador Nacional de Arqueología:** Alejandro Martínez,  
**Directora de Publicaciones:** Berenice Vadillo

# ARQUEOLOGÍA



## í n d i c e

### EDITORES:

Alba Guadalupe Mastache  
Joaquín García-Bárcena

### COMITÉ EDITORIAL:

Jürgen Brüggemann  
Margarita Carballal  
Robert H. Cobean  
Ángel García Cook L.  
Dan M. Healan  
L. Alberto López Wario

Rubén Maldonado  
Leonor Merino  
Dominique Michelet  
Carlos Navarrete  
Jeffrey R. Parsons  
Otto Schöndube  
Barbara L. Stark  
Elisa Villalpando

### PRODUCCIÓN EDITORIAL:

Zazil Sandoval Aguilar  
Benigno Casas  
Impresa en los Talleres Gráficos  
del INAH, av. Tláhuac 3428,  
col. Los Reyes Culhuacán,  
México, D. F.

Distribuida por la Coordinación  
Nacional de Control y Promoción  
de Bienes y Servicios del INAH,  
Frontera 53, San Ángel, CP 01000,  
México, D.F.

Número de certificado de reserva  
otorgado por Derechos de autor:  
04-2001-021910574600-102.

Número de certificado de  
licitud de título y contenido  
en trámite.

ISSN 0187 - 6074

- 3** Gabriela Uruñuela y Ladrón de Guevara y Patricia Plunket Nagoda  
**¿“De piedra ha de ser la cama...”?**  
**Las tumbas en el Formativo de Puebla-Tlaxcala y la Cuenca de México, a partir de la evidencia de Tetimpa, Puebla.**
- 23** Christine Hernández  
**Una comparación entre la fase Perales en el noreste de Michoacán y la fase Lerma en Acámbaro, Guanajuato.**
- 47** Francisco Rivas Castro  
**El maguey y el pulque en Teotihuacan: representación y simbolismo.**
- 63** Carmen Aguilera  
**Escultura teotihuacana de la diosa Toci en la Sala Mexica del Museo Nacional de Antropología.**
- 71** Mari Carmen Serra Puche, Jesús Carlos Lazcano Arce y Liliana Torres Sanders  
**Actividades rituales en Xochitécatl-Cacaxtla, Tlaxcala.**
- 89** José Manuel Arias López y Rafael Burgos Villanueva  
**Rancho Uaymitún: un sitio histórico en la costa norte de Yucatán.**
- 109** Eduardo Corona M.  
**La relación hombre-ave en el siglo xvi. Crónicas y arqueozoología en el centro de México.**
- 121** Carlos Navarrete Cáceres  
**Acerca de la gran ceramoteca que la Arqueología mexicana se merece.**
- 129** Aurora Montúfar López y María Teresa García García  
**Arqueobotánica de El Tetzcotzinco.**
- Noticias**
- Christine Niederberger Betton  
*In memoriam.*
  - Gonzalo López Cervantes y la arqueología histórica en México (1946 - 1999).
- Reseñas**
- Dominique Michelet, Pierre Becquelin y Marie-Charlotte Arnaud  
**Mayas del Puuc. Arqueología de la región de Xculoc, Campeche**  
*por Antonio Benavides C.*

## Invitación a los colaboradores

La Revista de la Coordinación Nacional de Arqueología del INAH hace una cordial invitación a los investigadores de la comunidad académica nacional e internacional para colaborar con artículos originales resultado de investigaciones recientes; noticias; reseñas bibliográficas; temas teóricos, metodológicos y técnicos, así como aquellos que se refieran a la conservación del patrimonio arqueológico. Las colaboraciones se dirigirán a los editores, la revista acusará recibo al autor y enviará el trabajo al Comité Dictaminador. En caso de que los dictaminadores consideren necesarias modificaciones o correcciones, se proporcionará copia a los autores para que realicen los cambios pertinentes. Al aceptarse la contribución, se informará al autor y se enviará un formato de cesión de derechos, que deberá regresar debidamente firmado a la Dirección de Publicaciones en un plazo no mayor de 30 días, anexando copia de identificación reciente con fotografía. El autor recibirá cinco ejemplares del número en que su trabajo sea publicado y tres cuando sea de más de tres autores.

Los trabajos no aceptados serán enviados al autor a solicitud expresa, en el entendido de que los dictámenes son inapelables.

### Requisitos para la presentación de originales:

1. Los artículos tendrán una extensión máxima de 40 cuartillas con notas, bibliografía e ilustraciones; las reseñas no excederán las 10 cuartillas. Los textos deberán entregarse en cuartillas de 1700 caracteres aproximadamente, a doble espacio y escritas por una sola cara.
2. Los originales deberán presentarse en altas y bajas (mayúsculas y minúsculas), sin usar abreviaturas en vocablos tales como etcétera, verbigracia, licenciado, doctor.
3. En caso de incluir citas de más de cinco líneas, éstas se separarán del cuerpo del texto con sangría en todo el párrafo. No deberán llevar comillas ni al principio ni al final (con excepción de comillas internas).
4. Los guiones largos para diálogos o abstracciones se harán con doble guión.
5. Los números del 0 al 15 deberán escribirse con letra.
6. Las citas deberán intercalarse (en el texto), contendrán el apellido del primer autor seguido de *et al.*, en el caso de que hubiera más autores, año de publicación, dos puntos y página inicial y final de la cita, separadas por guión.

7. Las llamadas se usarán únicamente para indicar la dependencia o institución de adscripción de los autores.

8. Para elaborar la bibliografía deberá seguirse el siguiente modelo:

MacNeish, Richard *et al.*

1970 *The Prehistory of Tehuacan Valley*, vol. III, Austin, University of Texas Press.

Lorenzo, J. L. y L. Mirambell (coords.)

1990 *Tapacoya: 35 000 años de Historia del Lago de Chalco*, México, INAH (Científica, 20).

Oliveros, J. Arturo y Magdalena de los Ríos

1993 "La cronología de El Opeño, Michoacán: nuevos fechamientos por radio-carbono", en *Arqueología*, 9-10, México, INAH, pp. 45-48.

Lechuga Solís, Martha Graciela

1977 "Análisis de un Elemento de la Estructura Económica Azteca: la Chinampa", tesis profesional, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia.

González, Carlos Javier

1988 "Proyecto Arqueológico "El Japón"" (mecanoscrito), México, Archivo de la Subdirección de Estudios Arqueológicos del INAH.

9. La foliación deberá ser continua y completa, incluyendo índices, bibliografía y apéndices.

10. Las gráficas e ilustraciones deberán numerarse consecutivamente y con referencia en el texto, descritas todas como figuras.

Los mapas y dibujos se entregarán en papel bond, con líneas en negro. En el caso de fotografías, diapositivas u otro material gráfico, se sugiere entregar los originales o bien usar un escaner para ampliar las imágenes a tamaño carta y digitalizarlas a 300 dpi. Sólo se aceptarán archivos con formato TIF o BMP.

11. Proporcionar número telefónico para localizar al responsable del artículo.

12. Deberán enviarse tres copias del texto y disquete del programa Word 6 en adelante.

### Correspondencia:

Lic. Verdad 3, col. Centro, México,  
D.F. 06060 Tels. 5 522 41 08 y 5 522 74 04,  
Fax. 5 522 73 03  
D.R. INAH

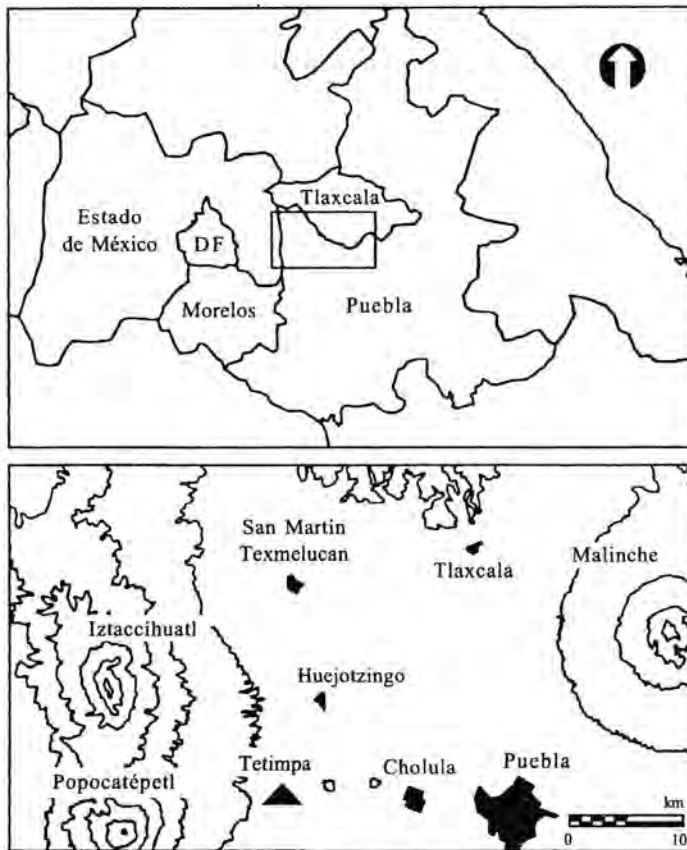
## **¿“De piedra ha de ser la cama...”? Las tumbas en el Formativo de Puebla-Tlaxcala y la Cuenca de México, a partir de la evidencia de Tetimpa, Puebla\*\***

Es cierto que no podemos excavar funerales, sino únicamente los materiales resultantes de las actividades con que terminan (Parker, 1999: 49), pero aun con esta obvia restricción, los depósitos mortuorios conforman un rico acervo de información sobre la cultura que los generó. En términos amplios, las categorías de observación sobre la variabilidad que las prácticas funerarias pueden dejar impresa en la evidencia arqueológica incluyen diferentes aspectos: 1) biológicos (demográficos, genéticos, dietéticos y patológicos); 2) de preparación y tratamiento (tipo y programa de depósito); 3) la facilidad mortuoria (variedad del receptáculo, forma y dimensiones, uso de materiales raros, orientación); 4) las ofrendas u objetos asociados (cantidad, calidad, variedad, origen); 5) la ubicación del depósito (la localización tanto del área general como dentro de ella e incluso dentro del depósito mismo), y 6) variables ambientales (entomológicas, botánicas y faunísticas) (O’Shea, 1984: 39).

Lo ideal sería poder hacer una evaluación de todas esas categorías en conjunto, particularmente considerando que los enterramientos suelen constituir conjuntos politéticos cuyos atributos no necesariamente se ajustan a un patrón regido por presencias o ausencias obligatorias, pero no siempre es posible conseguir la información completa sobre cada una de ellas. El buen estado de los materiales óseos es esencial para obtener datos tan básicos como sexo y edad —por no mencionar cuestiones más complejas como la identificación patológica—, y para poder apreciar aspectos pertinentes al tratamiento del cadáver. La falta de buenas condiciones de preservación puede incidir también en la carencia de registros de elementos percederos que originalmente formaron parte del ajuar mortuario, o impedir la recuperación de polen o de restos de insectos o larvas que pudieran dar indicaciones de las condiciones ambientales contemporáneas a la inhumación.

\* Departamento de Antropología, Universidad de las Américas-Puebla.

\*\* La realización del Proyecto Tetimpa ha sido posible con la autorización y el apoyo del Consejo de Arqueología del Instituto Nacional de Antropología e Historia, así como por el financiamiento proporcionado por la Universidad de las Américas-Puebla, la Fundación para Investigaciones Mesoamericanas, el Sistema Regional Ignacio Zaragoza, y el Conacyt.



● Fig. 1 Ubicación de Tetimpa, Puebla.

En Tetimpa, Puebla, una aldea del Formativo en las faldas nororientales del Popocatepetl (fig. 1), hemos excavado 61 entierros (con al menos 66 individuos), con los siguientes resultados: condiciones muy desmineralizadas de los esqueletos —ausencia de hueso esponjoso y reblandecimiento del hueso compacto—, y nula preservación de otros restos orgánicos. Todo esto ha sido una fuerte limitante para documentar con detalle. La matriz no es demasiado ácida, con un pH de 6.5, pero aparentemente los estratos que la cubren, compuestos algunos por lapilli sin fracciones de partículas finas, produjeron, al igual que en otros casos parecidos, condiciones de drenaje poco propicias para la conservación (e.g., Mays, 1998: 21). Sin embargo, se ha intentado recuperar toda la información posible —obteniendo directamente en campo los datos de edad y sexo ya que los huesos prácticamente se deshacen al levantarlos— y además aprovechar dos de las

categorías de observación mencionadas que no se han visto afectadas por estos problemas: la ubicación de las sepulturas, y la naturaleza de las mismas. En otras oportunidades hemos expuesto nuestras ideas en cuanto a la variación en localización (Uruñuela y Plunket, s.f.), pero en esta ocasión nos enfocaremos principalmente a la heterogeneidad del continente funerario.

### ¿“Por tumba quiero un sarape...”? Cuestiones de definición

En contraste con la zona maya, el área oaxaqueña, o el occidente de México, es curioso que en el Formativo del Altiplano, y en específico en el Valle de Puebla-Tlaxcala y la Cuenca de México, las tumbas propiamente dichas sean tan escasas. A juzgar por la literatura existente, la idea de invertir trabajo y materiales en construir, preparar o decorar el receptáculo mortuario a manera de tumba, y que esto fungiera como un referente para diferenciar las sepulturas de los individuos más importantes,

no parece ser característica de las costumbres funerarias de esta zona.

Puesto que esa afirmación podría sonar un poco drástica a la luz de cómo se ha utilizado el concepto de tumba en la información mesoamericana, conviene puntualizar el sentido que le daremos en este texto. Cuando nos referimos aquí a “tumbas” estamos hablando de la construcción de cámaras, estructuras con techo y paredes —logrados ya sea mediante la adición de materiales de construcción o aprovechando la firmeza natural del terreno—, diseñadas con el propósito de ofrecer un espacio para recibir los restos mortales de uno o más individuos. Es pertinente hacer este señalamiento en vista de las distintas formas en que se ha usado el término. Una revisión cuidadosa permite apreciar que en repetidas ocasiones, las “tumbas” reportadas corresponden a simples fosas, agujeros sin pretensiones arquitectónicas, en los

que se deposita al difunto. El uso semántico es sin duda correcto si nos atenemos a definiciones de diccionario en las que a una tumba se le da la acepción de “sepultura, sitio donde está enterrado un cadáver” (Larousse: *Diccionario Básico de la Lengua Española*, 1990: 598); sin embargo, en el lenguaje tradicional de la arqueología hay también numerosas instancias en las que el concepto de “tumba” se ha utilizado específicamente en el sentido que proponemos arriba, ya sea de forma explícita para establecer diferencias con los enterramientos en fosas (e.g., Barba, 1956: 97-113; Cabrera, 1999: 509-513; López *et al.*, 1976: 30, 83), o implícitamente aun en aquellas fuentes que emplean de manera indistinta tumba y fosa, pero a la vez aludiendo a “verdaderas tumbas” (e.g., Romano, 1974: 92) cuando se pretende indicar que no se trata sólo de sencillas horadaciones en el subsuelo.

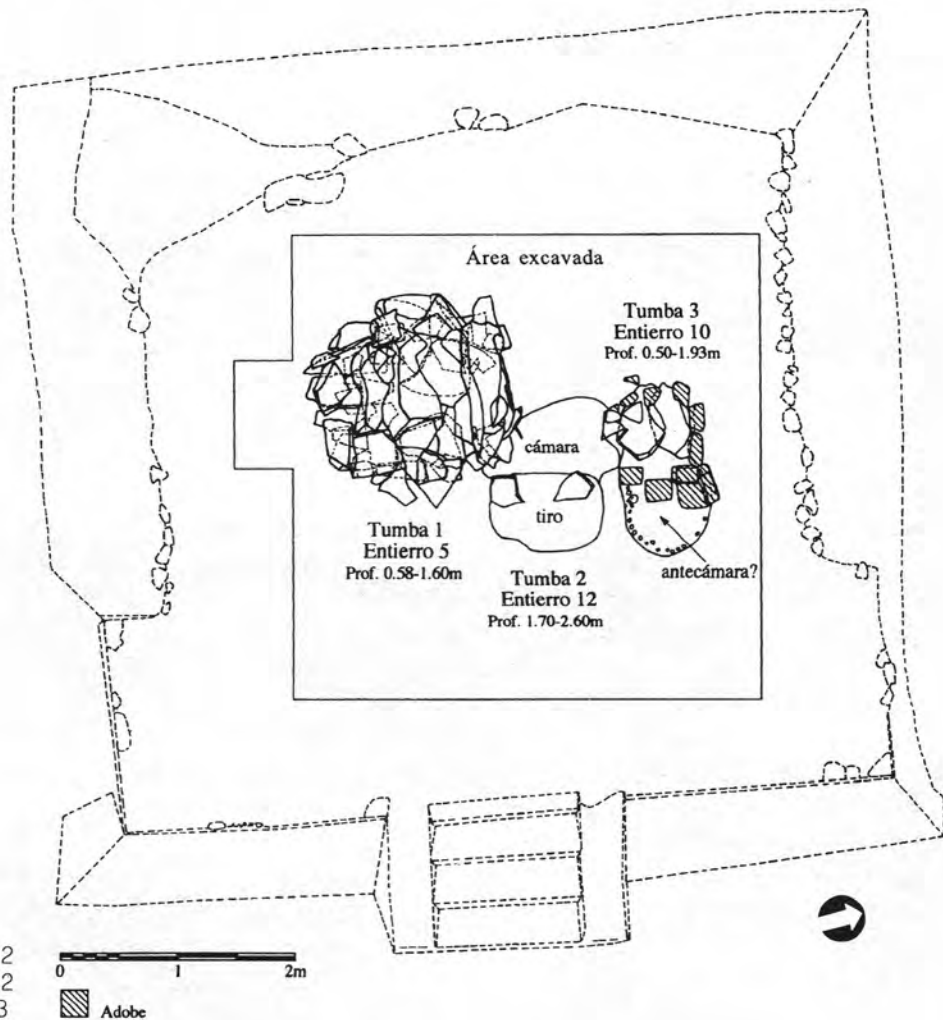
El sarape de la canción en realidad equivaldría a la mortaja, mas todavía el bulto tendría que ser depositado quizás en una fosa, o en una tumba, pero éstas no debieran ser sinónimos al utilizarles como una de las variables a considerar en un enterramiento. Si asumimos que el tratamiento mortuorio de alguna manera expresa las obligaciones que los vivos perciben tener

hacia el difunto de acuerdo con el conjunto de identidades que conformaban su “persona social” (Binford, 1971: 17), la separación entre ellas es muy importante, pues cada tipo de continente implica, cuando menos, niveles distintos de gasto energético (O’Shea, 1984: 40); incluso probablemente manifiestan diferencias en el grado de formalidad de la ceremonia funeraria. Por ejemplo, la construcción de una “tumba” en la forma que aquí la entendemos, requerirá disponer de tiempo y personal para construirla, la concepción de su diseño y dimensiones, y conseguir los materiales para edificarla, a diferencia del agujero abierto en el último momento al que denominaríamos simplemente fosa. Por ello, si aglutinamos ambos conceptos bajo un solo apartado, estaríamos haciendo caso omiso del significado que podrían tener como indicadores de variabilidad mortuoria.

Curiosamente se ha hecho más hincapié en diferenciar entierros indirectos y directos —la descomposición del cuerpo en un espacio vacío en el primer caso, o en un espacio relleno en el segundo— (e.g., Duday, 1997: 106, 108; Romano, 1974: 86). Esto sin duda tiene una importancia primordial para la correcta interpretación, por ejemplo, de procesos tafonómicos, pero en



● Fig. 2 Vista de la Unidad 2 de la Operación 13.



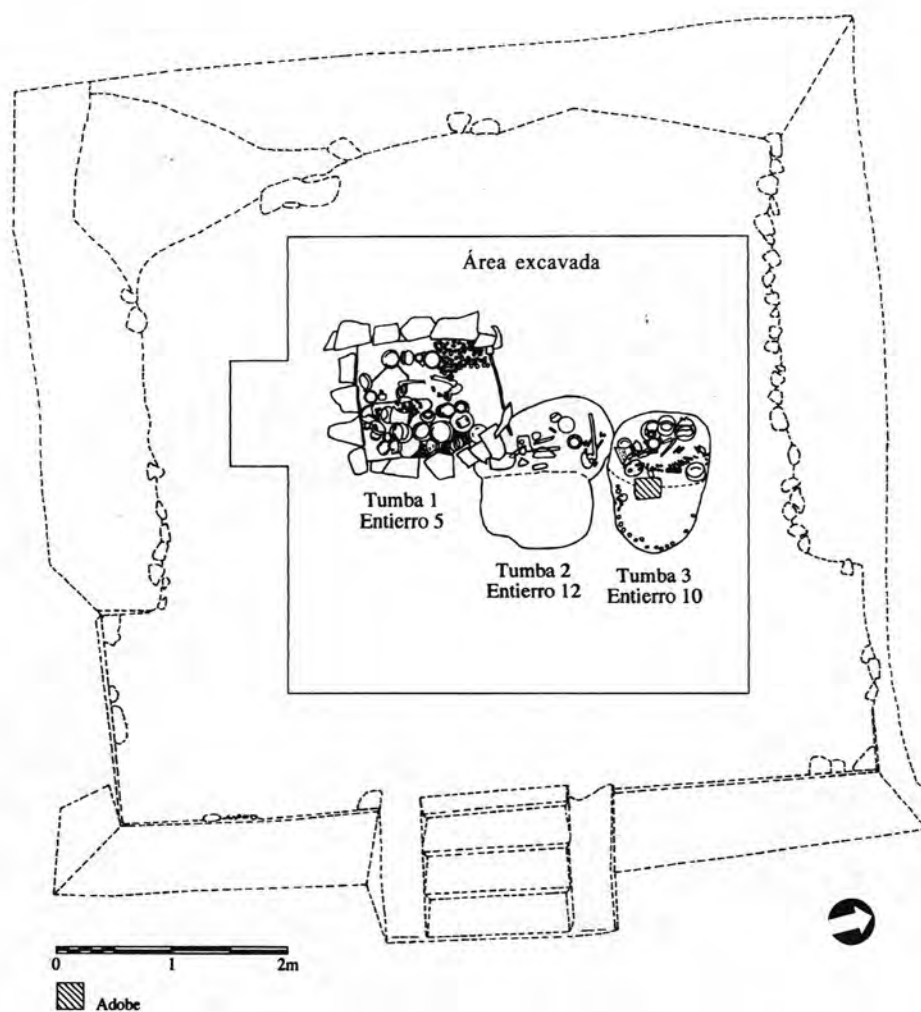
● Fig. 3 Ubicación de las tumbas 1, 2 y 3 en la Unidad 2 de la Operación 13

contraste, la distinción precisa entre la propia naturaleza del continente, y por ende las implicaciones socioculturales que ella tendría, han recibido poca atención. La propuesta concreta entonces es que, diccionario aparte, resultaría muy útil convenir en el uso diferenciado de los términos de tumba y fosa para contar con parámetros comparativos claros, ya que si consideramos a las “tumbas” en el sentido que aquí hemos expuesto, podremos evaluar su presencia o ausencia como uno de los posibles marcadores de variabilidad social expresada en los ritos funerarios. Con esto en mente, este trabajo aborda una revisión sobre el registro de tumbas tempranas en Puebla-Tlaxcala y la Cuenca de México a partir de la evidencia procedente de Tetimpa,

### Las tumbas tempranas del Altiplano

Al igual que las ofrendas y los otros atributos de un entierro, el tipo de continente en el que se colocan los restos involucra una inversión que muchas veces no será apreciable una vez sellada la sepultura. Con excepción de aquellos casos en los que se erigen monumentos conmemorativos o en los que una tumba está diseñada para ser reabierto, el contexto fúnebre desaparece para la sociedad viviente al concluir el sepelio. Pero la importancia de los componentes mortuorios no puede medirse con base en lo efímero de su coexistencia con los vivos. Aunque la ceremonia funeraria no necesariamente representa la última interacción de la

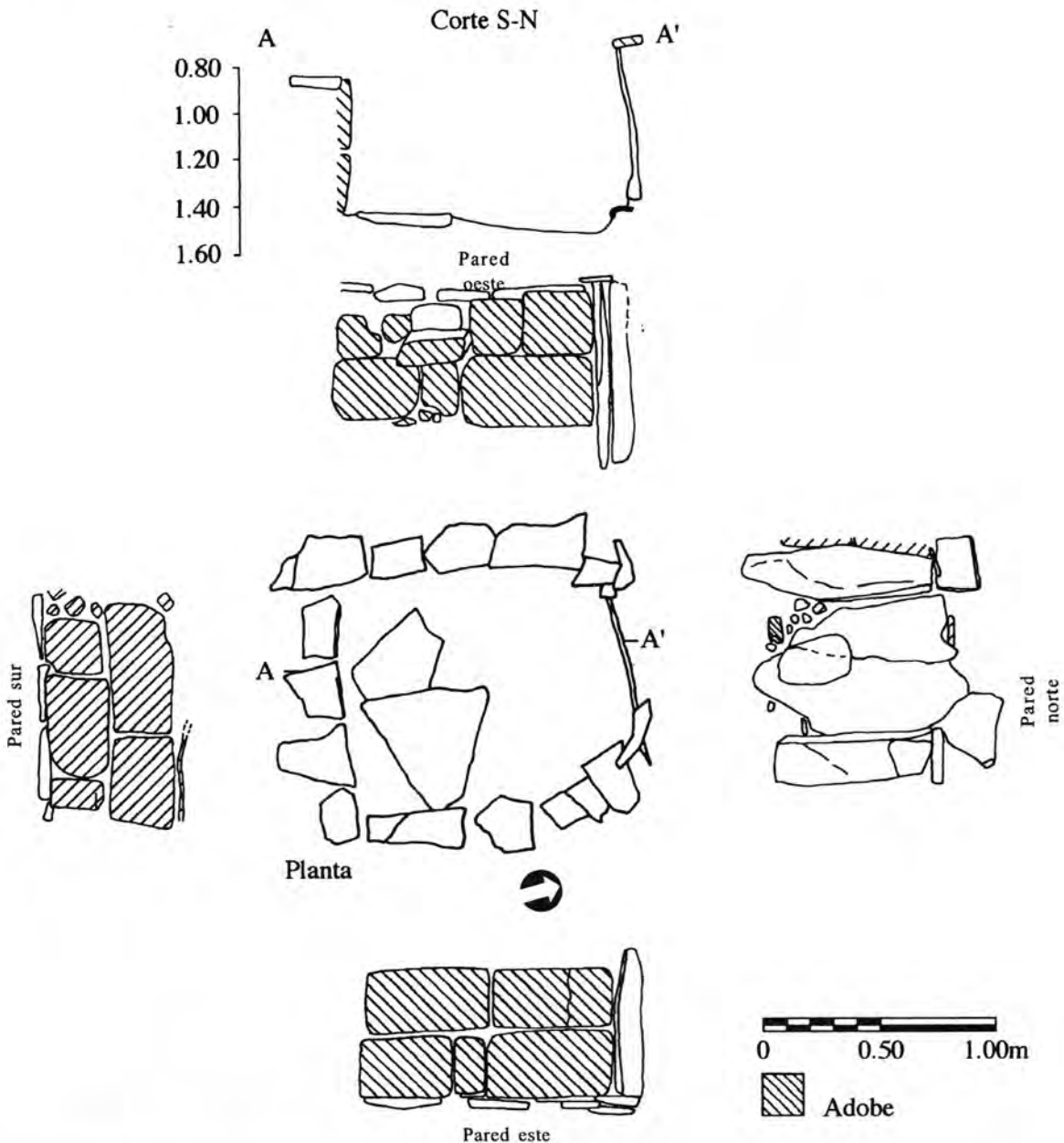




● Fig. 4 Las tumbas 1, 2 y 3 en la Unidad 2 de la Operación 13, una vez abiertas.

comunidad con el fallecido (los muertos pueden aún ser considerados como miembros activos de la sociedad a manera de espíritus o ancestros), el ritual de deshacerse del cadáver combinando la conducta de una serie de personas articuladas a través del difunto constituye un acto social y político mediante el cual los grupos humanos expresan sus relaciones con los ancestros, el territorio y los vivos (Parker, 1999: 141). La propia heterogeneidad que suele haber en los patrones de enterramiento es en sí misma un indicador del vasto contenido simbólico que los componentes representaron en esa acción para el agregado social que efectuó la inhumación, de ahí la importancia de registrar e intentar interpretar las diferencias cuando éstas existen.

En el caso de la categoría de información que aquí nos ocupa, la naturaleza del depósito mortuario durante el Formativo en Puebla-Tlaxcala y la Cuenca de México, la bibliografía disponible daría la impresión de que las tumbas no formaban parte de las tradiciones locales, aunque destacan por excepcionales las tres excavadas por Barba (1956: 106-112) en el Montículo I de Tlapacoya para finales del Formativo medio y parte del Tardío. La Tumba 2 es la que apareció a mayor profundidad, y consistía en una caja cuadrangular, de 1.42 x 1.10 m en planta y 0.85 m de altura, con paredes y techo de lajas; contenía a un adulto de sexo masculino acompañado de doce objetos de cerámica, lítica, concha y un guaje, además de un cesto y una mandíbula de perro (Barba, 1956:



● Fig. 5 Planta y corte de la Tumba 1 de la Operación 13.

108-110 y fotos 2, 3 y 4). Las tumbas 1 y 3 eran más superficiales, compartiendo ambas el mismo nivel y la misma técnica constructiva; eran también cajas cuadrangulares con techos de laja, pero con paredes de piedra unidas con lodo. La Tumba 1 medía 0.90 x 1.20 m en planta, por 0.90 m de altura, y guardaba los restos desarticulados de un número no especificado de sujetos asociados a 68 vasijas y figu-

rillas de cerámica, además de una placa de pizarra grabada (Barba, 1956: 107 - 108 y foto 1). Por su parte, la Tumba 3 medía 0.98 x 1.25 m en planta y 0.95 m de alto; el mal estado de los huesos depositados en ella no permitió definir número de individuos, edad o sexo; la ofrenda consistió en 76 artefactos, principalmente cerámicos, pero incluyendo algunos de lítica (Barba, 1956: 110-112, fotos 6 y 7, y lámina 14).



● Fig. 6 Vista de la Tumba 1 de la Operación 13, al retirar la cubierta de lajas.

Parecería que si consideramos sólo las tumbas de Tlapacoya, en efecto, las tumbas durante el Formativo en estas regiones del Altiplano fueron muy escasas. Y es que, en general, la evidencia arqueológica todavía puede considerarse como poco explorada. Con base en el trabajo que hemos desarrollado desde 1993 en el sitio de Tetimpa, Puebla, y con los datos que a continuación exponemos, proponemos que quizá la carencia de tumbas para el Formativo en esta zona del Centro de México pudiera ser inversamente proporcional a la investigación que falta por realizar para este periodo.

### La aldea de Tetimpa

Desde mediados del Formativo Medio y hasta el Terminal, Tetimpa fue una gran aldea dispersa ubicada en el pie de monte del Popocatepetl, unos 15 km al noreste del cráter del volcán. Con base en 20 fechamientos de radiocarbono hemos podido distinguir dos fases de ocupación del Formativo: Tetimpa Temprano (700-200 a.C.), que inicia con la colonización original y finaliza con un abandono temporal (y tal vez parcial), quizá causado por actividad volcánica, aunque no tenemos todavía la evidencia directa de ello; y Tetimpa Tardío (50 a.C.-100 d.C.), una reocupación afiliada culturalmente con los

antiguos pobladores que vio su fin cuando una erupción pliniana selló el asentamiento. Los excepcionales contextos conservados por este último evento en 21 conjuntos arquitectónicos que hemos documentado, han sido hasta hoy el objeto focal de la difusión que se ha dado a la información obtenida (e.g., Plunket y Uruñuela, 1998a, 1998b, 1999, 2000a, y 2000b; Uruñuela y Plunket, 1998).

Los depósitos piroclásticos que cubrieron al sitio formaron un estrato con una profundidad que en algunos lugares alcanza más de un metro, constituyendo así una efectiva barrera que impidió que ocupaciones posteriores alteraran los restos *in situ* de la fase tardía, pero esto a su vez redundó en que la única perturbación que sufrieron los materiales correspondientes a Tetimpa Temprano haya sido aquella causada por los habitantes de Tetimpa Tardío.

Las unidades habitacionales consistían de dos o tres —excepcionalmente cuatro— plataformas bajas rodeando un patio; cada estructura, edificada de piedra y bloques de adobe, sostenía un cuarto con paredes de bajareque y techos de material percedero; las esquinas posteriores del conjunto regularmente se destinaban al almacenaje de objetos en desuso. El perfil de



● Fig. 7 Los restos óseos en la Tumba 1 de la Operación 13.

“talud-tablero” que adornaba las fachadas se cortaba al centro por una pequeña escalinata con alfardas lisas que conducía al patio en el cual se encontraba el altar doméstico. Ese patrón de distribución es muy claro en las casas de Tetimpa Tardío (Plunket y Uruñuela, 1998b; Uruñuela y Plunket, 1998), pero las evidencias de Tetimpa Temprano permiten apreciar que era básicamente el mismo que se utilizaba desde esos tiempos, aunque hay tres diferencias patentes entre las dos fases: la primera es que no hay altares en Tetimpa Temprano; no sabemos si no los tenían o si sencillamente no aparecen por no ser los contextos de la misma calidad que los de la fase siguiente; la segunda es que las instalaciones para almacenamiento de granos en Tetimpa Tardío están constituidas por cuexcomates colocados al frente de los conjuntos, mientras que en Tetimpa Temprano son pozos troncocónicos excavados en los patios o en una de las esquinas traseras; la tercera es que los tetimpeños de la fase temprana enterraban selectivamente a algunos de los miembros de la familia en la casa, mientras que ignoramos todavía los patrones mortuorios de Tetimpa Tardío.

En algunas ocasiones, las casas de Tetimpa Temprano fueron totalmente abandonadas al final de esa ocupación, y parcialmente destrui-

das y cubiertas con campos de cultivo en la siguiente fase; otras veces, las mismas antiguas unidades fueron aprovechadas como núcleos para nuevas construcciones, volviéndose subestructuras de los edificios tardíos. En ambos casos, aunque hubo destrucción parcial de las estructuras tempranas, aquellos entierros de Tetimpa Temprano que fueron colocados en las plataformas de las habitaciones o en los patios no se vieron dañados por las actividades de los habitantes de Tetimpa Tardío, principalmente porque aparentemente estos últimos cambiaron sus tradiciones funerarias y dejaron de enterrar a sus muertos en las casas como lo hacían sus antepasados, pues hasta ahora no hemos localizado en ellas ningún entierro tardío. Ese cambio de costumbres, aunado al cese de la práctica de excavar pozos troncocónicos y su sustitución por graneros aéreos, implicó la casi nula perturbación del subsuelo, colaborando así a que las sepulturas tempranas no fuesen alteradas.

Así, a diferencia de muchos otros sitios del Altiplano Mesoamericano donde la larga historia continua de ocupación humana provocó una fuerte destrucción de las evidencias más antiguas, los contextos mortuorios de Tetimpa Temprano sólo fueron afectados por los habitantes



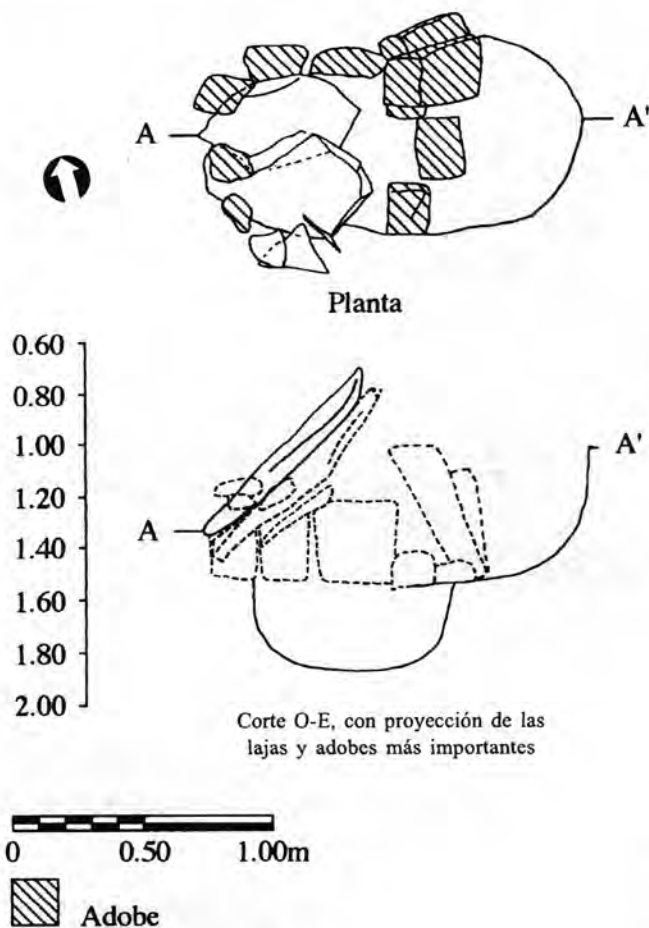
● Fig. 8 Vista desde el oeste de la Tumba 3, donde se aprecian las lajas colapsadas.

contemporáneos a ellos y no por actividades posteriores, ni siquiera durante Tetimpa Tardío. De 21 conjuntos arquitectónicos registrados, ocho presentan ocupación de Tetimpa Temprano, y en cinco de ellos hubo enterramientos. Los patrones identificados (Uruñuela *et al.*, 1998) indican que no todo miembro de la familia era enterrado en las casas, sino sólo algunos de los hombres y ocasionalmente mujeres —ambos bajo los pisos de los cuartos—, así como algunos niños que eran inhumados en los patios; a los demás quizá se les depositaba fuera de las unidades habitacionales o se les otorgaba otro tipo de tratamiento. Esta situación, vinculada a otros datos, nos ha permitido proponer (Uruñuela y Plunket, s.f.) que los individuos sepultados en las casas eran primordialmente los hombres que fungían como jefes de familia, los niños que habrían adquirido esa categoría pero murieron antes de tiempo, y algunas mujeres que por razones excepcionales fueron incluidas dentro de esta muestra selectiva.

La composición no totalmente homogénea de las poblaciones mortuorias colocadas en los espacios domésticos no es de extrañar. Si bien es cierto que todas las sociedades emplean algún procedimiento regular o una serie de ellos para disponer de sus muertos, cada enterramiento

representa a la vez la aplicación de una serie de directrices prescriptivas y proscriptivas relevantes al difunto en particular, de manera que no puede esperarse una regularidad absoluta en los patrones empleados, pues pudieron haberse considerado otros criterios sin restringirse al trato que le hubiese correspondido a un individuo de acuerdo exclusivamente con su edad y sexo (Binford, 1971: 25-26; Mays, 1998: 23; O'Shea, 1984: 33-35).

Para tiempos más tardíos en Mesoamérica, el tratamiento diferencial está bien documentado por los cronistas, dependiendo a veces del oficio que se desempeñaba, pero primordialmente del tipo de circunstancias en que ocurrió el deceso de la persona. Variaba no sólo el área de inhumación, sino también el procesamiento que podría darse al cadáver (Durán, 1971: 121-122 y 267), e incluso el lugar de reposo final que el alma del finado tendría. Los que fallecían por enfermedad eran objeto de cremación y se suponía que irían al Mictlan; a los muertos por rayos, ahogados, leprosos, bubosos, sarnosos, gotosos e hidrópicos les esperaba el Tlalocan, enterrándoles sin quemar; finalmente, los guerreros caídos en batalla o en cautiverio irían a la casa del sol, mismo destino que aguardaba a las mujeres muertas de parto



● Fig. 9 Planta y corte de la Tumba 3.

o en guerra, a las cuales se enterraba sin exposición al fuego (Sahagún, 1969, tomo I: 293-297, tomo II: 180-181).

Obviamente, esas mismas directrices no tendrían que estar vigentes en épocas anteriores, pero la variación en edad y sexo registrada en las casas de Tetimpa, con evidente predominio de adultos de sexo masculino (que sin embargo no serían suficientes para dar cuenta de todos los que a través del tiempo debieron habitar en ellas), es un claro indicador del uso de criterios selectivos, cualquiera que estos hubiesen sido. De todas maneras, aun dejando de lado a mujeres y niños para tener una muestra más homogénea, y considerando solamente al restringido grupo de los hombres sepultados en las casas, también se detectan distinciones

entre ellos. Los sujetos más importantes —a juzgar por la calidad y cantidad de sus ofrendas— se colocaban bajo los pisos hacia el centro de la plataforma principal, mientras que los demás ocupaban las estructuras laterales o la misma plataforma principal pero ubicados más hacia los lados de la misma.

La mayoría de los esqueletos estaban dispuestos en posición flexionada —por lo general sobre un costado, pero ocasionalmente en decúbito dorsal o ventral—, en fosas ovoides individuales recubiertas con un lecho de pequeños cantos rodados y una o varias capas duras de barro dispuestas tanto en el fondo, entre las piedras, como en las paredes y boca de la fosa; más de los mismos cantos se ponían también sobre el cuerpo, antes de rellenar la fosa con tierra y barro. La orientación más común era con el cráneo hacia el sur, y las ofrendas regularmente se acomodaban hacia los pies o a la altura de las rodillas. Este patrón general fue claro desde la primera casa excavada, y hasta antes de la Operación 13 en 1997 daba la impresión de

que la única variable significativa registrada entre los entierros de sexo masculino contenidos en las plataformas era la diferencia en ofrendas; sin embargo, habíamos notado que en algunas sepulturas muy dañadas por depósitos funerarios posteriores —de la misma fase Tetimpa Temprano— había algunas lajas y bloques de adobe desordenados, que supusimos podrían haber pertenecido a cistas o ser meramente parte de los materiales de relleno de las estructuras.

Los datos de Tetimpa parecían ajustarse entonces al patrón esperado para el Formativo en el Altiplano, con la mayoría de los entierros colocados en depósitos directos y, a diferencia de otras localidades mesoamericanas contemporáneas, sin presencia de tumbas. La informa-



● Fig. 10 Vista de la Tumba 2 desde el este, y su ubicación en relación a la Tumba 1.

ción documentada en la Operación 13 nos permite ahora modificar este supuesto y plantear otras alternativas. Por ello, presentaremos en detalle las tumbas de esta operación, para pasar después a una revisión de elementos de excavaciones previas que, a la luz de estas nuevas evidencias, podrían corresponder a tumbas destruidas.

### La Operación 13

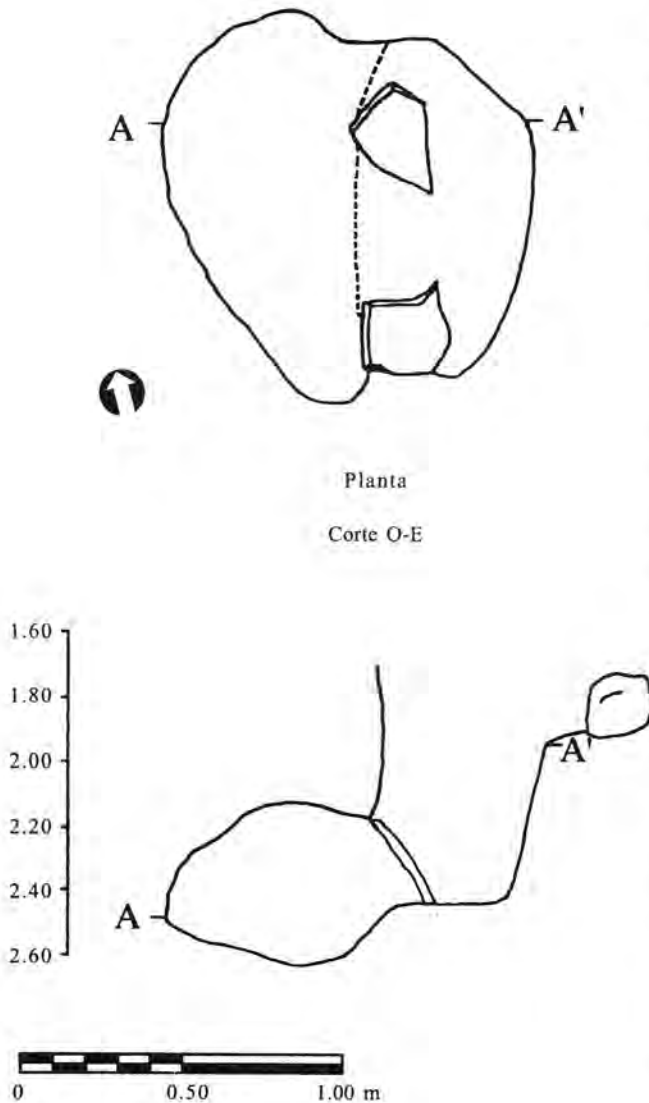
La Operación 13 correspondió a un conjunto habitacional constituido por cuatro plataformas rodeando un patio, con la estructura principal localizada hacia el oeste del mismo, y es uno de los casos en que los habitantes de Tetimpa Tardío construyeron sobre edificaciones anteriores, lo que nos proporcionó una de las secuencias más largas y continuas de ocupación de Tetimpa Temprano.

Registramos aquí un total de quince entierros, con un mínimo de 19 individuos representados. La mayoría de ellos eran relativamente sencillos, individuales, directos, de adultos, en fosas excavadas en las plataformas (a excepción de un entierro infantil en el patio). La plataforma principal (fig. 2), sin embargo, nos permitió documentar dos tumbas intactas y otra más que se había colapsado.

### La Tumba 1 de la Operación 13

La Tumba 1 se construyó dentro del relleno de la plataforma principal del conjunto, levemente hacia el este del centro (figs. 3 y 4); se desplanta sobre una capa de tierra amarillenta endurecida a unos 1.60 m de profundidad del último piso de la estructura (Piso 1 de un total de ocho sobrepuestos), y termina con las últimas lajas del techo que se encontraban a sólo 0.58 m del mismo punto. Es una pequeña cámara de planta cuadrangular que mide 1.22 m en sentido N-S por 0.90 m E-O y 0.82 m de altura, y en su extremo norte tenía una puerta falsa formada por dos lajas empotradas en el piso de tierra de la tumba; esta "puerta", que nunca se usó como tal, se apoyaba contra dos jambas formadas por lajas alargadas. Las paredes estaban hechas con bloques de adobe revocados con una gruesa capa de mezcla de adobe, y rematadas en su parte superior por una hilada de lajitas, semejantes a *ixtapaltetes*, antes de colocar tres capas de grandes lajas traslapadas, unidas con lodo endurecido, que formaban una cubierta casi circular con un diámetro máximo de 1.80 m (figs. 5 y 6).

La tumba contenía al Entierro 5, un esqueleto en muy malas condiciones, removido y roído por tuzas y parcialmente aplastado por la



● Fig. 11 Planta y corte de la Tumba 2.

caída de una de las lajas del techo, pero pudo apreciarse que el personaje fue colocado hacia la mitad sur del espacio sobre dos grandes lajas de andesita, que a su vez descansaban sobre un lecho de pequeños cantos rodados burdamente cementados con barro (fig. 7). Se trata de un adulto de sexo masculino, flexionado en decúbito ventral, con el cráneo hacia el sur, cuya ofrenda consistió en 34 vasijas acomodadas principalmente del lado oriente de la cámara, una navaja de obsidiana, y un machacador de piedra.

### La Tumba 3 de la Operación 13

La construcción de la Tumba 3 fue inmediatamente anterior a la de la Tumba 1, pero no por mucho, ya que ésta precedió a la colocación del Piso 6 y la 3 a la del Piso 7. Ésta era una estructura más modesta que la Tumba 1, colocada hacia el norte de la misma plataforma (figs. 3 y 4), y con una manufactura mucho más descuidada y burda que la otra, de manera que aparentemente con el tiempo y con el peso del relleno que la cubría se colapsó (fig. 8). Quedaba un amontonamiento de lajas y adobes cubriendo al Entierro 10, un adulto de sexo masculino, flexionado en decúbito lateral izquierdo, con el cráneo hacia el sur, aunque la mandíbula estaba removida hasta el lado norte; esta remoción, así como la de otras partes del esqueleto, probablemente tenga que ver con el colapso de la estructura funeraria. Las diez vasijas que constituían la ofrenda se ubicaban principalmente al oeste del individuo.

A diferencia de la Tumba 1, y a juzgar por el hecho de que los restos óseos y ofrendas se hayan encontrado delimitados por una fosa baja (0.90 m N-S por 0.78 m E-O y 0.38 m de profundidad), parece que la cámara de la Tumba 3 estaba formada por una horadación en el relleno de la plataforma, con un techo de lajas para cuyo sostén colaboraban algunos adobes distribuidos en los límites de la fosa (fig. 9), quedando así las “paredes” constituidas tanto por estos adobes como por los propios perfiles de la fosa revestidos con lodo. En la parte exterior del lado este de la entrada de la cámara se ubicó una depresión circular, apenas en parte delimitada por lodo endurecido y bloques de adobe, que podría corresponder a una especie de antecámara o ser parte de la excavación que originalmente se hizo para facilitar la construcción de la tumba.

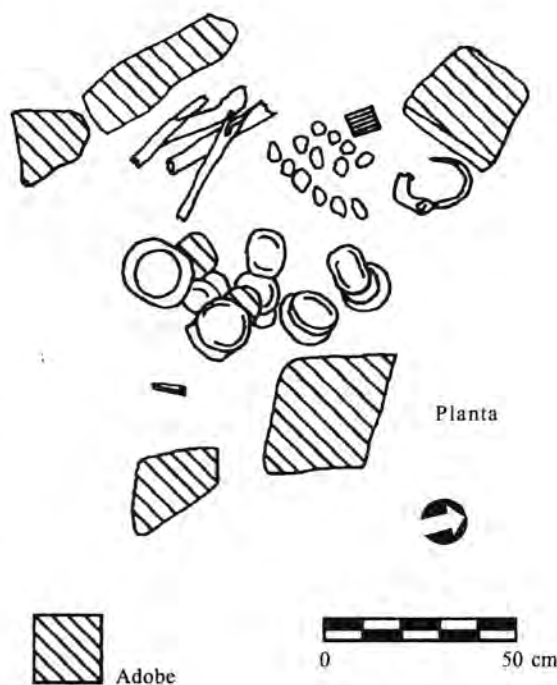


El conjunto de materiales se encuentra a una profundidad de entre 0.50 m (la parte superior de las lajas colapsadas) y 1.93 m desde el Piso 1.

### La Tumba 2 de la Operación 13

La Tumba 2 corresponde al contexto funerario más antiguo en esta plataforma, y es de un tipo distinto a las ya descritas. Parte de ella se localiza prácticamente abajo de la entrada de la Tumba 1 (figs. 3 y 4). Es un depósito en forma de bota, cuyo tiro inicia a los 1.70 m desde el Piso 1 y desciende hasta los 2.40 m, profundidad mucho mayor que la que corresponde al propio desplante de la plataforma que se encuentra a los 1.70 m, justo a la altura del inicio del tiro de la Tumba 2; de hecho, la construcción de este tiro debió ser anterior a la colocación del piso más antiguo documentado, el Piso 8, que se ubica entre los 0.67 y 1.58 m. El tiro tiene un diámetro de unos 0.70 m y conduce a una pequeña cámara (1.30 m N-S x 0.68 m E-O y 0.45 m de altura máxima) ubicada entre los 2.15 y los 2.60 m (figs. 10 y 11). La entrada a la cámara se encontraba en el lado poniente de la base del tiro, y fue clausurada verticalmente con dos lajas de andesita unidas entre sí y al tepetate con un mortero duro de lodo.

Esta tumba contenía al Entierro 12, conformado por dos adultos. Del lado norte de la cámara se encontró el Individuo I, representado por un conjunto de huesos en mal estado, sin posición anatómica detectable. Este esqueleto parece haber sido el primero depositado, y probablemente su desorden y fragmentación sean producto de actividades de reacomodo o reducción—reagrupamiento parcial o total de un esqueleto dentro del espacio donde se realizó el depósito primario (Duday, 1997: 119)— que tomaron lugar al introducir al Individuo 2. Los restos de este último se ubicaban hacia el sur de la cámara, muy destruidos por la acción de tuzas; no obstante, pudo observarse que fue depositado en decúbito lateral izquierdo flexionado, con la cabeza hacia el sur, y un pedazo grande de metate sobre sus piernas. Además del metate había en la cámara dos vasijas de cerámica, dos



● Fig. 12 Planta del Entierro 4 en la Operación 1/ Estructura 2.

raspadores y una navajilla de obsidiana, pero no queda claro a cuál de los dos personajes se asocian estos objetos. No fue posible identificar el sexo de estos sujetos debido a la pobre conservación de sus restos.

### Otras posibles tumbas

La documentación de las tumbas de la Operación 13, particularmente de la Tumba 1, nos motivó a revisar los datos de temporadas anteriores en búsqueda de casos semejantes que pudiesen haber sido mal interpretados como cistas destruidas. Efectivamente, en dos de cinco conjuntos habitacionales registrados en la Operación 1 entre 1994 y 1995 (estructuras 2 y 5), encontramos entierros en posibles tumbas; sin pretender ofrecer el mismo detalle que para las de la Operación 13, y sólo con ánimo de mostrar este material comparativo, esas sepulturas se describen a continuación.

La Estructura 2 de la Operación 1 estaba sumamente dañada en su parte superior por el trascavo. Sólo conservaba evidencias corres-



● Fig. 13 Vista desde el oeste del Entierro 11 en la Operación 1/ Estructura 2, antes de retirar los adobes. Se aprecia en la parte posterior el muro colapsado que formaba su límite este.

pondientes a Tetimpa Temprano, parcialmente destruidas, por lo que no es claro si tuvo una reocupación durante Tetimpa Tardío que haya sido arrasada totalmente por la maquinaria. El conjunto constaba de una plataforma que sostenía al menos tres, y quizás cuatro cuartos alrededor de un patio central. Se localizaron quince entierros individuales, distribuidos bajo dos de las habitaciones y el patio; de ellos, dos de los hallados bajo el cuarto del sur (Entierros 4 y 11) son los que nos interesan aquí.

En el caso del Entierro 4 la situación no es totalmente clara, pues se encontraba muy cercano a la superficie expuesta por el trascavo, pero a su alrededor se localizaron una serie de adobes que podrían corresponder a los restos del arranque de posibles muros de una cámara; dado sin embargo el alto grado de alteración de este contexto y su poca profundidad desde la superficie (unos 10 cm), no es posible asegurar que en efecto ese fuera el caso (fig. 12). Se trata de un adulto de sexo masculino, con el cráneo hacia el sur, flexionado en decúbito lateral derecho, aunque es posible que hubiese estado originalmente en decúbito dorsal y los restos se hubiesen vencido hacia un lado. Las ofrendas

consistieron en once vasijas de cerámica, una navaja de obsidiana y un machacador de piedra, colocados al este del esqueleto.

Por su parte, el Entierro 11, ubicado a mayor profundidad, fue removido parcialmente por inhumaciones posteriores realizadas en sus alrededores inmediatos, además de que en buena medida los restos óseos estaban destruidos por roedores, pero pudo apreciarse que se trataba de un adulto, posiblemente de sexo masculino, flexionado en decúbito lateral izquierdo, aunque al parecer fue colocado inicialmente en decúbito dorsal y se venció hacia ese lado; el cráneo, ya desaparecido, debió haber estado hacia el norte. Se conservaban cuatro vasijas incompletas al sur del esqueleto, frente a las piernas. Parece que este entierro fue delimitado en su lado este aprovechando un muro preexistente, mientras que los lados oeste y norte se cerraron con algunos adobes, colocando también otros adobes sobre el entierro (fig. 13). Probablemente representa una tumba cuya construcción fue bastante más burda y menos formal que la Tumba 1 de la Operación 13, aunque cabe la posibilidad de que esta informalidad se deba a la alteración de la que fue objeto.

Es de mencionarse que en el patio de la Estructura 2 encontramos un pozo de más de un metro de profundidad, relleno exclusivamente con grandes lajas semejantes a las usadas en el techo de la Tumba 1 de la Operación 13. Dada la continua actividad de enterramientos en áreas limitadas, podría ser que estas lajas procedieran de tumbas que fueron destruidas con nuevas sepulturas y que estuvieran almacenadas para futuros usos funerarios, ya que no hemos encontrado este tipo de lajas empleadas en otros elementos constructivos.

La otra estructura de la Operación 1 a la que nos referiremos es la Estructura 5, que sólo tuvo ocupación durante Tetimpa Temprano, pues se encontraba cubierta con surcos de Tetimpa Tardío. Inicialmente el conjunto estuvo compuesto por tres estructuras alrededor de un patio, que se unieron después desde las bases formando una sola plataforma que hubiera sostenido a las tres habitaciones originales, más dos cuartos de esquina y un pequeño vestíbulo. Se localizaron trece entierros con un mínimo de 16 individuos distribuidos bajo las tres habitaciones y el piso del patio, pero la mayoría de ellos se encontraban bajo el cuarto del oeste; de estos últimos, al menos uno y quizá dos (Entierros 6 y 7), parecen haber sido depósitos en tumbas.

El Entierro 6 corresponde a un adulto tan afectado por la acción de roedores, que no fue posible identificar su posición, orientación, ni sexo. Estaba acompañado de cinco vasijas y un raspador de obsidiana; tanto éstos como el esqueleto se habían depositado en una fosa de poca profundidad, en los límites de la cual se colocaron una serie de adobes para soportar un techo de lajas (fig. 14). La poca formalidad de la estructura funeraria, así como la fuerte alteración en el relleno de la plataforma causada por la deposición de otros enterramientos muy



● Fig. 14 La cubierta de lajas del Entierro 6 de la Operación 1/ Estructura 5.

cercanos, nos condujeron a interpretar este elemento como una cista destruida, donde las lajas habrían formado parte de paredes caídas; sin embargo, contando ahora con la comparación de las tumbas 1 y 3 de la Operación 13, es el caso en que puede verse con más claridad que debió tratarse de una tumba similar a la 3 de la Operación 13, es decir, donde las paredes se lograron con los perfiles de la fosa reforzados en su parte superior por unos cuantos adobes para sostener la cubierta de lajas.

El Entierro 7 estaba bastante más deshecho por la colocación de otras sepulturas aledañas, y sólo conservaba dos grandes lajas sobre un esqueleto de adulto (fig. 15), probablemente masculino, quizá flexionado y con el cráneo hacia el norte, asociado a cinco vasijas, pero



● Fig. 15 El Entierro 7 de la Operación 1/Estructura 5, con las lajas de la cubierta que quedaban.

hubo tanta remoción a su alrededor que fue difícil diferenciar sus materiales de los depósitos vecinos. Por ende, la posibilidad de que correspondiera a una tumba colapsada no es tan clara como en el Entierro 6, pero dada la presencia de algunas lajas sobre los restos óseos pensamos que hay probabilidades de que ese haya sido el caso.

Así, de un total de 61 entierros excavados, quizás al menos siete pueden haber correspondido a depósitos en tumbas: tres en la Operación 13, dos en la Operación 1/Estructura 5, y dos en la Operación 1/Estructura 2. Sólo uno de estos casos (Operación 13, Tumba 2) se trata de una especie de tumba de tiro con la cámara excavada en el tepetate; los demás parecen versiones muy simplificadas y burdas de la Tumba 1 de la Operación 13.

### Discusión

No hemos encontrado informes de tumbas contemporáneas en el valle poblano-tlaxcalteca. La mera descripción de un elemento poco o definitivamente no reportado conlleva su propio valor, pero las implicaciones que representan su existencia son, desde luego, aún más im-

portantes. La conservación de la Tumba 1 de la Operación 13 nos permitió identificar la presencia de otras probables cinco tumbas destruidas (sin contar la tumba de tiro) para las que antes carecíamos de indicios que permitieran clasificarlas como tales, revelando así que no es un elemento único o idiosincrásico de esa unidad doméstica, sino parte de una tradición local reservada a algunos miembros de las familias. Curiosamente, en términos generales la Tumba 1 de Tetimpa es muy similar a las tres de Tlapacoya, siendo tumbas relativamente chicas y simples, con techos de lajas, abundantes ofrendas, y ubicadas dentro del relleno de los montículos, hacia el centro de ellos (Barba, 1956: planos 7 y 8).

Esto último es de particular relevancia en relación con lo expresado al inicio de este artículo: la carencia de tumbas para el Formativo en estas áreas. Hay muy pocos montículos explorados de este periodo. La mayoría de ellos, en el caso de montículos habitacionales menores, fueron destruidos o al menos fuertemente alterados por construcciones posteriores. Si en el caso de Tetimpa, cuya historia ocupacional no fue tan larga, la identificación de algunas tumbas se dificulta debido a la destrucción

causada por otros enterramientos realizados sólo en la misma fase en que dichas tumbas fueron construidas, poco puede esperarse de la mayoría de los sitios en los cuales la secuencia no se vio interrumpida por estratos estériles que protegiesen las evidencias más antiguas. Por otro lado, son también pocas las estructuras no habitacionales de este tiempo que han sido exploradas además de la de Tlapacoya. El Tetel de Aljojuca, Puebla (Linné, 1942: 28-45), contenía quince entierros, ninguno de ellos en tumba, aunque uno cubierto por una gran laja; desafortunadamente, la exploración mediante una trinchera de 3.5 por unos 18 m de largo no abarcó todo el interior del montículo, de manera que no es posible saber si habría otro tipo de depósitos funerarios. En Totimehuacan, Puebla (Spranz, 1970: 63-64), el Tepalcayo 1 contaba con varias cámaras en su interior; no había en ellas ningún esqueleto, pero esto no indica necesariamente que no hayan sido estructuras mortuorias, sino que quizá simplemente no llegaron a utilizarse.

La propuesta entonces es que las tumbas durante el Formativo en estas regiones pudieran ser más comunes de lo que tradicionalmente se ha pensado, en particular para finales del Formativo Medio y durante el Tardío, mismo tiempo en que la tradición de construir cámaras subterráneas estaba iniciando en otros lados de Mesoamérica. Si Tetimpa es un buen ejemplo del tipo de asentamiento que había para esos momentos en el Altiplano, o al menos en Puebla-Tlaxcala y la Cuenca de México, eso indicaría que acá los cuartos se construían sobre plataformas en las que depositaban a sus muertos, y que el hecho de que generalmente no se detecten esas estructuras es porque fueron destruidas con ocupaciones posteriores, de manera que lo que normalmente se registra como los límites de una habitación sería apenas el arranque de la plataforma que la habría sostenido; si ya sólo quedan las bases de esos muros, y las tumbas que se excavaron en el relleno de las plataformas no eran más profundas que esas bases, no hay manera de encontrar

evidencia de ellas, pues hace tiempo que habrían desaparecido.

Vale la pena hacer notar que, con excepción de la tumba de tiro, y a diferencia de la Tumba 1 y quizá la 3 de Tlapacoya, las de Tetimpa no fueron utilizadas para eventos múltiples, y además se encuentran en contextos habitacionales. Así, la labor invertida en ellas constituía un gasto —o un reconocimiento— individual destinado sólo a ciertos miembros de la familia y sólo en algunos grupos, pues hay dos casas más con entierros pero sin tumbas. Las implicaciones de una variabilidad mortuoria tan marcada en cuanto al tipo de sepultura que se estaba empleando no debe pasar desapercibida en una época en que en el Altiplano se estaban gestando las bases para el desarrollo de los grandes centros urbanos que florecerían durante el Clásico, sino por el contrario, debe ser valorada como uno de los indicadores de la diferenciación social que formó parte de ese complejo proceso. Es cierto que para el Clásico las tumbas no serán comunes en Puebla-Tlaxcala y la Cuenca de México, a juzgar por el reducido número que ha sido reportado en los asentamientos importantes de ese momento. Algunas, como las tumbas de Tlailotlacan en Teotihuacan (Millon, 1973: 41-42; Paddock, 1983; Spence, 1989 y 1992; Spence y Gamboa, 2000), y las de Manzanilla en Puebla (Hirth y Swezey, 1976), parecen ser más bien tradiciones vinculadas a Oaxaca en sitios y tiempos muy puntuales. Dejando esas aparte, los pocos reportes que encontramos de otras tumbas clásicas se mencionan enseguida.

Para Teotihuacan, en San Francisco Mazapa, Linné (1934: 45, fig. 16; 54) describe una tumba rectangular, hecha de piedra y con techo inclinado de lajas, para el conjunto de Xolalpan, y otra más burda, con muros de adobe y techo de cantos rodados cementados con mortero, para el de Tlamimilolpa (Linné, 1942: 110-111, figs. 185 y 186; 125-126); ambas eran de dimensiones reducidas, con plantas de alrededor de 1 m de largo por unos 80 cm de an-

cho (calculado con base en la escala gráfica), y cada una contenía los restos de un solo individuo y múltiples ofrendas. Séjourné (1959) menciona tumbas para Zacuala, aunque, con excepción de un caso en el que especifica que los entierros estaban dentro de una cámara con paredes blancas muy pulidas (Séjourné, 1959: 60), no es posible saber si en efecto habla de tumbas como aquí las definimos o si se trata de un término general que remite a cualquier tipo de sepultura. Hay otras tumbas más en el Barrio Oaxaqueño y sus cercanías que todavía no han sido publicadas en detalle (Cabrera, 1999: 511-512), eso sin contar aquellos entierros depositados en estructuras de altares que en ocasiones se han considerado como tumbas (Cabrera, 1999: 510).

En el Valle de Puebla-Tlaxcala, entre 50 y 200 d.C., con dos reaperturas posteriores (García Cook *et al.*, 1976a: 25 y 1976b: 54; Vega, 1981: 48), está la tumba de Los Teteles de Ocotitla, Tlaxcala, una cámara de planta entre oval y rectangular, con paredes y piso de lajas, de poco menos de 1.50 m de ancho por casi 2 m de largo —a juzgar por la escala gráfica de los dibujos (García Cook *et al.*, 1976a: plano 4)—, excavada dentro de una plataforma y sellada con un piso de estuco, que contenía al menos cuatro individuos asociados a 63 vasijas y 257 objetos no cerámicos: obsidiana, cuentas de diversas materias primas, una maqueta de piedra, punzones de hueso y bezotes de travertino (García Cook *et al.*, 1976a: 16). En Cholula, por su parte, Romero (1937: 9) reporta que el Entierro 1, explorado en los años treinta en la meseta noreste del Tlachihualtepetl, fue encontrado dentro del relleno, a 10 m de profundidad del Piso 1, protegido por una estrecha bóveda de adobes. Se trata de un individuo masculino perteneciente a una época muy anterior al resto de las inhumaciones efectuadas en la pirámide (Romero, 1937: 32); Noguera (1954: 238) lo atribuye al Clásico, y a juzgar por las

vasijas de ofrenda que ilustra (Noguera, 1954: 179), parecería Clásico Temprano. Esta tumba es bastante interesante, ya que su construcción, con paredes constituidas en parte por los propios perfiles de la fosa y en parte por unos cuantos adobes, se asemejaría a las tumbas menos elaboradas de Tetimpa. Para tiempos un poco posteriores (400-650 d.C.), McCafferty (1996: 306) alude a una tumba para el sitio de Tránsito, también en Cholula, pero la descripción es muy somera y no es posible saber qué restos óseos contenía —aparentemente dos individuos—, no hay plantas, cortes, ni dimensiones específicas o detalles de su construcción; sólo menciona que era de piedra y hace referencia a las ofrendas. López y sus colegas (1976: 83) señalan dos entierros del Clásico Tardío (Cholula III, 400-750 d.C. [López *et al.*, 1976: 29-31]), colocados en la pirámide en un canal de desagüe parcialmente acondicionado para servir como tumba (el 363 corresponde a un adulto de sexo masculino, y el 364 a uno de sexo femenino), pero éstos constituyen casos cuestionables de acuerdo con la definición que aquí hemos usado, ya que se estaría empleando como continente un elemento no diseñado originalmente para ese propósito.

Así, a diferencia de lo que proponemos aquí, para el Formativo Tardío, fines del Formativo Medio y durante el Clásico, colocar los restos mortales de sujetos importantes en tumbas no parece haber sido parte relevante de las tradiciones funerarias locales, pero consideramos que ello obedece a factores de otra índole que resultaron en cambios drásticos en el patrón de enterramiento, y es un tema en el que justamente nos encontramos trabajando en la actualidad, ya que tenemos razones para pensar que son cambios concomitantes con las grandes transformaciones socioculturales de la época. Pero, en el tenor de este artículo, ése es otro cantar.

- Barba, Beatriz  
1956. "Tlapacoya. Un sitio preclásico de transición", en *Acta Antropológica*, época 2, vol. 1, núm. 1, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- Binford, Lewis  
1971. "Mortuary practices: their study and their potential", en J. A. Brown (ed.), *Approaches to the Social Dimensions of Mortuary Practices*, Washington, D.C., Society for American Archaeology (Memoirs of the Society for American Archaeology, núm. 25), pp. 6-29.
- Cabrera, Rubén  
1999. "Las prácticas funerarias de los antiguos teotihuacanos", en L. Manzanilla y C. Serrano (eds.), *Prácticas funerarias en la Ciudad de los Dioses. Los enterramientos humanos de la antigua Teotihuacan*, México, UNAM, pp. 503-539.
- Duday, Henri  
1997. "Antropología biológica 'de Campo', tafonomía y arqueología de la muerte", en E. Malvido, G. Pereira y V. Tiesler (eds.), *El cuerpo humano y su tratamiento mortuario*, México, INAH-CEMCA, (Científica), pp. 91-126.
- Durán, fray Diego  
1971. *Book of the Gods and Rites and the Ancient Calendar*, Norman, University of Oklahoma Press.
- García Cook, Ángel, Martha Arias y Rafael Abascal  
1976a. "Una tumba de la Fase Tenanyecac en Tlaxcala, México", en *Comunicaciones*, suplemento 3, Puebla, FAIC, pp. 13-27.  
1976b. "Cronología de la tumba y comentarios generales", en *Comunicaciones*, suplemento 3, Puebla, FAIC, pp. 53-60.
- Hirth, Kenneth G. y Willian Swezey  
1976. "The changing nature of the Teotihuacan Classic: A regional perspective from Manzanilla, Puebla", en *Las Fronteras de Mesoamérica*, México, Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 11-23.
- Linné, Sigvald  
1934. *Archaeological Researches at Teotihuacan, México*, Estocolmo, The Ethnographical Museum of Sweden (Publication núm. 1).  
1942. *Mexican Highland Cultures: Archaeological Researches at Teotihuacan, Calpulalpan and Chalchicomula in 1934-35*, Estocolmo, The Ethnographical Museum of Sweden (Publication núm. 7).
- López, Sergio, Zaid Lagunas y Carlos Serrano  
1976. *Enterramientos humanos de la Zona Arqueológica de Cholula, Puebla*, México, SEP-INAH (Científica, 44).
- Mays, Simon  
1998. *The Archaeology of Human Bones*, Londres, Routledge.
- McCafferty, Geoffrey G.  
1996. "The ceramics and chronology of Cholula, Mexico", en *Ancient Mesoamerica*, vol. 7, núm. 2, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 299-324.
- Millon, René  
1973. *Urbanization at Teotihuacan, Mexico*, vol. 1, The Teotihuacán Map, part 1: text, Austin, University of Texas Press.
- Noguera, Eduardo  
1954. *La cerámica arqueológica de Cholula*, México, Guaranía.
- O'Shea, John M.  
1984. *Mortuary Variability: An Archaeological Investigation*, New York, Academic Press.
- Paddock, John  
1983. "The Oaxaca Barrio at Teotihuacan", en K. V. Flannery y J. Marcus (eds.), *The Cloud People*, New York, Academic Press, pp. 170-175.
- Parker, Mike  
1999. *The Archaeology of Death and Burial*, College Station, Texas A&M University Press.

- Plunket, Patricia y Gabriela Uruñuela  
1998a. "Appeasing the Volcano Gods", en *Archaeology*, vol. 51, núm. 4, New York, The Archaeological Institute of America, pp. 36-42.
- 1998b. "Preclassic household patterns preserved under volcanic ash at Tetimpa, Puebla, Mexico", en *Latin American Antiquity*, vol. 9, núm. 4, Washington, D.C., Society for American Archaeology, pp. 287-309.
- 1999. "Pueblos sin memoria: lecciones del Popocatepetl", en *Cuicuilco*, vol. 5, núm. 14, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, pp. 11-25.
- 2000a. "Revelations of a plinian eruption of the Popocatepetl volcano in Central Mexico", en W.J. McGuire, D.R. Griffiths, P.L. Hancock e I.S. Stewart (eds.), *The Archaeology of Geological Catastrophes*, Londres (Geological Society Special Publication, 171), pp. 195-203.
- 2000b. "The quick and the dead: decision making during the abandonment of Tetimpa", en *Mayab*, núm. 13, Madrid, Sociedad de Estudios Mayas, pp. 78-87.
- Romano, Arturo  
1974. "Sistema de enterramientos", en J. Romero (ed.), *Antropología física. Época prehispanica, México: Panorama histórico y cultural*, vol. III, México, SEP-INAH, pp. 83-112.
- Romero, Javier  
1937. *Estudio de los entierros de la pirámide de Cholula*, México, Publicaciones del Museo Nacional de México / Secretaría de Educación Pública / Talleres Gráficos de la Nación.
- Sahagún, fray Bernardino de  
1969. *Historia general de las cosas de Nueva España*, tomos I y II, México, Porrúa.
- Séjourné, Lurette  
1959. *Un palacio en la Ciudad de los Dioses: exploraciones en Teotihuacan, 1955-1958*, México, INAH.
- Spence, Michael  
1989. "Excavaciones recientes en Tlailotlacan, el Barrio Oaxaqueño de Teotihuacan", en *Arqueología*, núm. 5, México, INAH, pp. 81-104.
- 1992. "Tlailotlacan: a Zapotec enclave in Teotihuacan", en J. Berlo (ed.), *Art, Ideology and the City of Teotihuacan*, Washington, D.C., Dumbarton Oaks, pp. 59-88.
- Spence, Michael y Luis Manuel Gamboa  
2000. "Mortuary practices and social adaptation in the Tlailotlacan Enclave", en L. Manzanilla y C. Serrano (eds.), *Prácticas funerarias en la Ciudad de los Dioses. Los enterramientos humanos de la antigua Teotihuacan*, México, UNAM, pp. 173-201.
- Spranz, Bodo  
1970. *Las Pirámides de Totimehuacan y el Desarrollo de las Pirámides Preclásicas en Mesoamérica*, Wiesbaden, Franz Steiner Verlag GMBH.
- Uruñuela, Gabriela, Abigail Meza y Gilda Hernández  
1998. "Patrones funerarios en Tetimpa", en *Antropología e Historia del Occidente de México*, Memorias de la XXIV Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, México, UNAM, pp. 1821-1840.
- Uruñuela, Gabriela y Patricia Plunket  
1998. "Áreas de actividad en unidades domésticas del Formativo Terminal en Tetimpa, Puebla", en *Arqueología*, núm. 20, México, INAH, pp. 3-19.
- s.f. "The Late Formative assemblages of Tetimpa, Puebla: clues to the ritual person", en P. Plunket (ed.), *Domestic Ritual in Ancient Mesoamerica*, Los Angeles, UCLA Press (en prensa).
- Vega, Constanza  
1981. "Comparaciones entre Los Teteles de Ocotitla, Tlaxcala y Teotihuacan a través de materiales cerámicos", en E. C. Rattray, J. Litvak y C. Díaz (eds.), *Interacción cultural en México central*, México, UNAM (Serie Antropológica, 41), pp. 43-53.



*Christine Hernández\**

## **Una comparación entre la fase Perales en el noreste de Michoacán y la fase Lerma en Acámbaro, Guanajuato<sup>1</sup>**

Las investigaciones arqueológicas realizadas en el sitio prehispánico de Acámbaro, Guanajuato (Gorenstein, 1985) produjeron una cronología que había servido como esquema clave para la historia cultural del sureño margen de El Bajío. La región de El Bajío es una zona de llanos, cuencas lacustrinas y valles fluviales en la parte norcentral de la República Mexicana. Su límite sur son las áreas circundantes al medio río Lerma, y el lado norte del lago Cuitzeo, que se considera territorio fronterizo y transicional entre el México Central y el gran Occidente de México en tiempos prehispánicos (fig. 1).

La cronología de Acámbaro incorpora cuatro fases de ocupación que abarcan desde el Formativo tardío hasta el periodo Colonial. La fase Lerma empieza alrededor de 450-475 d.C., en el periodo Clásico, y perdura casi mil años, hasta la conquista de la región por parte de los tarascos, cerca del año 1450 d.C. El complejo cerámico de la fase Lerma está reconocido por sus tipos de cerámica pintados rojo-anaranjado y cerámica monocroma con diseños incisos. Las recientes investigaciones en el noreste de Michoacán ofrecen nuevos datos que refinan significativamente nuestro conocimiento de esta etapa en la cronología regional.

A 30 kilómetros al sur de Acámbaro está el área de los yacimientos de obsidiana de Ucareo y Zinapécuaro en el noreste del estado de Michoacán (fig. 1). En 1990, la Universidad de Tulane realizó una investigación arqueológica de los yacimientos de obsidiana en el área circundante (referido en este trabajo como el área del estudio Ucareo-Zinapécuaro) (Healan, 1997, 1998). El análisis de la cerámica encontrada por el Proyecto Zinapécuaro (1989-1995)

\* Tulane University, New Orleans, Louisiana 70118.

<sup>1</sup> Agradezco los apoyos de la National Science Foundation (#DBS-9215542) (1993) y la Graduate School de la Universidad de Tulane para el estudio de la cerámica del Proyecto Zinapécuaro. También doy gracias a Shirley Gorenstein y Helen Pollard por permitirme ver las colecciones de cerámica del sitio Cerro Chivo en Acámbaro, Guanajuato. Aprecio muchísimo los comentarios hechos por mi esposo Tirzo Hernández Barrientos y Dan M. Healan.



● Fig. 1 Acámbaro, Guanajuato y el área de los yacimientos de obsidiana Ucareo y Zinapécuaro, en Michoacán.

(Healan y Hernández 1999; Hernández, 2000) utilizó la cronología de Acámbaro como esquema preliminar. El análisis cerámico permitió establecer una secuencia semejante a la de Acámbaro, pero que subdivide los mil años que pertenecen a la fase Lerma en cuatro fases. La secuencia cerámica del área del estudio Ucareo-Zinapécuaro permite una mejor visión del periodo Clásico tardío y de su transición al periodo Posclásico en el sur de El Bajío.

El presente estudio profundiza nuestro conocimiento de la relación histórica y cultural entre Acámbaro y los sitios vecinos del noreste de Michoacán mediante estudios comparativos de complejos cerámicos. La investigación tuvo entre sus objetivos: 1) comparar las secuencias cerámicas de Acámbaro y del área de estudio Ucareo-Zinapécuaro, a partir del periodo Clásico temprano; 2) describir algunas de las diferencias y similitudes particulares entre los complejos cerámicos, y 3) ofrecer algunas observaciones interpretativas sobre las historias de los dos lugares. Es claro que la secuencia cultural en el noreste de Michoacán va a reflejar ciertos eventos y procesos únicos ligados a la explotación intensiva de obsidiana. Sin em-

bargo, están presentes una serie de complejos y tipos cerámicos locales y foráneos con significado temporal que se pueden relacionar con otros sitios de El Bajío y de Michoacán.

### El proyecto Acámbaro y la fase Lerma

Hace casi 30 años, se efectuó el Proyecto Acámbaro (1971-1980) (Gorenstein 1985) que examinó el desarrollo de un sitio de guarnición en la frontera oriental entre los estados Tarasco y Azteca. El sitio de Acámbaro se localiza sobre un cerro llamado El Chivo, que fue el centro de una investigación arqueológica y etnohistórica (1985: fig. 15). El proyecto también incluyó un reconocimiento de todos los sitios de guarnición en la frontera oriental tarasca y los asentamientos, rodeando Acámbaro en el valle del río Lerma (Gorenstein, 1985: fig. 7; Pollard, 1985). Snarskis (1985) realizó un análisis de la cerámica excavada, que dio como resultado una tipología de 19 tipos/grupos cerámicos. Ésta fue la base de una secuencia cronológica de cuatro fases, y los complejos cerámicos correspondientes están ubicados por dos fechas de radiocarbono (Gorenstein, 1985:45-46) (tabla 1). La fase Lerma en Acámbaro abarca la mitad

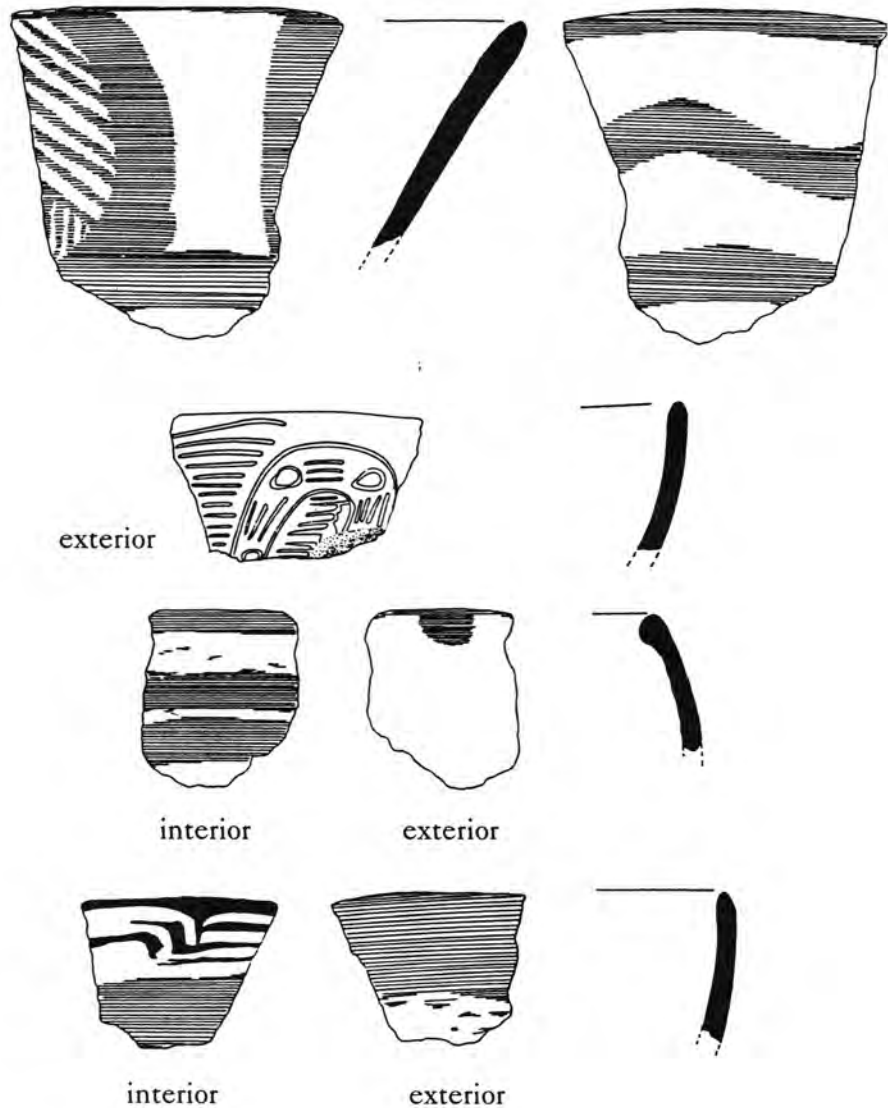
<i>Año</i>	<i>Periodo</i>	<i>Acámbaro</i> <sup>1</sup>	<i>Área de UZ</i> <sup>2</sup>
1520	Protohistórico	Acámbaro	Acámbaro tardío
1400			
1300	Posclásico tardío		Acámbaro temprano
1200	Posclásico temprano	Lerma	Perales terminal
1100			
1000			
900	Clásico tardío		Perales
800			
700			
600			
500	Clásico temprano	Mixtlan	Mixtlan
400			
300			
200			
100			
d.C.			
0			
a.C.			
100	Formativo terminal	Chupícuaro	Chupícuaro
200			
300			

● Tabla 1. Comparación entre las secuencias cerámicas de Acámbaro, Guanajuato y del área de yacimientos de obsidiana Ucareo-Zinapécuaro en el noreste de Michoacán.

<sup>1</sup>Gorenstein, 1985. <sup>2</sup>Hernández, 2000.

del periodo Clásico y casi todo el Posclásico (450/475-1450 d.C.). La identificación de esa ocupación se basa principalmente en la presencia de los tipos de cerámica que constituyen el complejo Lerma: Paso Ancho Red Rim, Cantinas Red-Orange, Garita Black-Brown, y Encarnacion Red Zoned (Goren-

stein, 1985:41) (fig. 2). El énfasis en la decoración bicroma en el complejo Lerma lo distingue de los dos complejos anteriores de Chupícuaro y Mixtlan. Estos complejos tempranos están constituidos principalmente de tipos policromos pintados y cerámica monocroma finamente modelada y decorada.



● Fig. 2 Los tipos cerámicos de la fase Lerma (adaptado de Gorenstein 1985: figs. 62, 70, 77, y 80): *arriba al fondo*, Cantinas Red-Orange; Garita Black-Brown; Encarnacion Red Zoned; Encarnacion Red Zoned w/Negative.

Investigaciones subsiguientes en Guanajuato y Querétaro (e.g. Antonieta Moguel y Sánchez Correa, 1988; Castañeda *et al.*, 1988; Saint-Charles Zetina, 1990; Crespo, 1991a, 1991b; Nalda, 1996) han documentado la extensión geográfica de la cerámica del complejo Lerma en El Bajío. La presencia de los tipos Cantinas Red-Orange y Garita Black-Brown llega hasta sitios como El Cerrito, Querétaro (Crespo, 1991b) y Santa María del Refugio en Guanajuato (Castañeda, *et al.*, 1996) en El Bajío central, pero se concentra en los lados sureños de El Bajío. Antonieta Moguel y Sánchez Correa (1988); Castañeda, *et al.* (1988); Saint-Charles Zetina (1990), estiman que la cerámica Lerma

aparece en El Bajío entre 600 y 900 d.C., en el noreste de Michoacán durante la mitad tardía del periodo Clásico. Su esfera de distribución no parece extenderse más allá de los límites occidental y meridional de la Cuenca del Cuitzeo (Hernández, 2000).

En su interpretación preliminar, Gorenstein (1985:97) señala los siguientes puntos importantes sobre la prehistoria de Acámbaro durante la fase Lerma. Primero, los artefactos que representan la fase Lerma, el complejo cerámico Lerma, figurillas y puntas de obsidiana, tienen estilos marcadamente distintos a los que caracterizan la cultura material de las fases an-

teriores. Sin embargo, las comunidades pequeñas siguen el patrón de asentamiento de la región de Acámbaro. La reocupación de sitios menores en el circundante valle del Río Lerma se explica por un aumento de la población al fin de la fase Mixtlan.

Gorenstein (1985:97) sugiere que un factor en la expansión demográfica de la fase Lerma puede ser la inmigración de grupos foráneos. Aunque la cerámica Lerma ocurre en todos los sitios alrededor de Acámbaro, hay tipos en la superficie de los pequeños sitios en el valle fluvial que no aparecen en Cerro del Chivo. Gorenstein (*idem.*) interpreta esto como una señal de la multiétnicidad que, según las fuentes etnohistóricas, llega a ser característica de la región del medio río Lerma en el Posclásico tardío.

#### La investigación de los yacimientos de obsidiana Ucareo y Zinapécuaro en Michoacán

Bajo la dirección de Dan Healan, la Universidad de Tulane efectuó el Proyecto Zinapécuaro en 1989 con el propósito de investigar los yacimientos de obsidiana Ucareo y Zinapécuaro y los asentamientos en el noreste del estado de Michoacán (Healan 1997, 1998) (fig. 1). El objetivo del proyecto fue la investigación de los métodos prehispánicos de explotación de obsidiana. El área de investigación fue dividida en dos subzonas: la cuenca oriental del Lago de Cuitzeo y el Valle de Ucareo; en ellas fueron ubicadas tres grandes localidades de obsidiana (figs. 3a-d). La primera fase del proyecto consistió en un recorrido intensivo de la zona de investigación, localizándose treinta sitios residenciales, otros con función especial, así como más de mil canteras de extracción de obsidiana. Dentro de la segunda fase fueron realizadas excavaciones exploratorias en diversos sitios y en algunas canteras seleccionadas.

El análisis tipológico y cronológico de la cerámica (Hernández, 2000) incluyó todo el material excavado y recolectado de la superficie (en total más de 100 000 tiestos). Las metas prin-

cipales del estudio fueron establecer las fechas de ocupación del área de estudio y su contexto cultural. El análisis permitió la definición de nueve complejos cerámicos (Chupícuaro, Mixtlan, Atzimba, Ramón, Perales, Perales tardío, Cumbres, Acámbaro temprano y Acámbaro tardío) y una secuencia de siete fases. Cuatro fases de la secuencia del noreste de Michoacán corresponden a la fase Lerma en Acámbaro, Guanajuato (tabla 2).

#### Cuatro fases de cerámica en el noreste de Michoacán, que corresponden a la fase Lerma

Las primeras señales de ocupación agrícola en el sur de El Bajío pertenecen a la cultura Chupícuaro, fechada entre el periodo Formativo tardío y el Formativo terminal (Porter Weaver, 1969; Gorenstein, 1985). Los asentamientos de Chupícuaro se concentran en las riberas y en las orillas de las fuentes de mayores recursos acuáticos en el sur de Guanajuato, sobre todo en el valle del río Lerma. Hasta ahora, el corazón de la sociedad Chupícuaro se había localizado entre los sitios de Acámbaro, Tarandacua, Jerécuaro, y el sitio arquetípico de Chupícuaro, que ya no existe (Porter, 1956; Castañeda, *et al.*, 1988; Castañeda y Cano, 1993). El Proyecto Zinapécuaro descubrió ocupación Chupícuaro al oeste de Acámbaro en los sitios de la Bartolilla y Araró en la esquina sureste del lago Cuitzeo (Healan y Hernández, 1999).

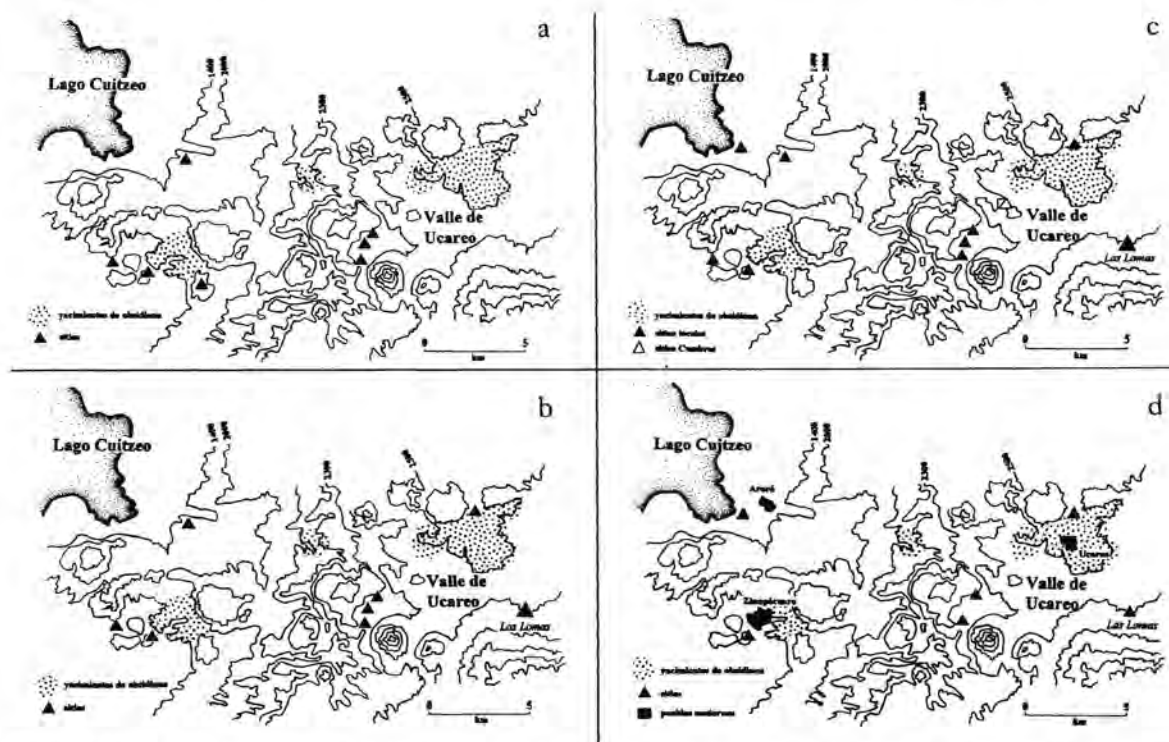
Uno de los mejores vestigios de la cultura Chupícuaro es la cerámica. El complejo cerámico de Chupícuaro consiste en una variedad de grupos de cerámica bicroma, grupos policromados y grupos monocromos con o sin decoración. El más conocido es la cerámica decorada que se localiza en la superficie y en contextos mortuorios, conmemorativos o arquitectónicos dentro de los centros cívico-ceremoniales. Datos de las excavaciones realizadas en Araró demuestran que los mismos grupos cerámicos descritos por Porter (1956) y Snarskis (1985) aparecen con cerámica utilitaria en contextos domésticos (Healan y Hernández, 1999).

<i>Acámbaro, Guanajuato</i>			<i>Área del yacimiento Ucareo-Zinapécuaro, Michoacán</i>		
Fase	Complejo	Grupos cerámicos	Fase	Complejo	Grupos cerámicos (no aparecen todos los grupos)
			Acámbaro temprano	Acámbaro temprano	Buena Vista Orange
				Cumbres	
			Perales terminal	Perales terminal	Campo Red/Brown
Lerma	Lerma	Encarnacion Red Zoned			Encarnacion Red Zoned
					Rosalinda Red/Brown Incised
		Garita Black-Brown Cantinas Red-Orange	Perales	Perales	Garita Black-Brown Cantinas Red-Orange
		Paso Ancho Red Rim			Paso Ancho Red Rim
			Choromuco	Ramón	
				Atzimba	
					Tres Palos Neg Red/White
					Tirzo Polychrome Overlay

● Tabla 2. Comparación entre las secuencias de complejos cerámicos de Acámbaro, Guanajuato y el área de yacimientos de obsidiana Ucareo-Zinapécuaro, en el noreste de Michoacán.

En el Clásico temprano, los centros de una cultura con raíces en Chupícuaro (llamada Mixtlan), continúan en la misma región, incluyendo Cerro del Chivo y los sitios de la Bartolilla,

Araró y Taimeo, en el noreste de Michoacán. Asentamientos de Mixtlan se extienden desde el corazón de Chupícuaro, al norte y a lo largo de los ríos tributarios del Lerma, hasta el centro



● Fig. 3 Área circundante a los yacimientos de obsidiana Ucareo y Zinapécuaro, en Michoacán (adaptado de Healan 1997: fig. 2): a) fase Choromuco; b) fase Perales; c) fase Perales terminal; d) fase Acámbaro temprano.

de Guanajuato. El complejo Mixtlan es muy parecido al de Chupícuaro en su alta frecuencia de cerámica decorada bicroma y policroma. Una diferencia es la menor frecuencia de decoración en la cerámica monocroma. La cerámica Mixtlan exhibe nexos de forma, decoración y estilo muy fuertes con los complejos contemporáneos al sitio Morales<sup>2</sup> en El Bajío central (Braniff, 1972), y en los sitios Loma Santa María (Manzanilla López, 1988, 1996) y Loma Alta (Michelet *et al.*, 1989; Carot, 1990; Michelet, 1993) en la región norcentral de Michoacán (fig. 1).

A partir de la mitad del periodo Clásico, las historias de Acámbaro y del área Ucareo-Zina-

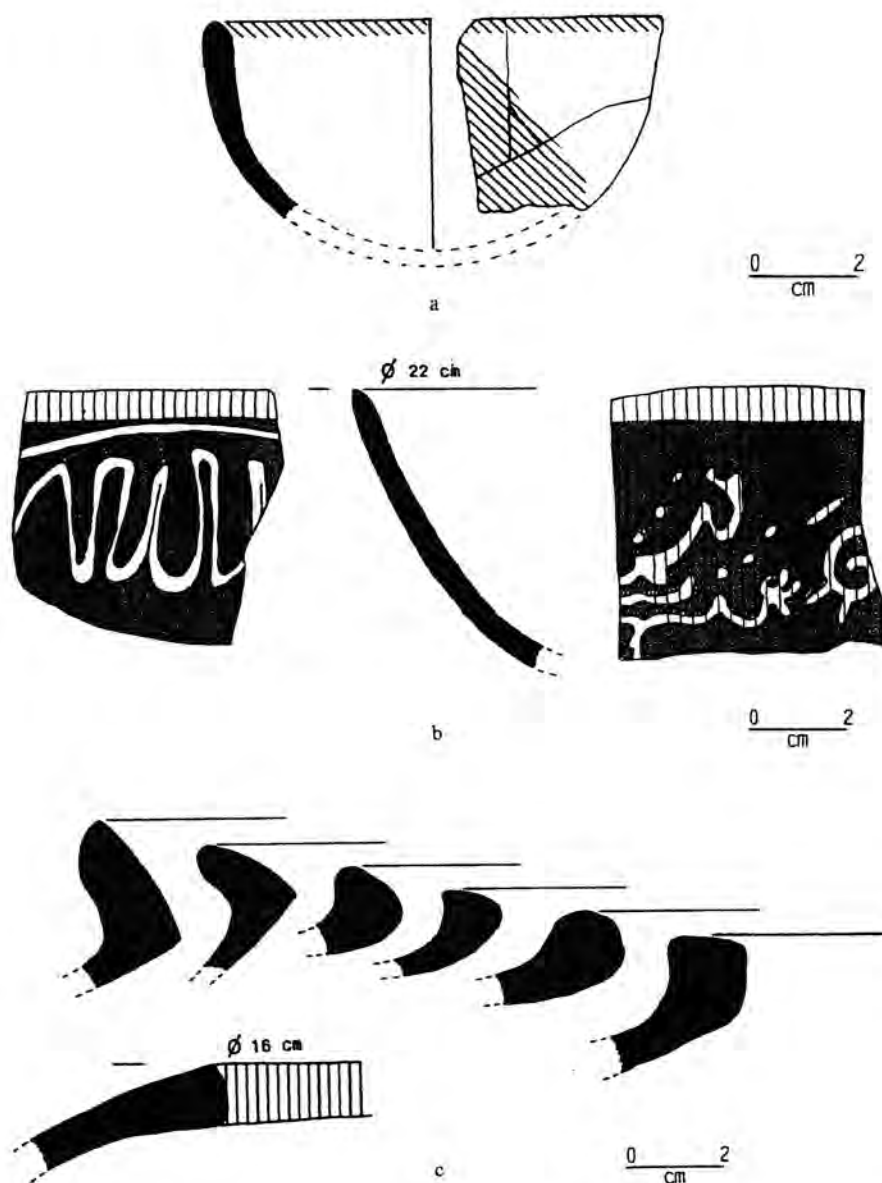
pécuaro tomaron trayectorias distintas. Los siguientes párrafos explican las cuatro fases y seis complejos en la secuencia cerámica del noreste de Michoacán, correspondiente a la fase Lerma en Acámbaro.

#### Fase Choromuco (400-700 d.C.)

La fase Lerma en Acámbaro empieza con el fin de la fase Mixtlan para los años 450 a 475 d.C. (véase tabla 2). En el área de estudio Ucareo-Zinapécuaro, estimo que la fase Choromuco empieza alrededor del año 400 d.C. (Hernández, 2000). La ocupación durante esta fase (fig. 3a) está concentrada en los sitios grandes en el margen del lago Cuitzeo. También aparecen los primeros asentamientos permanentes en el lado meridional del Valle de Ucareo. La fase Choromuco es excepcional porque la representan dos complejos cerámicos.

El primer complejo cerámico se llama Atzimba (Hernández, 2000), y combina tipos de cerámica decorada, con engobe, y monocroma sin

<sup>2</sup> Braniff (1972, 1996) fecha el sitio Morales y su asociado complejo cerámico dentro del periodo Formativo terminal y coeval con Chupícuaro. El análisis y comparación estilística de la cerámica Mixtlan con la cerámica Morales (Hernández, 2000) revelaron fuertes correspondencias entre los dos complejos que favorecen su contemporaneidad. Además, la posición estratigráfica de la cerámica Mixtlan con respecto a la cerámica Chupícuaro en sitios del sureste de la cuenca de Lago Cuitzeo, apoya fechas para ambos complejos, Mixtlan y Morales, en el Clásico temprano. En un futuro trabajo se tratará el asunto de la cronología de los complejos cerámicos Chupícuaro, Morales y Mixtlan.



● Fig. 4 Algunos tipos principales del complejo Atzimba: a) Choro Red-Orange on Cream; b) Tres Palos Negative Red on White; c) perfiles de Paso Ancho Red Rim.

decoración. La cerámica decorada es notable por el extenso uso de decoración en negativo, la policromía poscocción, y la bicromía rojo-sobre-café y rojo-sobre-engobe blanco (fig. 4). La cerámica Atzimba es transicional; exhibe un énfasis en la decoración bicroma y la decoración poscocción más que en la policromía pintada, tan definitiva de los complejos anteriores. Una cantidad menor de los tipos foranéos, Anaranjado Delgado y Del Río Red on Brown Incised (2000: fig. 68a), acompaña la cerámica Atzimba en los sitios ocupados durante la fase Choromuco.

La cerámica Atzimba se encuentra en todos los sitios ocupados durante la fase Choromuco. En los sitios en el Valle de Ucareo, un segundo complejo llamado Ramón ocurre con la cerámica Atzimba, en el mismo contexto estratigráfico (tabla 3). El complejo Ramón está constituido en primer lugar por la cerámica rojo-sobre-café (fig. 5). El grupo Ramon Red on Brown abarca una multitud de formas de vasijas trípodes con paredes divergentes, base plana y soportes de botón. Su decoración consiste en diseños pintados de rojo con motivos geométricos a gran escala. Sus formas y decoración son muy seme-



Grupo cerámico <sup>a</sup>	Capas												Total de grupos	%
	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12		
Tarasca Misc. Bucio R/Café						1							1	.04
Niveo Red Ba Buena Vista	1		2	2	10	6	1	1		6	2		31	1.48
Encarnación Red Zone	4	17		1							1		23	1.10
Campo R/C				3									3	.14
Valencia Chato Café		1	2	8	20	14	15	1	4	6	2	1	59	2.82
Cantinas R-O	6		1										7	.33
Ramon R/C Ramon R/C Negativo			11	17	7	12	25	18	33	42	34	9	208	9.95
Del Río R/C Inciso	1					1			1		1	1	5	.23
Tania Engrave							5	19	24	15	6	1	70	3.35
Tres Palos				2	6	12	7	1	7	1	1		37	1.77
Tirzo Poly Overlay		1	1	8		5		5	7	3	1	1	32	1.53
Atzimba Poly	1	1	1		3	10		2		5	11	1	35	1.67
Total	13	20	18	41	46	61	53	48	76				524	25.03
Total de capa <sup>c</sup>	43	66	76	154	190	382	283	181	210	234	192	78	(2089)	

<sup>a</sup> No aparecen todos los grupos cerámicos identificados en la cerámica recuperada del pozo.

<sup>b</sup> Porcentaje de todos los tiestos identificados en el pozo (el número en paréntesis).

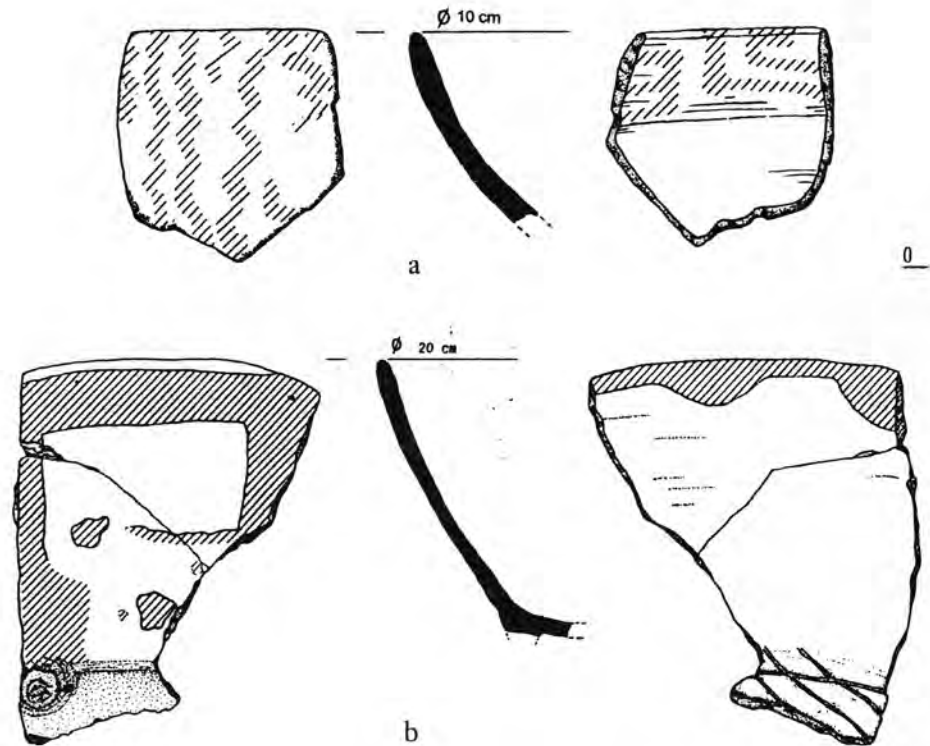
<sup>c</sup> Total de tiestos identificados en cada nivel estratigráfico. No incluye la cuenta de tiestos sin identificación.

● Tabla 3. Seriación del sitio Mendoza como ejemplo de la co-asociación de Cerámica Atzimba con Cerámica Ramón y el traslape de la cerámica diagnóstica de las fases Perales terminal y Acámbaro temprano.

jantes a la cerámica rojo-sobre-café, típica de sitios en el sur de Querétaro (Brambila y Velasco, 1988; Nalda, 1991) y de sitios fechados en el llamado Horizonte medio en la Cuenca de México (Sanders *et al.*, 1979: apéndice C).

La secuencia de Acámbaro carece de ese complejo cerámico. Gorenstein (1985:39-43, chart 2) atribuyó un grupo, Iramuco Polychrome, a un subcomplejo Mixtlan/Lerma basado en los resultados de un estudio estadístico (*k-means*)

de los datos cerámicos. El tipo Paso Ancho Red Rim (fig. 4c) exhibe atributos modales semejantes a la cerámica bicroma de la fase Lerma, pero abarca las fases Mixtlan y Lerma en la estratigrafía del pozo AC/C/NE/1 excavado en el sitio Cerro del Chivo (Snarskis, 1985:233). En el área de estudio Ucareo-Zinapécuaro, los complejos Chupícuaro y Mixtlan contienen cerámica bicroma que anticipa el tipo/grupo Paso Ancho Red Rim, que es un tipo miembro del complejo Atzimba (véase



● Fig. 5 Algunas variedades del grupo Ramón Red on Brown: a) variedad Rizo; b) variedad Grinding Bowl C.

tabla 2). En mis propias observaciones de las colecciones de cerámica excavada por el Proyecto Acámbaro (Hernández, s.f.), encontré sólo unos cuantos tiestos representativos del complejo Atzimba, y la mayoría fueron de los tipos foráneos Naranja Anaranjada y Del Río Red on Brown Incised (fig. 6).

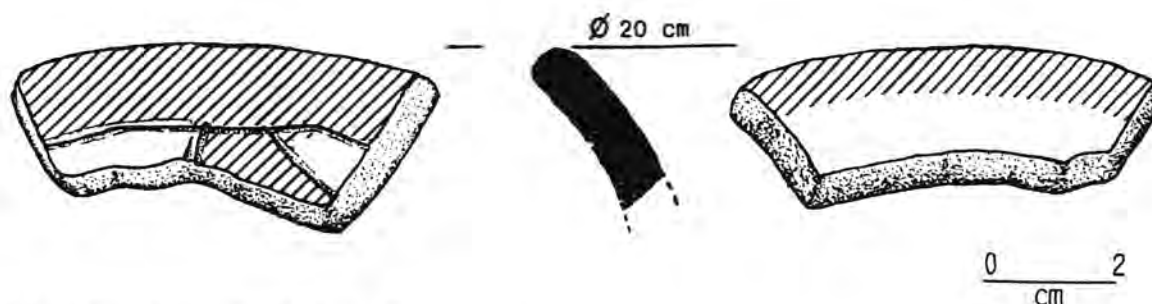
#### Fase Perales (700-900 d.C.)

En el Epiclásico, la fase Perales en el noreste de Michoacán corresponde al corazón de la fase Lerma en Acámbaro. Durante el Epiclásico, el Valle de Ucareo logra su máxima importancia como abastecedor panmesoamericano de obsidiana, sobre todo para los sitios Coyotlatelco del México central (Healan, 1998; Healan y Hernández, 1999). En la fase Perales se inicia un periodo de aumento de la ocupación y del desarrollo cultural del área de estudio Ucareo-Zinapécuaro, en especial en el Valle de Ucareo (fig. 3b). La ocupación de los más grandes sitios en la parte oriental de la Cuenca de Cuitzeo sigue. En el Valle de Ucareo, el asenta-

miento se extiende a la sección norteña próxima al yacimiento de obsidiana Ucareo. Además, aparece en el sur del valle el sitio grande de Las Lomas, que abarca más de 2 km<sup>2</sup> (fig. 3b) (Healan, 1997). El reconocimiento de superficie en Las Lomas detectó señales de la producción a gran escala de núcleos y navajillas prismáticas de obsidiana.

El complejo cerámico de Perales contiene al menos catorce grupos de cerámica decorada, monocroma y sin decoración, e incluye los tipos principales del complejo Lerma, Cantinas Red-Orange y Garita Black-Brown (fig. 7). La tabla 2 muestra la comparación del complejo Lerma y el complejo Perales. Sólo los principales tipos decorados del complejo Perales aparecen en la tabla 2.

En mi estudio de la cerámica Perales, definí dos variedades de Cantinas Red-Orange. La primera, variedad Cantinas (fig. 7a), tiene la forma conocida de cajetes trípodes con paredes divergentes y complicados diseños pintados de lí-



© Fig. 6 El tipo foráneo Del Río Red on Brown Incised

neas paralelas y motivos geométricos (Snarskis, 1985). La segunda, variedad Gorda (fig. 7b), son cajetes sin soportes, con paredes más convergentes y labios reforzados. Estas dos variedades aparecen ilustradas (“Cerámica con motivos rojos”) en el artículo seminal de Moedano (1993: lámina 4) sobre el primer estudio en el sitio La Bartolilla en las afueras de Zinapécuaro. Las dos variedades de Cantinas Red-Orange aparecen también en las colecciones de cerámica de Cerro del Chivo (Hernández s.f.).

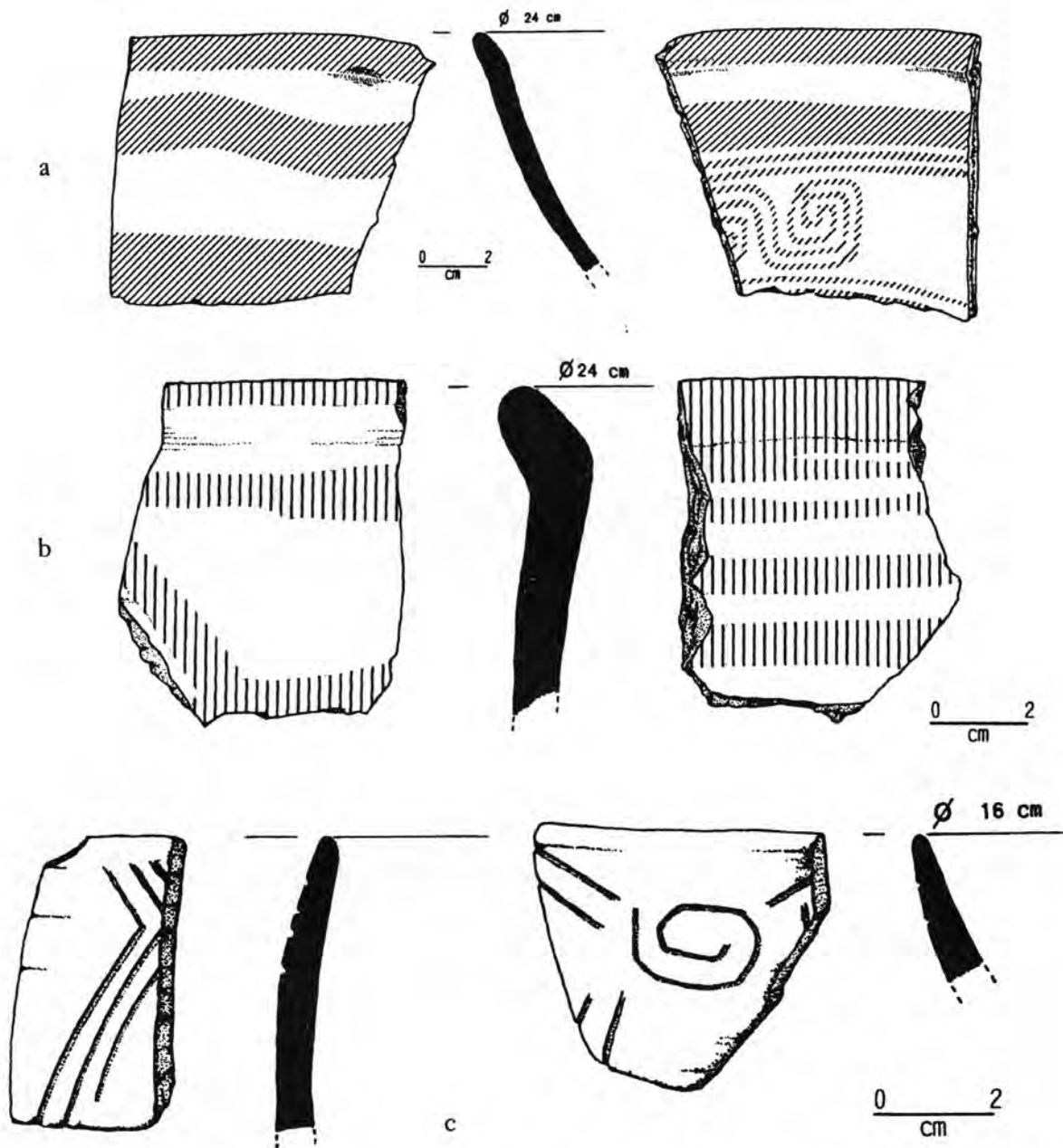
Una conexión importante entre los complejos Lerma y Perales es el conjunto de tipos Cantinas Red-Orange y Garita Black-Brown. En realidad, en El Bajío la pareja de cajete trípode con paredes divergentes y diseños pintados rojo y cajete monocromo café con diseños incisos caracteriza muchos de los complejos cerámicos contemporáneos (e.g. Braniff, 1972; Saint-Charles Zetina, 1990; Crespo, 1991; Nalda, 1991, 1996; Saint-Charles Zetina y Argüelles Gamboa, 1991). Estos subcomplejos constituyen una esfera de cerámicas<sup>3</sup> que denominé Lagos (Hernández, 2000). La esfera de cerámicas Lagos es una manifestación de una red de interacción que abarca el noreste de Michoacán, el sur de El Bajío, y porciones adyacentes de Hidalgo y México durante el Epiclásico.

<sup>3</sup> La idea de “esfera de cerámicas” viene de Willey *et al.* (1967: 306), quienes la definen como una red de escala areal o regional que conecta sitios arqueológicos contemporáneos y complejos cerámicos por tener la mayoría de sus tipos principales en común. Como explica Cobean (1990: 37-41), la esfera de cerámicas es un concepto heurístico que trata de definir los límites espacial y temporal de culturas arqueológicas.

#### Fase Perales terminal (900-1200 d.C.)

La fase Perales terminal representa la culminación de la fase anterior, fechada aproximadamente en la transición entre los periodos Clásico y Posclásico. Ucareo continúa siendo una fuente importante de abastecimiento de obsidiana (Healan y Hernández, s.f.; Healan, 1997). Todos los sitios en el área de estudio Ucareo-Zinapécuaro siguen ocupados (fig. 3c) y están asociados con un complejo cerámico que se llama Perales terminal, que es una versión distinta del complejo Perales porque carece de los tipos decorados, Cantinas Red-Orange y Rosalinda Red on Brown Incised. Los dos tipos, Encarnacion Red Zoned y Campo Red on Brown (fig. 8), empezaron como tipos menores en el complejo Perales, pero son los tipos decorados más frecuentes en el complejo Perales terminal (tabla 2).

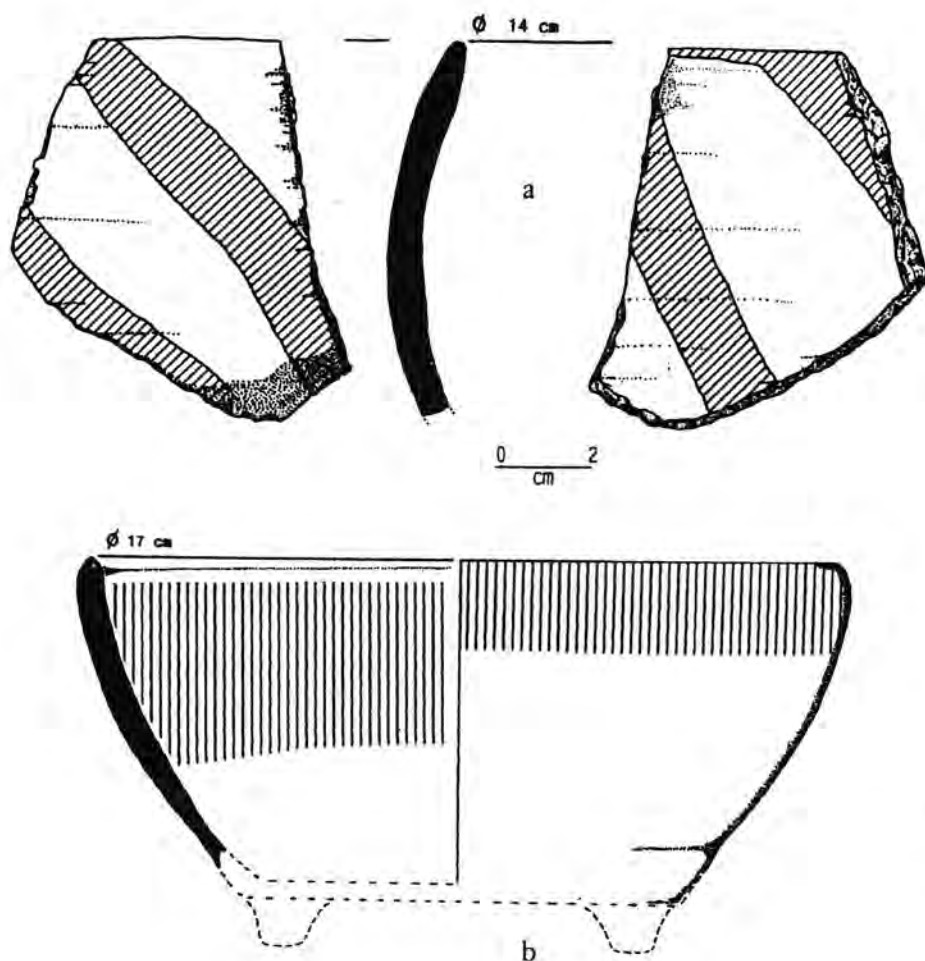
Encarnacion Red Zoned es un grupo cerámico, creado primero por Snarskis (1985:240-242) para el complejo Lerma. El grupo se divide en tres tipos potenciales que incluye una versión con negativo. Un atributo diagnóstico de la cerámica Encarnacion es un grueso engobe blanco. Mis observaciones de la cerámica Encarnacion Red Zoned, en las colecciones de Acámbaro (Hernández, s.f.), muestran que los tiestos agrupados como Encarnacion tienen y no tienen el engobe blanco. Estas tres divisiones de Snarskis (1985) y una más son encontradas entre la cerámica Encarnacion Red Zoned recolectada en el área de investigación Ucareo-Zinapécuaro. Pero, a diferencia de Snarskis (1985), separé la cerámica con engobe (la Encarnacion), de la



● Fig. 7 Algunos tipos principales del complejo Perales: a) Cantinas Red-Orange, variedad Cantinas; b) Cantinas Red-Orange, variedad Gorda; c) Garita Black-Brown, variedad Lázaro.

cerámica sin engobe a la que llamo Campo Red on Brown. Considero esta distinción muy importante porque Campo Red on Brown se parece mucho a un tipo llamado Macana Red on Brown; ésta es diagnóstica de sitios con ocupación del Posclásico temprano en sitios de la Cuenca de México (Sanders, 1986) y de la región de Tula, Hidalgo (Bey, 1986; Cobean, 1990).

Existe un aspecto más sobre el complejo Perales terminal. Hay una pequeña presencia de cerámica tolteca importada del noreste de Michoacán que acompaña la cerámica local (Hernández, 2000). Tiestos de cerámica tolteca (Joroba Anaranjado sobre Crema y Proa Crema Pulido) también están presentes en Acámbaro (Hernández, s.f.), aunque en pequeñas can-



● Fig. 8 Los tipos principales del complejo Perales terminal: a) Encarnación Red Zoned; b) Campo Red on Brown.

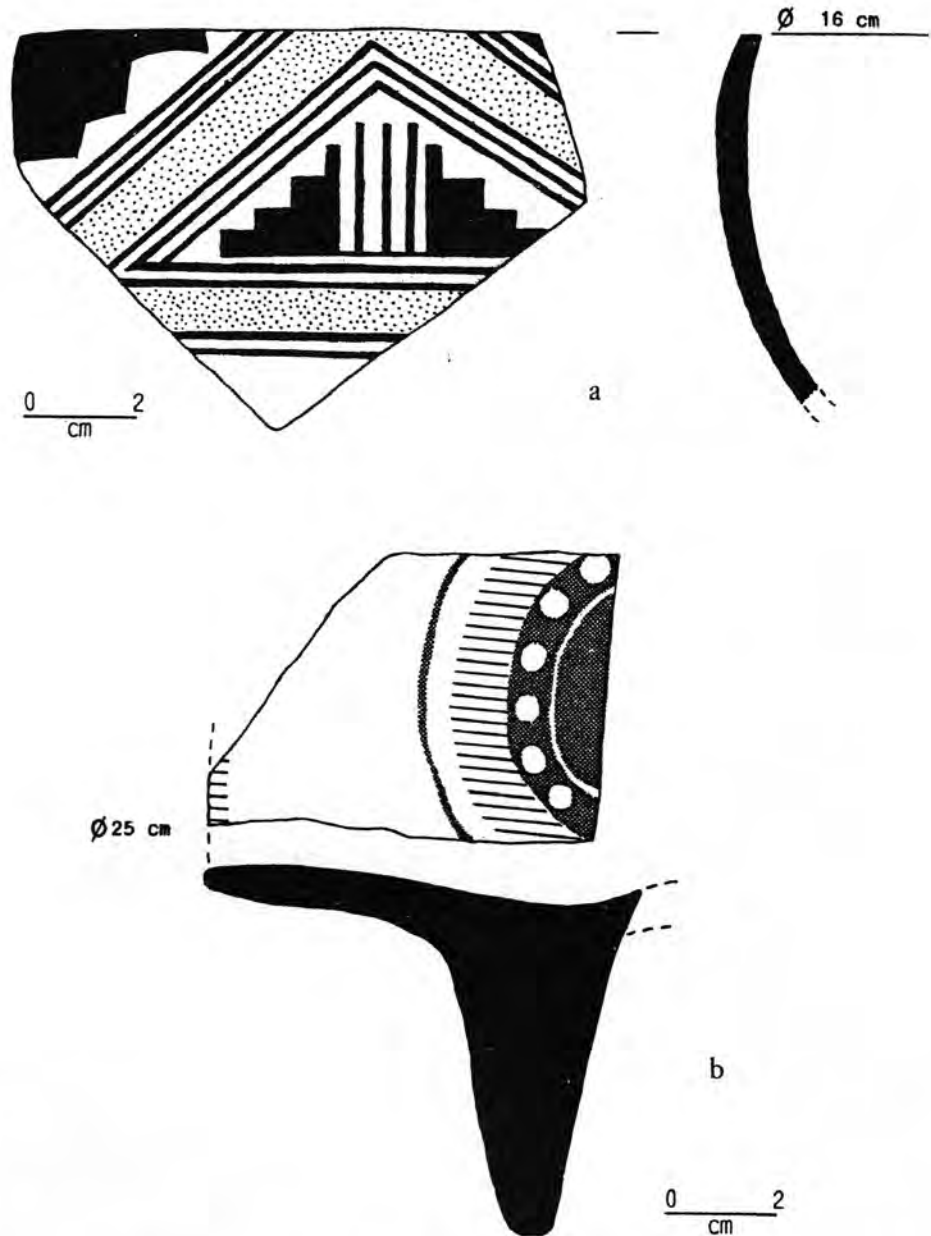
tidades es la presencia de tipos domésticos, y no hay evidencia de cerámica de lujo como Plumbate o Anaranjado Fino.

#### Complejo Cumbres

La fase Perales terminal marca por segunda vez la historia del área de estudio Ucareo-Zinapécuaro, cuando una sola fase está identificada por dos complejos cerámicos diferentes. Existe un complejo de cerámica llamado Cumbres, completamente distinto a todos los complejos locales ya descritos (Hernández, 2000). Además, la cerámica Cumbres está restringida a dos sitios apartados en el lado norte del Valle de Ucareo (fig. 3c) y se localizan en lugares estratégicos con vista al yacimiento de obsidiana Ucareo (Healan y Hernández, s.f.).

El complejo cerámico Cumbres consiste en tipos domésticos y ceremoniales (fig. 9). La cerámica decorada incluye tipos bicromos rojo-sobre-café y rojo-sobre-engobe blanco, además de tipos policromos rojo-sobre-engobe blanco, con negativo y rojo y anaranjado sobre engobe blanco. Existe también un subcomplejo de cerámica ritual que contiene braseros con pastillaje, incensarios calados e incensarios en forma de sartén. Además, hay cerámica utilitaria monocroma y evidencia de una pequeña cantidad de cerámica importada.

Los tipos que pertenecen al complejo Cumbres manifiestan correspondencias modales con los complejos cerámicos de Coyotlatelco y Mazapa del México Central (Rattray, 1966; Cobean, 1990). Se dan ligas aún más fuertes



● Fig. 9 Algunos tipos principales del complejo Cumbres: a) Cumbres Orange Polychrome; b) Cumbres Negative Red on White

entre la cerámica Cumbres y la cerámica Matlatzinca temprana de los sitios Teotenango y Calixtlahuaca, en el Valle de Toluca (García Payón, 1974; Vargas P., 1975; Sodi Miranda y Herrera Torres, 1991) (fig. 1). Existe, sin embargo, otro complejo cerámico que casi equivale al complejo Cumbres, y es la cerámica descrita por Segura y León (1981) para el sitio de Huamango en el Valle de Acambay, México (fig. 1) que dan fechas a la cerámica de Huamango entre 800 y 1300 d.C. (1981:116-117).

Considerando los vínculos con la cerámica de sitios en el Valle de Acambay y las similitudes que tiene con otros complejos cerámicos en la Cuenca de México, estimo que el complejo Cumbres se fecha aproximadamente en la fase Perales terminal. En ninguno de los dos sitios Cumbres hay indicios de ocupación anterior a finales del Clásico, ni de la producción o uso de tipos cerámicos locales. Parece que la cerámica y los sitios Cumbres coexistían aislados de los sitios Perales terminal en el Valle de

Ucareo. Los datos de asentamiento, la distribución de tipos cerámicos, y la similitud entre los complejos cerámicos Cumbres y Huamango son los tres más importantes indicadores arqueológicos de asentamientos enclaves (Crespo y Mastache, 1981; Santley *et al.*, 1987) de gente foránea del Valle de Acambay (Healan y Hernández, s.f.; Hernández, 2000).

Mis observaciones de las colecciones cerámicas de Acámbaro no revelaron cerámica Cumbres, pero sí unos raros tiestos de cerámica de Huamango (o quizá de los sitios Cumbres), que han sido identificados en otros sitios en El Bajío. En el estudio de Santa María del Refugio, Guanajuato (fig. 1), Castañeda *et al.* (1996: 172-174) identificaron un tiesto policromo como cerámica de Huamango dentro de contextos toltecas. Florance (1989) registró unos tiestos policromos en la superficie de un sitio en el Valle de Puroagüita, al este de Acámbaro, semejantes a ejemplos de cerámica foránea que acompaña los tipos de Cumbres en el Valle de Ucareo (Hernández, 2000).

#### Fase Acámbaro temprano (1200-1450 d.C.)

En las dos secuencias cronológicas, la fase Acámbaro sigue las fases Perales y Lerma. En Acámbaro, la fase de este mismo nombre empieza con la incorporación del sitio Cerro del Chivo, en el estado tarasco para el año 1450 d.C. (Gorenstein, 1985:45-46). Los principales restos arqueológicos de la fase Acámbaro son un complejo cerámico que consiste en tipos monocromos incisos, acompañados por cerámica de élite tarasca. El comienzo tardío de la fase Acámbaro hace que se extienda la fase Lerma por casi todo el periodo Posclásico.

La secuencia para el área de estudio Ucareo-Zinapécuaro adelanta la fase Acámbaro (tabla 1), con un componente temprano que abarca la primera mitad del periodo Posclásico. Los tipos locales Buena Vista Orange, Ojo de Agua y Copándaro Carved, definen el complejo Acámbaro (Gorenstein, 1985:41-45); esta cerámica y tipos locales semejantes aparecen también en

el noreste de Michoacán (fig. 10). Al contrario de lo que se encontró en Acámbaro, los tipos del complejo Acámbaro temprano traslapan los niveles anteriores atribuidos a la fase Perales terminal, en muchas de las excavaciones realizadas en sitios en el área de Ucareo y Zinapécuaro (tabla 3). La cerámica tarasca aparece después en los niveles superiores.

El Posclásico medio de Acámbaro tiene una pauta indeterminada de asentamientos, pero en el noreste de Michoacán hay una consolidación marcada de la población (fig. 3d). Los sitios pequeños en el Valle de Ucareo quedan abandonados, incluyendo los sitios Cumbres. La ocupación de los sitios más grandes parece concentrarse en zonas particulares de sus centros, y no encontramos mucha evidencia de ocupación en los sitios grandes en la Cuenca de Cuitzeo, aunque sabemos por datos etnohistóricos que existían pueblos importantes en Zinapécuaro y Araró. Es probable que la población de la Cuenca de Cuitzeo se haya concentrado también, pero en nuestro caso, los sitios posclásicos están debajo de los pueblos modernos (Healan y Hernández, 1999; Hernández, 2000).

#### Discusión

Por medio de este breve resumen de los datos preliminares de Acámbaro y de los sitios en el área de Ucareo-Zinapécuaro, puedo hacer algunas observaciones interpretativas acerca de la historia de las dos zonas. Ambas secuencias cronológicas comienzan con una fase Chupícuaro. Un complejo de cerámica Chupícuaro ocurre en el Cerro del Chivo, en los sitios en el valle fluvial cerca de Acámbaro, y en los sitios en la cuenca suroriental del lago Cuitzeo. Representan parte del asentamiento inicial de El Bajío sur al final del periodo Formativo.

Las dos fases Chupícuaro, sin embargo, empiezan en siglos diferentes. Con esto surge la pregunta: ¿cuándo comenzó y dónde se originó la cultura Chupícuaro? Con referencia al fechamiento que propuso Porter Weaver (1969), en su estudio comparativo, Gorenstein (1985:45) plantea

la posibilidad de que la cerámica Chupícuaro en Acámbaro pudiera ubicarse al inicio del Formativo tardío (650 a.C.) Mis análisis comparan los estilos cerámicos y la posición estratigráfica de la cerámica Chupícuaro, en sitios en la cuenca oriental del lago Cuitzeo (Hernández, 2000), y limitan su fecha al Formativo terminal, que inicia en el año 300 a.C. Es claro que se requieren fechas absolutas para ubicar la ocupación Chupícuaro en el sur de Guanajuato y en el noreste de Michoacán, y resolver este dilema cronológico.

La conexión cultural y cerámica entre las dos áreas sigue en el periodo Clásico con la aparición de la cultura Mixtlan alrededor del año 100 d.C. Acámbaro y los sitios en el sureste de la cuenca de Cuitzeo representan el corazón de la cultura Mixtlan, que tiene sus raíces en la de Chupícuaro. Por medio de su cerámica, sabemos que la primera se extendió del centro de Chupícuaro (en el sur de Guanajuato) al norte y al oeste, abarcando los ríos y la ribera sur del lago Cuitzeo. Con base en los fuertes nexos de similitudes cerámicas, parece que la sociedad Mixtlan formó parte de una extensa tradición cerámica que existía en el periodo Clásico temprano. Las huellas de Mixtlan se encuentran en sitios desde la parte central de Guanajuato hasta el norcentro de Michoacán. Siglos después, los vínculos de cerámica entre Acámbaro y los sitios en el área de estudio Ucareo-Zinapécuaro cambiaron.

En Acámbaro, la fase Lerma empezó en el Clásico medio. La fase Choromuco, en el noreste de Michoacán, se inició un poco antes, en el año 400 d.C. Fue durante la fase Choromuco cuando aparecieron los primeros asentamientos permanentes en el sur del valle de Ucareo. La fase Choromuco y sus dos complejos cerámicos (Atzimba y Ramón) marcaron una ruptura entre las secuencias cerámicas de Acámbaro y el área de Ucareo-Zinapécuaro.

El complejo Atzimba existe en todos los sitios en las dos subzonas del área de estudio Ucareo-Zinapécuaro, y es significativo por las siguientes razones: primera, la cerámica Atzimba apunta la transición entre las alfarerías tempranas de Chu-

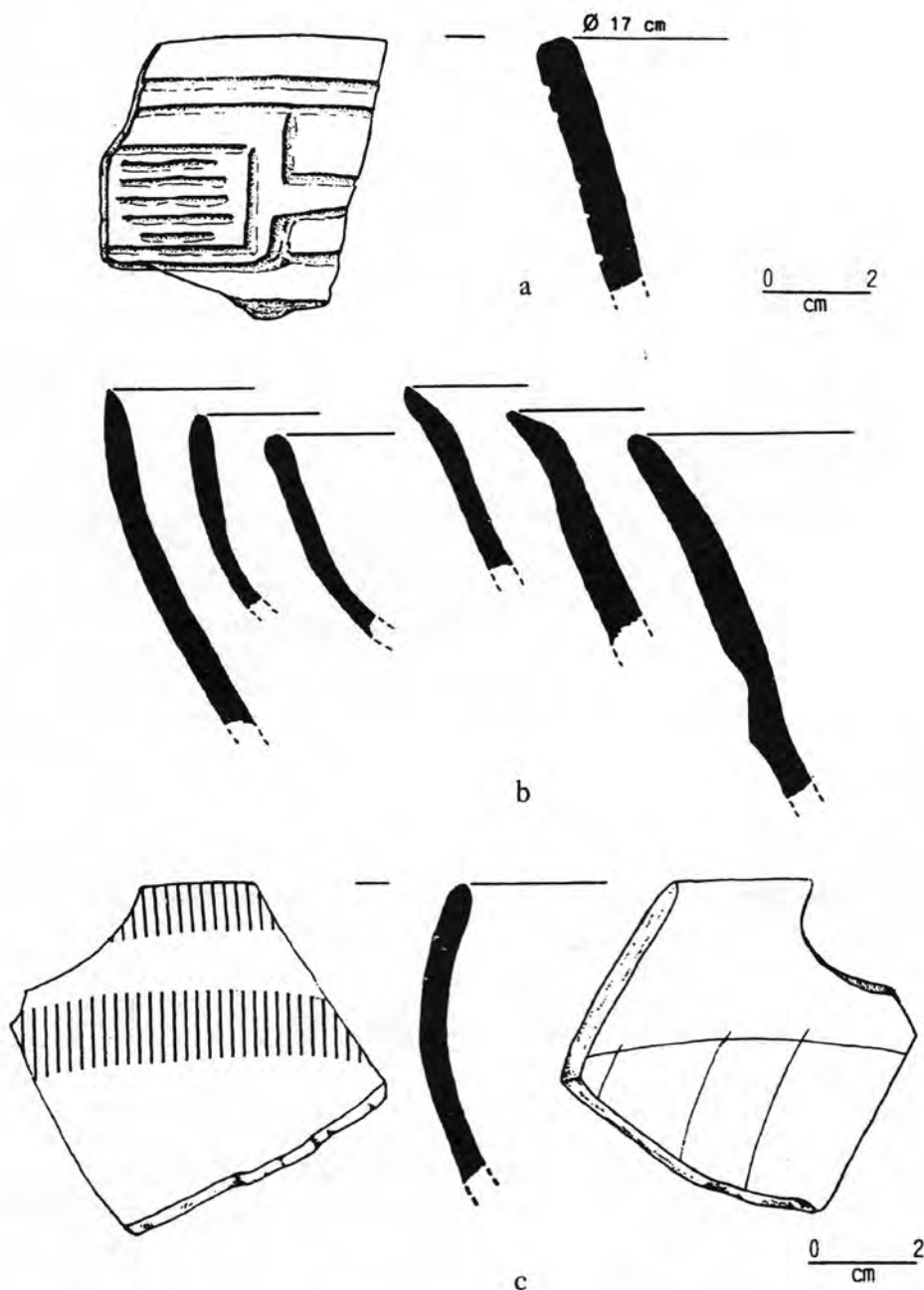
pícuaro y Mixtlan y las más recientes tradiciones Perales y Lerma; segunda, demuestra una mezcla de estilos y técnicas cerámicas, tomados de regiones occidentales y orientales. Lo más importante del complejo Atzimba es su presencia en los sitios del Valle de Ucareo. Esta evidencia soporta la propuesta de un origen local para los primeros colonizadores en el Valle de Ucareo (Healan y Hernández, 1999).

Un segundo complejo llamado Ramón se encuentra solamente en los sitios del Valle de Ucareo. La cerámica Ramón se diferencia de la cerámica Atzimba principalmente por sus formas de vasija, similar a cerámica contemporánea de Teotihuacan, su énfasis en la decoración rojo-sobre-café, y sus diseños simples a gran escala. Tales atributos ligan el complejo Ramón a otros complejos contemporáneos en sitios localizados en los sureños valles fluviales de Querétaro y en las zonas rurales de la Cuenca de México. Además, hay otro sitio en Querétaro, La Negreta (fig. 1), que tiene un complejo de cerámica rojo-sobre-café al estilo Ramón, e incluye tipos teotihuacanos y del complejo Atzimba. Las investigadoras Brambila y Velasco (1988) y Crespo (1991a) interpretan La Negreta como un sitio aberrante dentro de la esfera política del sitio El Cerrito.

Entonces, la evidencia cerámica para la fase Choromuco no es muy clara acerca de la naturaleza de los primeros sitios permanentes en el Valle de Ucareo. Es claro que están relacionados con sitios en la Cuenca de Cuitzeo. Al mismo tiempo, la cerámica Ramón provoca interrogantes acerca de las conexiones interregionales entre el Valle de Ucareo y pueblos al este del lago Cuitzeo.

¿Por qué no existe un complejo transicional en el Cerro del Chivo como Atzimba? Un examen de las colecciones cerámicas de Acámbaro revelan la presencia de un tipo, Paso Ancho Red Rim, y unas raras vasijas foráneas. Del mismo modo, Braniff (1972) tampoco identificó un complejo transicional del Clásico medio en sitios de la parte central de Guanajuato. Una posible ex-





● Fig. 10 Algunos tipos principales del complejo temprano Acámbaro: a) Buena Vista Orange Incised, variedad Buena Vista; b) perfiles de Bucio Red on Brown; c) Niveo Red Banded.

plicación es que no existe un complejo cerámico aparte de los complejos Mixtlan y Lerma en sitios de El Bajío sur. Quizás el Clásico medio en El Bajío está representado por cambios muy sutiles en la frecuencia y en los atributos modales de la cerámica Mixtlan y Lerma.

Las correspondencias cerámicas entre Acámbaro y los sitios en el noreste de Michoacán se refuerzan en el Clásico tardío. Aunque la fase

Lerma abarca casi mil años en la secuencia cronológica de Acámbaro, los dos tipos principales del complejo Lerma, Cantinas Red-Orange y Garita Black-Brown, constituyen su corazón y pertenecen al Clásico tardío. También, Cantinas Red-Orange y Garita Black-Brown forman un subcomplejo importante dentro del complejo Perales en el área de estudio Ucareo-Zinapécuaro. Cajetes trípodes pintados rojo-sobre-café y monocromos incisos ocurren en otros sitios epi-

clásicos, dentro de un área cuyo centro es El Bajío y el norte de Michoacán, extendiéndose al este hasta el sitio de Tula.

Estas parejas de vasijas representan una esfera de cerámicas llamado Lagos. La esfera de cerámicas Lagos es una manifestación de una red de sociedades interrelacionadas que conectan el México Central con El Bajío y con centros más occidentales y más norteños durante el Epiclásico. Acámbaro y los sitios Perales en el noreste de Michoacán fueron participantes. Es importante mencionar también que es precisamente en esta época cuando, según Mastache y Cobean (1989), gente de El Bajío tomó parte en la formación del centro cívico-ceremonial de Tula Chico.

Aunque no sabemos mucho sobre los detalles de la ocupación Lerma en Cerro del Chivo, tenemos más datos acerca de la sociedad Perales en el área de estudio Ucareo-Zinapécuaro. Empezando en el Clásico tardío, la ocupación del área Ucareo-Zinapécuaro logró su máxima extensión en el Valle de Ucareo, su centro en el sitio grande de Las Lomas. Algunos de los residentes de este lugar se dedicaban a la explotación sistemática a gran escala del yacimiento de obsidiana Ucareo (Healan y Hernández, s.f.; Healan, 1997). Estos eventos coincidieron con el tiempo cuando la obsidiana Ucareo fue un importante abastecimiento panmesoamericano.

La fase Perales terminal representa a la sociedad Perales en su madurez. El complejo cerámico que la define consiste en sólo dos tipos relacionados, Encarnacion Red Zoned y Campo Red on Brown. Los dos reemplazan la cerámica decorada, Cantinas Red-Orange y Rosalinda Red on Brown Incised. También se vinculan el complejo Perales con el complejo Lerma en Acámbaro.

Una revisión de los tiestos de Encarnacion Red Zoned, recuperada por el Proyecto Acámbaro, reveló que el grupo contiene vasijas con engobe y vasijas sin el característico engobe grueso. En el noreste de Michoacán, la falta de engobe

es un atributo principal que define el tipo Campo Red on Brown; éste es significativo porque exhibe fuertes correspondencias modales con el tipo Macana Red on Brown del México Central. La cerámica Macana Red on Brown es diagnóstica de la ocupación posclásica temprana en la Cuenca de México, y es parte de la esfera de cerámicas Tollan, y diagnóstica de la fase Tollan temprano en Tula (Cobean, 1990).

De forma contraria a los siglos anteriores, el comienzo del periodo Posclásico terminó con las fuertes ligas cerámicas que entrelazaban los sitios en el noreste de Michoacán y en El Bajío. La esfera de cerámicas Lagos desapareció, mientras que los tipos del complejo Tollan y otros elementos toltecas se infiltraron a los centros de sitios en El Bajío central. En cambio, sólo unos raros tiestos de cerámica tolteca aparecieron en Cerro del Chivo y en los sitios en el área de estudio Ucareo-Zinapécuaro, donde persisten versiones de los complejos Perales y Lerma.

Aparecen además dos sitios en el Valle de Ucareo, que se destacan por su singular complejo cerámico llamado Cumbres. Estos dos sitios tienen un complejo de montículos, un área residencial, y se localizan al lado norte del Valle de Ucareo, con vista del yacimiento de obsidiana Ucareo. El complejo Cumbres incluye cerámica bicroma o policroma de engobe café o blanco, con motivos pintados rojo y anaranjado que exhiben un rango de semejanza con otras cerámicas del periodo Epiclásico-Posclásico temprano en México Central, pero es casi idéntica a la cerámica que encontraron en Huamango, México (Segura y León, 1981). Esta constelación de correspondencias cerámicas sugiere que los sitios Cumbres fechan a la fase Perales terminal. El nivel sin precedencia de similitud entre los complejos Cumbres y Huamango, más su exclusividad limitada a sólo dos sitios en el Valle de Ucareo, son dos indicios importantes que sugieren que se trata de enclaves ocupados por gente del Valle de Acambay.

¿Por qué gente de Acambay tenía dos asentamientos enclaves en el Valle de Ucareo? Una

explicación amplia está fuera del alcance de este artículo, pero un modelo tentativo indicaría los siguientes puntos: 1) la aparición de los sitios Cumbres dentro de la fase Perales terminal, y 2) la escasez de indicios de contacto (como cerámica del complejo Tollan, arquitectura y escultura) con el estado tolteca. Y es que gente de Acambay fundó dos enclaves en el Valle de Ucareo, a fin de asegurar una provisión de obsidiana para exportar (Healan y Hernández, s.f.). Es posible que el destino de esta obsidiana fuera los mercados regionales del Valle de Acambay, pero los 130 km entre Acambay y el Valle de Ucareo, y la gran escala de la extracción de obsidiana en Ucareo (Healan, 1997), sugiere que habían otros motivos. Si el Valle de Acambay estaba de parte del imperio tolteca al final del periodo Clásico, es posible que parte o el total de su tributo al Estado de Tula fuera obsidiana. Los estudios de Healan (1992, 1997) —sobre la obsidiana en Tula y en el área de estudio Ucareo-Zinapécuaro— proveen datos que apoyarían este modelo. Es posible que la presencia de pueblos de Acambay en el Valle de Ucareo contribuyera a impedir la extensión occidental de la hegemonía tolteca en El Bajío sur a lo largo del río Lerma.

La fase Lerma se extiende hasta la llegada de los tarascos, cerca de 1450 d.C., y la fase Acámbaro empieza con la incorporación de Acámbaro al Estado tarasco. El complejo cerámico Acámbaro incluye tipos de cerámica monocroma incisa y grabada, un tipo con pintado rojo, cerámica de loza Querenda y cerámica foránea tarasca. De forma contraria a la situación en Acámbaro, las excavaciones exploratorias en sitios en el

área de estudio Ucareo-Zinapécuaro carecen de buenos contextos para el periodo Posclásico tardío. Una posible explicación es que, al final de la fase Perales terminal, la población dentro del área Ucareo-Zinapécuaro inició un proceso de concentración en los tres grandes sitios de Araró, Zinapécuaro y Ucareo. Hay evidencia de semejante proceso en el sur de El Bajío para el Posclásico medio (Castañeda *et al.*, 1988). Es decir, que en el área del Ucareo-Zinapécuaro probablemente los sitios de ese periodo quedan debajo de los pueblos modernos.

Hay sin embargo evidencia tentativa de un componente temprano del complejo Acámbaro, que representa el Posclásico medio en la secuencia del noreste de Michoacán. El complejo Acámbaro temprano incluye todos los tipos principales del complejo original que describió Snarskis (1985). En adición, hay un tipo de cerámica gruesa anaranjado-café, con engobe parcial de color rojo, que tiene relación con el complejo cerámico Pasta Gruesa Tardío. Este complejo caracteriza a las áreas de asentamientos mesoamericanos que permanecían dentro de El Bajío durante el Posclásico medio.

A pesar de la naturaleza única de la secuencia para el área de estudio Ucareo-Zinapécuaro, su comparación con la secuencia general de Acámbaro contribuye mucho a nuestro conocimiento de la cronología regional de El Bajío sur. El estudio comparativo de las secuencias cerámicas pone en evidencia varios asuntos sobre el desarrollo regional de El Bajío, y su papel en los eventos más grandes que abarcan otras regiones de Mesoamérica.

- Antonieta Moguel, María y Sergio A. Sánchez C. 1988. "Guanajuato y noreste de Michoacán: algunas apreciaciones cerámicas", en Rosa Brambila y Ana María Crespo (eds.), *Primera Reunión sobre las Sociedades Prehispánicas en el Centro Occidente de México*, Memoria, México, Centro Regional de Querétaro, pp. 223-235.
- Bey, George J. 1986. *A Regional Analysis of Toltec Ceramics, Tula, Hidalgo*, México, tesis de maestría, Ann Arbor, Michigan, UMI Dissertation Services.
- Brambila, Rosa y Carlos Castañeda 1991. "Arqueología del Río Huimilpan, Querétaro", en *Querétaro Prehispánico*, México, INAH (Científica, 238), pp. 137-162.
- Brambila, Rosa y Margarita Velasco 1988. "Materiales de La Negreta y la expansión de Teotihuacan al norte", en Rosa Brambila y Ana María Crespo (eds.), *Primera Reunión sobre las Sociedades Prehispánicas en el Centro Occidente de México*, Memoria, México, Centro Regional de Querétaro, pp. 285-297.
- Braniff Cornejo, Beatriz 1972. "Secuencias arqueológicas en Guanajuato y la Cuenca de México: intento de correlación", en *Teotihuacan: XI Mesa Redonda*, México, Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 273-323.
- Carot, Patricia 1990. "La cerámica protoclásica del sitio de Loma Alta, municipio de Zacapu, Michoacán: nuevos datos", en Brigitte Boehm de Lameiras y Phil Weigand (eds.), *Origen y Desarrollo en el Occidente de México*, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 69-101.
- Castañeda, Carlos, Luz María Flores, José Antonio Contreras, Trinidad Durán, Ana María Crespo y Juan Carlos Saint-Charles 1988. "Interpretación de la historia del asentamiento en Guanajuato", en Rosa Brambila y Ana María Crespo (eds.), *Primera Reunión sobre las Sociedades Prehispánicas en el Centro Occidente de México*, Memoria, México, INAH, pp. 320-357.
- Castañeda López, Carlos y Yolanda Cano Romero 1993. "Los túmulos funerarios de Chupicuaro. El caso de La Virgen, Guanajuato", en *Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana*, México, UNAM, pp. 23-28.
- Castañeda López, Carlos, Ana María Crespo y Luz María Flores 1996. "Santa María del Refugio: una ocupación de Fase Tlamimolpa en el Bajío", en Ana María Crespo y Carlos Viramontes (eds.), *Tiempo y Territorio en Arqueología: El Centro-Norte de México*, México, INAH, pp. 161-178.
- Cobean, Robert 1990. *La cerámica de Tula, Hidalgo, México*, México, INAH (Científica, Estudios sobre Tula 2).
- Crespo Oviedo, Ana María 1991a. "Variantes del asentamiento en el Valle de Querétaro. Siglos I a X d.C.", en Ana María Crespo y Rosa Brambila (eds.), *Querétaro prehispánico*, México, INAH, pp. 99-135.
- 1991b. "El recinto ceremonial de El Cerrito", en Ana María Crespo y Rosa Brambila (eds.), *Querétaro Prehispánico*, México, INAH, pp. 163-223.
- Crespo Oviedo, Ana María y Guadalupe Mastache 1981. "La presencia en el área de Tula, Hidalgo de grupos relacionados con el barrio de Oaxaca en Teotihuacan", en Evelyn Rattray, Jaime Litvak King y Clara Díaz Oyarzábal (eds.), *Interacción Cultural en México Central*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 99-106.
- Florance, Charles 1989. *A Survey and Analysis of Late and Terminal Preclassic Settlement along the Lerma River in Southeastern Guanajuato*, México, tesis de maestría, Ann Arbor, Michigan, UMI Dissertation Services.

- Flores Morales, Luz María y Ana María Crespo Oviedo  
1989. "Elementos cerámicos de asentamientos toltecas en Guanajuato y Querétaro", en *Homenaje a Eduardo Noguera*, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, pp. 205-220.
- García Payón, José  
1974. *Zona Arqueológica de Tecaxic-Calixtlahuaca y los Matlatzincas*, México, Biblioteca Enciclopédica del Estado de México.
- Gorenstein, Shirley  
1985. *Acámbaro: Frontier Settlement on the Tarascan-Aztec Border*, Nashville, Vanderbilt University (Publications in Anthropology, 32).
- Healan, Dan M.  
1993. "Local versus Non-local Obsidian Exchange at Tula and its Implications for post-Formative Mesoamerica", en *World Archaeology*, 24(3), pp. 449-466.  
1997. "Pre-hispanic quarrying in Ucareo and Zinapécuaro obsidian source area", en *Ancient Mesoamerica*, (8)1, pp. 77-101.  
1998. "La cerámica Coyotlatelco y la explotación del yacimiento de obsidiana de Ucareo-Zinapécuaro", en Véronique Darras (ed.), *Génesis, Culturas y Espacios en Michoacán*, México, Centre d'Études Méxicaines et Centroaméricaines, pp. 101-113.
- Healan, Dan M. y Christine Hernández s.f. "The Toltec world as seen from Northeast Michoacán", trabajo presentado en el simposio Tula and the Toltec World: Interregional Interaction during the Early Postclassic, Nashville, Tennessee, Society for American Archaeology, 2000.  
1999. "Asentamiento prehispánico y cronología cerámica en el noreste de Michoacán", en Eduardo Williams y Phil C. Weigand (eds.), *Arqueología y Etnohistoria. La Región del Lerma*, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 133-155.
- Hernández, Christine  
s.f. "Preliminary notes on the Acámbaro Ceramic Collections", manuscrito inédito.  
2000. *A History of Prehispanic Ceramics, Interaction and Frontier Development in the Ucareo-Zinapécuaro Obsidian Source Area*, Michoacán, México, tesis de maestría, Ann Arbor, Michigan, UMI Dissertation Services.
- Manzanilla López, Rubén  
1988. "Salvamento arqueológico en Loma de Santa María, Morelia, Michoacán", en Rosa Brambila y Ana María Crespo (eds.), *Primera Reunión Sobre las Sociedades Prehispánicas en el Centro Occidente de México. Memoria*, México, Centro Regional de Querétaro, pp. 151-159.  
1996. "La cerámica arqueológica de Loma Santa María 1, Morelia", en Ana María Crespo y Carlos Viramontes (coords.), *Tiempo y Territorio en Arqueología: El Centro-Norte de México*, México, INAH, pp. 179-190.
- Mastache, Alba Guadalupe y Robert H. Cobean  
1989. "The Coyotlatelco culture and the origins of the Toltec State", en Richard A. Diehl y Janet Catherine Berlo (eds.), *Mesoamerica after the Decline of Teotihuacan A.D. 700-900*, Washington D.C., Dumbarton Oaks Research Library and Collection, pp. 49-67.
- Michelet, Dominique  
1993. "La cerámica de Las Lomas en la secuencia cerámica regional", en Charlotte Arnauld, Patricia Caro y Marie-France Fauvet-Berthelot (eds.), *Arqueología de las Lomas en la Cuenca Lacustre de Zacapu, Michoacán, México*, México, Centre d'Études Méxicaines et Centroaméricaines, pp. 149-155.  
1989. "El proyecto del CEMCA en Michoacán Etapa I: un balance", en *Trace*, núm. 16, pp. 70-87.

- Moedano, Hugo  
1993. "La cerámica de Zinapécuaro, Michoacán", en Angelina Macías Goytia (ed.), *La Arqueología en los Anales del Museo Michoacano*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, pp. 411-429.
- Nalda, Enrique  
1991. "Secuencia cerámica del sur de Querétaro", en Ana María Crespo y Rosa Brambila (eds.), *Querétaro Prehispánico*, México, INAH, pp. 31-57.  
  
1996. "La frontera norte de Mesoamérica", en Sonia Lombardo y Enrique Nalda (eds.), *Temas Mesoamericanos*, México, INAH, pp. 255-278.
- Pollard, Helen  
1985. "Appendix II. Lerma River Basin Survey", en *Acámbaro: Frontier Settlement on the Tarascan-Aztec Border*, Shirley Gorenstein, Nashville, Vanderbilt University, pp. 153-206.
- Porter, Muriel Noe  
1956. *Excavations at Chupicuaro, Guanajuato, Mexico*, Philadelphia, The American Philosophical Society (Transactions of the American Philosophical Society 46[5]).  
  
1969. "A reappraisal of Chupicuaro", en J. Frierman (ed.), *The Natalie Wood Collection of Pre-Columbian Ceramics from Guanajuato, México at UCLA*, Los Angeles, University of California Press, pp. 5-15.
- Rattray, Evelyn  
1966. "An archaeological and stylistic study of Coyotlatelco pottery", en *Mesoamerican Notes*, núm. 7-8, pp. 87-211.
- Saint-Charles Zelina, Juan Carlos  
1990. *Cerámicas Arqueológicas del Bajío: un Estudio Metodológico*, tesis de licenciatura, Xalapa, Universidad Veracruzana.
- Saint-Charles Zelina, Juan Carlos y Miguel Argüelles Gamboa  
1991. "Cerro de la Cruz. Persistencia de un centro ceremonial", en Ana María Crespo y Rosa Brambila (eds.), *Querétaro Prehispánico*, México, INAH, pp. 57-98.
- Sanders, William  
1986. *The Toltec Period Occupation of the Valley: Part 1 Excavations and Ceramics*, The Teotihuacan Valley Project Final Report, vol. 4, núm. 13, Pennsylvania State University (Occasional Papers in Anthropology).
- Sanders, William, Jeffrey Parsons y Richard Santley  
1979. *The Basin of México: Ecological Processes in the Evolution of a Civilization*, Nueva York, Academic Press.
- Santley, Robert S., Clare Yarborough y Barbara Hall  
1987. "Enclaves, ethnicity and the archaeological record at Matacapán", en Réginald Auger, Margaret F. Glass, Scott MacEachern y Peter H. McCartney (eds.), *Ethnicity and Culture*, Proceedings of the 18th Annual Conference of the Archaeological Association of the University of Calgary, Canada, University of Calgary, pp. 85-100.
- Segura, Ángeles y Maximiliano León  
1981. "Cerámica y escultura de Huamango, Estado de México", en Román Piña Chan (ed.), *Investigaciones sobre Huamango y Región Vecina, vol. 1*, México, Gobierno del Estado de México, pp. 90-117.
- Snarskis, Michael  
1985. "Appendix III: ceramic analysis", en *Acámbaro: Frontier Settlement on the Tarascan-Aztec Border*, Shirley Gorenstein, Publications in Anthropology 32, Nashville, Vanderbilt University, pp. 207-296.
- Sodi Miranda, Federica y Hugo Herrera Torres  
1991. *Estudio de los Objetos Arqueológicos de la Cultura Matlatzinca*, Catálogo de las colecciones arqueológicas del Museo Nacional de Antropología, México, INAH.
- Vargas P., Ernesto  
1975. "La cerámica", en Román Piña Chan (ed.), *Teotenango: el Antiguo Lugar de*

*la Muralla*, México, Dirección de Turismo, pp. 189-267.

• Willey, G.R., T.P. Culbert y R.E.W. Adams 1967. "Maya lowland ceramics: A report from the 1965 Guatemala City Conference", en *American Antiquity*, 32(3), pp. 289-315.



## **El maguey y el pulque en Teotihuacan: representación y simbolismo**

En este estudio se identifican y analizan elementos simbólicos presentes en el contexto pictórico teotihuacano, específicamente de plantas y animales inmersos en el entorno ecológico (*cf.* Kubler, 1967; Berlo, 1983; Schele, 1986; Sejourne, 1959; 1966a; 1966b; Taube, 1983; Von Winning, 1987; Sugiyama, 1988; Angulo;1964;1972;1996:65-186), con la finalidad de inferir algunas actividades rituales relacionadas con el maguey y el pulque.

Día con día se conoce mejor y con más detalle el sistema religioso y social teotihuacano. Uno de estos conocimientos es la geografía cósmica expresada por los pintores en un estilo regido por la leyes sociales impuestas por los grupos dominantes. En la pintura teotihuacana se manifiesta el culto, los sacrificios y los rituales, en los cuales participan plantas y animales que representan un paraíso terrenal en correspondencia con los seres humanos y la naturaleza, en la que hombres y dioses tienen sus equivalentes animales y vegetales.

Las representaciones pictóricas de plantas y animales adquieren varios significados, desde el visual y plástico hasta el mítico y simbólico, expresados en acciones y escenas que en ocasiones no coinciden del todo con las reales, pero siempre conllevan metáforas diversas, principalmente la exaltación de la sequía y la abundancia de lluvias con relación a la fertilidad de la tierra.

En esta cosmovisión se encuentran varios actores, deidades y sacerdotisas, que dan de beber sangre-pulque a la tierra como acción de gracias, o bien como acto propiciatorio de fertilidad y surgimiento de las plantas útiles a los hombres que sustentaban el dominio del Estado teotihuacano. El sacrificio, real y simbólico, permitía alcanzar la tan ansiada fertilidad terrestre y el paraíso terrenal durante los rituales que marcaban el cambio de ciclo de la estación de secas a la de lluvias. La relación entre la fertilidad y el sacrificio, ya





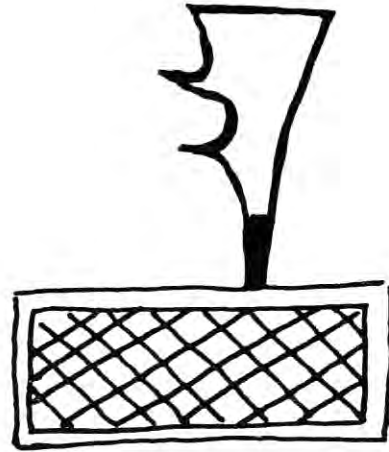
● Fig. 1 Representación del maguey completo, mural de Tepantitla. Dibujo del autor.

sea humano o de animales y plantas,<sup>1</sup> se expresa en la pintura mural y en otra clase de contextos arqueológicos que la corroboran. Puede decirse que el sacrificio constituyó en Teotihuacan una de las actividades rituales de mayor relevancia, tal como se evidencia en los hallazgos recientes en el templo de Quetzalcóatl, donde se han identificado múltiples restos humanos con atavío de guerreros sacrificados (Sugiyama, 1989; Cabrera *et al.*, 1991).

### Representaciones del maguey en Teotihuacan

El maguey y las deidades relacionadas aparecen asociados en escenas rituales que incluyen representaciones naturalistas de la planta completa o de sus partes. En el mural de Tepantitla, descubierto por Armillas y nombrado posteriormente por Alfonso Caso como “El Tlalocan” (1942), podemos observar la planta de maguey completa y en el lado derecho de ella un personaje que parece beber con un objeto (fig.1). Angulo interpreta este objeto como “un fémur utilizado como tubo para succionar el pulque” (1996:126), lo que resulta

<sup>1</sup> Para la obtención de aguamiel se tiene que “capar” al maguey, lo que significa cortar el quiote antes de que brote del centro o corazón de la planta. En conjunto, se trata de un acto que en la época prehispánica pudo denotar un “sacrificio de corazón”.



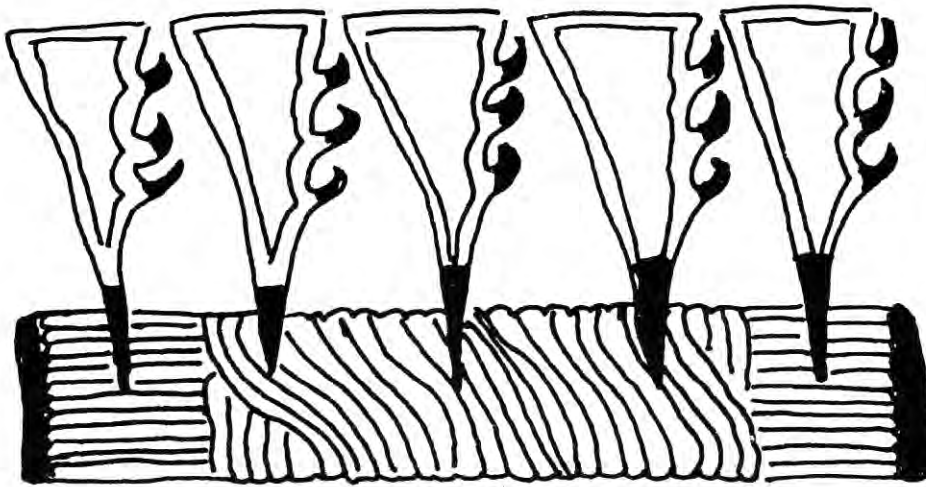
● Fig. 2 Pénca y púa de maguey, pintura del piso de La Ventilla. Tomada del dibujo de Cabrera Castro, 1996: 406, fig. 6.

congruente con la especie del maguey representado, que parece ser *Agave salmiana* o maguey pulquero, de acuerdo con las características formales de las pencas. Por otra parte, en las pinturas del piso de La Ventilla se representan las pencas de maguey para designar algún topónimo (fig. 2), y en la pintura del sacerdote-maguey de Tlacuilapaxco las pencas y las púas se incluyen en escenas rituales de plegaria del sacerdote y siembra de semilla (figs. 3 y 6).

El maguey también se pintó asociado con animales míticos como el jaguar reticulado, así como con sacerdotisas que llevan emblemas de aves rapaces como metáforas de guerra y sacrificio; también se asoció a rituales de libación a la tierra, tal como están representados en las escenas de Teopanxco y en los murales del sector 2 de La Ventilla.

### Pencas de maguey asociadas a posibles topónimos

Este elemento lo encontramos asociado en un fragmento de pintura mural (31 x 25.5 cm), procedente del barrio de Techinantitla. En este fragmento se representa al árbol florido que se abre, el cual tiene en sus flores pequeñas púas de maguey y en su base tres glifos, constituidos por tres pencas verticales invertidas (fig. 4; Berrín *et al.*, 1988:138-143).



● Fig. 3 Cinco pencas de maguey sobre un atado de maderos para quemar, como ofrenda a la tierra. Mural del sacerdote maguey, Tlacuilapaxco. Dibujo tomado de Berrin, Kathleen, *et al.*, 1988: 192, fig. VI. 21.

La pintura pertenece a un pequeño talud, sobre el cual se pintó una serpiente emplumada que derrama gotas de agua de su cuerpo ondulante (fig. 5). La preservación de los colores —verde, azul, amarillo y negro— permite apreciar un estilo preciso y delicado, reminiscencia de las pinturas de Tepantitla, según Miller (1973: 98). El topónimo árbol-tres pencas se localiza entre 33 árboles pintados bajo la serpiente del mural; Berlo (1983a) ha propuesto que puede tratarse de topónimos. Es difícil identificar la especie de las plantas del glifo árbol-tres pencas, pero sin duda denota el uso secular y ritual de las pencas del maguey en Teotihuacan. Las flores asociadas al glifo tienen dos diferentes colores: rojas y pequeños grupos de flores amarillas, también con pétalos y flores rojas (*op. cit.*: 159-161), lo que no coincide con ninguna planta real, indicando así que las flores se usaron en este caso como signos que significan “plantas”.

#### El glifo penca de maguey-red-ayate

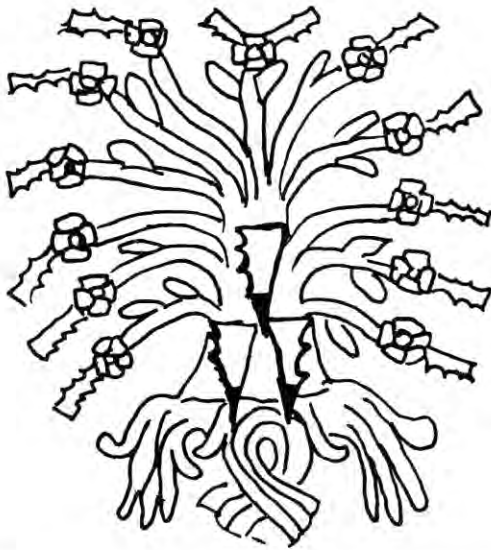
En las recientes excavaciones de La Ventilla se localizaron 42 glifos en el piso de una plaza del conjunto arquitectónico (Cabrera y Padilla, 1997: 393-406); entre ellos existe uno que consta de una penca de maguey sobre un elemento rectangular reticulado (fig. 2). Considerando que la penca está cortada, este glifo, más que representar una especie de *zacatapayolli* o bola de heno donde se depositaban las púas de

maguey para autosacrificio, parece indicar la producción de pencas de maguey como materia prima para la obtención de fibras y la fabricación de ayates o “rectángulos tejidos a manera de red”.

#### El maguey en el mural del sacerdote del barrio de Tlacuilapaxco

Este mural perteneció al barrio de Techinantitla (Millon, 1988-IV) y actualmente conocemos seis fragmentos: uno en el Museo de Arte de Chicago, el segundo en el Museo de Arte de Cleveland, el tercero en el Museo de Arte de Kimball en Fort Wort, el cuarto en el Museo de Historia Natural de Nueva York, el quinto en el Rijkmuseum Voor Volkerkunde de Leiden y el sexto en el Museo Rufino Tamayo de Oaxaca. El lugar donde estaban originalmente se conoce por el descubrimiento de pequeños fragmentos de la pintura de la pierna de uno de los sacerdotes, efectuado por Millon en el sitio de Techinantitla en 1983. Este fragmento fue localizado en un talud, como parte de los pórticos de los pasillos en torno a un patio.

En la porción superior de la pintura se ve una serpiente con doble cabeza y dientes aserrados, decorada con discos y triángulos (obsidiana y jades-chalchihuites). Está orlada por el glifo del chevrón mixteco, que en el contexto teotihuacano tiene asociaciones con el culto específico de sacrificio y guerra, relacionándose a



● Fig. 4 Topónimo de árbol con tres páas de maguey. Dibujo tomado de Berrin, Kathleen, *et al.*, 1988:33.

su vez con armas como el átlatl o tiradera de lanza, emblemas de guerra representados en varias vasijas, según apreciaciones de Langley (1986: 64-65). Bajo la serpiente bicéfala hay pares de serpientes más pequeñas, entrelazadas como el símbolo de *ollin* o movimiento.

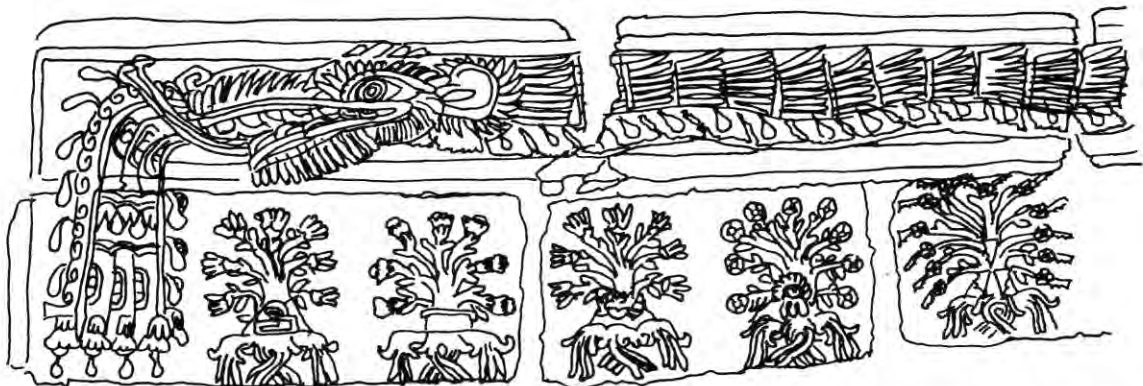
En la pintura se representa un personaje que lleva en su rostro un disco redondo a manera de *tlaxapochtli* (afeite facial), emblema de las deidades femeninas. El personaje, un sacerdote, lleva en el torso prendas, emblemas y ornamentos que distinguen su vestido, sexo, rango y estatus (Coggins, 1987, *op. cit.*:197), también lleva un espejo de cintura con emblema

(Taube, 1983) y calza sandalias que tienen el glifo *ollin*, que es una metáfora de la vida (Sullivan, 1982: 29).

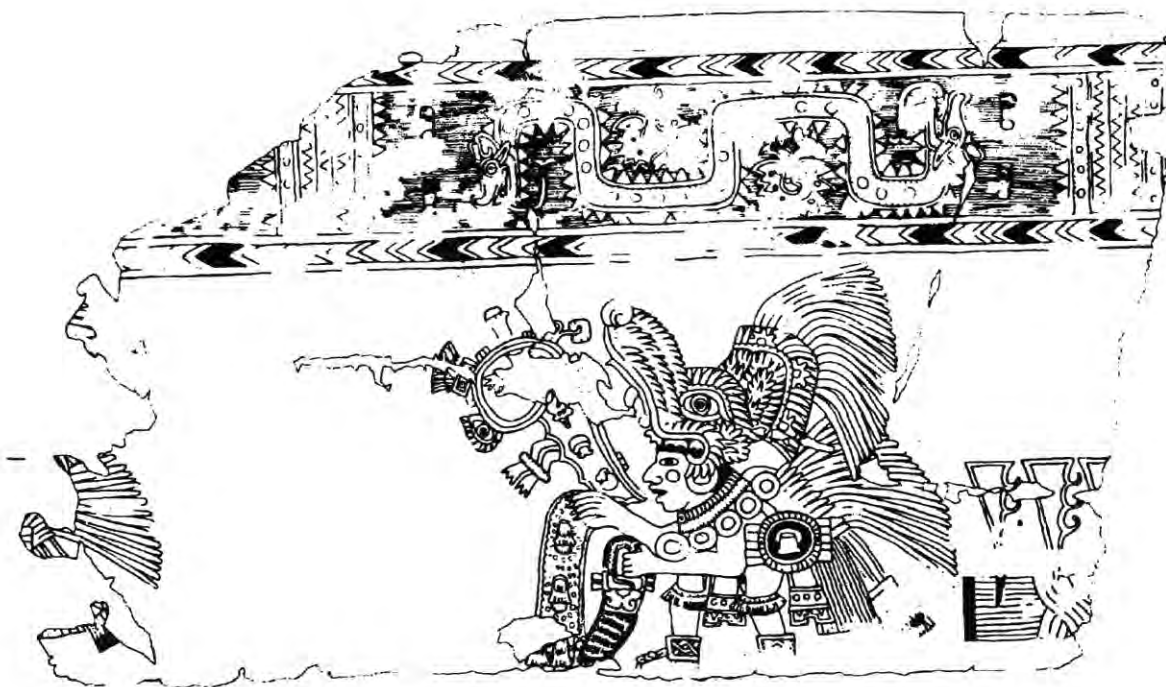
El tocado del personaje es una composición de rasgos mixtos que tiene una enorme cabeza con orejas de mamífero, dientes de cocodrilo y una sola fauce pronunciada que recuerda al cipactli-xiuhcōatl o serpiente de fuego, metáfora de la época de secas (Caso y Bernal, 1952; Coggins, 1987); esta cabeza prominente y su tocado asocian al personaje con tal culto.

La boca del personaje está abierta y de ella brota el glifo de la palabra, que es acorde con el tamaño de la cabeza y el tocado, lo que denota la importancia del personaje representado. El glifo tiene en su interior emblemas de conchas y caracoles y en el exterior flores de lirio, con el ojo emplumado y el glifo del rayo-año con chalcilhuites.

El personaje, representado de perfil, va sembrando semillas-flores con la mano derecha y en su mano izquierda sostiene una bolsa para copal. Cabe resaltar que en el tocado de plumas está el emblema de la media estrella, el cual, según este contexto, propongo que puede representar una planta estilizada de maguey, perforada por el centro. En ocasiones, de este emblema brotan tres gotas de líquido que pudo ser aguamiel, como sucede en el pectoral que porta una de las sacerdotisas de Teopancaxco (fig. 7).



● Fig. 5 Serpiente emplumada que derrama gotas de agua sobre árboles topónimos, entre los cuales se ubica el glifo del árbol con tres páas. Dibujo tomado de Berrin, Kathleen, 1988: 138, plano la-f.



● Fig. 6 Mural del sacerdote maguey, Tlacuilapaxco, púas de maguey en un ritual de petición de fertilidad. Dibujo tomado de Berrín, Kathleen, *et al.*, 1988:197 Fig. VI 21.

Flanqueando al personaje se ven sendos atados de doce carrizos o maderos y sobre cada uno de ellos, cinco pencas de maguey cortadas que muestran sus púas y espinas laterales (fig. 6). Considerando el tipo de pencas, puede proponerse que se trata de *Agave atrovirens*, que también crece en el valle de Teotihuacan, más que del *salmiana* o maguey pulquero.

Las pencas se pintaron como parte de la ofrenda, aparentemente clavadas en los atados de carrizos o maderos para el fuego sagrado, asociados en este caso a la petición de fertilidad en el momento de la siembra, que es la acción específica que desarrolla el sacerdote. La asociación de las pencas con los atados de maderos permite inferir que las espinas fueron metáforas del palo de *mamalthuaztli* que perfora y taladra para crear el fuego divino (Sahagún, 1953, libro 7: II).

La gran diosa teotihuacana era invocada en manifestaciones duales y estuvo asociada al fuego celeste como deidad que daba o quitaba la vida. En este sentido tenía relación con el *cipactli*,

asociado a la tierra voraz que consumía la sangre de vida o el pulque y el agua, y la retornaba en una acción de reciprocidad con los hombres. Así, todas las escenas pictóricas en las que aparece el maguey se refieren a la fertilidad agrícola, a la tierra, el principio femenino, la matriz. La penca-espina pudo ser una metáfora del *mamalthuaztli*, como el principio masculino, el pene que penetra a la tierra para fertilizarla.

### La deidad del maguey y el pulque en Teotihuacan

Existe una representación de la deidad del maguey y el pulque en una vasija teotihuacana (fig. 8), reportada por Miller y Taube (1993: 163) y anteriormente identificada por Alfonso Caso como el dios de la máscara (1967: 269-271).

Esta representación tiene un rostro circular, lleva máscara y sólo se notan sus ojos redondos y su boca; no se ve la nariz. Lleva dos grandes orejeras circulares, un tocado vertical alargado y con el nudo al centro, que recuerda los tocados de las figurillas de la época de Teotihuacan



● Fig. 7 Sacerdotisa de Teopancaxco, con un pectoral de maguay perforado y tres gotas. Dibujo tomado de Rubén Cabrera, 1995:161, fig. 16.3

II-IIA (100 a.C. -100 d.C.). Sobre el tocado lleva el glifo del año, el trueno o el fuego celeste, orlado por seis círculos, tal vez numerales del nombre calendárico de la deidad.

A los lados del glifo del año aparecen sendos palos para hacer el fuego —el *mamalhuaztli*—, uno de ellos con cuatro perforaciones y un madero para perforar flanqueándolo. Encima



● Fig. 8 Dios del pulque, emergiendo del centro de un maguay. Dibujo tomado de Miller y Taube, 1993: 163.

de este motivo se ve un tocado de plumas cortas y largas que caen a los lados. La cabeza del personaje parece emerger del centro de una planta de maguay, que en este caso se representó con nueve pencas. Parece decapitado, pues de su cuello brotan chorros de sangre-pulque que se ve como un líquido punteado. De las pencas del maguay brotan grandes gotas de pulque que tienen espinas por dentro, tal vez denotando la naturaleza picosa del líquido, sensación que deja el tomar pulque fuerte, el maduro.

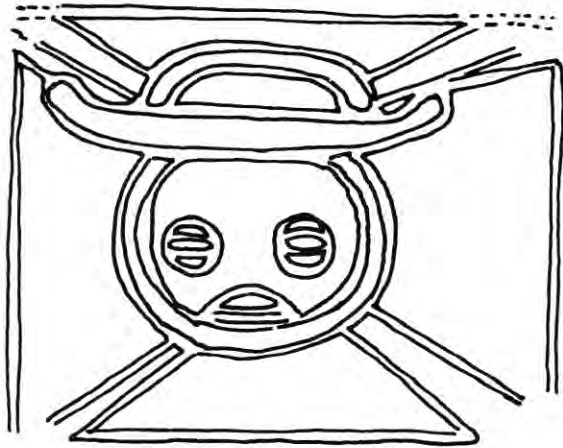
Existen varias representaciones del dios de la máscara, sobre todo en cerámica proveniente de entierros. En ocasiones el dios está dentro de una

cruz de malta (fig. 8b), que recuerda los cuatro rumbos del universo en la primera página del *Códice Fejervary Meyer*, donde el dios del centro es Xiuhtecuhtli, el dios del fuego, pero no como Huehuetéotl, sino como la advocación del fuego estelar más que del que hace el hombre. En el caso de Teotihuacan, el dios del maguay y el pulque tiene los emblemas del rayo, del tiempo y del fuego hecho por el hombre; el significado con Xiuhtecuhtli es más tardío y un tanto diferente. Los puntos de convergencia serían los siguientes: es el dios del centro del universo y de la superficie terrestre, dios del rayo-fuego celeste y el tiempo. Las divergencias serían: Xiuhtecuhtli, deidad más tardía como dios del fuego celeste, el dios de la máscara del maguay; el pulque sería el del fuego que hace el hombre.

El dios de la máscara aparece desde la época de Teotihuacan IA (200-100 a.C.) (Caso, 1966:269) y se caracteriza por sus ojos rodeados de aberturas redondas y por su tocado y máscara de cuero que ataba a su rostro. Selser lo identificó como Xipe (1902-1915,

vol V, figs. 53, 88 y lám. XXIV) dado que en sus representaciones aparece totalmente cubierto por la piel, como lo reportó Séjourné (1959, fig. 6) en un ejemplo donde se ve la máscara atravesada por costura (fig. 9). Caso indicó que la máscara se hacía con la piel del muslo, y no con la del rostro de la víctima (en contextos mexicas del Posclásico), pero existe otro dato muy interesante, pues en Teotihuacan dicha máscara es una simple penca de maguey, o bien una máscara hecha con la piel del maguey, tal como lo plantean Miller y Taube (*op.cit.*: 167). Esta máscara es parecida a las que se ponían para el cambio del siglo indígena y el encendido del Fuego Nuevo las mujeres preñadas, representadas con las máscaras de penca de maguey en la lámina XXXIII del *Códice Borbónico* (fig. 10), que se refiere al encendido del Fuego Nuevo y a la fiesta de Panquetzaliztli, festividad que en el contexto de la cosmovisión mexica celebraba el nacimiento mítico de Huitzilopochtli.

Sólo existen dos representaciones escultóricas del dios de la máscara en Teotihuacan: la publicada por Beyer (1922, vol. I:169) y la de Linné (1942: 81), las demás son figurillas y representaciones esgrafiadas en vasijas. Se conoce una vasija donde el dios del pulque se representa acompañado de Tláloc, dios del agua y del tiempo de lluvias (fig. 8c) (Séjourné 1959:156 fig. 156j). El dios de la máscara es como par opuesto de Tláloc y por ello bien pudo representar la época de secas, que es la época del año en que

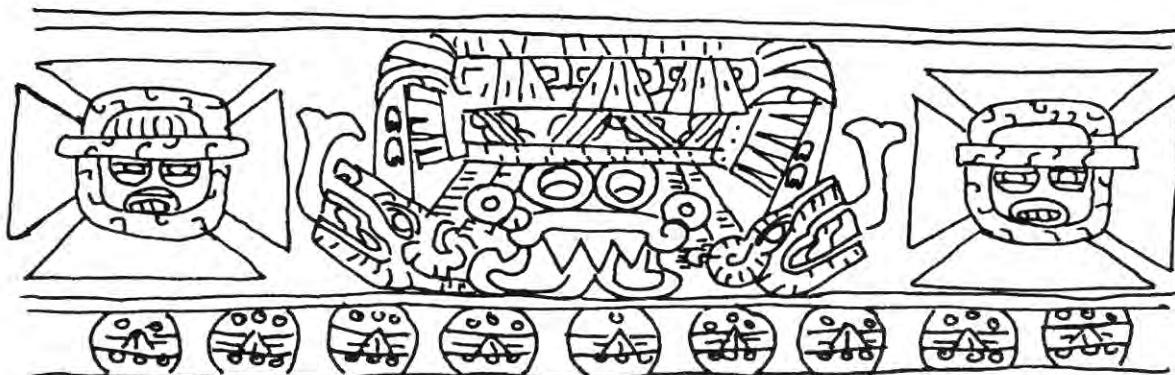


● Fig. 8b El dios del pulque como señor de los cinco rumbos del universo. Dibujo tomado de Séjourné, 1959: 156, fig. 126j.

se recolecta el mejor aguamiel para la elaboración de pulque.

Xipe aparece asociado con el glifo de la cruz de San Andrés y con símbolos y deidades del agua, y si el antiguo dios teotihuacano de la máscara puede identificarse con el Xipe del Posclásico, entonces también significaba el cambio de piel de la tierra, la transición de la época de secas a la época de lluvias, metáfora del desollamiento del maguey para obtener su piel, pero también del desollamiento del maíz al ser depositado en la tierra y renacer.

En cuanto al simbolismo asociado al ritual de beber sangre-pulque, también encontramos a Xipe relacionado con este ritual en la escultura



● Fig. 8c Dios de la máscara como contraparte de Tláloc, dios de la lluvia, glifos de una vasija esgrafiada, cerámica de entierro. Dibujo tomado de Séjourné, 1959. 156, fig. 127 A.



● Fig. 9 El dios de la máscara en un fragmento de pintura mural en el Palacio de Zacuala. Dibujo tomado de Séjourné, 1959:22, fig. 6

de Tlamimilolpa reportada por Linné (1942), quien la ubica en el periodo final de Metepec e inicio de Oztoticpac (750 d.C.). En esta escultura de barro se representó a Xipe como deidad de estilo diferente a los cánones teotihuacanos, pues fue hecha de bulto en tres módulos montables. Es hueca y mide 1.14 m, lleva una piel de desollado, un escudo cuadrado y en



● Fig. 10 Personajes que se cubren el rostro con máscaras hechas de penca de maguey. Dibujo tomado de la lámina XXXIII del *Códice Borbónico*, 1992

una de sus manos una copa con garras de jaguar para tomar sangre-pulque. Cabe anotar que uno de los nombres de Xipe en el Posclásico fue Yohualahuana —bebedor nocturno—, designación que lo vincularía con el ritual del desollamiento y la decapitación de víctimas instaurada por Xiuhcozcatl, señor tolteca que desolló a una otomí, según el *Códice Chimalpopoca* y los *Anales de Cuauhtitlán*. Fue en el último periodo de Tula, hacia el año 1000 d.C., cuando Yaotl introdujo el desollamiento de hombres en Texcalapan, donde se sacrificó por primera vez y vistió la piel del desollado (*Códice Chimalpopoca*, 1992:14).

### El jaguar reticulado y su relación con el maguey

Existe un jaguar reticulado pintado en azul sobre fondo rojo. El animal mítico se representó con ojos redondos de ave y lengua bífida de ofidio. Según Kubler, la serie más rica en representaciones de jaguares consiste en seres humanos que van vestidos con trajes del animal, cabeza, zarpas y cola, pero más frecuentemente con tocados de jaguar como los de las sacerdotisas de Teopancaxco, que llevan el emblema de las deidades femeninas de la tierra: el *tlaxapochtli* o afeitado facial.

Los jaguares reticulados también aparecen asociados al emblema de la estrella de cinco puntas y a la media estrella, en la insignia de la espalda y *quechquemilt* de las sacerdotisas, donde se pintaron pequeños magueyes estilizados que las relacionan a cultos de petición de fertilidad, como ya lo comenté. En el pectoral de las sacerdotisas está el emblema cerro-estrella-cajete invertido-tres gotas que caen, que puede ser una estilización del maguey perforado produciendo aguamiel. De su boca sale una vírgula de la palabra punteada (que puede ser el glifo del pulque), abajo vemos flores. La sacerdotisa derrama líquido precioso (sangre-pulque) que lleva en un bule flanqueado por dos objetos rectangulares para transportarlo. Estas vasijas aparecen asociadas a contextos de libación ritual a la tierra en la pintura mural de Teopan-



● Fig. 11 Ejemplos de ollas irrigadoras de los murales de Teopancaxco. Dibujo tomado de Miller, 1973: figs. 270, 351.

caxco en Teotihuacan y en las lápidas de la Pirámide de la Serpiente Emplumada de Xochicalco, Morelos (Rivas, 1993: 29-38) (fig. 11).

El jaguar reticulado también se encuentra asociado al qurote del maguey y a contextos de flores, mariposas y pájaros que cantan para atraer la lluvia, y cenefas orladas de elementos marinos: conchas bivalvas, olivas, caracoles y con flores de tres pétalos, metáforas del mar como la gran madre creadora de toda humedad desde el punto de vista climático. Así, creo que el texto jaguar-maguey floreciente significa tierra fértil-abundancia de agua y flores-pájaros-mariposas, como metáforas de la abundancia y fertilidad de la tierra que dependía de la humedad ambiental y de la lluvia (fig. 12).

La asociación jaguar-olas ondulantes y elementos marinos apareció como icono en Teotihuacan en el temprano mural de los animales míticos. Esta asociación se exaltó en la escultura adosada al templo de la serpiente emplumada,

donde se relacionó con el culto del *cipactli*, que Caso y Bernal identificaron con la *Xiuhcōatl*, que también puede ser una metáfora de la tierra en tiempos de secas, como par opuesto pero complementario de la serpiente de plumas preciosas y elementos marinos.

Según Kubler, las propiedades sugeridas por el jaguar, el pájaro y la serpiente como emblemas del agua, la tierra y el aire, apuntan más bien a poderes trascendentales de naturaleza metafísica que a la naturaleza de la guerra (*op. cit.*: 86).

### Ofrendas de libación a la tierra

En las recientes excavaciones del sector 2 de La Ventilla en Teotihuacan, se localizaron varios conjuntos ceremoniales y habitacionales de amplios espacios y buenos acabados de construcción (Padilla y J. Ruiz, 1995:173). En un conjunto de cuartos localizado al suroeste de los elementos arquitectónicos ya comentados, denominado Palacio, se localizó una uni-



● Fig. 12 Jaguar reticulado abrazando una planta de maguey. Mural del Palacio del Sol, dibujo de Felipe Dávalos G., en Miller, 1973, fig. 16.





● Fig. 13a Sacerdotisa de La Ventilla, sector 2, en una acción de derramar pulque a la tierra. Dibujo tomado de Padilla Rodríguez y Ruiz Zúñiga, 1993, t. 1, fig. 17:28, 1992-1994, sector 2, Conjunto Jaguares.

dad habitacional con una larga secuencia de ocupación manifiesta en superposiciones de arquitectura y niveles constructivos, que por su estratificación y materiales arqueológicos asociados corresponde cronológicamente al final de la fase Xolalpan y Teotihuacan IV (600-750 d.C.).

En estos conjuntos existen pinturas murales que se localizan en el pórtico al este del patio. Aunque dañadas en su porción superior por las actividades de cultivo recientes, se conservaron algunas representaciones de figuras femeninas que aparecen de perfil y muestran diseños en varios tonos (fig. 13a). Estas mujeres se pintaron con líneas rectangulares superpuestas, no presentes en el estilo teotihuacano de épocas anteriores, lo que parece indicar su manufactura por tlacuilos distintos, que retoman significados más antiguos y los expresan con formas diferentes; tal vez fueron hechos por grupos teotihuacanos en un proceso de aculturación, donde se empezaban a perder los antiguos cánones de la escuela pictórica teotihuacana clásica.

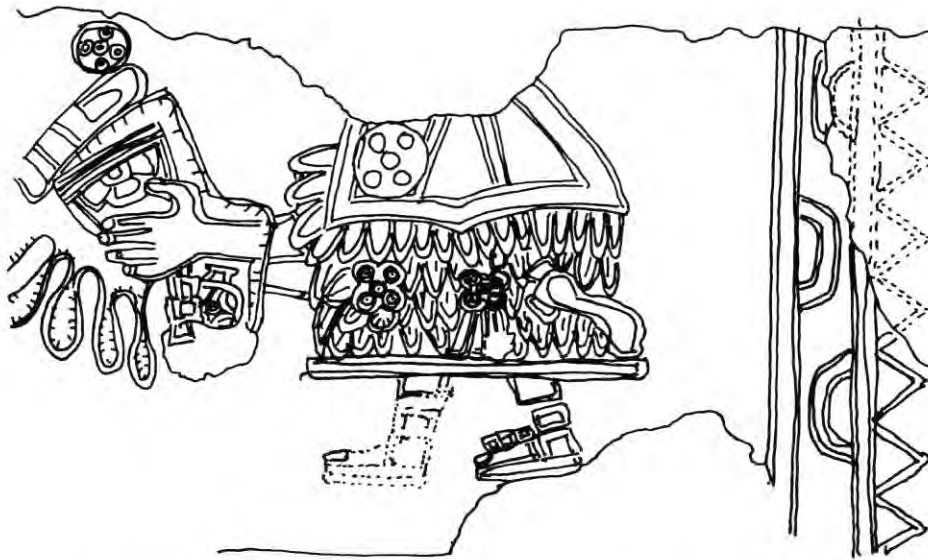
Las sacerdotisas de La Ventilla tienen tocados con chalchihuites y portan grandes orejeras re-

dondas de las que caen adornos de triángulos truncados y pequeños triángulos, llevan *quechquemitl* orlado de diseños que semejan pequeñas plumas, falda, así como pectorales de conchas y chalchihuites. En su brazo izquierdo se observa un emblema que puede representar una púa-penca de maguey recortada en su base, y con su mano derecha toman un cajete adornado con media flor de tres pétalos, invertida, del cual derrama gotas de pulque.<sup>2</sup> De su muñeca cuelga un calabazo o bule, similar a los que llevan las sacerdotisas de los murales de Teopancaxco, y de la boca de los personajes salen vírgulas de la palabra que recuerdan aquellas de los personajes con armas de Teopancaxco (Gamio, 1979, vol. II: 156-157, lám. 77).

Tres de las sacerdotisas tienen en sus faldellines aves de rapiña, representadas de frente y con las alas extendidas: se trata de la lechuza, que aparece asociada a escudos que según Kubler pueden ser emblemas vinculados con la guerra (Kubler, 1967: 86, fig. 16). La metáfora indica que se trata de mujeres guerreras que propician pulque-sangre a la tierra, suposición que parece confirmarse en el mismo contexto de los murales, ya que la cenefa está orlada de bandas verticales que representan corrientes de agua rectangulares y triángulos que aluden a lo cortante, a la obsidiana, elemento fundamental para la fabricación de armas.

Entre las sacerdotisas destaca una que lleva en su pectoral el emblema del quincunce (fig. 13b), su falda está adornada con dos flores-quincunce. En su mano izquierda vemos el cajete adornado con la flor de tres pétalos invertida y de la cual derrama las gotas de sangre-pulque. Sobre la vasija se representó un objeto que parece ser una penca para rociar el líquido y encima de ella se pintó un círculo con cinco chalchihuites en su interior, lo que parece relacionado con uno de los nombres calendáricos del pulque entre los mexicas: *macuiloctli* o pul-

<sup>2</sup> Identificadas por la similitud de las gotas con espinas que brotan de las pencas del maguey de donde emerge el dios del pulque de Teotihuacan, ya comentado en este trabajo.



● Fig. 13b Sacerdotisa de la pintura mural de La Ventilla sector 2; en su pecho tiene un pectoral con el emblema de quince. Dibujo tomado de Padilla Rodríguez y Ruiz Zúñiga, 1995, t. 1, lámina 17, 28.

que de cinco, que se ofrendaba a la tierra y al fuego al obtener las primicias del aguamiel y el pulque llamado *huitzamaniztli*, el pulque fuerte, pues al más fermentado se le llamaba *huiztli-espina grande* o *púa* (Molina, 1977:157).

Siguiendo con la descripción de la imagen de la sacerdotisa, observamos que de la muñeca le cae una vasija con el emblema del quince, que en el contexto teotihuacano se asocia al nombre calendárico del Tláloc-jaguar. Es interesante anotar que el quince en ocasiones fue sustituido por la media estrella, que para Von Winning es un símbolo acuático y para mí es la representación estilizada del maguey perforado, en ocasiones con tres go-

tas de líquido que brotan de su centro. Sin embargo, cabe aclarar que no todas las medias estrellas fueron magueyes; esto depende de los contextos rituales e iconográficos donde aparecen los magueyes estilizados que están asociados a pencas de maguey y escenas de libación a la tierra.

En cuanto a la relación del quince o quintero, existe una vasija reportada por Von Winning (1987: 66, fig. 3f) en la que se sustituye el quintero por una media estrella-maguey bajo la bigotera de Tláloc y el numeral tres dentro de un círculo orlado con triángulos pequeños (fig. 14), elemento que coincide con los de la cenefa de un objeto circular reticulado de la pintura



● Fig. 14a Vasija con una media estrella-maguey bajo la bigotera de Tláloc y el numeral 3. Tomado de Hasso Von Winning, 1987: 71, foto 3.f.



● Fig. 15 Glifo del quintero con entrelaces de red y orlado de medias estrellas-maguey. Dibujo tomado de Von Winning, 1987: 66, fig. 6.

mural de Teopancaxco, analizado por Caso (1967).

Otro elemento que apoya mi planteamiento es el ejemplo iconográfico reportado por Von Winning



● Fig. 16 Personaje pintado en el patio del sector 2, excavaciones de La Ventilla. Dibujo del autor basado en una fotografía de María Elena Ruiz Gallut, 1995.

(1987, TII: 66, fig. 6), donde aparece el glifo del quintero con entrelaces de red y orlado de medias estrellas-maguey (fig. 15). Baste recordar la asociación del jaguar reticulado que abraza el quiote del maguey, ya comentada.

### Personaje en el piso de La Ventilla asociado con el maguey

En el sector 2 de La Ventilla también se descubrió la representación de un personaje pintado de rojo sobre el piso de estuco, junto a un desagüe (fig. 16). Reportado por Román Padilla Rodríguez y Julio Ruiz Zúñiga (1995:173-189), el personaje pertenece a la pintura más temprana del sitio (fase Tlamilolpan tardío) y ha sido identificado por ellos como “cabeza de Tláloc”. Existen otros 38 motivos más pintados en el piso en este conjunto de glifos, pero el que nos interesa aquí, de acuerdo con los comentarios de Julio Ruiz Zúñiga, es el siguiente:

Asociado a la pintura detectada a la Plaza de los Glifos se localizó otra pintura en el piso [...] se trata de una imagen antropomorfa, posiblemente de un sacerdote o de una deidad.

La pintura se localizó en la porción norte, fuera del límite de la Plaza de los Glifos, en un pequeño conjunto porticado perteneciente a la arquitectura funcional de la misma plaza. Está sobre un pequeño patio hundido y se encuentra relacionado a un drenaje ubicado en el lado este.

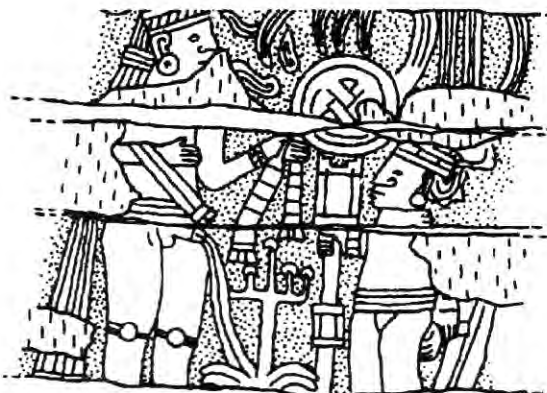
La cara está de perfil y lleva la boca abierta. Porta una orejera; del cuello pende un collar de tres elementos [cuentas] sujeto en su parte posterior. El personaje se encuentra erguido sobre sus dos pies, con el brazo izquierdo pegado al cuerpo, y su mano descansa en su muslo; el brazo derecho extendido hacia el frente a la altura de la cintura, un lienzo baja en su vista posterior. Por detrás del personaje y separado de él se reconoce una bolsa de copal con la representación de tres chalchihuites en su parte central, del nudo de la bolsa de copal sube una vírgula.

El personaje ostenta un pene [falo] erecto, con sus testículos y vellosidad; de éste sale una corriente —de agua— con signos de ojos que llegan a la salida del drenaje. Se observan también tres gotas que caen di-

rectamente sobre dos plantas de maguey en floración, además de otras plantas en la parte posterior de los talones del personaje que son iguales (*op.cit.* 1994: 189).

Independientemente de las pequeñas diferencias entre la descripción del personaje y su representación (*cf.* fig. 16), difiero de la interpretación de la vasija que el personaje lleva en la espalda, pues tiene más parecido en forma y decoración a las vasijas irrigadoras que llevan las sacerdotisas de Teopancaxco, orladas por dos placas rectangulares y plumas en su porción superior. El recipiente globular tiene tres chalchihuites o círculos concéntricos, como los de Teopancaxco, y de la vasija sale una vírgula florida indicando la naturaleza de su contenido.

El personaje fue representado con el pene erecto del cual brotan, no tres, sino cuatro gotas de semen que al caer fertilizan pequeñas plantas de maguey en floración, que no están representadas de manera naturalista, sino simbólica. En cuanto a la asociación pene-semen-maguey ya hemos comentado al respecto (Lechuga y Rivas, 1989:297-305), siendo el referente más claro el del personaje del Edificio de las Columnas en el Tajín Chico (fig. 17). Se trata de un hombre que eyacula; en el lugar donde cae el líquido, emerge una planta de maguey con quiate o floración, y frente a él se ve a otro hombre de menor tamaño que porta en su mano derecha un estandarte circular con el glifo del *ollin* o movimiento. En su mano izquierda lleva una mano cortada; tal vez se trate del ritual de desmembramiento y decapitación asociado al juego de pelota en Tajín, donde también existen escenas de libación de la sangre-semen de



● Fig. 17 Personaje labrado en las columnas del edificio del mismo nombre, Tajín, Veracruz. Escena de la creación del maguey. Dibujo tomado de Tuggle, 1970:35, fig. 39

autosacrificio, en este caso de un sacerdote de Tláloc que se perfora el pene y da de beber a un personaje con tocado de pez que emerge de un templo con agua.

Encima de tal escena se ve el glifo de la luna —humanizada y con cabeza de conejo— que tiene en una mano un rayo-serpiente. Toda la escena está asociada a la planta del maguey, representada de diferentes tamaños y una de ellas en floración. La escena mítica está flanqueada por nubes y el glifo de la luna. Venus fue personificado por un gemelo de cuerpo y con un solo rostro al centro, que flota entre las nubes del friso (fig. 18).

Finalmente quiero comentar que se tiene conocimiento de la representación de un sacerdote en el borde de un vaso cilíndrico en plano relieve de estilo teotihuacano, reportado por Von Winning (1987, TII:31, fig. 3b). El personaje derrama de un cajete un líquido con



● Fig. 18 Venus como un personaje gemelo y con un solo rostro al centro. Dibujo tomado de Ladrón de Guevara, 1999:57, tablero central del Juego de Pelota Norte, Tajín, Veracruz



● Fig. 19 Sacerdote teotihuacano que derrama un líquido con espinas a la tierra; lleva una máscara bucal parecida a Venus del Tajín. Dibujo tomado de Von Winning, t.2 fig. 3b.

espinas, asociado con un chalchihuite y un glifo de movimiento-entrelace de estilo Tajín. El líquido derramado está orlado por hojas cortas, al parecer de maguey, y cae como ofrenda para propiciar la fertilidad de la tierra y la abundancia (fig. 19). También cabe anotar que la luna y Venus estuvieron relacionados con la lluvia, el maíz y la planta del maguey en tiempos más tardíos (Šprajc, 1996:41-133).

El personaje del vaso que comento tiene una máscara bucal de la que emergen los glifos flor y pulque; la escena está enmarcada por flores de cuatro pétalos. Cabe anotar que la máscara es parecida a la que porta el personaje gemelo (Venus) del friso del Juego de Pelota N del Tajín, lo cual plantea la relación simbólica entre el ritual del maguey-pulque en contextos teotihuacanos y en El Tajín. Aunque sabemos que el maguey no prospera en la Costa del Golfo, ahí se esculpieron escenas de un ritual muy elaborado relacionado con el maguey, el pulque, así como con el sacrificio por decapitación y desmembramiento, quizá procedente de tradiciones culturales del Altiplano, como de sitios de la Sierra Gorda de Querétaro, de Hidalgo o como elemento cultural teotihuacano.

b  
i  
b  
i  
q  
i  
b  
i  
o  
g  
r  
a  
f  
í  
a

•Angulo Villaseñor, Jorge  
1964. *Teotihuacan: un autorretrato cultural*, México, tesis de la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

1972. "Reconstrucción etnográfica a través de la pintura mural", en *Teotihuacan y su Contorno*, XI Mesa Redonda de la SMA, México, Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 43-68.

1996. "Teotihuacan. Aspectos de la cultura a través de su expresión pictórica", en Beatriz de la Fuente (coord.), *La Pintura Mural Prehispánica en México*, México, IIE-UNAM, pp. 65-186.

•Berlo, Janet Catherine  
1983. "The warrior and the butterfly: Central Mexican ideologies of sacred warfare and Teotihuacan iconography", en Berlo, J.C. (ed.), *Text and Image in Precolumbian Art*, Oxford, British Archaeological Reports, 180, International Series, pp. 79-117.

•Berrin, Kathleen, Clara Millon, René Millon, Esther Paztory y Thomas K Seligman  
1988. *Feathered Serpents and Flowering Trees. Reconstructing the Murals of Teotihuacan*, The Fine Arts Museum of San Francisco.

•Beyer, Hermann  
1922. "Estudio interpretativo de algunas grandes esculturas", en *La Población del Valle de Teotihuacan*, vol. I, México, INI.

•Cabrera Castro, Rubén  
1996. "Figuras glíficas de La Ventilla, Teotihuacan", en *Arqueología*, vol. 15, México, INAH, pp. 27-40.

•Cabrera Castro, Rubén, Saburo Sugiyama y George L. Cowgill  
1991. "The Templo de Quetzalcoatl Project at Teotihuacan", en *Ancient Mesoamerica*, núm. 2, Cambridge University Press, pp. 72-92.

- Cabrera Castro, Rubén y Román Padilla Rodríguez  
1997. "Glifos teotihuacanos sobre un piso de estuco", en Rueda, Salvador, Constanza Vega S. y Rodrigo Martínez B. (eds.), *Códices y Documentos sobre México*, México, INAH, pp. 393-406.
- Caso, Alfonso  
1942. "El paraíso terrenal en Teotihuacan", en *Cuadernos Americanos*, México, núm. I (6).  
  
1966. "Dioses y signos teotihuacanos", en *Teotihuacan. XI Mesa Redonda*, México, SMA.  
  
1967. *Los Calendarios Prehispánicos*, México, IIH, UNAM.
- Caso, Alfonso e Ignacio Bernal  
1952. *Urnas de Oaxaca*, México, SEP-INAH.
- Coggins, Clemency  
1987. "Quetzalcoatl, Teotihuacan and the Maya", ponencia presentada en la 52 annual meeting of The Society for American Archaeology, Toronto.
- Código Chimalpopoca, *Anales de Cuauhtitlán y Leyenda de los Soles*  
1992. Traducción del náhuatl de Primo Feliciano Velázquez, México, IIH, UNAM.
- Gamio, Manuel  
1979. *La Población del Valle de Teotihuacan*, México, INI.
- Kubler, George  
1967. *The iconography of the Art of Teotihuacan. Studies in Pre-columbian Art and Archaeology 4*, Dumbarton Oaks, Washington, D.C.
- Ladrón de Guevara, Sara  
1999. *Imagen y Pensamiento en Tajín*, México, Universidad Veracruzana e Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Langley, James C.  
1986. *Symbolic Notation of Teotihuacan*, Londres, British Archaeological Reports, 313, Bar International Series.
- Lechuga García, Ma. del Carmen y Francisco Rivas Castro  
1989. *La Arqueología del Pulque*, México, tesis profesional, ENAH.
- Linné, Sigvald  
1934. *Archeological Researches at Teotihuacan, México*, Estocolmo, Folkensmuseum Etnografiska.  
  
1942. *Mexican Highland Cultures. Archaeological Researches at Teotihuacan, Calpulalpan and Chalchicomula in 1934-1935*, Estocolmo, Folkensmuseum Etnografiska.
- Mac Clung de Tapia, Emily  
1977. "Recientes estudios paleobotánicos en Teotihuacan", en *Anales de Antropología*, vol. XIV, México, UNAM, pp. 49-61.  
  
1979. *Plants and Subsistence in the Teotihuacan Valley, A.D 100-750*, Estados Unidos, Ann Arbor Michigan University. (Microfilme.)  
  
1980. "Interpretación de los restos botánicos procedentes de sitios arqueológicos", en *Anales de Antropología*, vol. XVII, México, IIA, UNAM, pp. 149-166.  
  
1987. "Patrones de subsistencia urbana en Teotihuacan", en Emily Mac Clung de Tapia y Evelyn Rattray (eds.), *Teotihuacan, Nuevos Datos, Nuevas Síntesis, Nuevos Problemas*, México, IIA, UNAM.
- Miller, Arthur  
1973. *The Mural Painting of Teotihuacan*, Washington, D.C., Dumbarton Oaks.
- Miller, Mary y Karl A. Taube  
1993. *The Gods and Symbols of Ancient Mexico and The Maya. An Illustrated dictionary of Mesoamerican Religion*, Londres y Nueva York, Thames and Hudson, LTD.
- Millon, René  
1988. "When do they all come from? The provenience of the Wagner Murals from Teotihuacan", en Berrin, Cathleen y Clara Millon (eds.), *Feathered Serpents and Flowering Trees*, Art Museum of San Francisco.

- Molina, Alonso de  
1977. *Vocabulario en Lengua Castellana y Mexicana y Mexicana y Castellana*, México, Porrúa.
- Padilla Rodríguez, Román y Julio Ruiz Zúñiga  
1995. "Sector 2", en Beatriz de la Fuente (coord.), *La Pintura Mural Prehispánica en México, Teotihuacan*, tomo I, México, UNAM, pp. 65-186.
- Rivas Castro, Francisco  
1993. "Dos elementos iconográficos teotihuacanos asociados al ritual del pulque en la Pirámide de las Serpientes Emplumadas de Xochicalco, Morelos", en *Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana*, núm. 24, México, UNAM, pp. 28-38.
- Sahagún, Bernardino de  
1953. *The Florentine Codex. The General History of the Things of the New Spain. Book 7*, Monographs of the School of American Research, vol. 14 (8), University of Utah, Santa Fe, New México, pp. 65-186.
- Serra Puche, Mari Carmen, Luis Torres y Alfonso Rodríguez  
1987. "Desfibradores. Análisis macroscópicos de algunos implementos en una aldea de pescadores y canasteros, Terremote-Tlaltenco", en *Antropología y Técnica*, vol. 2, México, IIA-UNAM, pp. 7-52.
- Schele, Linda  
1986. "The Tlaloc complex in the Classic period", ponencia presentada en el Symposium of the New Dynamics, Kimberly Art Museum, Fort Wort, Texas.
- Séjourné, Laurette  
1959. *Un Palacio en la Ciudad de los Dioses: Exploraciones en Teotihuacan, 1955-1958*, México, INAH.  
1966a. *Arqueología de Teotihuacan. La Cerámica*, México, Fondo de Cultura Económica.  
1966b. *Arquitectura y Pintura de Teotihuacan*, México, Siglo XXI.
- Seler, Eduard  
1902-1915. *Gesammelte Abhandlungen zur Amerikanischen Altertumskunde*, 5 vols., Graz, Austria.
- Šprajc, Ivan  
1996. *Venus, Lluvia y Maíz: Simbolismo y Astronomía en la Cosmovisión Mesoamericana*, México, INAH (Científica, 318).
- Starbuck, David  
1977. "Animal utilization and urban adaptations in Teotihuacan, Mexico", en *The Western Canadian Journal of Anthropology*, núm. VII (1), pp. 151-162.
- Sugiyama Kawamura, Saburo  
1988. "Los animales en la iconografía teotihuacana", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, núm. XXXIV (1), Sociedad Mexicana de Antropología, México, pp. 13-52.  
1989. "Burials dedicated to the Old Temple of Quetzalcoatl, Teotihuacan, México", en *American Antiquity*, núm. 54 (1), pp. 85-106.
- Sullivan, Thelma  
1982. "Tlaxolteotl-Ixcuina: The great spinner and weaver", en *The Art and Iconography of Late Postclassic Central Mexico*, Dumbarton Oaks, Washington, D.C.
- Taube, Karl A.  
1983. "The Teotihuacan spider woman", en *Journal of Latin American Lore*, Estados Unidos, Latin American Center, University of California at Los Angeles, pp. 107-189.
- Tuggle, David H.  
1970. "El significado del sangrado en Mesoamérica: la evidencia del Tajín", en *Boletín del INAH*, núm. 42, México, pp. 33-38.
- Winning, Hasso Von  
1987. *La Iconografía de Teotihuacan. Los Dioses y los Signos*, 2 vols., México, UNAM.

*Carmen Aguilera\**

## **Escultura teotihuacana de la diosa Toci en la Sala Mexica del Museo Nacional de Antropología**

En la nueva Sala Mexica del Museo Nacional de Antropología se exhibe una escultura en barro hasta ahora no identificada, procedente de Teotihuacan y que ha sido restaurada (fig. 1).<sup>1</sup> Su ficha técnica tiene el núm. de catálogo 11-83-58, y el núm. de inventario 10-56-42-50. Al frente se modeló una figura humana que mide 125 cm de alto por 38 cm de ancho a la altura de los hombros. Atrás lleva adosado un tubo soporte que comienza en un cono truncado con el borde abajo más amplio para que la figura pueda descansar con seguridad; enseguida una parte esférica con una abertura rectangular a cada lado. El soporte termina arriba en un tubo de borde revertido, pintado con franjas de color azul, amarillo, rojo y blanco; de éste cuelgan unos discos blancos que posiblemente fueron de concha. Las dos aberturas rectangulares en los lados del cuerpo esférico sugieren que el soporte podía funcionar como incensario o estufa. Atrás del soporte están el arranque y el fin de un asa que servía para mover el objeto, especialmente si estaba caliente.

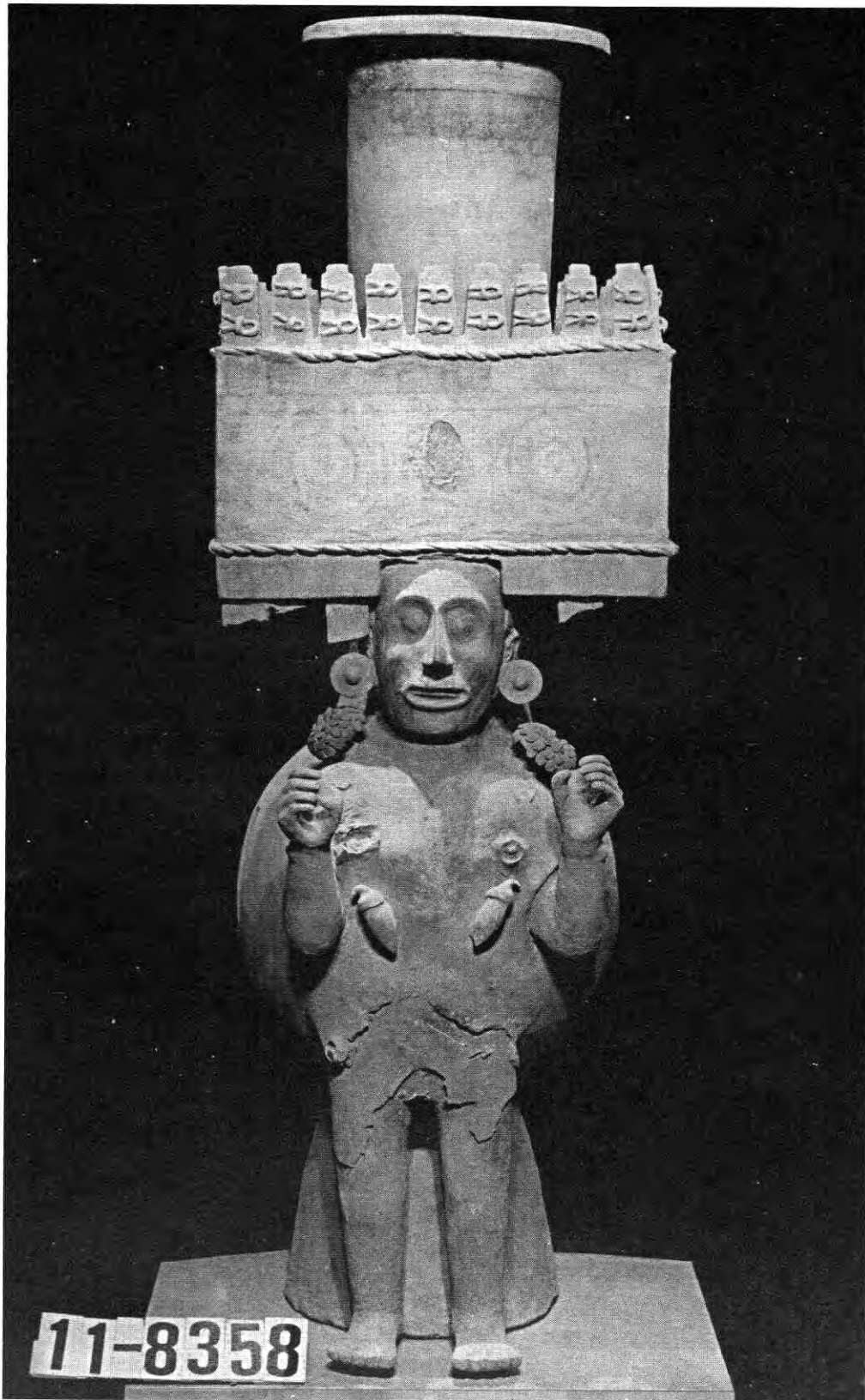
La figura al frente es un personaje de buenas proporciones. Sobre su cabeza lleva un tocado que consiste en una caja grande hueca que tiene arriba 23 merlones, cada uno con una pequeña forma ahorquillada al pastillaje. Arriba y abajo, rodeando la caja, se adhirieron cordeles de barro al pastillaje, y entre ellos se pintaron discos grandes hoy apenas visibles, dos al frente y uno a cada lado. Entre los dos discos del frente hay una huella oblonga que quizás albergó una piedra plana de la misma forma de material semiprecioso. La caja tiene en su parte frontal inferior, a derecha e izquierda, los arranques de lo que fueron tres tiras que colgaban. El rostro de la figura tiene facciones finas, ojos cerrados, nariz afilada, boca grande entreabierta que deja ver una franja angosta. Las orejas están cubiertas por orejeras grandes de disco y barra.

El cuerpo viste una prenda de bordes irregulares con cuello en “V”, que le cubre los brazos hasta antes de los codos y se estrecha hasta llegar abajo de los

\* Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, INAH.

<sup>1</sup> Agradezco a la Subdirección de Arqueología del Museo Nacional de Antropología y a José Luis Rojas por la fotografía y datos proporcionados.





● Fig. 1 Escultura de la diosa Toci. Sala Mexica, Museo Nacional de Antropología.

genitales; éstos y la prenda han desaparecido por fractura. Sobre cada hombro aparece una flor y abajo hay rastros de dos formas ovales donde estaban incrustados objetos hoy perdidos. Como a 10 cm más abajo se ven dos chiles con una capucha en su parte superior. Los brazos están doblados al frente, y los dedos de las manos se curvan dejando un hueco como si sostuvieran algo. Las piernas, ligeramente dobladas, terminan en pies un tanto separados que descansan perfectamente sobre el piso. El estudio de sus atavíos, el tocado, la pintura facial, la piel y las flores hicieron posible la identificación del personaje en la escultura.

### Tocado

El tocado que porta la escultura es el llamado *amacalli* o “hueco de papel” (*amatl*, “papel” y *calli*, “hueco u oquedad”). Esta última acepción de *calli* es menos conocida, que la de “casa”. Posiblemente se remonta a tiempos antiguos cuando los hombres se refugiaban en abrigos rocosos que llamaron *calli* u oquedad y más tarde, al construir habitaciones, trasladaron el nombre a los lugares donde habitaban que son huecos al interior, pero el significado anterior convive con el posterior.

El *amacalli* no es un elemento diagnóstico o definitivo para identificar al personaje en la escultura, porque lo llevan otras deidades femeninas y masculinas como Chicomecóatl, Chalchiuhtlicue, Xilonen, Tzapotlatena, Uixtocihuatl, Tomiyauh, Nappatecuhtli, Totoltecatl y Toci (León-Portilla, 1993:120, 132, 133, 134, 134, 136, 138, 140, 142, 144). El dibujo del *amacalli* en estas deidades es pequeño y presenta variables, pero está reproducido de manera cabal en el *Códice Borbónico* (1980: 30) (fig. 2). Lo porta el sacerdote de gran altura y fuerza llamado Tecizcuacuilli, “ministro del caracol” (Garibay, 1958, IV: 353), quien personificaba a la diosa Toci, “Nuestra abuela”, en su fiesta llamada Ochpaniztli, “barrimiento de caminos”.

En este códice, el *amacalli* consta de la caja o casquete que tiene al frente dos ángulos encon-

trados y atados. Sobre él se fijó un signo del año del que sobresale un cono azul con discos amarillos que es un ramo de *yauhtli*, de tallos azules atados que forman el cono y encima sobresalen sus flores amarillas. De éste se levanta una espiga amarilla con una mazorca a cada lado, una blanca y otra roja y largas hojas de maíz. Un poco abajo, a cada lado del tocado, aparecen rosetas multicolores de las que cuelgan tiras largas de papel, como debió tener la escultura, de color amarillo, rojo, azul y verde, en dos secciones, que cuelgan hasta los pies.

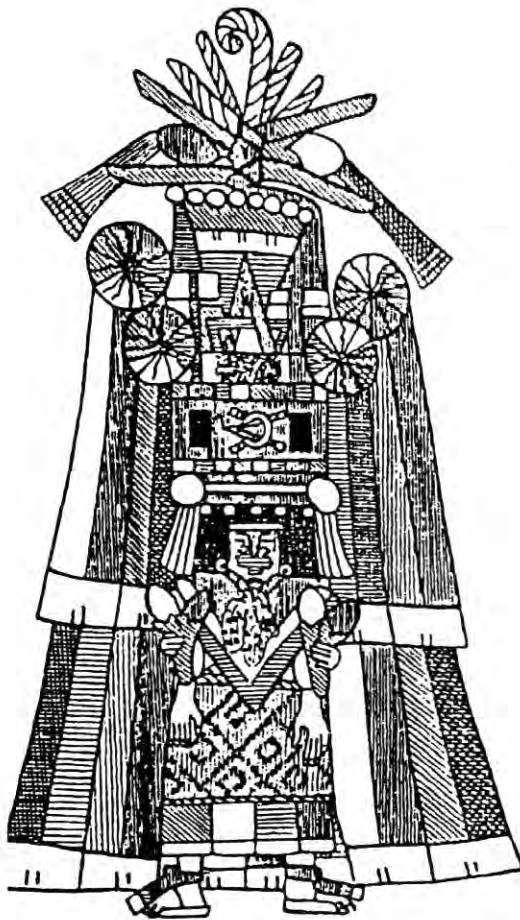
### La máscara sobre el rostro

El rostro de la escultura está oculto bajo una máscara, de piel ajustada con los ojos cerrados. Los músculos flácidos del rostro hacen destacar los pómulos y sumir las mejillas y el labio inferior se cuelga un tanto y deja ver arriba una línea, que es la boca real del portador. Aunque la pintura está muy desteñida en la escultura, se aprecia que el rostro es rojo con negro sobre la boca. El color del rostro y los ojos cerrados concuerdan con los del *teccizcuacuilli* en el *Códice Borbónico* (1980: 30) (fig. 2) y sugieren que la máscara de la escultura está hecha de piel humana, como la piel que viste.

### La prenda de vestir

El personaje en la escultura lleva puesta una prenda que, por estar muy ajustada al cuerpo y tener bordes irregulares, sugiere ser una piel humana femenina. En la parte superior están marcados los pezones de los senos y enseguida, bajo la piel, se notan las protuberancias de las tetillas del hombre que porta la piel. Abajo a la izquierda hay una protuberancia con hoyo: es posible también que hubiera uno a la derecha, cuya función se desconoce.

Esta piel no puede ser otra que la de la víctima femenina inmolada en la fiesta de la diosa Toci. Para este evento se escogía a una mujer madura, que la noche anterior a la fiesta la ataviaban como la diosa y la llevaban al lugar del sacrificio. El *Códice Florentino* refiere:



● Fig. 2 El sacerdote *teccizcuacuilli*, personificación de la diosa Toci (*Códice Borbónico*, 1980: 30).

...llegada la media noche, llevabanla al cu, donde había de morir: y nadie hablaba, ni tocía, quando la llevaban, todos iban en gran silencio: aunque iba con ella, todo el pueblo. Y desde que había llegado al lugar donde la habían de matar: tomábanla uno sobre las espaldas, y cortábanla de presto la cabeza: y luego caliente la desollaban, y desollada, uno de los sátrapas, se vestía su pellejo: al que llamaban *teccizcuacuilli* para esto, el mayor de cuerpo, y de mayores fuerzas (1979, 2: f.67r).

El *amacalli* y la piel humana de mujer indican que el personaje que los lleva en la escultura de arcilla es el *teccizcuacuilli* o representante de la diosa Toci. En el *Códice Borbónico* (1980:30), es también claro que el sacerdote con el *amacalli* es el *teccizcuacuilli*, porque abajo de las manos que sostienen mazorcas gemelas, una roja y otra amarilla, cuelgan las manos inertes, amarillas, de la mujer desollada.

### Las flores sobre los hombros

Las flores sobre los hombros del personaje están tan bien hechas que se identificaron sin dificultad como *cempoalxóchitl*. La planta florece desde agosto o septiembre hasta noviembre por lo que, tanto antiguamente como en la actualidad, es la flor de las festividades de la cosecha y de los muertos. En la fiesta de Ochpaniztli se efectuaba un baile que duraba ocho días, y los participantes agitaban *cempoalxóchitl* en rama en las manos (*Códice Florentino* 1979, vol. 1, lib. 2, f. 119v). En el *Códice Magliabechiano*, aparece Toci y dos guerreros, con flores de *cempoalxóchitl* en las manos (fig. 3).

Después del baile, con los ramos de flores, las mujeres médicas, viejas y mozas y algunas prostitutas, escenificaban una pelea, donde también intervenían las flores de *cempoalxóchitl*. Las mujeres hacían la escaramuza delante de la mujer que iba a morir, para que no estuviese triste, porque si lloraba significaba que iban a morir muchos guerreros en la guerra o muchas mujeres con el niño dentro. Dice el *Códice Florentino* (1979, lib. 2, f. 120r):

La pelea era, que se apedreaban, con pellas, hechas de aquellas hilachas, que nacen en los árboles: o con pellas, hechas de hojas de espadañas, con hojas de tunas, y con flores amarillas, que llaman de *cempoalxóchitl*.

### Chiles

Los chiles tienen una capucha junto al tallo, que Janet Long Solís me hizo notar; estos frutos aparecen en el *Códice Mendocino* (1979:161) (fig. 5); por ser picantes, posiblemente aluden al carácter guerrero de la diosa.

### La diosa Toci

El personaje que portaba el *amacalli* y la piel humana, como el personaje en la escultura, era el representante de Toci, "Nuestra abuela". Era una diosa de las más veneradas en el panteón mexica, y está descrita sólo después de Chalchiuhtlicue y Chicomecóatl (*Códice*

*Florentino*, 1979, vol. 1, lib. 2, f. 66r y v). A Toci también se le conocía como Teteo innan, “Madre de los dioses”, Tlalliyolo, “Corazón de la tierra” y Temazcalteci, “La abuela del temazcal”. Sus nombres denotan su importancia: es abuela de los hombres, madre de los dioses y patrona del baño de vapor, tan necesario entre los antiguos mexicanos. Puesto que es el corazón de la tierra, la hace temblar y origina los terremotos.

Toci era la patrona de las médicas y comadronas: las que daban sedantes a la parturienta y que inducían abortos, las que leían el futuro tirando granos de maíz, las que leían la fortuna con nudos en cuerdas, y las que sacaban objetos del cuerpo y gusanos de los dientes y de los ojos. Toci era además una diosa guerrera: porta un escudo y como arma una escoba ensangrentada (*Códice Florentino*, 1979, vol. 1, f. 10v). También era patrona de los médicos: los que sangraban con sanguijuelas, los que sanaban hemorroides, los que purgaban a la gente y los que curaban enfermedades de los ojos.

La descripción de los atavíos de la diosa varía en las fuentes. Los *Primeros Memoriales* (León-Portilla, 1992: 128-129), dicen que la diosa llevaba el *amacalli*, pero éste no se ve en la imagen. El texto añade que llevaba orejeras de pájaro azul, el tocado de algodón flojo con un borlón de palma, falda de estrellas, enagua blanca, escudo con un disco de oro al centro y su escoba. En el *Códice Magliabechiano* (fig. 3), la diosa Toci lleva el tocado de algodón flojo con dos plumas rayadas de negro y un ramo de quetzales. En las ilustraciones de la *Historia* de Durán (fig. 4), en un caso de escenas múltiples, aparecen tres escenas, aunque están ya muy occidentalizadas. Arriba, de mayor altura está la personificación de Toci, blandiendo escoba y escudo. Abajo a la izquierda se escenifica un combate entre el señor con el *quetzalapanecayotl* (Aguilera, 1980) o penacho de quetzales y un guerrero con *ichcahuipilli* o camisa forrada de algodón, usada para



● Fig. 3 La diosa Toci preside la fiesta de Ochpaniztli y dos guerreros bailan con ramos de *cempoalxóchitl* (*Códice Magliabechiano*, 1983: 27.)

protegerse de las heridas de flecha. A la derecha, sobre un tablado, se ve a la diosa Toci, con su tocado de algodón flojo con husos, escoba y escudo.

El *Códice Florentino* describe a Toci de la siguiente manera:

...tenía la boca, y barba, hasta la garganta teñida con hule: que es una goma negra. Tenía en el rostro, como un parche redondo, de lo mismo: tenía en la cabeza, a manera de una gorra, hecha de manta: revuelta, y añudada los cabos del rostro, caían sobre las espaldas, en el mismo modo: estaba injerido, un plumaje: del cual salían unas plumas, a manera de llamas: estaban colgando, hacia la parte trasera, de la cabeza. Tenía vestido un *huipilli*: el cual en la extremidad de abajo, tenía una cortapisa, ancha, y harpada. Las naguas, que tenía, eran blancas. Tenía sus cotaras, o sandalias, en los pies: en la mano, izquierda, una rodela, con una chapa redonda de oro, en el medio: en la mano derecha, tenía una escoba: que es instrumento para barrer (1979, vol. 1, lib. 2, f. 69r y v).

La descripción de Toci en la *Historia* de Durán (1984, I:144) es bastante parecida a la anterior, según la imagen que se hallaba en su ermita, a la entrada o salida de la Ciudad de México, que se llamaba Tocitlan, “junto a Toci”:



● Fig. 4 El *teccizcuacuilli*, la diosa Toci y el combate entre el señor y un guerrero con *ichcahuipilli* (Durán, 1984, cap. XV, vol. I).

La diosa era un ídolo de palo en figura de mujer anciana, con la cara blanca, de la nariz arriba y negra abajo. Estaba peinada a su uso y encima su tocado de algodón flojo con husos de los que colgaba algodón flojo. En una mano tenía una rodela, en la otra una escoba y en la nuca un plumaje de plumas amarillas. Vestía una camisa corta con orla de algodón por hilar y naguas, ambos blancos.

Durante la semana que la mujer esperaba ser victimada, las médicas que la guardaban le proporcionaban henequén para que lo cardara e hilara y con él tejiera un huipil y unas enaguas. El *Códice Florentino* no dice cuándo, ni si el *teccizcuacuilli* se ponía las ropas de henequén, pero Durán asienta que éste se vestía las ropas de henequén después que se embutía el pellejo de la víctima, y añade que:

...poníanle en la cabeza aquella guirnalda de algodón con los husos en ella y copos de algodón colgando y cardado; en las narices le ponían un joyel de plata, y en ore-

jas, unos zarcillos u orejeras de plata; al pecho un joyel de plata relumbrante (Durán, 1984, I: 146).

En el *Códice Florentino* el *teccizcuacuilli* viste dos trajes. A la media noche del día que degollaban y desollaban a la mujer víctima, el *teccizcuacuilli* se embutía la piel. En la madrugada siguiente, éste se colocaba en la orilla del basamento del templo de Huitzilopochtli; subían los principales con gran prisa y emplumábanle la cabeza y los pies con plumón de águila, otros le pintaban el rostro de rojo y le vestían un huipil, no muy largo, que tenía delante los pechos, un águila labrada, o tejida en el mismo huipil, otros le ponían unas naguas pintadas. Cuando se iban los nobles, unos sacerdotes le sacaban sus vestiduras ricas:

...una corona muy pomposa, que se llamaba *amacalli*, que tenía cinco banderillas, y la de medio más alta, que las otras: esta corona muy ancha en lo alto, y no redonda, sino cuadrada, y del medio della, salían las banderillas: las cuatro banderillas, iban en cuatro esquinas, y la mayor iba en medio: llamaban a esta corona, *meiotli* (*Códice Florentino*, 1979, vol. 1, lib. 2, f. 69r y v).

### La fiesta de Ochpaniztli

La fiesta de Toci era Ochpaniztli; tenía lugar el último día de la veintena y celebraba el equinoccio de otoño (Aguilera, 1982, 15:205), que ocurría el 22 de septiembre, pero debido al carácter inmutable de las veintenas, tenía lugar el día 30 del mismo mes. La fiesta y las ceremonias de esta veintena eran de las más solemnes y complejas del año solar. Era la fiesta del fin del ciclo agrícola; el frío se acercaba, se hacía la cosecha, se guardaba el grano en las trojes y los guerreros se preparaban para la guerra.

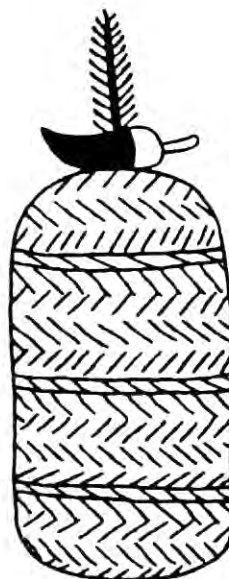
Los primeros cinco días no se hacía nada y había silencio; enseguida se efectuaba el baile llamando a agitar las manos con ramos de flores de *cempoalxóchitl*, enseguida se escenificaba la batalla fingida de médicas, viejas y jóvenes y algunas prostitutas, que se hacía frente al *cuicacalli*, y duraba cuatro días. Llevaban a la mujer que se iba a sacrificar al mercado y al salir ésta regaba harina, en señal de que nunca regresaría;

y las médicas la consolaban cuando se afligía. A media noche, en completo silencio, “como si la tierra estuviera muerta”, la mataban, y el *teccizcuacuilli* se ponía su pellejo. Luego se escenificaba la carrera de este sacerdote y los nobles que blandían escobas ensangrentadas. Enseguida los nobles ataviaban al *teccizcuacuilli*. Sus huastecos la acompañaban vestidos con *amacalli*, con su algodón flojo y malacates, una soga por taparrabo y espejos en la espalda. El sacerdote sacrificaba a cuatro cautivos llamados *totectin*, “nuestros señores”, los desollaban, y otros sacerdotes sacrificaban a otros más. “Enseguida se escenifica otra pelea. Unos nobles toman greda y plumón de un contenedor, al pie del templo de Huitzilopochtli, y unos guerreros ricamente ataviados (a veces salía también el señor), contra el *teccizcuacuilli* y otros, lo escupen, le arrojan la greda y plumón y corren. Al terminar la fiesta iban al Tocititlan, la ermita de Toci a la entrada [o salida] de la ciudad [...] el sacerdote se desnudaba el pellejo y lo colgaba con los brazos tendidos y la cabeza hacia la calle o camino”. (*Códice Florentino*, 1979, vol. 1, lib. 2, f. 72v.) El padre Durán es más explícito:

En llegando que llegaban allí, cesaban el combate, y el indio que hasta allí había venido representando a la diosa, con sus guastecos y servidores, subíase por aquellos palos hasta el andamio, y en el andamio se desnudaba de todos aquellos vestidos y aderezos y el cuero de la india, de que había estado vestido y vestíase a un bulto de paja, que allá arriba en el andamio había, y vestíale encima todos los demás aderezos, con lo cual quedaba aquel bulto de paja hecho personaje de la diosa.

## Conclusión

El personaje de la escultura proviene de Teotihuacan, es del periodo Posclásico; quizá por estar modelada en barro dio al artista la oportunidad de ser más naturalista; los rasgos del rostro son finos, las flores son de índole realista, más que ser un conjunto de elementos simbólicos. El personaje tiene una gran importancia, pues representa a la diosa Toci. El *amacalli*, por



● Fig. 5 El Chile con capucha como identificador de lo que contiene el bulto abajo (*Códice Mendocino*, 1979:161).

sí solo, no fue suficiente para hacer la identificación porque otros dioses lo llevan. El *amacalli*, la piel desollada y las flores de *cempoalxóchitl* lo identifican como el representante de la diosa Toci. La escultura sólo lleva la piel, pero es posible que sobre ésta, como a veces sucedía, se le colocaran encima las prendas de henequén y las joyas que describen los cronistas. Los chiles posiblemente sólo indicarían el carácter combativo de la diosa; aunque también podrían aludir a algún castigo, o a que ella era patrona de los cultivadores, pero esto es sólo una especulación.

La escultura de *teccizcuacuilli* analizada es la única conocida de bulto y en arcilla; sin embargo se sabe que en Tenochtitlan era de palo, como dice Durán. En este artículo sólo nos hemos avocado a identificar la escultura; todavía queda por hacer una monografía detallada de la diosa Toci que encuentre el significado de cada atavío y la ocasión en que se portaba, así como el estudio de la compleja veintena y fiesta de Ochpaniztli, estudio que seguramente llegaría a ser tan extenso como un libro.

## bibliografía

•Aguilera, Carmen  
1982. "Xopan y Tonalco. Una hipótesis acerca de la correlación astronómica del calendario mexica", en *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. 15, México, Instituto de Investigaciones Históricas-Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 185-207.

1980. "El *quetzalapanecáyotl*. Símbolo tolteca de señorío", México, Museo Nacional de Antropología, pp. 135-142.

1980. *Códice Borbónico*, México, Siglo XXI.

1979. *Códice Florentino*, México, República de México a través del Archivo General de la Nación, 3 vols.

1983. *Códice Magliabechiano*, Berkeley, California, University of California.

1979. *Códice Mendocino*, México, Ediciones San Ángel.

•Durán, Diego  
1984. *Historia de la Nueva España e Islas de Tierra Firme*, México, Porrúa, 2 vols.

•Garibay, Ángel María  
1958. "Vocabulario de las palabras y frases en lengua náhuatl que usa Sahagún en su obra", en *Historia de las Cosas de la Nueva España*, México, Porrúa, 4 vols., pp. 315-373.

•León-Portilla, Miguel  
1992. "Primeros memoriales", en *Ritos, Sacerdotes y Atavíos de los Dioses*, México, Instituto de Investigaciones Históricas-Universidad Nacional Autónoma de México.



*Mari Carmen Serra Puche, Jesús Carlos Lazcano Arce  
y Liliana Torres Sanders\**

## **Actividades rituales en Xochitécatl-Cacaxtla, Tlaxcala<sup>1</sup>**

Este artículo se refiere a las evidencias arqueológicas de las actividades rituales que se llevaron a cabo en Xochitécatl-Cacaxtla, centro ceremonial cuya ocupación principal abarca desde el periodo Formativo (700 a.C.) hasta el Epiclásico (950 d.C.). Estos rituales, en los cuales las mujeres y los niños eran los actores principales, estaban relacionados con la veneración a los volcanes Popocatepetl, Iztaccíhuatl y particularmente La Malinche, y manifiestan la relevancia simbólica de éstos para los habitantes del sitio. Sin duda dichos volcanes formaron parte fundamental en el sistema de creencias originales de los moradores, e influyeron en la construcción del centro ceremonial.

El área de terrazas domésticas, donde vivían los habitantes del sitio de Xochitécatl, forma parte del bloque Atlachino-Nopalucan y de lo que hoy es el sitio de Nativitas. Estas terrazas habitacionales construidas artificialmente durante el Formativo fueron reutilizadas en el Epiclásico; inclusive hay evidencia arqueológica de un posterior aprovechamiento del sitio con fines rituales, ya entrado el Posclásico.

Como se dijo antes, en este trabajo se documentan una serie de rituales en torno al volcán La Malinche, con base en la información obtenida de las fuentes históricas y de los datos etnográficos del Valle de Tlaxcala, además de la evidencia arqueológica. Presentamos también un análisis del espacio público y de la arquitectura religiosa de Xochitécatl, particularmente de las ceremonias y rituales que se llevaban a cabo en el centro ceremonial. Esta actividad ritual se repetirá en periodos posteriores, tanto en los espacios ceremoniales como en las terrazas domésticas. Nos referiremos también a los contextos de la parafernalia ritual y a los objetos indicadores de actividad ritual.

Coincidimos con López Austin en la siguiente consideración:

\* Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM.

<sup>1</sup> Una versión de este artículo fue presentada en el simposio: Domestic Ritual in Ancient Mesoamerica, en la 64<sup>th</sup> Annual Meeting Society for American Archeology en Chicago, Illinois, en el año 2000.





● Fig. 1 Mapa de localización del sitio de Xochitécatl.

Rito es una práctica fuertemente pautada que se dirige a la sobrenaturaleza, la práctica puede ser tanto colectiva como individual. Sin embargo es de naturaleza social. Por rito no puede entenderse cualquier práctica individual reiterada, sino la establecida por las costumbres o la autoridad. La práctica está dirigida a los entes naturales, pretende afectarlos ya sean dioses o fuerzas. Una parte considerable de los ritos implica un intento de comunicación[...] Ritual es entonces un conjunto de ritos pertenecientes a una religión, a una comunidad religiosa o destinados a un fin común[...] (López Austin, 1998)

Xochitécatl se ubica en la parte central del Valle de Tlaxcala. Desde lo alto de la Pirámide de las Flores —construcción principal del centro ceremonial—, se domina el Valle de Tlaxcala con sus planicies y pueblos y se contemplan en el horizonte los volcanes La Malinche, Pico de Orizaba, Popocatepetl e Iztaccíhuatl (fig. 1).

Precisamente en estas fértiles planicies, hacia el año 700 a.C., se establecieron los primeros pobladores, dedicados principalmente a

la agricultura y a la explotación de los numerosos recursos naturales del lugar. El monumental centro ceremonial al que nos referimos en este artículo data de esta época.

Entre los años 100 a.C. y 100 d.C., el volcán Popocatepetl hizo erupción sobre el valle, derritiéndose la capa perenne de nieve, y provocando aludes de lodo que arrasaron con todo lo que encontraron a su paso. Fue así que el Valle donde se asienta Xochitécatl resultó abandonado irreversiblemente.

Medio milenio después —alrededor del año 600 de nuestra era—, el sitio volvió a ser ocupado y construido, hasta alcanzar nueva grandeza y esplendor, dedicando el espacio ceremonial al culto, a las deidades femeninas y a la fertilidad.

El corredor Xochitécatl-Cacaxtla adquirió nuevas características: ahora como una ciudad Estado, con instituciones religiosas, políticas y

	<i>Secuencia de ocupación</i>	<i>Cerámica diagnóstica</i>	<i>Elementos diagnósticos</i>	<i>Erupciones del Popocatepetl</i>	<i>Fechas de radiocarbono en Xochitécatl</i>
	1600				
Posclásico Tardío	1500	Cerámica Colonial			
Posclásico Medio	1400	Cerámica de Cholula			
	1300				
Posclásico Temprano	1200				
	1100	Segundo Abandono			
	1000				
	900			800 a 1095 d.C.	
Epiclásico	800	Complejo Coyotlatelco	Entierros en la		Pirámide de las Flores
	700	Segunda Ocupación	Tablero Esgrafiado		
	600		Foso Esgrafiado Pared Gruesa		
	500		Ofrendas con elementos maninos		Ofrenda de figurillas
	400		Ofrendas con figurillas		632 a 774 d.C.
Clásico	300	Primer Abandono			
	200				
	100		Complejo Tina	100 a 215 d.C.	
	0	Primera Construcción	Tezoyuca		Tina edificio
Formativo Tardío	100		Ticomán		de la Serpiente
	200		Rojo sobre Blanco		388 a 342 a.C.
	300		Blanco Espiral		Subestructura
	400				de la Serpiente
	500	Inicio de la Construcción	Rojo sobre Blanco Esgrafiado		688 a 538 a.C.
Formativo Medio	600		Cocción Diferencial		Subestructura
	700		Blanco Esgrafiado		de la Espiral
	800				792 a 354 a.C.

● Fig. 2 Cuadro cronológico.

militares. Asimismo, participó en un importante intercambio comercial con otras culturas mesoamericanas.

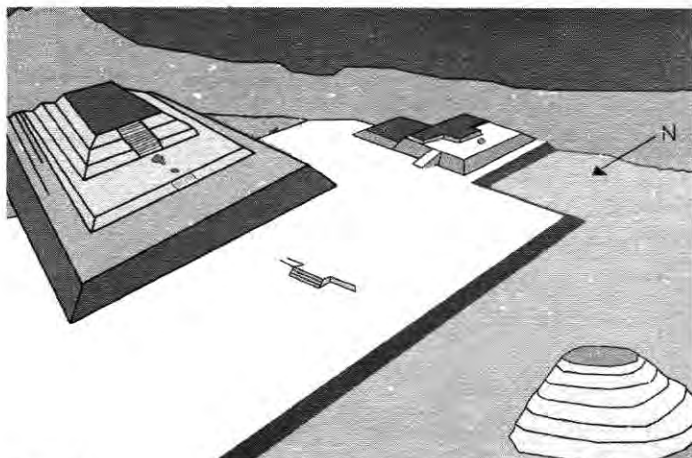
Hacia el año 900 ocurrió un nuevo abandono. Ahora la erupción del Popocatepetl llegó hasta Cholula, quedando las construcciones como testimonio de la grandeza de sus antiguos habitantes. Sin embargo, desde entonces Xochitécatl se estableció como centro ceremonial, manteniendo su hegemonía incluso hoy día.

Las evidencias arqueológicas de la actividad ritual presentadas en este trabajo se fechan en el periodo Posclásico temprano (950-1200 d.C.), época en que Xochitécatl y sus alrededores seguían abandonados y se erigieron como lugares rituales. Más tarde incluso, en la época colo-

nal, se continuaron depositando ofrendas de candelabros e incensarios en las pirámides y edificios abandonados (fig. 2).

En el caso del sitio de Nativitas, se cuenta con varios de los indicadores que Renfrew menciona como determinantes de la presencia de actividades rituales (Renfrew y Bahn, 1991), mismos que proceden de las excavaciones recientes en el centro ceremonial de Xochitécatl y de las terrazas domésticas cercanas.

A partir de estos indicadores hemos reconstruido hipotéticamente los rituales celebrados entre los habitantes del Valle de Tlaxcala durante el Posclásico (1000-1200 d.C.). Así, en el caso de Xochitécatl, el ritual se realizaba en un lugar especial, con asociaciones naturales



● Fig. 3 Primera ocupación del sitio Xochitécatl.

cargadas de gran simbolismo; el lugar se localiza en la parte alta de un volcán extinto, y desde ahí se domina el Valle de Tlaxcala, teniendo a la vista los volcanes antes referidos. El rito se ejecutaba en un edificio construido para este propósito, la Pirámide de las Flores, y se utilizaban elementos arquitectónicos especiales, altares, fogatas y vasijas rituales, incensarios, figurillas y otros elementos.

Sin embargo, también se han descubierto indicadores arqueológicos (altares, ofrendas, incensarios, etcétera) en asociación directa con el sacrificio de mujeres como ofrendas al volcán de La Malinche, en las terrazas domésticas cercanas a Xochitécatl.



● Fig. 4 Tina con esculturas localizadas al pie de la escalinata de la Pirámide de las Flores, Xochitécatl.

### Espacio ritual durante el Formativo

El conjunto arquitectónico ceremonial de Xochitécatl se encuentra en la parte superior del cerro del mismo nombre; abarca una extensión aproximada de 12 ha y consta de cuatro edificios distribuidos en torno a un espacio central. Este espacio se construyó por medio de rellenos dispuestos en forma sucesiva, a lo largo de diferentes momentos y etapas constructivas, formando al final de estos procesos una gran plataforma dividida en dos niveles.

Alrededor de la Plaza Central se distribuyen las estructuras que componen el conjunto arquitectónico: la Pirámide de las Flores, el Edificio de la Serpiente, el Edificio de la Espiral y el Basamento de los Volcanes. La primera etapa constructiva se inició alrededor del 700 a.C. Más tarde, entre el 250 y el 150 a.C. se definieron con claridad áreas de actividad ceremonial religiosa, tanto en la Pirámide de las Flores como en el Edificio de la Serpiente, con nuevos e importantes elementos. Es en este momento cuando se agregaron en ambas estructuras los mayores volúmenes, los que otorgaron sus dimensiones monumentales.

De acuerdo con las características de la evidencia arqueológica, el Formativo en Xochitécatl ha sido dividido en los siguientes periodos y momentos locales: 1) Inicio de la edificación: 750 a 300 a.C.; 2) Auge de la primera edificación: 350 a.C. a 100 d.C.; 3) Primer abandono: alrededor de 100 d.C. (fig. 3).

Alrededor del cerro de Xochitécatl fueron construidas las terrazas donde se alzaban las unidades habitacionales. Desde este primer momento de construcción, el Edificio de la Espiral adquirió las características arquitectónicas que conservaría a lo largo

del desarrollo del asentamiento, y que consisten en una planta circular y cuerpos escalonados, así como la ausencia de un acceso de forma tradicional (escalera o rampa), tal vez para subir desde el nivel de la Plaza Central hacia la parte superior y caminar por cada uno de los cuerpos recorriéndolos en forma de espiral. Los materiales utilizados en esta primera etapa, tanto para el relleno como para el recubrimiento de la estructura, fueron cantos rodados cementados con lodo. Por su forma circular, acceso y sistema constructivo, podemos inferir que se trata de una réplica del volcán Popocatepetl (Serra Puche, *et al.*: 1998).

La Pirámide de las Flores presenta una planta rectangular con 120 m en dirección norte-sur y 165 m en dirección este-oeste, mientras su altura oscila entre 30 y 37 m. Esta construcción es el edificio principal no sólo en cuanto a sus dimensiones sino también por su uso para fines rituales (está orientado en relación al volcán de La Malinche).

Durante el periodo Formativo de la Pirámide de las Flores, puede hablarse de dos momentos para su construcción: durante el primero se construyó una escalera de piedra compuesta en su mayoría con escalones hechos con metates de basalto, anteriormente utilizados. En la base de la escalera se colocó una tina monumental de 3 x 1.60 x 1.50 m en forma de corazón. En el segundo momento se cubrió esta escalera con otra hecha de tepetate, y se instaló una segunda tina más pequeña (1.20 x 1.00 m) de forma circular, también al pie de la escalera. En el momento del abandono se cubrió esta segunda escalera y se colocaron en la tina algunas esculturas, entre las que resaltan las de una rana, y dos esculturas antropomorfas de cabezas que representan parálisis facial en sus rasgos (fig. 4).

Las terrazas domésticas de Nativitas son contemporáneas al apogeo de Xochitécatl como centro ceremonial, es decir, alrededor del año 400 a.C. Los habitantes de estas terrazas eran grupos dedicados principalmente a la agricultura y actividades lacustres, con cierta espe-

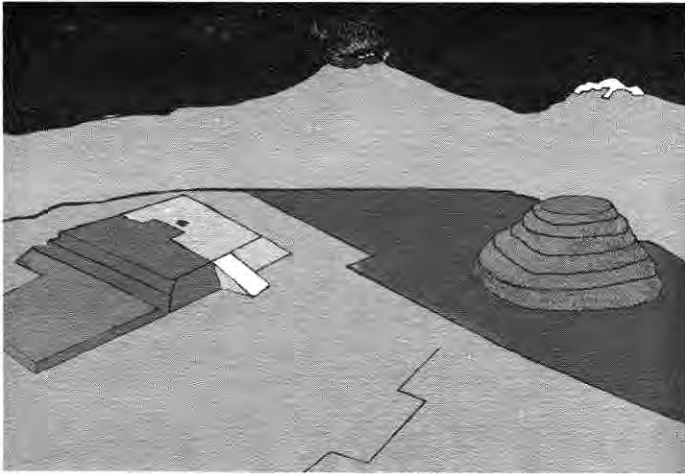


● Fig. 5 Unidad habitacional de Nativitas. Nótese los hornos utilizados seguramente para la elaboración de algún producto derivado del maguey.

cialización en productos derivados del maguey, en la producción de refinadas cerámicas características de este periodo, y especializados también en la manufactura de instrumentos líticos (fig. 5).

La cerámica de Xochitécatl del inicio de la ocupación comparte características con la de aquellas áreas que participaron en una amplia red de intercambio de bienes y materias primas, que iba de la costa del Golfo y los valles de Oaxaca, cruzando el Altiplano Central hasta sitios ubicados en los actuales estados de Morelos y Guerrero.

El desarrollo del Valle de Tlaxcala, tal como aparece representado en Xochitécatl, fue interrumpido de manera inesperada; los Edificios de la Espiral y la Serpiente no fueron reocupados en periodos posteriores. No se encontraron



● Fig. 6 Primer abandono del sitio Xochitécatl.

huellas de violencia o destrucción, salvo la mutilación aparentemente intencional de algunas de las esculturas que luego fueron depositadas junto a los edificios.

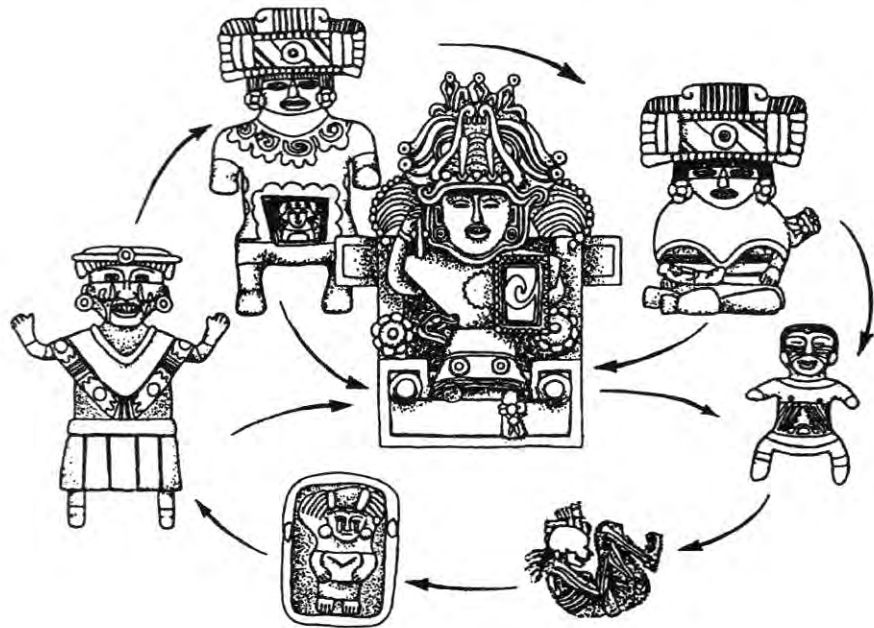
Los constructores del centro ceremonial (entre 750-300 a.C.) concibieron espacios rituales dedicados a las fuerzas de la naturaleza, principalmente el agua, los volcanes y la tierra. Resultado de sus conocimientos astronómicos y de la observación de su entorno, la orientación de los edificios fue elegida de acuerdo con la geografía

del lugar, considerada sagrada. Para los moradores, los volcanes fueron la fuerza inspiradora de su concepción arquitectónica, y al mismo tiempo participaron como destructores de sus obras.

El proceso de abandono fue atribuido durante largo tiempo al surgimiento de grandes núcleos urbanos como Cholula o Teotihuacan, los que supuestamente habían atraído a la población del Valle de Tlaxcala hacia sus áreas de influencia. Sin embargo, es difícil comprender cómo y por qué fue abandonado prácticamente de un día para otro un sitio construido y mantenido

por cientos de años, rodeado de vastas regiones adecuadas para el suministro de víveres, con un clima propicio, punto de enlace y comunicación con otras áreas.

Si aceptamos que el abandono se debió a la erupción del Popocatepetl, no es difícil imaginar estos eventos: el paisaje fue modificado, los terrenos de cultivo fueron arrasados y las zonas de caza y pesca desaparecieron; por lo tanto, para los pobladores se hizo necesario emigrar. Xochitécatl estuvo abandonado por



● Fig. 7 Ciclo de vida de las mujeres, representado por las figurillas halladas en Xochitécatl.

cientos de años, hasta que quizá los descendientes de los antiguos pobladores regresaron para otorgarle el esplendor que había tenido (fig. 6).

### El espacio ritual en el Epiclásico

El periodo Epiclásico, que corresponde a la ocupación del sitio, se caracterizó por la gran movilidad de grupos humanos después del auge teotihuacano; hubo un reacomodo de la población, tanto en la Cuenca de México como en las regiones aledañas, lo que dio como resultado el surgimiento de centros de poder como Xochicalco en Morelos, Xochitécatl-Cacaxtla en Tlaxcala, Teotenango en el valle de Toluca, Cantona en Puebla, etcétera.



● Fig. 8 Fachada Formativa de la Pirámide de las Flores.

Después de permanecer abandonada durante casi 500 años, el área que rodea a Xochitécatl volvió a ocuparse, y nuevos asentamientos fueron construidos, algunos teniendo como cimiento los antiguos del periodo Formativo.

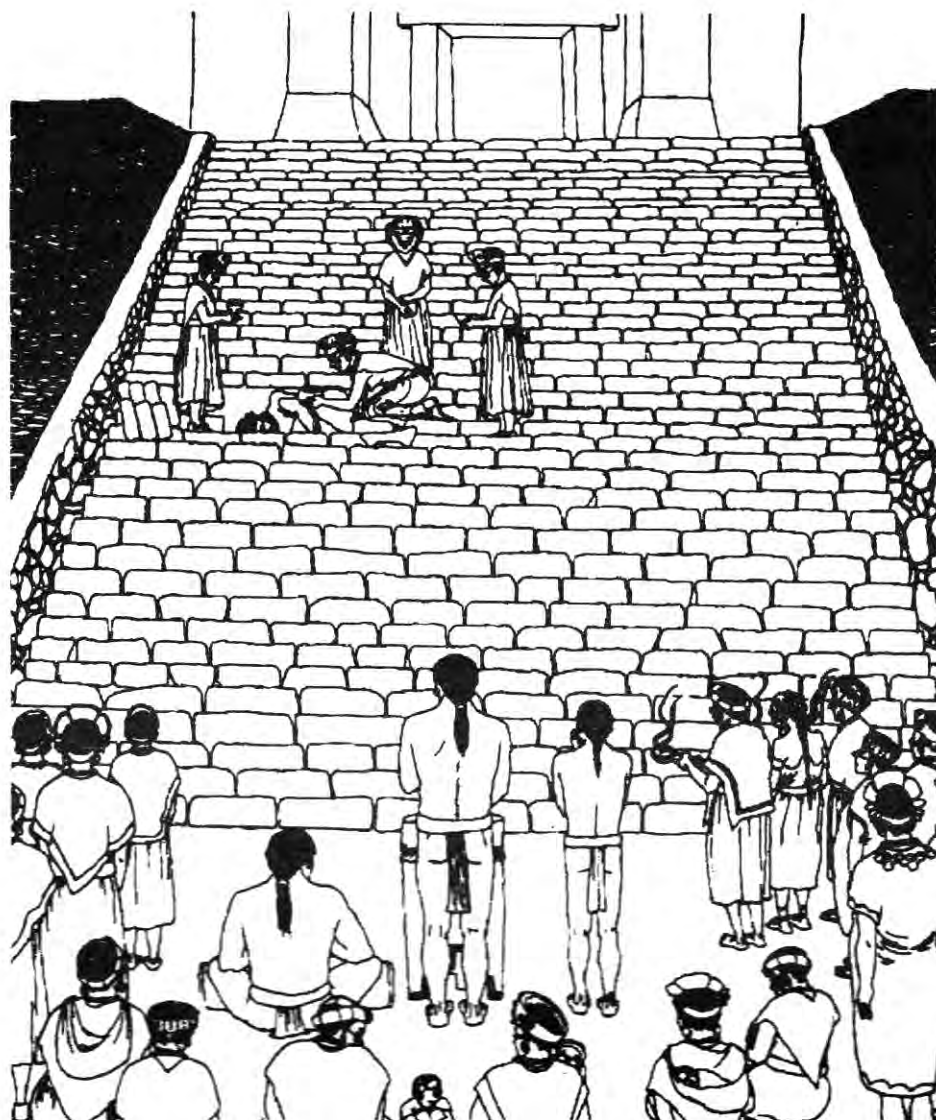
Este retorno, durante los años 650-850 d.C., pudo haber sido el resultado de un regreso de los antiguos moradores a sus orígenes. Es lógico pensar que los descendientes de los antiguos habitantes supieran de la existencia del centro ceremonial, y fuera para ellos el punto de partida de sus antepasados, por lo que decidieron regresar a él; así, las construcciones se adecuaron a nuevas formas de vida y nuevas concepciones religiosas.

El espacio ritual de Xochitécatl, en particular el de la Pirámide de las Flores, se modificó en sus dimensiones, abarcando el lugar ocupado por los edificios, y también el área que lo rodeaba. La concepción de los ritos incluía tanto la plataforma en la que estaba desplantada la pirámide como el paisaje natural, las líneas de vista conseguidas mediante la orientación y ubicación deliberadas que permiten mirar los volcanes Popocatepetl, Iztaccíhuatl y La Ma-

linche. Incluso existe un espacio sideral, el paso de las constelaciones y las estrellas observadas desde este edificio, de tal forma que se puede hablar de una geografía sagrada. La Pirámide de las Flores domina la plaza ceremonial con sus más de treinta metros de alto. En las escalinatas de acceso a este edificio se hallaron ricas ofrendas de figurillas femeninas, correspondientes al periodo Epiclásico, depositadas directamente sobre el relleno de los diferentes cuerpos de la pirámide.

Los conjuntos de figurillas femeninas cubrían extensiones de 2-7 m, apiladas unas sobre otras, ofrendadas junto con vasijas, cuentas, navajillas retocadas y placas de piedra verde. Estas representaciones de mujeres son el indicador más directo del tipo de ritos y cultos que ahí se celebraban.

Las figurillas refieren escenas de ceremonias y señalan el lugar donde se llevaban a cabo los rituales; también denotan el papel fundamental que tuvieron las mujeres durante las celebraciones. Las figurillas representan toda clase de mujeres, y de acuerdo con su postu-



● Fig. 9 Reconstitución hipotética del ritual de entierro en las escaleras de la Pirámide de las Flores.

ra, atavío y atributos, se pueden reunir en grupos, que en suma muestran el ciclo de vida de ellas en Xochitécatl (Serra Puche *et al.*, 1998) (fig. 7).

En la Pirámide de las Flores también fueron localizados 32 entierros, distribuidos en la parte superior de la pirámide y a lo largo de la escalinata frontal: catorce de ellos contaban con ofrendas. Los análisis de los restos óseos señalan que algunos individuos eran adultos de sexo femenino, y en su gran mayoría infantes y adolescentes. Los entierros se depositaron en pozos directos sobre la estructura y sólo uno fue colocado en una cista (fig. 8).

Por estar ubicados estratégicamente en la escalera, es decir, en el área de acceso a la parte alta de la pirámide, y por la asociación que se establece con las ofrendas de las figurillas, se infiere que corresponden a un complejo ritual que se llevaba a cabo en la Pirámide de las Flores (fig. 9).

Cuando se analiza el espacio ritual de Xochitécatl y el de las terrazas domésticas y palacios de Cacaxtla, es difícil ignorar la presencia de los volcanes Popocatepetl, Iztaccíhuatl y La Malinche. Éstos formaban parte de la vida cotidiana, costumbres y creencias de los antiguos habitantes del área. El análisis de los levantamien-

ros topográficos y la orientación exacta de cada uno de los edificios sugiere una interpretación ritual del paisaje natural, es decir, el lugar fue elegido por sus elementos naturales para la construcción de los edificios. La localización de cada uno de ellos parece expresar una particular cosmovisión y, en concreto, un nexo entre los volcanes y el hombre.

### Los rituales en el centro ceremonial

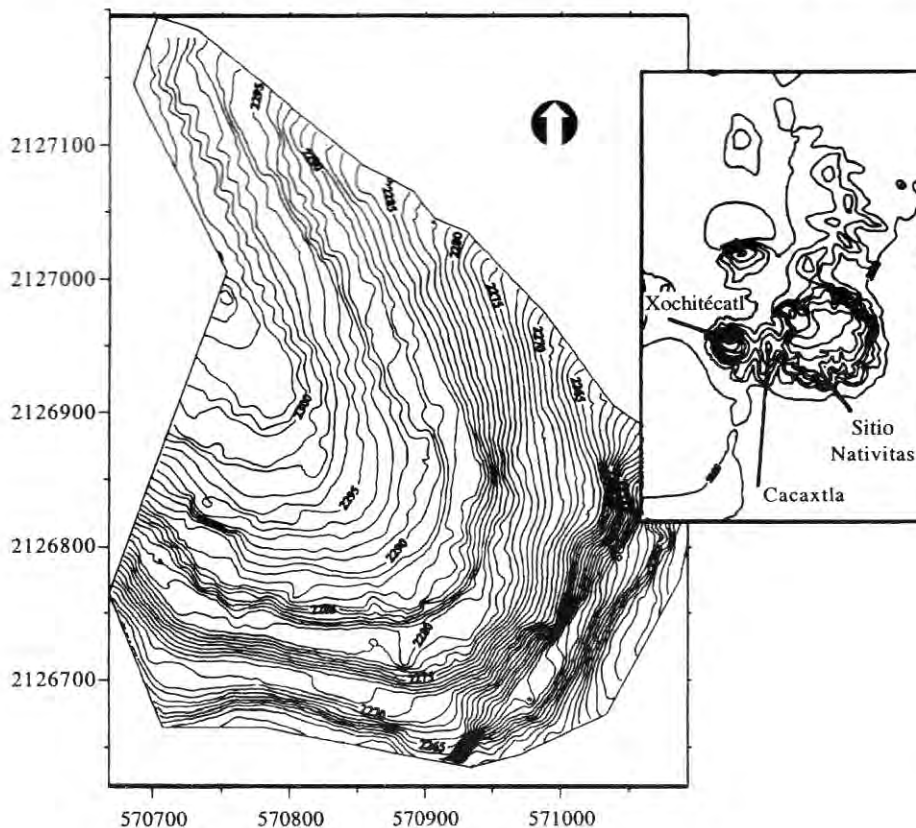
La conclusión más relevante que se puede formular hasta el momento sobre los hallazgos de la Pirámide de las Flores en Xochitécatl proviene de la asociación y coincidencia de evidencias arqueológicas que señalan con claridad que se trata de un espacio ceremonial femenino.

En contraposición de su vecina Cacaxtla, que es un espacio ocupado por el grupo dominante que

vive en los palacios y templos aldeaños, y a las terrazas domésticas donde viven los trabajadores y campesinos, Xochitécatl se presenta claramente como una área ceremonial, con algunas áreas específicas de producción e intercambio, aunque quedan por precisar las fechas o épocas del año en que se realizaban las ceremonias y a qué deidades, potencias naturales o momento del ciclo de vida estaban dedicadas.

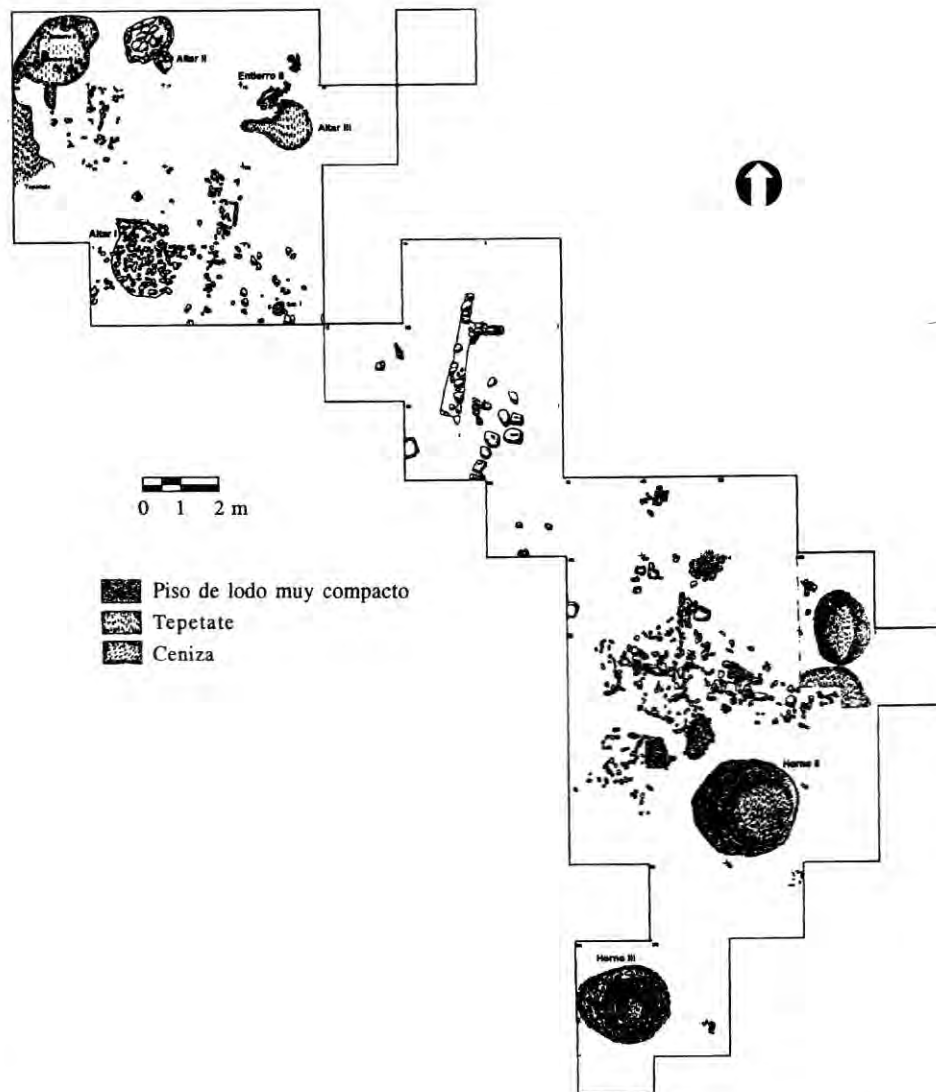


● Fig. 10. Vista del volcán La Malinche, día 29 de septiembre.



● Fig. 11. Localización del sitio Nativitas.





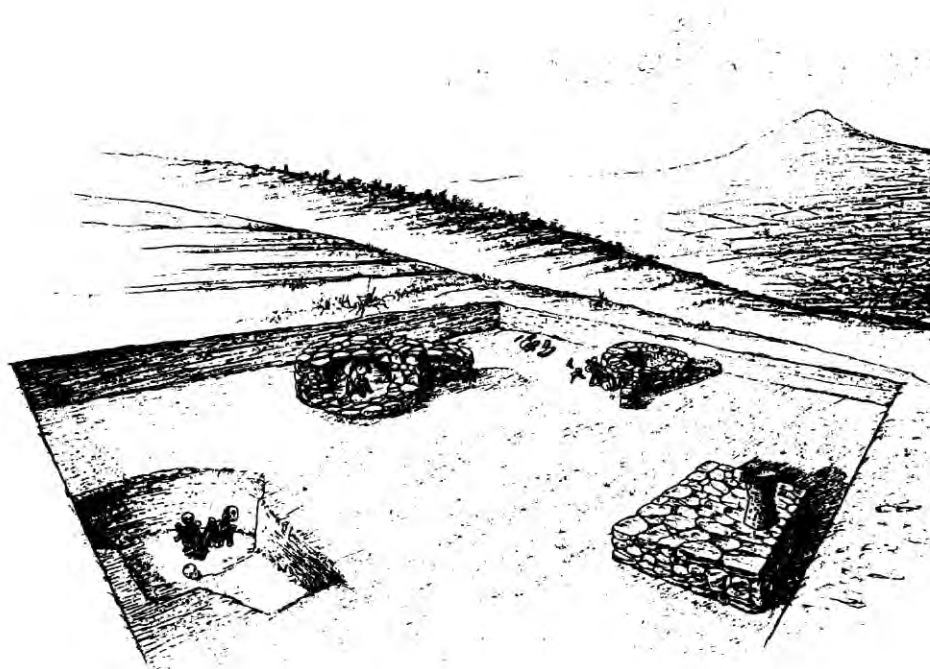
● Fig. 12 Unidades habitacionales en la terraza IV del sitio Nativitas.

Lo interesante es tratar de entender el significado de estas ceremonias y su importancia para el grupo social que las realizaba. El porqué de la existencia del culto a una deidad, en un espacio femenino, podrá explicarse con base en lo que señalen los estudios sobre las deidades femeninas.

Sahagún habla de las fiestas que se llevaban a cabo en los distintos meses del año, describiendo los rituales de cada una de ellas. De la fiesta de Xochiquetzal señala que se ofrendaban mujeres; a las doncellas que se sacrificaban en su honor se les cruzaban las piernas en el momento de matarlas para indicar que mo-

rían vírgenes. Asimismo se sacrificaba a una mujer ataviada como la diosa, que era desollada para que un varón se colocara su piel y se sentara en las gradas del templo donde fingía tejer; delante de este hombre se congregaban los artesanos y los pintores, disfrazados de diferentes animales, cada cual con sus instrumentos de trabajo en las manos. Este baile duraba hasta el amanecer y luego todos se iban a bañar para lavar sus pecados (Rodríguez-Shadow, 1996).

Aunque esté en duda su consagración a una deidad específica, la ubicación geográfica de Xochitécatl muestra el sitio como un centro



● Fig. 13. Reconstrucción hipotética de los altares de la terraza IV del sitio Nativitas.

cosmogónico de primera importancia. La relación peculiar con el volcán La Malinche y el hecho de que la Pirámide de las Flores sea una reproducción arquitectónica de esta montaña, se conjugan para considerar a Xochitécatl como un sitio en cuyas ceremonias las mujeres tenían un papel protagónico, con sacrificios de niños y actividades rituales que incluían seguramente baños y ofrendas. La asociación de todos estos elementos sugiere la celebración a la Madre Tierra, personificada en un volcán con perfil de mujer.

Este rito ancestral se retomó 200 o 300 años más tarde, en las terrazas domésticas de Nativitas (950-1200 d.C.), donde se sacrificaba a mujeres que se ofrendaban en honor del volcán o de sus ancestros.

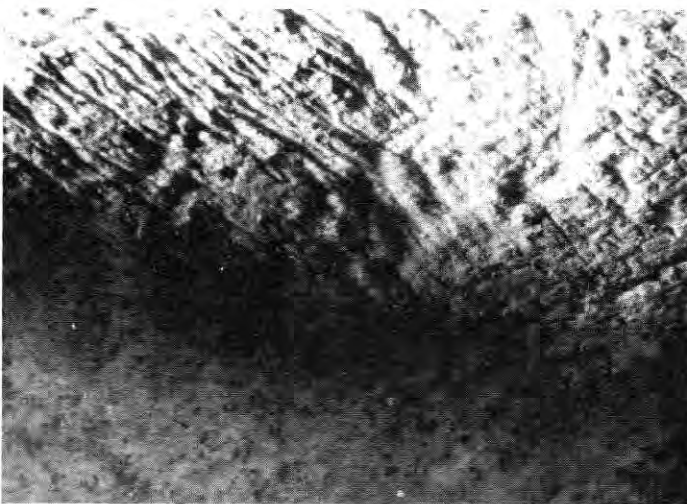
En la descripción de los alrededores de Tlaxcala que hace el cronista Muñoz Camargo, en el siglo XVI, se refiere a los volcanes como deidades:

La Sierra Nevada de Huejotzingo y el volcán teníanlos por dioses, y que el volcán y la sierra nevada eran hombre y mujer. Llamaban al volcán Popocatépetl y a la sierra nevada Iztaccihuatl, que quiere decir la sierra que humea y la blanca mujer... Había otra diosa llamada

Matlicueye atribuida a las hechiceras y adivinas, con esta casó Tláloc después de que Tezcatlipoca le hurtó a Xochiquetzal, su mujer. Hubo otra diosa que se llamó Xochiteacihuatl diosa de la mezquindad y avaricia, que fue mujer de Quiahuiztécatl. Estas diosas y dioses para eternizar sus memorias dejaron puestos sus nombres en sierras muy conocidas, llamándose de sus propios nombres, y así muchos cerros y sierras hoy en día se llaman con estos nombres (Muñoz Camargo, 1981).

Los grandes volcanes (Popocatépetl e Iztaccihuatl), así como la sierra de Tláloc, eran sin duda los accidentes geográficos más importantes del Altiplano Central y los cronistas describen fiestas particulares en su honor. Algunas montañas destacadas más allá del valle también figuraban en la cosmovisión, como el Pico de Orizaba (Poyautheatl), La Malinche (Matlalcueye), el propio Xochitécatl o el Nevado de Toluca.

En prácticamente toda Mesoamérica son numerosos los mitos que narran cómo los alimentos y las riquezas en general se guardaban en el interior de los cerros. Según la cosmovisión mexicana, por ejemplo, los cerros retenían el agua en su interior durante la estación seca, para soltarla en el tiempo de lluvia, pero también



© Figs. 14, 15 y 16 Huellas de cortes en el entierro 11, que sin duda fueron hechas en el esqueleto aún fresco.

guardaban el maíz y los otros alimentos que estaban en el Tonacatépetl, el cerro de los mantenimientos.

La Malinche, entidad femenina desde tiempos prehispánicos, montaña benefactora, sostenedora, mantenedora, madre tierra, fértil y la que da la lluvia, se convierte en auténtica montaña de manutención de los habitantes de Xochitécatl, Cacaxtla y áreas aledañas.

Vista desde la parte alta de la Pirámide las Flores, La Malinche simula un rostro de mujer. Al amanecer del 29 de septiembre de cada año, el sol parece emerger de su boca, en el rostro dibujado sobre el horizonte. Al otro lado del valle, esas primeras luces iluminan el Popocatepetl. Al día siguiente, en el vecino poblado de San Miguel del Milagro, se festeja al santo patrono, celebración de importancia regional (fig. 10). Esta fecha coincide con el inicio, entre el 28 y el 30 de septiembre, del mes prehispánico de Tepeilhuitl o “fiesta de los cerros”, específicamente de los cerros donde se “arman los nublados”, descrito en el *Códice Florentino*. En esta fiesta mataban a algunas mujeres en honra de los montes o de los dioses de los montes:

A una de ellas llamaban Tepoxoch, y la segunda Matlalcuac, y la tercera Xochitécatl, y la cuarta Mayahuel que era la imagen de los magüeyes. El quinto era el hombre, y llamábanle Milnahuatl. Este hombre era imagen de las culebras. A estas mujeres y a este hombre llevábanlos en literas. Muy bien aderezados, las mujeres con sus naoas y huipiles labrados y afeitadas las caras. Venida la hora del sacrificio, ponían en las literas a las mujeres y al hombre que había de morir, subíanlos al cu. Y desde estaban arriba, sacabánlos de las literas y uno a uno echábanlos sobre el taxon de piedra y abríanlos los pechos con el pedernal.



● Fig. 17 Reconstrucción hipotética del ritual de entierro de la mujer localizada en la terraza IV del sitio Nativitas.

Sacábanlos el corazón y ofrecíanlos al dios Tláloc. Luego descendían los cuerpos, trayéndolos rodando por las gradas abaxo, poco a poco teniéndolos con las manos (Sahagún, 1988:155-156).

Aun cuando habían transcurrido más de 600 años desde el abandono de Xochitécatl, los aztecas de Tenochtitlan continuaban con el ritual donde cuatro montañas sagradas eran simbólicamente preparadas, llevadas al templo de la montaña de Tláloc y sacrificadas. Con la misma suerte corrían los niños cuya vida se ofrecía a las montañas, la lluvia y las deidades de la fertilidad, ya que sus lágrimas eran propiciatorias de la lluvia.

#### Para Motolinía:

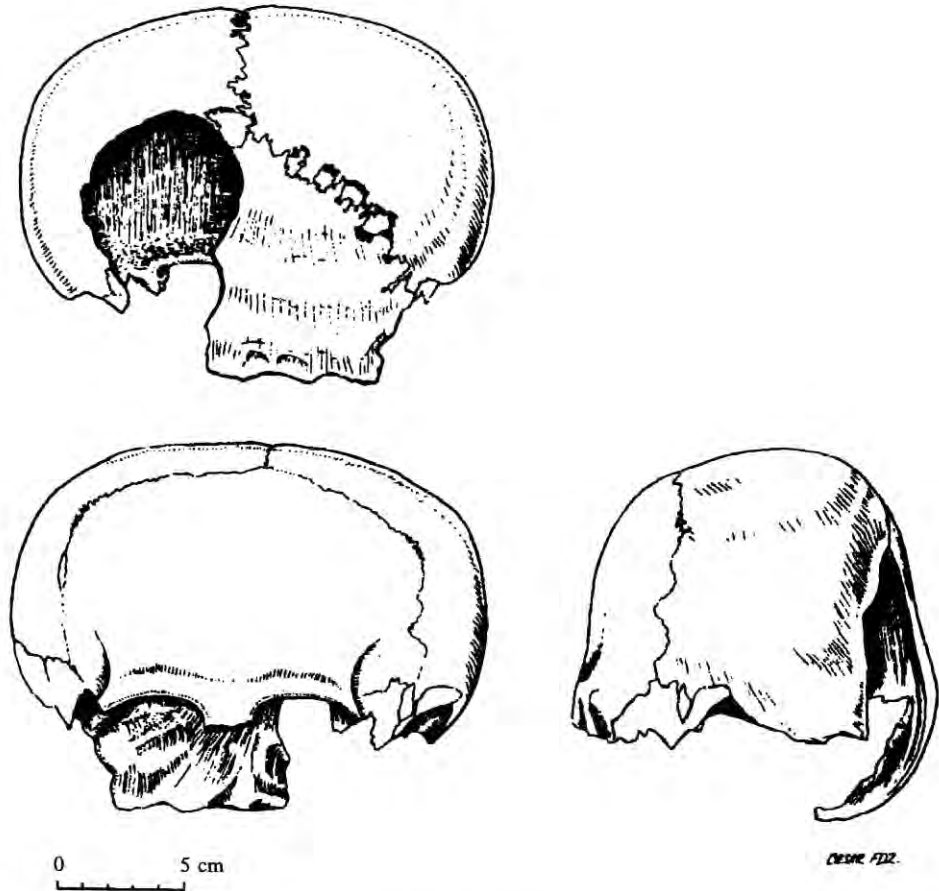
...grande adoración e idolatría y a donde acudía todo la gente de la comarca a demandar agua [...] Hacían muchos y muy endiablados sacrificios en referencia de una diosa que llamaban Matlacueye se arman los nublados... en beneficio de las tierras de Tlaxcala, la ciudad de los Ángeles y Huejotzingo [...] De aquí salen las nubes sagradas, las cuales comienzan comúnmente a ayuntar desde las diez de la mañana hasta el mediodía

y desde allí hasta la hora de vísperas se comienzan a esparcir y derramarse.

Por esta razón era venerada la diosa Matlacueye, del mismo modo que en la Sierra Nevada lo era el dios Tláloc.

#### El espacio doméstico en Xochitécatl-Cacaxtla

En lo que hoy se conoce como bloque Xochitécatl-Nativitas-Nopalucan existe una serie de terrazas artificiales que tanto en el periodo Formativo como en la segunda ocupación del Epiclásico sirvieron de asiento para las unidades habitacionales de los habitantes de Xochitécatl y Cacaxtla. En las excavaciones llevadas a cabo en 1998 localizamos varias de estas unidades habitacionales del Formativo fechadas por carbono 14 hacia el año 400 a.C., que presentaron un reuso ceremonial que nos concierne en este artículo. Localizamos también una serie de indicadores arqueológicos que nos han permitido inferir algunos de los aspectos que a continuación describimos (fig. 11).



● Fig. 18 Cráneo con deformación tabular de la terraza IV, sitio Nativitas

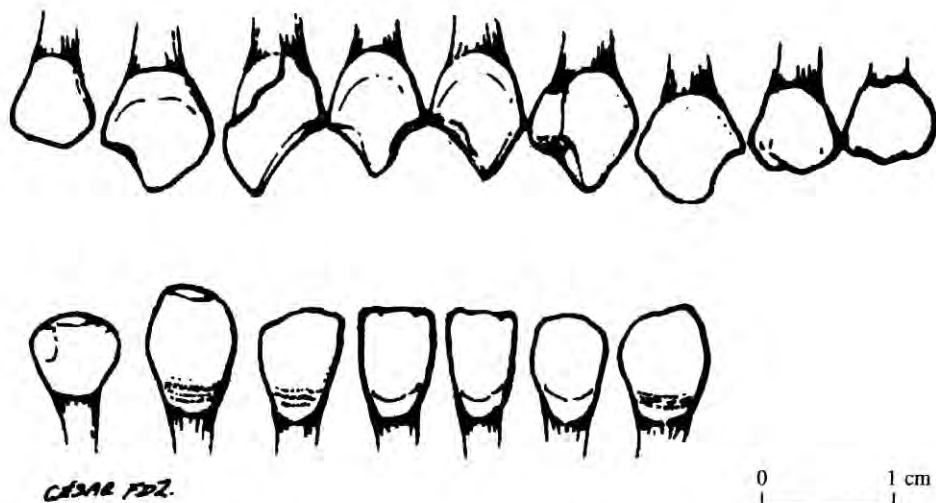
Nuestra área de estudio es la Terraza IV del sitio de Nativitas, donde varios elementos fueron excavados. La esquina que delimita el interior y el exterior de una habitación del periodo Formativo, con una formación troncocónica y dos hornos asociados. Probablemente los hornos fueron usados para la producción de mezcal derivada del cultivo intensivo del maguey. Asimismo, se incluyen entierros, alineamientos, pisos de lodo y una gran cantidad de materiales cerámicos y lítica pulida (Serra, 1998) (fig. 12).

Hacia el noroeste de la misma terraza se presenta el mismo patrón, pisos de lodo del periodo Formativo, alternados por tres altares circulares de piedra de no más de 2 m de diámetro, que datan del periodo Posclásico temprano; estas construcciones seguramente sirvieron para realizar rituales. El espacio, usado durante el periodo Formativo como lugar de residencia doméstica, fue reutilizado siglos después

como un lugar sagrado, quizá porque allí vivieron sus ancestros. En este nuevo lugar algunos grupos del Posclásico temprano (950-1300 d.C.), continuaron con las tradiciones rituales.

### El ritual en el espacio doméstico

¿Quiénes eran los que hicieron estos altares y los sacrificios en su interior? Podemos decir que este nuevo grupo vino de regiones cercanas, definidas por las características culturales de sus cerámicas (policromo, negro sobre naranja y molcajetes trípodes con soporte) y originarias de Cholula, Tehuacán o alguna otra región de Puebla. Construyeron sus altares sobre los cuartos del Formativo rompiendo pisos y alineamientos; desplantaron sus construcciones pequeñas por todo el piso de la habitación del periodo Formativo —que ya estaba muy fragmentado—, usando los pozos de almacenaje, que se encontraban en los patios exteriores



● Fig. 19 Mutilación dentaria tipo C7 (Romero: 1958)

y en los lugares dispuestos para enterrar a sus muertos.

Estos tres altares están contruidos con tezontle y con lajas de piedra caliza, quizás utilizando los mismos materiales de construcción de las casas en ruinas. Dos de estos altares son circulares, de un metro de diámetro y 80 cm de alto; están recubiertos con estuco y como remate, tienen lajas de caliza en la parte superior (fig. 13).

Las evidencias de entierros de sexo femenino, asociados a los altares con huellas de sacrificio, muestran un acto ritual en el lugar en donde vivieron los ancestros que veneraron deidades femeninas y al volcán de La Malinche. El sacrificio de mujeres jóvenes en esta área del sitio parece repetir los rituales que los ancestros de los habitantes de Xochitécatl hacían en la Pirámide de las Flores, en las fiestas de veneración a los cerros y a los volcanes.

Algunos de los datos proporcionados por estos entierros de mujeres pueden ayudarnos a conocer la identidad de los grupos humanos que los realizaron, tanto por los rasgos físicos de aquéllas, sus costumbres de deformación corporal —en este caso la craneana y la mutilación dentaria—, como por el tipo de ofrendas halladas en el sitio.

Los entierros femeninos muestran que las víctimas sacrificadas eran muy jóvenes (25 y 19 años respectivamente). Hay en ellas huellas de cortes, realizados con un instrumento punzocortante con mucho filo, que sin duda fueron hechas en el esqueleto aún fresco. En uno de los casos, los cortes se realizaron en la porción interna inferior de una de las costillas y el fémur, a nivel del último tercio de diáfisis, y en cóndilos. Estos cortes fueron los únicos observables por la gran cantidad de raíces que afectaron el esqueleto; sin embargo, debieron ser cortes muy profundos, al localizarse en sitios con una considerable cantidad de tendones, ligamentos y músculos (Torres, 1999) (figs. 14, 15 y 16).

En el interior del Altar 2 enterraron a una mujer sentada con una vasija muy grande cubriendo su cabeza, quizá por protección. Al momento de su muerte tenía entre 18 y 21 años (fig. 17). El cráneo muestra una deformación muy seria de tipo tabular erecto frontoccipital bilobular, con evidencia de dos bandas, una que va por detrás de la sutura coronas craneana y otro que va a través de la sutura capital (fig. 18). Los dientes muestran una mutilación del tipo C7 en los incisivos centrales y superiores, y la B2 y F2 para los incisivos laterales y los caninos. Este tipo de mutilación se encontró en el horizonte Mixteca-Puebla. Para el Clásico su-



● Fig. 20 Brasero localizado en el área de altares de la terraza IV del sitio Nativitas.

perior, en sitios como Yucatán y para el Posclásico temprano o Tolteca en Guasave, Sinaloa; Tamuín, San Luis Potosí; Xochicalco, Morelos; Cholula, Puebla y Zinapécuaro, Michoacán (Romero, 1958). Además, este tipo de mutilación parece tratarse de un nuevo patrón, porque aun cuando tiene parecido con el patrón 4 reportado por Romero para el Posclásico temprano (Romero, 1952, 1958, 1986) difiere al presentar el tipo F2 y ninguna alteración en los dientes inferiores (fig. 19).

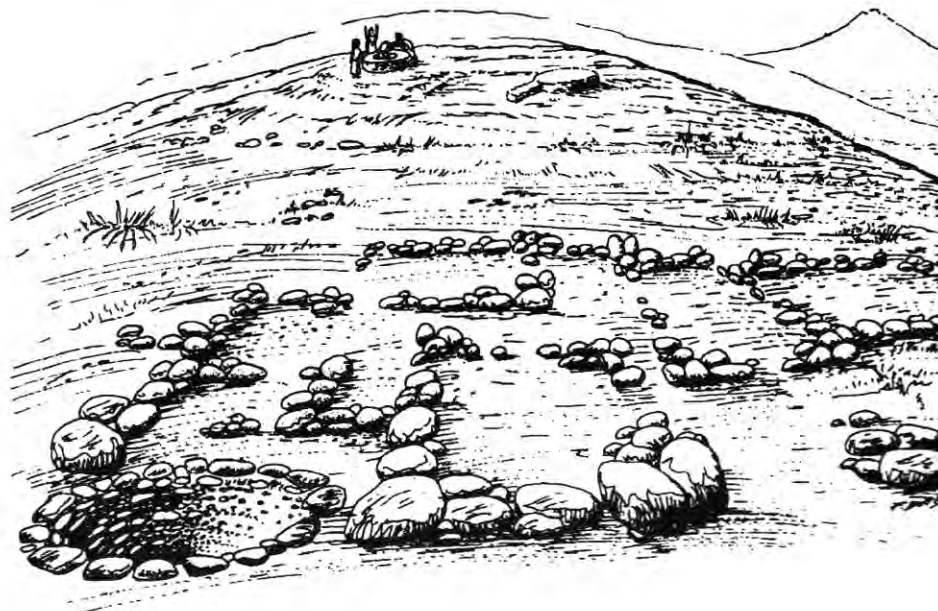
En el Altar 3, el cuerpo de otra mujer está colocado contra una de las paredes; una vasija y otras piezas de cerámica aparecen como ofren-

das. Cabe mencionar que este altar está construido sobre uno de los pozos de almacenaje de la unidad habitacional. Esta mujer tenía entre 22 y 24 años, y una altura de entre 140 y 144 cm. Los restos tienen huellas de corte en la porción interna inferior de una de las costillas y el fémur a nivel del último tercio de la diáfisis y en cóndilos (fig. 13).

El otro altar es de forma distinta; tiene una pequeña plataforma cuadrada de 80 cm de alto y está terminada en el mismo estilo. En la parte superior hay un brasero con huellas de fuego en su interior (fig. 20).

Además de los tres altares, se encontraron dos entierros contemporáneos de niños en otro de los pozos de almacenamiento. Estaban en posición fetal, con la cabeza sobre una piedra. Uno corresponde a un infante, de entre seis y nueve meses; tenía una navaja de obsidiana de más de 10 cm de largo entre las costillas y los brazos, y a juzgar por su posición parece haber sido sacrificado.

Ambos entierros infantiles presentan alteraciones óseas, principalmente en el techo de las órbitas, en los huesos frontales, y evidencia de reacciones del periostio en el esqueleto en ge-



● Fig. 21 Reconstrucción hipotética de reutilización del espacio doméstico Formativo del sitio Nativitas.

neral. Este tipo de afecciones se ha relacionado con alteraciones metabólicas, y en estos casos el cuadro concuerda con la provocada por anemia crónica que surge de rostosis (una deficiencia de hierro en la dieta) (Mensforth *et al.*, 1978; Lallo *et al.*, 1977). Resulta interesante que la edad de estos niños pueda concordar con la etapa del destete, y que los demás individuos adultos femeninos del sitio presenten marcas de periodos de desnutrición, como son las hipoplasias del esmalte de los dientes. De estos infantes restaría decir que denotan haber estado depositados cerca de una fuente indirecta de calor, que deja ligeros ahumados en los huesos del lado derecho de ambos niños, implicando la existencia de una temperatura alrededor de los 150° C, exposición que se dio cuando los individuos ya no contaban con partes blandas, al no haber alteración trabecular.

Se podría decir que éste no es un ritual doméstico cotidiano, sino que puede definirse como un evento llevado a cabo originalmente dentro de los límites habitacionales. Se debe a su localización y a su tradición histórica que se haya vuelto un espacio ritual. El ritual llevó mucho tiempo, o bien se realizó en varios pasos o en fechas determinadas. La construcción de elementos, como los altares, significa que tenía un carácter permanente.

Los entierros de mujeres y niños sugieren que fueron individuos sacrificados y ofrecidos con un fin ritual que involucró al volcán La Malinche. El espacio usado representa un lugar privilegiado por su uso. La ubicación de las unidades habitacionales del Formativo coinciden con una orientación seleccionada previamente, para reproducir el entorno geográfico, a partir de una concepción ritual.

Vale la pena preguntarse cómo es que la información de la existencia de este lugar fue transmitida, pues se abandonó por largos periodos (fig. 21), cómo es que durante el periodo Posclásico se eligió específicamente el sitio para celebrar rituales, seguramente un año tras otro.

b  
i  
b  
i  
o  
g  
r  
a  
f  
í  
a

- Lallo W. John, George, J. Armelagos y Robert P. Mensforth  
1977. "The role of diet, disease and physiology in the origin of porotic hiperostosis", en *Human Biology*, Wayne State University, vol. 49, núm. 3, pp. 471-483.
- López Austin, Alfredo  
1998. "Los ritos: un juego de definiciones", en *Arqueología Mexicana*, México, INAH, Raíces.
- Mensforth Robert P., C. Owen, John W. Lallo y George J. Armelagos  
1978. "The role of constitutional factors, diet and infectious disease in the etiology of porotic hiperostosis and periosteal reactions in prehistoric infant and children", en *Medical Anthropology II*, Nueva York, Redgrawb Publishing Company.
- Muñoz Camargo, D.  
1978. *Descripción de la Ciudad y Provincia de Tlaxcala y los Indios del Mar Océano para el buen Gobierno y Ennoblecimiento de ellas*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas.
- Renfrew, Colin y Ezra B. W. Zubrow  
1994. "The ancient mind: elements of cognitive archaeology", en *New Directions in Archaeology*, Cambridge, University Press.
- Rodríguez-Shadow, María  
1996. "Las mujeres aztecas y las españolas en los siglos XVI y XVII: análisis comparativo de la literatura social", en *Colonial Latin American Historical*.
- Romero Molina, Javier  
1958. *Mutilaciones Dentarias Prehispánicas de México y América en General*, México, UNAM.  
1959. "Últimos hallazgos de mutilaciones dentarias en México", en *Anales*, tomo XII, núm. 41, México, INAH.  
1986. *Catálogo de la Colección de Dientes Mutilados Prehispánicos*, IV parte, México, INAH.



- Sahagún, fray Bernardino de  
1988. *Historia General de las Cosas de la Nueva España*, México, Porrúa.
- Serra Puche, Mari Carmen *et al.*  
1998. *Xochitécatl*, México, Gobierno del Estado de Tlaxcala.
- Torres Sanders, Liliana  
1999. *Informe Técnico sobre los Entierros del Sitio Nativitas*, México, IIA-UNAM.



## Rancho Uaymitún: un sitio histórico en la costa norte de Yucatán\*\*

Con motivo de una denuncia presentada en abril de 1996 por vecinos de Uaymitún, en relación a la aparición de unas osamentas, la Procuraduría General de Justicia del Estado de Yucatán solicitó al Centro INAH Yucatán su intervención.<sup>1</sup>

Los restos fueron recuperados en el patio de una casa veraniega, propiedad de la familia Patrón Fonseca, en Uaymitún,<sup>2</sup> Yucatán, a 10 km aproximadamente del puerto de Chicxulub, rumbo a Telchac (fig. 1).

La vegetación del sitio en general es de dunas costeras y manglar. La franja costera está compuesta por un cordón arenoso, cuya formación se debió principalmente a la acumulación, teniendo en algunas partes hasta un kilómetro de ancho que se separa de la tierra firme por una ciénaga (*Enciclopedia Yucatanense*, 1977:I:31). El suelo está constituido por arena calcárea de color blanco amarillento, de grano grueso, que retiene la humedad.

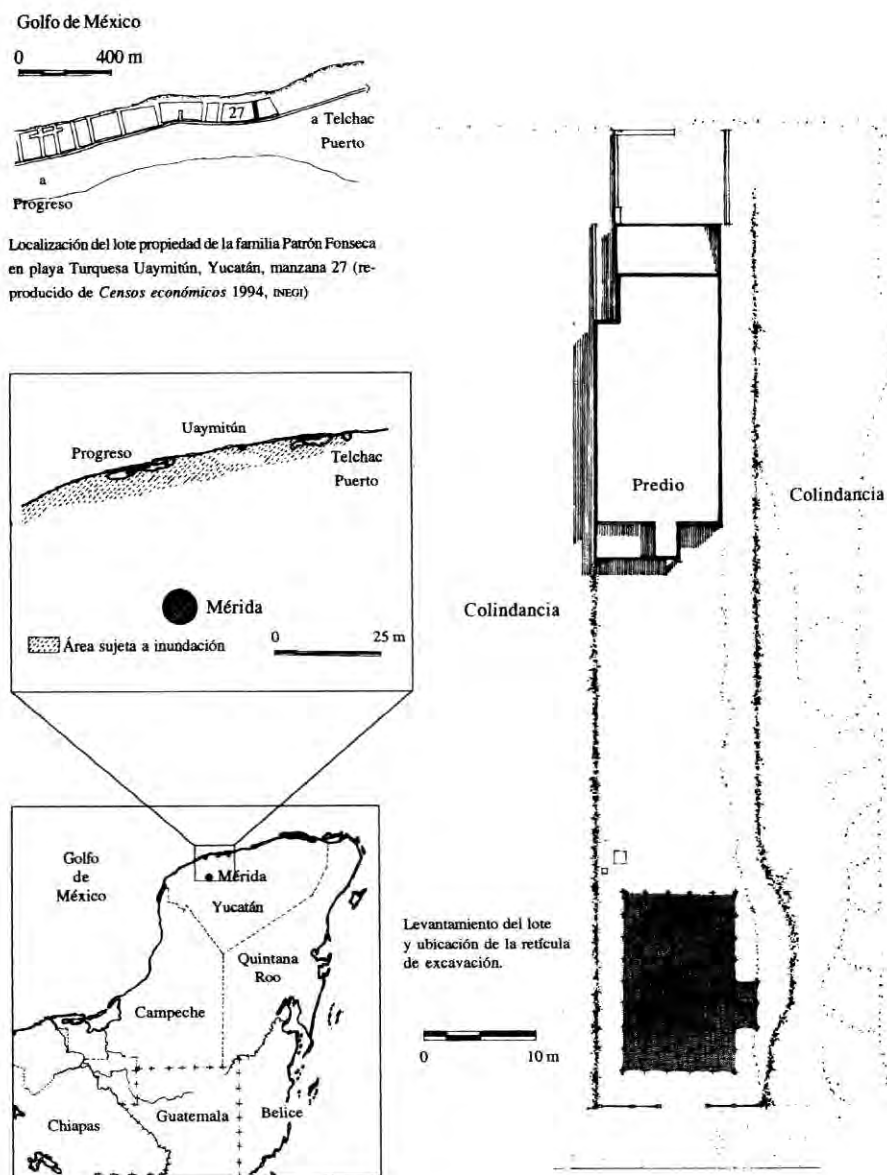
La ausencia de vegetación facilita la transferencia de arena tierra adentro, formando montículos que se conocen como “dunas móviles”. Cuando las dunas se cubren de vegetación, las raíces fijan la arena y se deposita materia orgáni-

\* Centro INAH Yucatán.

\*\* Agradecemos a las facultades de Química y Veterinaria por la realización de los análisis de las muestras obtenidas en el campo. De la misma manera agradecemos al doctor William Trejo, quien efectuó los estudios radiológicos de las osamentas. También es menester mencionar a las arqueólogas Yoly Palomo y Silviann Boucher, así como a la historiadora Alejandra Quintanilla, quienes aportaron sus valiosos comentarios al texto original. Al arquitecto Leopoldo González por la realización de los dibujos, así como a Eduardo Montañez por efectuar el trabajo fotográfico.

<sup>1</sup> La oportunidad de realizar una investigación arqueológica en la costa norte de Yucatán se pudo concretar gracias a la buena disposición del Servicio Médico Forense (SEMEFO) de la Procuraduría General de Justicia del Estado (PGJE); del ayuntamiento de Progreso, así como a la colaboración de la Facultad de Ciencias Antropológicas de la Universidad Autónoma de Yucatán (FCAUDY) y al Centro INAH Yucatán.

<sup>2</sup> El topónimo de Uaymitún o Uaymiltún según Pacheco (1953:220), significa “lugar de los brujos”, o “fantasmas de piedra”, por derivarse de las voces *Uaymil*, “brujo o fantasma”, y *tun*, “piedra”.



● Fig. 1 Área de estudio.

ca, iniciando la acumulación del suelo. Este ecosistema es muy extremo, ya que combina poca precipitación y altas temperaturas. En este clima se desarrollan plantas xerófitas y halófitas de hojas crasas, hierbas rastreras y arbustos muy ramificados, así como selva baja caducifolia espinosa a lo largo de toda la costa (Flores y Espejel, 1994: 22).

En la península de Yucatán el manglar se distribuye a lo largo del litoral, presentando algunas diferencias en su estructura, pero no en su composición, dependiendo de la zona que ocupe.

El manglar constituye una comunidad de arbustos o árboles que bordean los esteros o bien cubren amplias zonas pantanosas con especies de hidrófitas tolerantes a la salinidad del agua y a la brisa marina (*ibid.*, 51-52). Cabe mencionar que este conjunto de factores es el que permitió la preservación de los restos óseos recuperados.

#### Antecedentes históricos

Las primeras noticias que tenemos del sitio de Uaymitún son las plasmadas en un plano de la

península de Yucatán realizado por Pablo Celarain, en el año de 1841 (fig. 2), donde aparece con el nombre de "Guaymitun".<sup>3</sup>

Para esta época probablemente fue un rancho pesquero y salinero. Años más tarde, entre 1878 y 1881, llegó a ser un pequeño poblado y quedó incluido en el municipio de Progreso (Rodríguez, 1989: II:163). Con base en documentos del Archivo Notarial del Estado, sabemos que en 1902 el rancho Uaymitún se hallaba ubicado al oriente del puerto de Progreso, a una distancia de 12 km 570 m. La extensión del rancho era de "...6 has, 91 áreas y 68 centiáreas..." (ANY, 1902, t. II, f. 1114). Sin embargo, Uaymitún contaba con terrenos baldíos salinosos anexos, concesionados por el gobierno para la explotación de sal, como son los denominados Ixtulix y Chunchacah, el primero de los cuales tenía una extensión de 33 610 varas cuadradas (23 483.307 m<sup>2</sup>) y el segundo de 7 542 varas cuadradas (5 269.59 m<sup>2</sup>) (ANY, 1906, t. XIII, f. 1972). Probablemente para esa época se hayan sembrado extensos cocales, para la producción de copra, así como la explotación de madera del mangle que requirió mayor número de trabajadores. Cabe mencionar que hasta los años sesenta se continuaba con esta industria.

Durante el siglo XIX, numerosos ranchos en la costa utilizaban la madera del mangle como leña (Millet, 1994b: 86) cuya ventaja era una mayor duración en la combustión. Todo parece indicar que el mayor uso de la madera del mangle fue como carbón, tanto en las actividades domésticas como en la maquinaria utilizada en los procesos productivos de algunas haciendas y ranchos de la costa. En los sitios salineros se utilizaba el mangle en forma de estacas para delimitar las charcas para que no penetrara el lodo con las lluvias (González, 1979: 435).

<sup>3</sup> Todo parece indicar que el nombre correcto es Uaymitún o Uaymiltún, toda vez que el fonema representado por la "G" (oclusivo velar sonoro) no es propio de la lengua maya. Es quizás un error debido al redactor de habla castellana (Jorge Canto, 1996, comunicación personal).

Las condiciones de vida de los peones de la costa que explotaban la madera de mangle, la sal o la copra eran similares a las de los peones en fincas, ranchos o haciendas para finales del siglo XIX y principios del XX. Los hacendados y comerciantes eran también propietarios de las salinas (Serrano, 1995:116), por lo cual sus trabajadores, cuando no realizaban labores de corte o limpieza en haciendas henequeneras, se trasladaban a la costa para laborar en la explotación salinera, que requería de fuerza de trabajo eventual (*Ibidem*:117).

Esta situación es reportada por González (1979: 434) en ejemplos de historias de vida, en las que nos da una clara idea de las condiciones por las que pasaban los peones trasladados de las haciendas henequeneras a la costa:

La sra. Ortega se recuerda que... cuando tuve 12 años (1927) los meses de sol nos llevan a las salinas hacíamos allá hasta 5 ó 6 meses. Las salinas estaban en Xtampuh, que fue de don Juan de la Rosa... allá había un galerón grande ahí estábamos todos los trabajadores... ahí nos llevaban a cortar... el lodo de los charcos para botar atrás... íbamos al monte a cortar la madera, y esa que se llama mangle, para hacer las estacas... eso lo hacíamos mi papá, mi mamá, hasta los más chicos...

### Rescate arqueológico

Las excavaciones comprendieron un periodo de dos semanas, durante el mes de abril de 1996. En primera instancia se procedió a reticular el área en cuadros de 2 x 2 m, haciendo un total de 10 m de largo por 6 de ancho, aunque debido a las necesidades de la investigación se amplió esta área hasta tener un total de 160 m<sup>2</sup> (fig. 3). El control de los materiales arqueológicos se dio por medio de capas métricas de 20 cm cada una, aunque posteriormente el terreno permitió seguir estratos naturales.

La profundidad de los entierros varió desde los 20 hasta 60 cm de la superficie, estando la mayor concentración a 60 cm.

Sólo en los cuadros 2A y 5E se excavó hasta el nivel freático, con el propósito de conocer cuántos



● Fig. 2 Plano de la Península de Yucatán en 1841. (Reproducido de Antochiw, 1994.)

les eran los entierros más profundos. El primer cuadro tuvo una profundidad de 1.70 m, mientras que el segundo se ubicó a 2 m de la superficie actual del terreno.

### La muestra

Los restos recuperados corresponden a un total de 23 individuos, infantes y adultos de uno y otro sexo, depositados de manera directa en fosas hechas en la arena a pocos centímetros de la superficie. Sin embargo, el hecho de que esta parte de la costa sea una área de dunas, nos hace suponer que los entierros fueron inicialmente inhumados entre 2 y 2.5 m de profundidad.

Los criterios metodológicos utilizados en la determinación del sexo en individuos adultos, fueron principalmente los parámetros para la pelvis y el cráneo (Krogman e Iscan, 1986; Ferembach *et al.*, 1979). Mientras que para la asignación de la edad biológica se emplearon diferentes criterios según la fase de crecimiento, ya que las medidas y datos propuestos por Kósa (1989) se utilizaron en los esqueletos correspondientes a individuos de la primera

infancia, en tanto que para los sujetos infantiles se determinó con base en las tablas de desarrollo y brote dental (Ubelaker, 1989a), en la aparición de los centros de osificación (Ubelaker, 1989b), así como en los parámetros de Ferembach (1979). Para los sujetos adolescentes se empleó la edad de fusión de la epífisis con la diáfisis. En la determinación de la edad en adultos jóvenes se consideró además la osificación de la apófisis esternal, de la clavícula, sacro y la aparición del tercer molar. Por último, para la asignación de la edad en los restos de los individuos adultos, se siguieron las propuestas de Todd (en Meindl y Lovejoy, 1989) (cuadro 1), en cuanto a la observación de los cambios que sufrió tanto la sínfisis púbica como la superficie auricular.

Los materiales culturales asociados nos permitieron proponer una cronología preliminar que abarca desde finales del siglo XIX hasta principios del XX. Dicho fechamiento podrá corroborarse por medio de los análisis químicos,<sup>4</sup> en proceso, de los restos óseos.

### Materiales arqueológicos y culturales

Los materiales culturales recuperados durante las excavaciones en el sitio de Uaymitún consistieron en fragmentos de madera, cerámica, clavos de hierro así como botones de hueso y nácar, entre otros.

El único material cerámico recuperado fue un fragmento de plato con borde evertido al exterior, y terminación festonada de 22 a 24 cm de diámetro aproximadamente. Dicho borde presenta una decoración impresa por transferencia bajo el vidriado, consistente en diseños flora-

<sup>4</sup> Colágeno residual combinado con carbono 14. Este análisis se efectúa en el laboratorio de prospección arqueológica del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM.



● Fig. 3 Detalle de la cuadrícula en el proceso de excavación.

les en color lila (507 C)<sup>5</sup>, limitados en la parte superior por una línea en el mismo color. Esta decoración corresponde al tipo cerámico “Flores Lila con Brillo Metálico” de la vajilla Loza Fina Blanca (Burgos, 1995:281-284), con una cronología que abarca desde fines del siglo XIX hasta principios del XX. Fragmentos de este tipo cerámico también han sido reportados en el edificio denominado “El Olimpo”, en la ciudad de Mérida, en el ex convento de Mama y en la estructura denominada Itzamatul, en Izamal, Yucatán.

Otros elementos recuperados fueron: botones de diferentes tamaños y algunos materiales de fabricación. Cabe mencionar que el hallazgo de botones ha sido común en las excavaciones de sitios históricos, ya que forman parte de la vestimenta habitual de la época. En la bibliografía consultada se hace referencia básicamente a dos tipos de botones: con perforaciones y/o los que carecen de ella como los de argolla.

Podemos señalar que los primeros botones eran de materiales naturales como la concha nácar y el hueso, entre otros. Durante la segunda mi-

tad del siglo XVIII, se amplió el uso de materias primas naturales, incluyendo maderas finas que inicialmente fueron trabajadas a mano y más tarde por medio de máquinas (Schávelzon, 1991:151). Para 1840, al inventarse el botón de vidrio, se desarrolló una gran variedad de formas y se inició el empleo de nuevos materiales en su fabricación, como la porcelana.

En el sitio de Uaymitún se recuperaron 31 botones: tres manufacturados en concha nácar y los 28 restantes de asta; su forma es la convencional redonda y plana, con tres o cuatro perforaciones circulares.

Los botones fabricados de concha fueron elaborados con base en conchas marinas uni o bivalvas que presentan el típico color del nácar (435 C a 437 C). Schávelzon (1991:151) menciona que generalmente esta clase de botones presentan sólo dos perforaciones debido a la fragilidad del material. Sin embargo, los hallados en las excavaciones incluyen cuatro perforaciones y son de tamaño variable (6 a 9 mm), con un grosor promedio de 0.5 a 1 mm.

Los botones elaborados de asta son generalmente más grandes e irregulares, aunque para finales del siglo XIX se manufacturaron boto-

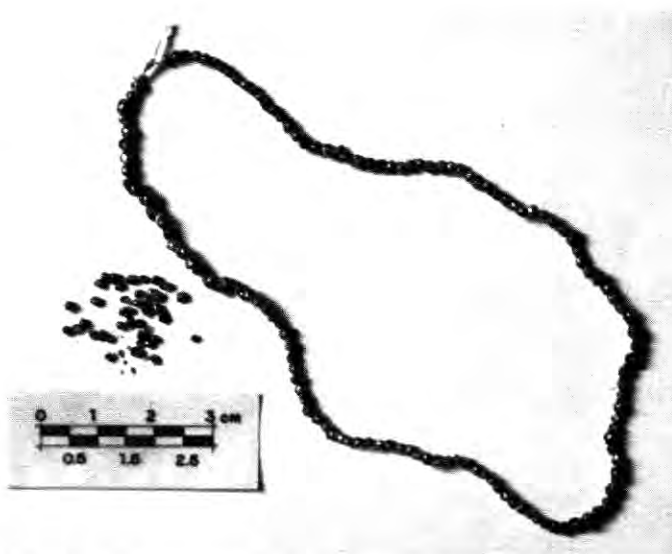
<sup>5</sup> Las claves de los colores corresponden a la Guía de color Pantone.

Cuadro 1. Distribución de entierros de Uaymitún, Yucatán.

Núm. entierro	Tipo de entierro	Sexo	Edad	Posición general	Posición del cráneo	Orientación general
1	Primario	Masculino	>40	Decúbito dorsal extendido	Occipital	Oeste-Este
2	Primario	Masculino	20-25	Decúbito dorsal extendido	Occipital	Oeste-Este
3	Primario	Indeterminable	1.5-2.5	Decúbito dorsal extendido	Occipital	Oeste-Este
3a	Primario	Indeterminable	1.5-2.5	Decúbito dorsal extendido	Occipital	Norte-Sur
3b	Primario	Indeterminable	4.5-5.5	—	—	—
3c	Indeterminado	Indeterminable	5.5-6.5	—	—	—
4	Primario	Indeterminable	5.5-6.5	Decúbito dorsal extendido	Occipital	Norte-Sur
5	Primario	Indeterminable	6.5-7.5	Decúbito dorsal extendido	Occipital	Oeste-Este
6	Primario	Femenino	>50	Decúbito dorsal extendido	Occipital	Oeste-Este
7	Indeterminado	Indeterminable	18-23	—	—	—
7a	Indeterminado	Indeterminable	0-1 mes	—	—	—
8	Primario	Indeterminable	0.5-1.5	Decúbito dorsal extendido	Occipital	Oeste-Este
9	Primario	Masculino	>40	Decúbito dorsal extendido	Occipital	Oeste-Este
10	Primario	Indeterminable	0-1 mes	Decúbito dorsal extendido	—	Oeste-Este
11	Primario	Indeterminable	0-1 mes	Decúbito dorsal extendido	Occipital	Oeste-Este
12	Primario	Masculino	>40	Decúbito dorsal extendido	Occipital	Oeste-Este
12a	Indeterminado	Indeterminable	4.5-5.5	—	—	Oeste-Este
13	Primario	Indeterminable	1.5-2.5	Decúbito dorsal extendido	Occipital	Oeste-Este
14	Primario	Femenino	>50	Decúbito dorsal extendido	Occipital	Oeste-Este
15	Primario	Indeterminable	0.5-1.5	Decúbito dorsal extendido	Occipital	Oeste-Este
16	Primario	Masculino	>40	Decúbito dorsal extendido	Occipital	Oeste-Este
17	Primario	Indeterminable	5.5-6.5	Decúbito dorsal extendido	Occipital	Oeste-Este
18	Primario	Indeterminable	3.5-4.5	Decúbito dorsal extendido	Temporal der.	Oeste-Este

nes con mucha precisión. Se utilizó cuerno de vaca para los comunes y asta de ciervo para los de mejor calidad. También se manufacturaron del hueso de diversos animales. El criterio deseable es que tuvieran una coloración blanca (Schávelzon, 1991: 152).

Los botones de asta recuperados en las excavaciones varían de tamaño (8 hasta 16 mm), con un grosor de 1 a 2 mm. Cinco presentan como decoración una acanaladura. Uno de ellos tiene tres perforaciones y una línea de color dorado (874 C) en el filo del borde como motivo decorativo.



● Fig. 4 Cuentas de vidrio que formaron parte del ajuar funerario.

Asociados a los entierros 6 y 7, que corresponden a una mujer, y a un adolescente y un infante, respectivamente, habían pequeñas cuentas de vidrio (chaquiras) de color dorado (872 C y 875 C), mismas que formaron parte del ajuar funerario (fig. 4).

Pacheco (1960:28) menciona que para finales de 1920 y principios de 1930 se percató de que entre la niñez indígena del territorio de Quintana Roo se vestían con traje de gala "...solamente para ceremonias supersticiosas ...(así) ...como religiosas, paganas, ...(donde lucen)... un hermoso collar hecho con chaquiras i monedas antiguas...". Estos adornos por lo general no eran utilizados por la mestiza yucateca, ya que ella utilizaba principalmente objetos de oro como cadenas, aretes, rosarios, entre otros (Pacheco, 1960: 29). No contamos con información de la utilización de estos objetos durante el siglo XIX.

También se recuperaron 21 objetos de hierro, 20 de los cuales corresponden a clavos y a una hacha. De acuerdo con Schávelzon (1991:205), los clavos fueron manufacturados a finales del siglo XVIII con moldes en los que se vertía el hierro fundido. Posteriormente se inició la producción de clavos forjados, cincelados a crisol. En ocasiones se logran apreciar pequeñas mar-

cas producidas por el martillo; el perfil de los clavos era cuadrado, a veces rectangular o irregular, haciéndose más delgado en la punta, de cabeza en forma de pirámide truncada.



● Fig. 5 Fragmento de madera asociado al Entierro núm 12a.



Cuadro 2. Componentes principales, según índices craneales y faciales masculinos

<i>Muestras</i>	<i>I</i>		<i>II</i>		<i>III</i>		<i>Sfn<sup>2</sup></i>
12	0.683	0.466	0.520	0.270	0.511	0.261	0.998
16	0.661	0.437	0.547	0.299	0.510	0.260	0.996
9	0.659	0.434	0.532	0.283	0.529	0.280	0.997
Xcán	0.605	0.366	0.612	0.375	0.504	0.254	0.995
2	0.593	0.325	0.552	0.305	0.576	0.332	0.988
Mayas 1	0.585	0.316	0.580	0.336	0.564	0.318	0.997
1	0.562	0.316	0.623	0.388	0.542	0.294	0.998
C. México	0.547	0.299	0.659	0.434	0.510	0.260	0.994
Mayas 2	0.542	0.294	0.518	0.268	0.659	0.434	0.996
<b>Raíz latente</b>	<b>3.306</b>		<b>2.959</b>		<b>2.693</b>		<b>8.959</b>
<b>Var. acumulada 37%</b>			<b>33%</b>		<b>30%</b>		<b>97%</b>

1, 2, 9, 12 y 16 (Cráneos de los entierros de Uaymitún, Yucatán)

Mayas 2 (Serie de cráneos prehispánicos de Guatemala)

Xcán (Serie de cráneos prehispánicos del periodo Clásico)

Centro de México (Serie de cráneos coloniales. Siglos XIV-XIX)

Mayas 1 (Serie de cráneos de Campeche. Siglo XIX)

Los índices utilizados son: 7 del cráneo; craneal horizontal, medio de altura, vértico longitudinal, vértico transversal, frontoparietal, frontal transverso, agujero occipital; y 2 faciales: facial total y gnático de Flower. La matriz de correlaciones se diseñó con los valores medios de las muestras y el cálculo de los componentes principales se realizó con el programa SYSTAT, en su versión 5.0.

(Bautista, s. f. y Hernández, 1991:55-97).

En los últimos años del siglo XIX se inició su reemplazo por los fabricados a máquina. La industria, produjo piezas de mejor calidad y en mayor volumen, manufacturándose gran variedad de clavos, bulones, tachuelas, etcétera, también para uso en la construcción o fabricación de embarcaciones navales y para las herraduras de las bestias, lo mismo que para el uso de la industria del calzado, entre otros. Se sabe muy poco acerca del desarrollo artesanal en la época colonial en el sureste del país, pero se sabe que muchos artesanos manufacturaron clavos de las barras de hierro que llegaban a Nueva España.

Tenemos información que constata que estos objetos se importaron desde la primera mitad del siglo XIX. Diferentes notas periodísticas mencionan la variedad de mercancías que entraban por el puerto de Campeche; por ejemplo se mencio-

na que: "...el día 10 de N. Orleans, ... (la)... Goleta Nacional Nueva Aparecida de 53 dos tercios toneladas...(trae)...40 galápagos de plomo, 12 cuñetas municiones, 14 barras de hierro de Suecia, 2 huacales de loza, 4 cuñetes de clavos de hierro..." (*El Fénix*, 20 de noviembre de 1849).

Entre los pocos trabajos arqueológicos en la península de Yucatán que han reportado artefactos como clavos, tachuelas, bulones, etcétera, está el de las criptas de la catedral de Campeche (Benavides y Zapata, 1991). Desafortunadamente no se cuenta con muestrarios suficientes para hacer una tipología de estos objetos, pero a medida que las excavaciones aporten mejores ejemplos podremos contar con una muestra más amplia que dé cuenta de sus múltiples funciones. En Uaymitún sólo se recuperaron clavos utilizados en la fabricación de ataúdes.

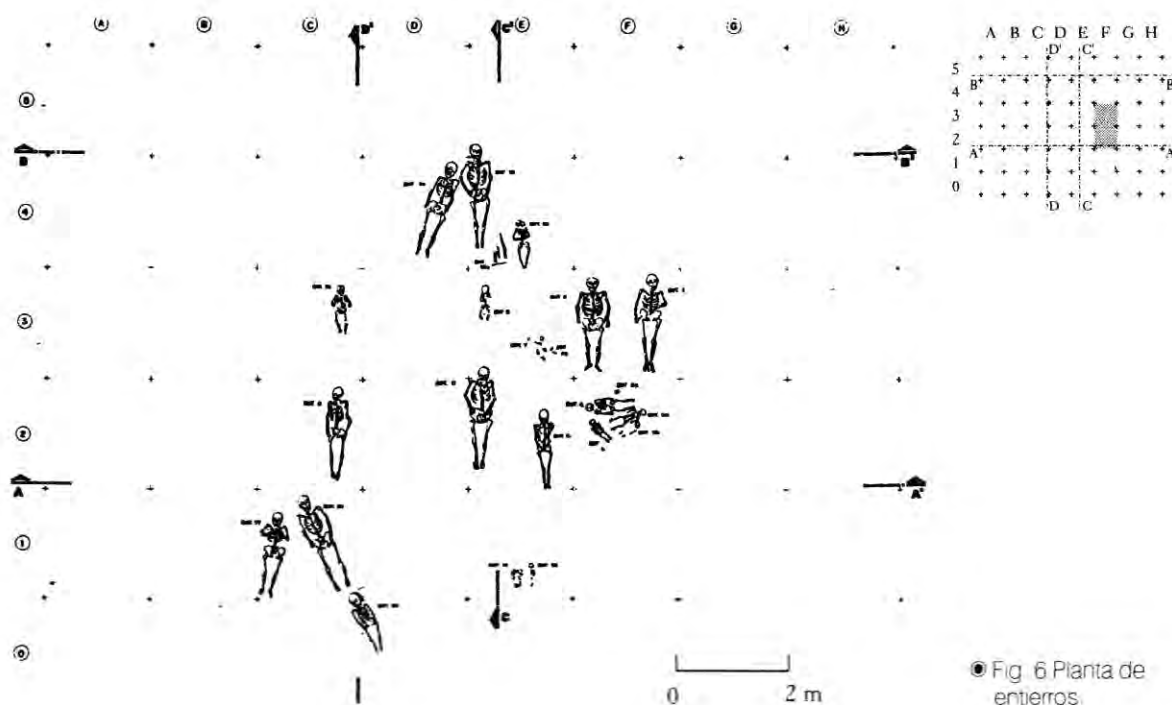


Fig. 6 Planta de entierros.

Asociada al Entierro núm. 12, perteneciente a un individuo del sexo masculino, se halló también un hacha de hierro. Además de no presentar marca de fabricación, a simple es vista difícil identificar su procedencia, debido a que se encuentra bastante erosionada. Cabe mencionar que desde mediados del siglo XIX se estableció en la ciudad de Campeche una industria llamada "La Aurora", importadora de maquinaria para producir objetos de hierro (Millet, 1994a: 10-14), pero no podemos aseverar si esta pieza proviene de dicha industria o de otra región.

También se recuperó un fragmento cuadrado de madera de cedro (*Cedrela mexicana*) pintado, que formaba parte de un ataúd y que por sus dimensiones probablemente correspondía a la parte de los pies. Debemos señalar que ataúdes de forma de triángulo truncado fueron muy comunes en el periodo colonial. Sin embargo, hay autores que piensan que estos féretros se siguieron utilizando hasta finales del siglo XIX. Fueron hechos comúnmente de tablones de madera de cedro o pino, unidos en las partes laterales; así como en el fondo, las tapas de las

Cuadro 3

Núm. de entierro	Sexo	Edad	Patología
1	Masculino	más de 40 años	Osteofitos en 5a, 4a y 3a vértebra lumbar. Periostitis
6	Femenino	más de 50 años	Osteofitos en 5a, 4a y 3a lumbar
9	Masculino	más de 40 años	Osteofitos en 5a y 4a lumbar. Periostitis
12	Masculino	más de 40 años	Osteofitos en 5a y 4a lumbar
14	Femenino	más de 50 años	Osteofitos en 5a, 4a y 3a lumbar

\*Están señaladas sólo las vértebras donde el grado de severidad fue más grave

0=ausencia, 1=ligera, 2=regular y 3=severa

Todos estos sujetos tuvieron el grado 3, o sea, severa.

Cuadro 4. Distribución de individuos por intervalos de edad y sexo.

Intervalo de edad (años)	Número de individuos							
	Masculinos		Femeninos		Indeterminados		Totales	
	N	%	N	%	N	%	N	%
0-4.9			5	21.74	4	17.39	9	39.13
5-9.9			3	13.04	3	13.04	6	26.09
10-14.9								
15-19.9					1	4.35	1	4.35
20-24.9	1	4.35					1	4.35
25-29.9								
30-34.9								
35-39.9								
40-44.9	4	17.39					4	17.39
45-49.9								
50-x			2	8.70			2	8.70
Totales	5	21.74	10	43.48	8	34.78	23	100

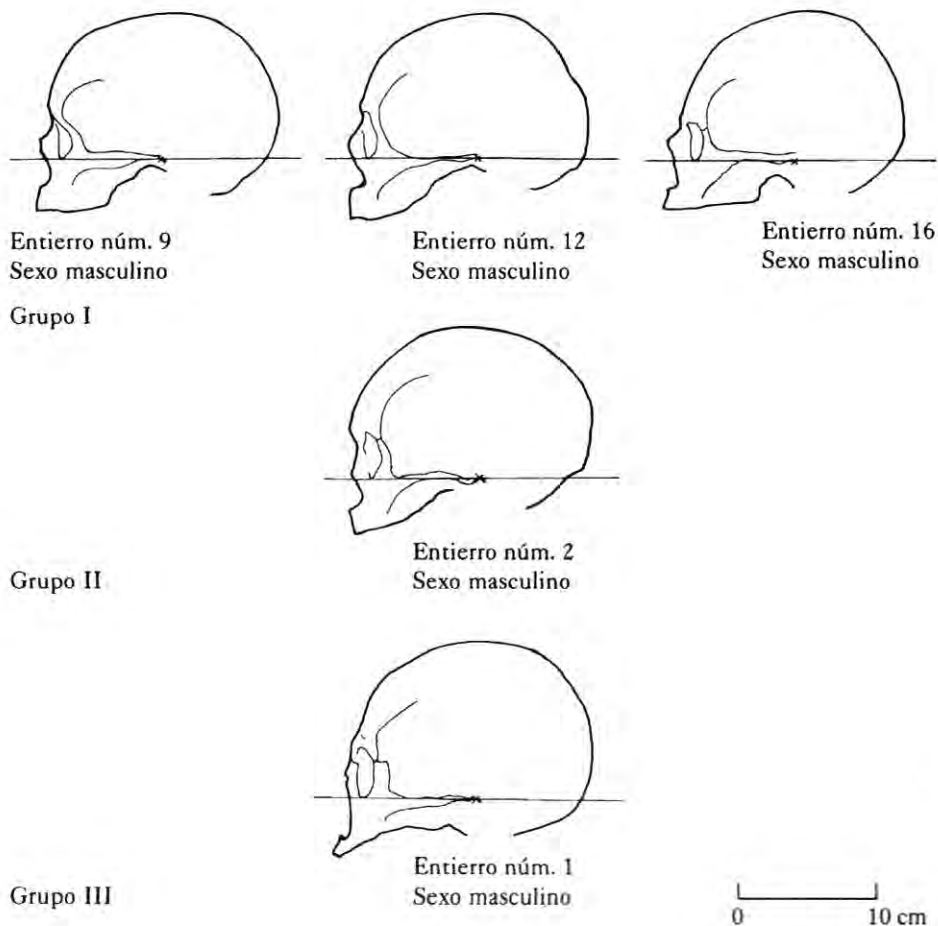
cajas pudieron haber sido lisas o con una superficie de tres caras (Márquez y González, 1985: 31). Las tablas que los componían se ensamblaban a base de caja y espiga, unidas con algunos clavos de hierro forjado (Oliveros, 1990:31). Además algunos se han encontrado decorados con pintura de agua y base de cal (en técnica de pseudofrescos), con diferentes motivos y colores de acuerdo con el sexo y/o la edad de los finados (*ibidem*:33).

Hansen (1984: 309-310) menciona algunas costumbres funerarias en Yucatán para finales del siglo XIX, donde nos dice que a las personas casadas se les enterraba en ataúdes de color negro, y a las señoritas en cajas de color blanco. El color de los ataúdes empleados para los jóvenes solteros de clase media y alta, de preferencia era también de color blanco.

El fragmento de madera recuperado en las excavaciones tiene 18 cm de largo por 23 de ancho, y presenta un diseño en forma de "X" de color blanco grisáceo (414 C), sobre fondo negro (419 C), y se halló asociado al Entierro núm. 12a (fig. 5), que corresponde a un indi-

viduo cuyo sexo no fue posible determinar. Sin embargo, Oliveros (1990:33-61) menciona entierros en estado de momificación a finales del siglo XVI hasta mediados del siglo XIX, encontrados en la iglesia de Tlayacapan, Morelos, donde se recuperó un féretro con una decoración de una "X", similar a nuestro fragmento de ataúd. Los colores que presentan los ataúdes de los niños y adolescentes, en Tlayacapan, generalmente eran fuertes (azul, amarillo, café, verde, rosa y rojo). Del mismo modo se recuperaron en Uaymitún, en el Entierro núm. 18, fragmentos de pigmentos de color rojo asociados a un entierro infantil.

Cabe apuntar que en general nuestros entierros están dispuestos en forma extendida, con las manos situadas sobre el pecho o el abdomen, y los pies orientados hacia el este. En diversos sitios históricos se han reportado entierros con la misma disposición que los nuestros; están ligados a costumbres funerarias cristianas (Jones y Kautz, 1986:150; García, 1995:93; Sarankin, 1995:22) (cuadro 1, fig. 6), por lo que probablemente estén relacionados con dichas prácticas.



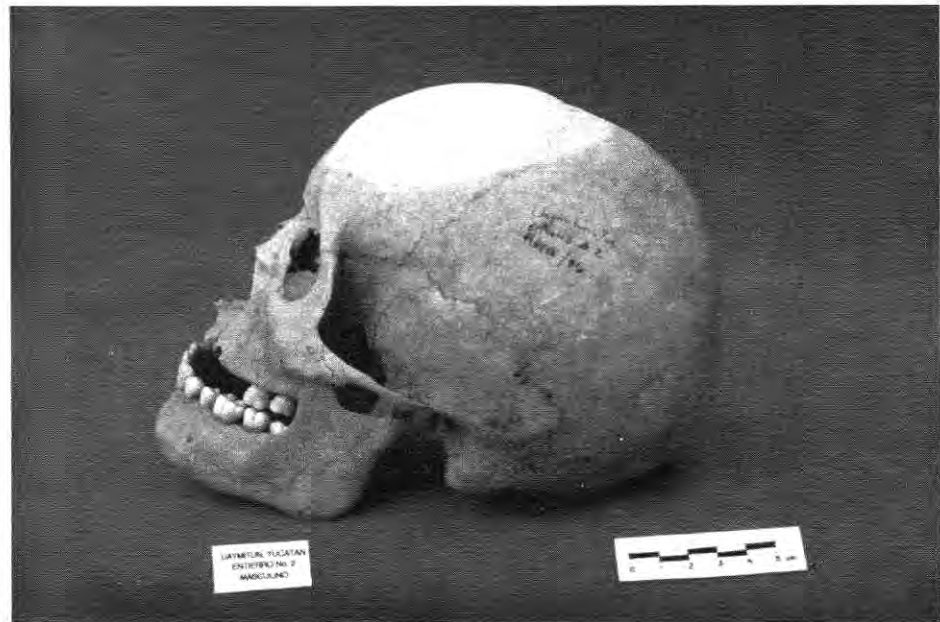
● Fig. 7 Agrupamiento de individuos con afinidades biológicas. (Perfiles realizados con el craneógrafo)

## Resultados y discusión

El análisis morfológico comparativo realizado<sup>6</sup> (cuadro 2, fig. 10) mostró que los individuos de los Entierros 9, 12 y 16 presentan una afinidad biológica muy estrecha que los diferencia del tipo físico maya, en contraste con los individuos 1 y 2. El individuo del Entierro núm. 1 tiene una mayor afinidad con restos óseos procedentes del centro de México. Sin embargo, se debe mencionar que el individuo núm. 2 presenta una mayor similitud con restos óseos de grupos mayas autoctónos (fig. 8).

Otro aspecto que se intentó evaluar fue el relativo a las condiciones generales de salud de este grupo de individuos. Aquí, como en cualquier sociedad del pasado, nos enfrentamos a una ausencia de información, puesto que sólo tenemos huesos sin partes blandas, lo que imposibilita medir cambios fisiológicos directamente. Por lo tanto, debemos recurrir a indicadores secundarios que hayan dejado huellas sobre los huesos, lo cual permitiría evaluar las condiciones de vida de los individuos estudiados y su capacidad de adaptación (Goodman y Arnelagos, 1991:51). Estos indicadores, denominados de estrés específicos sobre huesos son: lesiones traumáticas y degenerativas, así como afecciones dentales de las que se han identificado sus posibles causas. Los restos óseos de Uaymitún que presentaron afecciones relacionadas con los indicadores ya mencionados se pueden agrupar de la siguiente manera: aqué-

<sup>6</sup> Se utilizaron nueve índices en el análisis morfológico comparativo correspondientes a las siguientes muestras de cráneos no deformados: Xcán (Arias, 1996); Maya (Comas, 1969:247); Campeche (Serrano, 1972:185); México, D.F. (Bautista, s/f y Hernández, 1991:55-97).



● Fig. 8

llos que se refieren a procesos degenerativos producidos por causas exógenas, como esfuerzos continuos, con tendencia a expresarse con mayor intensidad a través de la edad (por ejemplo, las enfermedades osteoarticulares), y aquellos que agrupan afecciones como son los procesos inflamatorios que afectan con mayor frecuencia al cráneo y a los huesos largos. Su mayor incidencia es en estos últimos, en cuyo caso afectó porciones bien circunscritas de la diáfisis, frecuentemente provocada por golpes (Jaén, 1977:359) y/o periodos de fiebres constantes (Josefina Bautista, comunicación personal, 1996).

El primer grupo de enfermedades osteoarticulares atacó a casi todas las articulaciones y muy especialmente a la columna vertebral, en la cual se presentan los cambios más notables. Las características son: presencia de rebordes festonados en las vértebras, los cuales varían desde pequeñas protuberancias proyectadas más o menos horizontalmente, hasta un reborde orlado que se expande hacia afuera y en dirección de la vértebra subyacente o suprayacente, dándole al cuerpo vertebral la forma de un hongo. Esta condición es conocida como osteofitosis; se presenta con mayor frecuencia en la región lumbar, y con menor incidencia en

la cervical (Morse, 1969:23).

El análisis, así como las observaciones morfológicas y radiológicas, nos dieron por resultado los datos contenidos en el cuadro 3.

Aunque no se conoce con certeza la patogenia de este tipo de afecciones, generalmente se cree que es un fenómeno degenerativo asociado a problemas de malnutrición y con mayor frecuencia a la senectud, acelerada por la excesiva demanda funcional. Sin embargo, Trueta (en Aegerter, 1978:623) dice que la falta de actividad física puede también causar artropatía degenerativa.

En nuestro caso tenemos a individuos adultos de sexo masculino y femenino, con edades óseas que oscilan entre los 40 y 50 años de edad, afectados por procesos osteoartíticos (entierros núms. 1, 6, 9, 12 y 14), así como de periostitis (entierros núms. 1 y 9).

Por otra parte, tenemos las afecciones sufridas en el aparato bucal. En efecto, pudimos constatar que los principales padecimientos registrados fueron de orden infeccioso y traumático, como en el caso del Entierro núm. 1, con pérdidas *ante-mortem* de varias piezas dentales



● Fig. 9 Cráneo del Entierro núm. 14, en norma lateral izquierda.

en el transcurso de su vida. El núm. 12 con diversas fracturas *ante-mortem* y un grado severo de atrición dental, en la mayoría de sus dientes y molares. El individuo núm. 6 presenta resorción alveolar en los molares 7 y 8, piezas que perdió en una etapa temprana de su crecimiento. Este sujeto femenino presenta un desgaste intenso del cóndilo derecho de la mandíbula, a tal grado que impedía que ésta se articulase de manera adecuada con el maxilar. El Entierro núm. 14 corresponde a un sujeto femenino de más de 50 años, con una resorción alveolar total, tanto en el maxilar como en la mandíbula, aunque este caso podría ser debido a su avanzada edad (fig. 9).

En este mismo grupo encontramos individuos infantiles afectados por problemas de malnutrición, como el caso del Entierro núm. 3 que corresponde a un sujeto infantil, con una edad ósea estimada de 1.5 a 2.5 años, el cual presenta un engrosamiento anormal en los húmeros derecho e izquierdo.

El marcador del conjunto de estrés indica que posiblemente estos individuos hayan compartido una historia personal común de privaciones nutricionales, combinadas con esfuerzos severos producto de la actividad laboral, auna-

da a condiciones malsanas de vida. Esto último se refuerza con lo señalando en fuentes históricas, de que en esta región existía un movimiento continuo de trabajadores que abarcaba la mayor parte de la zona costera y poblaciones aledañas. Estos individuos eran contratados para realizar distintas faenas con jornadas laborales muy largas y en circunstancias de vida exiguas, sometidos a condiciones de humedad constante. Los restos de Uaymitún también reflejan la presencia de ciertas enfermedades ocupacionales, por ejemplo, los entierros núms. 1 y 12 presentan una compresión severa en sentido longitudinal en el cuerpo de la quinta vértebra lumbar, que más que ocasionada por las afecciones ya señaladas, posiblemente se deba a que estos sujetos estuvieron sometidos a esfuerzos físicos continuos que repercutieron gravemente en esta porción de la columna vertebral, así como ciertos accidentes traumáticos, reflejados en el caso del Entierro núm. 6.

La presencia de estos indicadores se relaciona directamente con trabajo duro y las largas faenas que provocan fatiga, que requiere un alto consumo de calorías, las cuales si no son satisfechas adecuadamente originan problemas de malnutrición para toda la existencia del indivi-

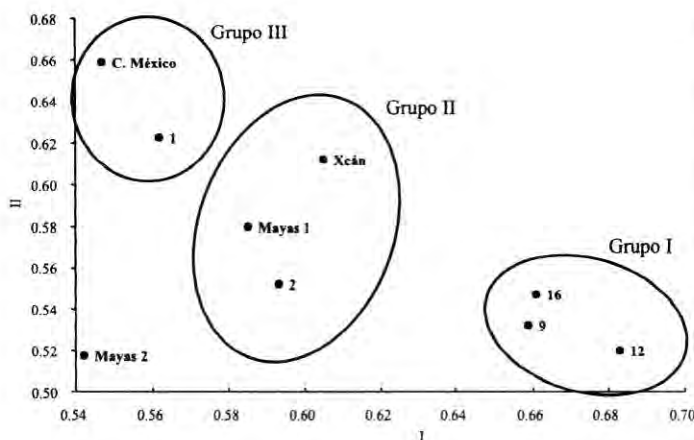


Fig. 10 Componentes principales según índices faciales y craneales masculinos.

duo, insuficiencia heredada también en su descendencia (Laurell, 1988:401).

Estudios en poblaciones modernas señalan que los cinco primeros años de vida son los más susceptibles de adquirir distintas afecciones, que algunas veces resultan mortales. Durante este lapso el sistema inmunológico aún no está totalmente constituido, aunque si contrae constantemente la infección logrará la inmunidad.

La distribución de edades en los entierros de Uaymitún nos revela que el mayor porcentaje de mortalidad (65 por ciento) se presentó en individuos de 0 a 9.9 años de edad (cuadro 4), por lo que podemos inferir que en este sitio la población infantil probablemente fue la más afectada por padecimientos relacionados con diversos factores de orden social y biológico, entre los cuales el inmunológico tuvo un papel preponderante, ya que éstos tienen su mayor incidencia en los infantes con edades entre 0 y 5 años. La mortalidad infantil es uno de los indicadores más sensibles para conocer las condiciones de salud de una población, dado que desde el nacimiento el niño se encuentra expuesto a un sinnúmero de factores ambientales que lo afectan. Por lo tanto, esta variable se ha utilizado como marcador de las condiciones generales de vida. A través de ella se pueden inferir aspectos relacionados con la alimenta-

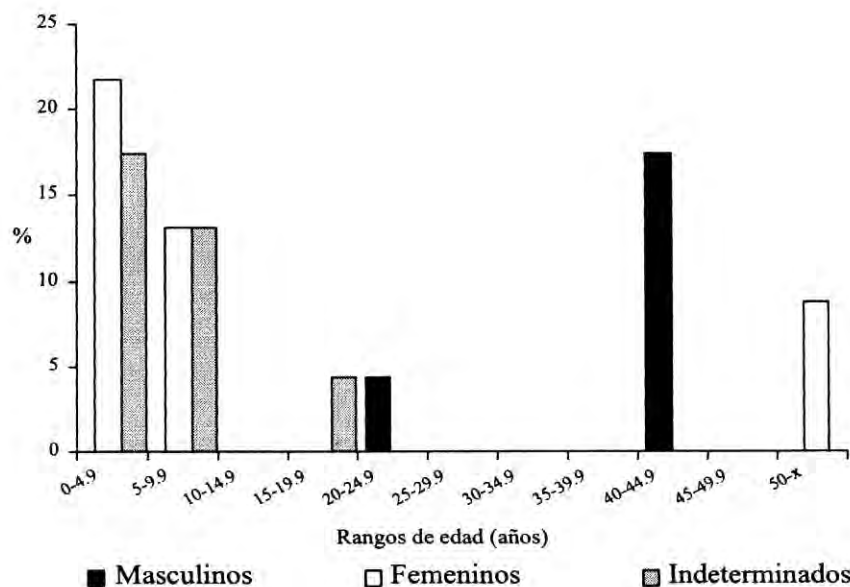
ción, el medio ambiente y la incidencia de padecimientos, entre otros factores. De acuerdo con Mosley (en Chackiel, 1984:178), hay diversas variables que pueden influir en la mortalidad infantil, tales como la fecundidad materna, la contaminación ambiental, así como disponibilidad de nutrientes para el feto y la madre durante el embarazo.

También se observa la presencia de dos individuos de sexo indeterminado con edades óseas de 15 y 25 años; cuatro sujetos masculinos con edades entre 40 y 50 años, así como dos femeninos con más de 50 años. Según

Macfarlane (1982:101) y Walford (1969:35), a medida que las personas envejecen se vuelven más vulnerables, y de todas las afecciones potencialmente mortales que pueden afectarlos, las infecciones por microorganismos resultan las más frecuentes: "...el patrón completo del envejecimiento es un reflejo de la mengua de la eficacia del sistema inmunológico..." (Macfarlane, 1982:101). A este determinante biológico se agregan las condiciones de vida bajo las cuales se desarrollaron los individuos; en los individuos de Uaymitún no sólo influyó la edad, sino también sus precarias condiciones materiales de vida.

De aquí que la distribución de edades que hemos obtenido de los restos de Uaymitún posiblemente nos indique la presencia combinada de un conjunto de causas relacionadas con patologías infectonutricionales.

Podemos decir que probablemente los individuos de Uaymitún murieron al contraer una enfermedad infectocontagiosa. La cronología de los entierros concuerda con un brote de fiebre amarilla, suscitado entre los meses de octubre y diciembre de 1908, reportado oficialmente en un peón yaqui en el rancho Uaymitún, que pertenecía al señor José Rosado (Padilla, 1995: 146). Sin embargo, no se cuenta con información de los otros trabajadores del rancho; no se sabe si fueron afectados o no, ya que no se in-



● Fig. 11 Distribución por intervalos de edad-sexo.

cluyeron en el estudio de Padilla. Cabe apuntar que el señor Rosado fue propietario del rancho Uaymitún, entre los años de 1906 y 1912, según consta en la escritura de compra-venta, con fecha de 3 de junio de 1912 (ANY, t.I, f.165-173).

No descartamos que la fiebre amarilla (conocida como “vómito prieto” o “vómito negro”) reportada en el rancho probablemente haya infectado a otros peones, convirtiéndose en un problema epidémico, ya que las condiciones insalubres de la región eran propicias para la proliferación del mosquito *Aedes aegypti*, principal transmisor de la enfermedad (Padilla, 1995: 142-143).

Los análisis químicos practicados a los entierros recuperados en Uaymitún reportaron la presencia de cal (hidróxido de calcio (Ca) (OH) 2), la cual no fue producto de una deposición natural,<sup>7</sup> sino adicionada intencional-

mente a los cuerpos. Un ejemplo similar fue reportado en el ex cuartel de Dragones, en Mérida; de acuerdo con investigaciones se pudo comprobar que la presencia de cal se debió a que los individuos fueron víctimas de una enfermedad contagiosa convertida en epidemia (Burgos, 1999:36-61).

Otro caso semejante es el reportado para personas muertas por la viruela negra en Santa Elena, donde se menciona que “...el bulto se cubría con una cantidad considerable de cal viva para ayudar a eliminar el contagio...” (Márquez y González, 1985: 38).

Con base en los ejemplos anteriores, se puede inferir que los entierros de Uaymitún también debieron ser víctimas de alguna enfermedad considerada contagiosa, ya que hubo un número significativo de osamentas que presentaron restos de cal viva.

### Consideraciones finales

De la información arqueológica e histórica, así como de los análisis morfológicos y osteopatológicos practicados a los entierros de Uaymi-

<sup>7</sup> Es importante mencionar que entre la duna costera y la llanura kárstica en la costa yucateca existe una franja de 250 Km. de largo con un ancho variable de 2 a 20 km y un espesor de 0.5 a 1.04 m que presenta una capa de calcita denominada “caliche”. Dicha capa debe su formación a la evaporación de las precipitaciones pluviales. Durante la época de lluvias, el agua subterránea que alcanza las aguas protegidas de la costa vierte una gran cantidad de

nutrientes primarios esenciales para la producción biológica como: silicatos, nitratos, nitritos y carbonatos (Batllori, 1995: 8).



tún, podemos inferir que presentan una cronología que abarca desde fines del siglo XIX hasta la primera década del siguiente siglo. Y que estos individuos probablemente fueron trabajadores del rancho, quienes se dedicaban a la explotación de la sal, la copra y la madera del mangle.

Por medio del análisis óseo se pudieron apreciar tres grupos con diferencias morfológicas, hecho que parece apoyar los movimientos poblacionales hacia las haciendas henequeneras yucatecas y los ranchos, ya que hubo una necesidad de contratar mano de obra de bajo costo. Ha sido reportado un gran número de ejemplos de individuos y familias que eran traídas para trabajar en haciendas yucatecas, tanto del interior del país (yaquis y huastecos), como de nacionalidad extranjera (coreanos). Un claro ejemplo es el mencionado en la nota periodística en la *Revista de Mérida* que dice: “[En] el vapor nacional Yucatán que fondeó últimamente, llegaron familias yaquis cuyo total fué de 209 individuos entre mujeres, ancianos y niños. Estas familias yaquis fueron destinadas al trabajo en las fincas de campo en nuestro Estado...” (6 de noviembre de 1900).

Los datos arqueológicos nos proporcionan evidencias de que por lo menos en cuatro entierros (núms. 11, 13, 15 y 18) se recuperaron clavos de hierro que formaron parte de cajas de madera o ataúdes. Esto sugiere que los deudos contaron con un tiempo razonable para poder conseguir los implementos necesarios para sepultar a sus muertos, pues de lo contrario se hubieran enterrado en una fosa común, principalmente por el riesgo de contagio que constituía para los demás individuos del lugar. Además en los entierros núms. 6, 7, 7a, 9, 12, 15, 16 y 18, se hallaron botones que formaron parte de la vestimenta con que fueron inhumados; en los individuos 6, 7 y 9 se reportaron cuentas de vidrio o chaquiras que probablemente conformaron collares o quizás bordados en la ropa. En el Entierro núm. 12, correspondiente a un individuo de sexo masculino de más de 40 años de

edad, se recuperó un hacha de metal. Cabe apuntar que éste fue el único entierro donde se halló un instrumento de trabajo, lo que nos podría indicar la actividad productiva que desarrolló en vida.

Los individuos enterrados en Uaymitún estuvieron afectados por una serie de factores de orden medioambiental y genético, con los cuales vivieron desde su niñez. Un ejemplo de esto es el sujeto núm. 1, que en vida sufrió de una anquilosis, en la articulación del coxis con el coxal derecho e izquierdo, que debió haber afectado sus actividades cotidianas así como su capacidad de trabajo. Asimismo, la malnutrición combinada con intensas jornadas de trabajo, que poco a poco fue mermando su vitalidad. Lo anterior, aunado a condiciones insalubres, creó un ambiente propicio para la propagación de enfermedades infectocontagiosas que de acuerdo con información histórica se desarrollaron en diferentes lugares del estado, así como en la costa para finales del siglo XIX y principios del XX. La epidemia de fiebre amarilla, reportada en el sitio para finales de 1908 (Padilla, 1995) fue una de las que más afectaron la costa yucateca.

El rancho Uaymitún no contó con un área destinada a cementerio, mientras que otros ranchos de la costa tuvieron su propio camposanto, como fue el caso de San Rafael Xtul, entre otros. Los trabajadores del rancho Uaymitún que fallecían, probablemente eran enterrados en pueblos cercanos. Contamos con información del registro de defunciones del puerto de Progreso, donde en el libro 37, pág. 115, se asienta que el 18 de junio de 1907 fue trasladado del rancho de Uaymitún Feliciano Pech, para ser inhumado en el puerto de Chicxulub. La presencia de entierros en Uaymitún abre dos posibilidades: 1) la necesidad de enterrar a varias personas en un corto tiempo debido a la presencia de un proceso infectocontagioso, y 2) que fuera un cementerio del cual hasta el momento no contamos con información.

# b i b l i o g r a f í a

- Aceves, Gutierrez  
1992. "Imágenes de la inocencia eterna", en *Artes de México*, núm. 15, México, pp. 27-50.
- Aegerter, Ernest  
1978. *Enfermedades Ortopédicas*, Buenos Aires, Médica Panamericana.
- Antochiw, Michel  
1994. *Historia Cartográfica de la Península de Yucatán*, México, CINVESTAV/Gobierno del Estado de Campeche/Grupo Tribasa.
- Arias López, José Manuel y Rafael Burgos Villanueva  
2000. "Rescate Arqueológico en Uaymitún, Yucatán", en *Temas Antropológicos*, vol. 22, pp. 153-189.
- Batllori Sampedro, Eduardo  
1995. *Hidrología de la Región Costera Noroccidental del Estado de Yucatán*, tesis Universidad de La Habana, La Habana, Cuba.
- Bautista, Martínez Josefina  
s.f. *Medidas Craneales de los Individuos Explorados en las Calles de Imprenta y Alarcón, D.F.*, México, INAH (Base de datos de la Dirección de Antropología Física).
- Benavides, Castillo Antonio y Renée Zapata  
1991. "Las criptas de la catedral de Campeche", en *Boletín de Monumentos Históricos*, núm. 13, México, INAH, pp. 54-73.
- Burgos Villanueva, Rafael  
1995. *El Olimpo: Un Predio Colonial en el Lado Poniente de la Plaza Mayor de Mérida, Yucatán, y Análisis Cerámico Comparativo*, México, INAH (Científica, 261).  
1999. "Un estudio histórico en el ex-cuartel de Dragones, Mérida, Yucatán", en *Temas Antropológicos*, vol. 21, núm. 1, pp. 36-61.
- Chackiel, Juan  
1984. "La mortalidad en América Latina: niveles, tendencias y determinantes", en *Memorias del Congreso Latinoamericano de Población y Desarrollo*, vol. I, México, El Colegio de México/UNAM/PISPAL, pp. 157-185.
- Comas, Juan  
1969. "Algunos cráneos de la región maya", en *Anales de Antropología*, vol. VI, México, IIA-UNAM, pp. 233-248.
- Enciclopedia Yucatanense  
1977. Tomo I, Mérida, Gobierno del Estado.
- Ferembach, D., I. Schwidetzky y M. Stloukal  
1979. "Recommandations pour déterminer l'âge et le sexe sur le squelette", en *Bulletins et Memoirs de la Société d'Anthropologie de Paris*, núm. 6, vol. XIII:7-45, París.
- Flores Salvador, José e Ileana Espejel Carvajal  
1994. *Etnoflora Yucatanense*, México, Universidad Autónoma de Yucatán.
- García Targa, Juan  
1995. "El concepto de muerte en el área maya durante el periodo colonial. Etnohistoria y arqueología como formas de acercamiento al proceso de sincretismo cultural en los siglos XVI y XVII", en *Boletín Americanista*, núm. 45, Barcelona, Facultad de Geografía e Historia/Universidad de Barcelona, pp. 87-99.
- González, Blanca  
1979. *Henequén y Población en Yucatán. Dzemul a manera de ejemplo*, tesis ECAUDY, Mérida.
- Goodman H., Alan y George J. Armelagos  
1991. "The concept of stress to studies of adaptation in prehistoric populations", en *Collegium Anthropologicum*, núm. 15(I), Yugoslavia, pp. 45-58.
- Hansen, Asael y Juan R. Bastarrachea  
1984. *Mérida. Su Transformación de Capital Colonial a Naciente Metrópoli en 1935*, México, INAH.

- Hernández E., Patricia  
1991. *Los Restos Óseos del Atrio de la Catedral Metropolitana. Temporada 1986*, México, SEP-INAH.
- Jaén, Ma. Teresa  
1977. "Notas sobre paleopatología. Osteopatología", en *Anales de Antropología* vol. XIV, México, IIA-INAH, pp. 225-236.
- Jones, Grant y Robert Kautz  
1986. "Arqueología y etnohistoria de una frontera española colonial: el Proyecto Macal-Tipu en el oeste de Belice", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, tomo XXXI, México, Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 145-154.
- Kósa, Ference  
1989. "Age estimation from the fetal skeleton", en *Age Markers in the Human Skeleton*, Estados Unidos, Charles C. Thomas Pub., pp. 21-54.
- Krogman, W. M. y M. Y. Iscan  
1986. *The Human Skeleton in Forensic Medicine*, Estados Unidos, Charles C. Thomas Pub., pp. 189-193.
- La Revista de Mérida*  
1900. Martes 6 de noviembre, año XXXII, núm. 4192, p. 2.
- Laurell, Cristina  
1988. "Proceso de trabajo y salud en el análisis demográfico", en *La Mortalidad en México, Niveles, Tendencias y Determinantes*, México, Centro de Estudios Demográficos y Desarrollo Urbano de El Colegio de México, pp. 401-418.
- Macfarlane Burnet, F.  
1982. *La Enteresa de Vivir. Inmunidad y Envejecimiento*, vol. VI, México, FCE, pp. 101-113.
- Márquez, Lourdes y Norberto González  
1985. *Las Momias de la Iglesia de Santa Elena, Yucatán*, México, INAH (Científica, 142).
- Meindl, R.S. y C.O. Lovejoy  
1989. "Age markers in the pelvis: implications for paleodemography", en *Age Markers in the Human Skeleton*, Estados Unidos, Charles C. Thomas Pub., pp. 137-168.
- Millet Cámara, Luis  
1994a. "La aurora campechana", en *INAH*, núm. 9, Mérida, INAH, pp. 10-14.
- 1994b. "La Costa de Barlovento de Campeche", en *Mirador Campechano*, Campeche, Universidad Autónoma de Campeche, pp. 74-94.
- Morse, Dan  
1969. "Ancient disease in the Mid West", en *Illinois State Museum Reports of Investigations*, núm. 15, Springfield, pp. 23-35.
- Oliveros, Arturo  
1990. *Las Momias de Tlayacapan*, México, INAH (Divulgación).
- Pacheco, Cruz  
1953. *Diccionario de Etimologías Toponímicas Mayas*, Chetumal, Impresos Oriente.
- 1960. *Usos, Costumbres, Religión y Supersticiones de los Mayas*, Mérida.
- Padilla Ramos, Raquel  
1995. *Yucatán, Fin de un Sueño Yaqui*, Hermosillo, Gobierno del Estado de Sonora.
- Rodríguez Losa, Salvador  
1989. *Yucatán*, 2 tomos, Mérida, UADY.
- Romashko, Sandra  
1975. *The Coral Book*, Miami, Windward, Publishing.
- Sarankin, Andrés  
1995. "Arqueología histórica urbana en Santa Fe la Vieja: el fin del principio", en *Arqueología Histórica en América Latina*, núm. 10, Columbia, University of South Carolina.
- Serrano, Catzín José  
1995. "Aspectos del trabajo, la propiedad y el comercio salinero en Yucatán durante el siglo XIX", en *La Sal en México*, Colima, Conaculta / Universidad de Colima.

- Serrano S., Carlos  
1972. "Una serie de cráneos procedentes de Campeche", en *Anales de Antropología*, vol. IX, México, IIA-UNAM, pp. 175-188.
  
- Schávelzon, Daniel  
1991. *Arqueología Histórica de Buenos Aires*, Argentina, Ediciones Corregidor.
  
- Ubelaker, D.H.  
1989a. *Human Skeletal Remains. Excavations, Analysis, Interpretation*, Estados Unidos, Taraxacum.  
  
1989b. "The estimation of age at death from immature human bone", en *Age Markers in the Human Skeleton*, Estados Unidos, Charles C. Thomas Pub., pp. 55-70.
  
- Walford, R.L.  
1969. *The Immunology Theory of Ageing*, Copenhagen, Williams and Wilkins Baltimore.



Eduardo Corona M. \*

## **La relación hombre-ave en el siglo xvi. Crónicas y arqueozoología en el centro de México**

El siglo xvi, mediante los procesos de conquista y colonización, representa el momento histórico del contacto entre las culturas europea y mesoamericana. Tal vez éste fue el periodo donde el intercambio entre ambas fue más intenso, y uno de sus componentes fue el reconocimiento, por parte de los europeos, de la naturaleza y de los fines a los que estaba destinada. En particular, el grupo de las aves resultó de gran atractivo para los clérigos y científicos que visitaron la Nueva España, como ha quedado manifiesto en las crónicas de la época.

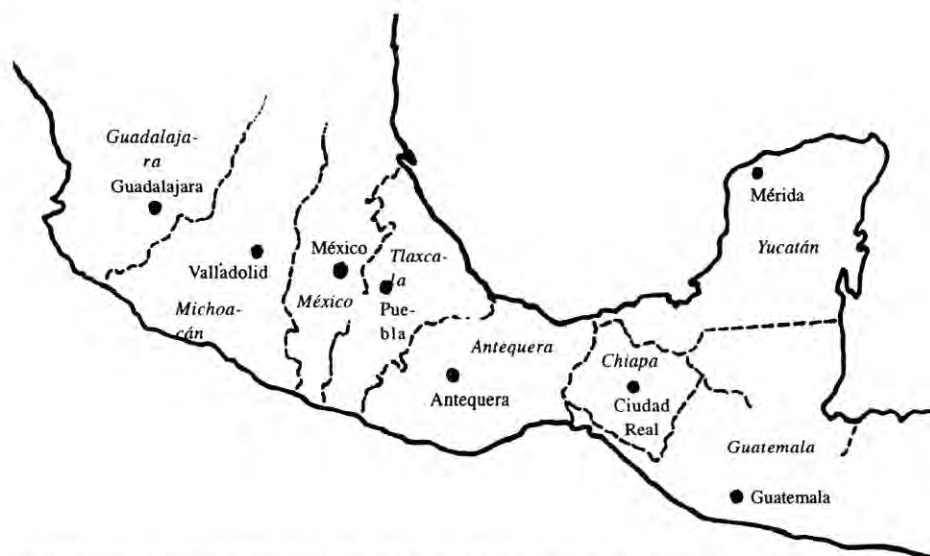
De la etapa de contacto existen pocas evidencias arqueozoológicas, por lo que el mayor conocimiento de la relación hombre-ave proviene del estudio de algunas fuentes históricas, mas éstas deben ser revisadas de manera cuidadosa, dado que gran parte de la información, por la forma en que fue consignada, puede ser vaga o contradictoria (Polaco y Guzmán, 1994).

Este trabajo se propone explorar los vínculos que mantuvieron los primeros colonizadores con las aves, por medio de la confrontación de los datos obtenidos en las *Relaciones Geográficas* de la región central de México con la información arqueozoológica contemporánea.

Para ello se describe brevemente el contexto en que se produce esta fuente histórica, se hace un recuento tanto de los poblados como de las aves registradas, y se proponen las posibles identificaciones biológicas de las mismas. A partir de esto se discuten los aprovechamientos que se les daban a las aves.

Debe mencionarse que el método de identificación y comparación de los registros aquí desarrollado, puede ser aplicado a cualquier grupo faunístico, aunque, por ahora, se limita a un grupo animal, a un periodo y a una región determinada, lo que en principio facilita el manejo y la discusión de la información.

\* Laboratorio de Paleozoología, Subdirección de Laboratorios y Apoyo Académico, INAH.



● Fig. 1 Organización de las diócesis de la Nueva España.

Se representa la organización territorial según las diócesis de la Nueva España que surgen en el siglo *xvi*, y que guardan estrecha relación con la forma en que se organizaron las *Relaciones Geográficas*. El mapa modificado de Acuña (1984-1985)

### Las Relaciones Geográficas y el censo de los recursos naturales en la época colonial

Desde que Cristóbal Colón arribó a las tierras que se denominarían América y con la posterior conquista de su parte continental, la Corona española, a través del Consejo de Indias, demandó la mayor cantidad de información sobre la extensión territorial, sus pobladores, las características geográficas y los recursos naturales presentes, con la finalidad de establecer el reparto y administración de los mismos. En Nueva España se tienen antecedentes de estas solicitudes en la ordenanza de 1528 y en las reales cédulas de 1533 (Álvarez Peláez, 1993; Echenique, 1992).

El esfuerzo de mayor envergadura, y el que posiblemente tuvo la mayor respuesta, es el cuestionario de 1577, titulado: "Instrucciones y memoria de las relaciones que se han de hacer para la descripción de las Indias, que su Majestad manda hacer para el Buen Gobierno y Ennoblecimiento dellas", el cual consta de 50 preguntas sobre temas diversos, y en el que se pide a las autoridades hacer una lista de los pueblos que administran. Este cuestionario debía ser contestado por las personas que co-

nocieran los pueblos y territorios de que se trataba. Ya con algunas respuestas, el Consejo de Indias devolvió en 1584 estas "Instrucciones" a las alcaldías que faltaban, lo que constituye una segunda versión que sólo difiere de la primera en que no se solicita la lista de poblados; el orden y el texto de las preguntas son los mismos. El conjunto de respuestas así obtenido se conoce de manera genérica como las *Relaciones Geográficas*.

Es pertinente mencionar que las respuestas muestran los cambios sociales y culturales de la época, como lo fue la presencia de las primeras generaciones de criollos y de mestizos, y los primeros indicios de la población negra; las ciudades comenzaron a crecer en el altiplano, y las tierras por conquistar se encontraban en la parte septentrional; el cuerpo administrativo de la Corona se incrementó desplazando a los encomenderos, que provenían en su mayoría del ejército conquistador; y prácticamente se dio por concluido el proceso de evangelización (Moreno, 1977).

Desde la perspectiva naturalista, las *Relaciones Geográficas* nos permiten conocer la percepción del hombre novohispano sobre el medio ambiente, particularmente los españoles ave-

Cuadro 1. Relaciones Geográficas analizadas y ubicación actual

<i>Relación de</i>	<i>Poblados</i>	<i>Lugar actual</i>	<i>Estado</i>	<i>Observaciones</i>
Mexicaltzingo y Culhuacan	Culhuacan	Culhuacan	Distrito Federal	
Mexicaltzingo y Culhuacan	Iztapalapan	Iztapalapa	Distrito Federal	
Mexicaltzingo y Culhuacan	Mexicaltzingo	Iztapalapa	Distrito Federal	
Citlaltomahua y Anenecuilco	Ichcateopan	Zitlala	Guerrero	
Ichcateopan	Tzicaputzalco	Ixcateopan	Guerrero	
Ichcateopan	Alohuitlan	Ixcateopan	Guerrero	
Ichcateopan	Ozuma	Ixcateopan	Guerrero	
Ichcateopan	Coatepeque	Ixcateopan	Guerrero	
Ichcateopan	Tlacotepeque	Ixcateopan	Guerrero	
Ichcateopan	Utatlan	Ixcateopan	Guerrero	
Ichcateopan	Tetela	Ixcateopan	Guerrero	
Ichcateopan	Cuezala	Ixcateopan	Guerrero	
Ichcateopan	Apoztla	Ixcateopan	Guerrero	*
Ichcateopan	Terepatlan	Ixcateopan	Guerrero	*
icncateopan	Teloloapan	Ixcateopan	Guerrero	
Ichcateopan	Tutultepeque	Ixcateopan	Guerrero	
Ichcateopan	Iguala	Ixcateopan	Guerrero	
Iguala	Cocula	Iguala	Guerrero	
Iguala	Tepecuacuilco	Iguala	Guerrero	
Iguala	Mayanala	Iguala	Guerrero	**
Iguala	Ohuapa	Iguala	Guerrero	**
Iguala	Toxmoloca	Iguala	Guerrero	
Iguala	Izucó	Iguala	Guerrero	
Iguala		Iguala	Guerrero	
Minas de Tasco		Tasco	Guerrero	
Minas de Zumpango		Zumpango del Río	Guerrero	
Atengo y Mizquihuala		Tezontepec de Aldama	Hidalgo	*
Atitlaloquia	Atitlaloquia	Atitlaloquia	Hidalgo	**
Atitlaloquia	Ternaco	Atitlaloquia	Hidalgo	**
Atitlaloquia	Atotonilco	Atitlaloquia	Hidalgo	**
Atitlaloquia	Apazco	Atitlaloquia	Hidalgo	**
Atitlaloquia	Tetlapan	Atitlaloquia	Hidalgo	**
Cempoala, Epazoyucan y Tetlitzoca	Cempoala	Zempoala	Hidalgo	**
Cempoala, Epazoyucan y Tetlitzoca	Epazoyucan	Zempoala	Hidalgo	
Cempoala, Epazoyucan y Tetlitzoca	Tetlitzoca	Zempoala	Hidalgo	
Cimapan	Zimapan	Hidalgo		
Huexultla	Huejutla	Hidalgo		
Meztitlán	Meztitlán	Hidalgo	**	
Quauhquilpan	Sn. Pedro Huauquilpan	Hidalgo	*	
Tepeapulco	Tepeapulco	Hidalgo		
Tolnacuchitla	Axocopan	Tomacustla	Hidalgo	
Tolnacuchitla	Yeteomac	Tomacustla	Hidalgo	
Tolnacuchitla	Tolnacuchitla (Atocpan)	Tomacustla	Hidalgo	
Tolnacuchitla	Hueypochitla	Tomacustla	Hidalgo	
Tolnacuchitla	Tezcatepec	Tomacustla	Hidalgo	
Tolnacuchitla	Tecpatepec	Tomacustla	Hidalgo	
Atlatlahuca	Atlatlahuca	Tenango del Valle	México	*
Atlatlahuca	Tenango	Tenango del Valle	México	*
Coatepec, Chicoloapa y Chimalhuacán	Coatepec	Chalco	México	
Coatepec, Chicoloapa y Chimalhuacán	Chicoloapa	Chalco	México	*
Coatepec, Chicoloapa y Chimalhuacán	Chimalhuacán	Chalco	México	*
Chiconauhítán		Sta. María Chiconautlán	México	

Cuadro 1. Continuación

<i>Relación de</i>	<i>Poblados</i>	<i>Lugar actual</i>	<i>Estado</i>	<i>Observaciones</i>
Minas de Zultepec		Sultepec	México	
Temazcatepec	Temazcatepec	Temazcatepec	México	
Temazcatepec	Tejupilco	Temazcatepec	México	
Temazcatepec	Tuzantla	Temazcatepec	México	
Tequixquiac	Tequixquiac	Tequixquiac	México	
Tequixquiac	Citlaltepec	Tequixquiac	México	
Tequixquiac	Xilotzingo	Tequixquiac	México	
Tequiztlan	Acolman	Acolman	México	
Tequiztlan	Sn Juan Teotihuacan	Sn Juan Teotihuacan	México	*
Tequiztlan	Tequiztlán	Tequiztlán	México	
Tequiztlan	Tepexpan	Tepexpan	México	
Teutenango		Tenango de Arista	México	**
Tezcoco		Tezcoco	Morelos	
Cuatro villas	Villa de Tepuztlán	Tepoztlán	Morelos	
Cuatro villas	Villa de Huaxtepec	Oaxtepec	Morelos	
Cuatro villas	Acapistla	Yecapixtla	Morelos	
Tetela y Hueyapan		Tetela del Volcán	Morelos	
Totolapan	Totolapan	Totolapan	Morelos	
Totolapan	Zayula	Totolapan	Morelos	**
Ocopetlayucan		Tochimilco	Puebla	

Las Relaciones están ordenadas de acuerdo con su ubicación estatal actual. Elaborada con base en los datos de Acuña (1984-1985) y Echenique (1992). En la columna de observaciones: (\*) = no hay datos de fauna; (\*\*) = no hubo información de aves.

cindados y criollos, quienes respondieron el cuestionario. Además nos permite ubicar la manera como aprovechaban los recursos que ese medio proveía, ya sea a partir de su experiencia o bien reutilizando algunos de los valores que le habían asignado los antiguos mexicanos a dichos recursos.

### Las aves que se registran

Para procesar la información se consideraron las respuestas a dos preguntas del cuestionario, de gran interés para el tema que tratamos: pregunta núm. 15 “Cómo se gobernaban y con quién traían guerra, y cómo peleaban, y el hábito o traje que traían y el que ahora traen, y *los mantenimientos que antes usaban*, y si han vivido más o menos sanos antiguamente que ahora, y la causa que dello se entendiere” (Acuña, 1984-1985, cursivas mías); y la pregunta 27, que dice: “Los animales y aves, bravos y domésticos, de la tierra, y los que de España se han llevado, y dónde se crían y multiplican” (*idem*).

Para el análisis se partió del ordenamiento y delimitación geográfica que establece Acuña (1984-1985), contenidos en los volúmenes denominados *Relaciones Geográficas del Siglo XVI: México*. Estos límites corresponden a la Arquidiócesis de México, fundada en 1546 (fig. 1).

Se analizaron 28 cuestionarios, que comprenden 72 poblados, ubicados actualmente en los estados de Guerrero, Hidalgo, México, Morelos, Puebla y el Distrito Federal (cuadro 1).

Del total de poblados, nueve no tienen información sobre fauna, y once no la tienen sobre aves, es decir un total de 20 donde no hay datos disponibles. En los 52 poblados restantes se registraron 37 aves distintas, donde se obtiene una representación de 19 familias, 24 géneros y 17 especies, aunque varias de ellas se identifican de forma tentativa (cuadro 2). Entre las aves que más se mencionan se encuentran el guajolote, la gallina doméstica —intro-



Cuadro 2. Frecuencia de registros e identificación de aves en las *Relaciones Geográficas*

Nombre común	Identificación tentativa	Frecuencia	Notas
corvejones	<i>cf. Phalacrocorax brasilianus</i>	3	se puede encontrar en el centro de México
garzas	Ardeidae	5	
aves de rapiña	Falconiformes	4	
aura	<i>Cathartes aura</i>	6	
águilas	Accipitridae	5	
milano	Accipitridae	1	
sacre	Accipitridae	2	término de ceterría para águilas grandes y blancas
gavilán	<i>Accipiter</i> sp.	10	
azor	Falconidae	1	término de ceterría para halcón gris y blanco
torzuelo	Falconidae	3	término de ceterría para halcón macho
halcón	<i>Falco</i> sp.	2	
cernícalos	<i>Falco sparverius</i>	5	actualmente es el nombre común de la especie
ánsares	<i>Anser albifrons</i> o <i>Chen caerulescens</i>	9	especie visitante invernal
patos	<i>Anas</i> sp.	10	
gallina de la tierra	<i>Meleagris gallopavo</i>	35	
gallina de Castilla	<i>Gallus gallus</i>	33	
codorniz	Phasianidae	23	Especies distintas tienen esta denominación
gallina de monte	Phasianidae	8	Especies distintas tienen esta denominación
perdiz	<i>cf. Dendrocyx macroura</i>	2	
faisán	<i>cf. Ortalis poliocephala</i>	6	
faisán prieto	<i>cf. Crax rubra</i>	1	
grullas	<i>cf. Grus canadensis</i>	5	Visitantes invernales
zarapitos	<i>cf. Bartramia longicauda</i>	2	actualmente es el nombre común de la especie
paloma torcaz	Columbidae	6	denominación para las palomas silvestres
paloma de monte	<i>cf. Zenaidura macroura</i>	3	
tórtola	<i>Columbina</i> sp.	7	palomas pequeñas
papagayo chico	<i>Amazona</i> sp.	3	
papagayo grande	<i>cf. Ara militaris</i>	5	
lechuza	<i>cf. Tyto alba</i>	6	
mochuelo	<i>cf. Ciccaaba virgata</i>	2	
búho	<i>cf. Bubo virginianus</i>	7	
golondrinas	<i>cf. Hirundo rustica</i>	3	
tordos	Turdidae	3	
cuervos	<i>cf. Corvus</i> sp.	9	
grajos	<i>Quiscalus cf. Q. mexicanus</i>	1	
calandrias	<i>Icterus</i> sp.	2	
gorriones	Fringillidae	3	

Para la frecuencia se tomó en cuenta el número de veces que se consigna al ave con el mismo nombre. El orden es taxonómico, de acuerdo con la American Ornithologists Union, 1983.

ducida por los españoles—, la codorniz, el gavilán y el pato.

En cuanto a la información arqueozoológica de sitios coloniales del siglo XVI, se tomaron en cuenta cuatro informes inéditos que se encuentran en el Archivo del Laboratorio de Paleozoo-

logía del INAH (Carrillo, 1980; Hinojosa *et al.*, 1991; Polaco y Ocaña, 1978; Valentín, 1993) y un artículo (Corona-M., 1996), que es la literatura conocida hasta el momento; de éstos sólo se han tomado los datos referentes a las aves. Este registro tiene ocho familias, quince géneros y 18 especies, de los cuales la mayoría

Cuadro 3. Restos de aves identificados en sitios coloniales.

Nombre común	Taxa	Hinojosa et al., 1991	Valentín, 1993*	Polaco y Ocaña, 1978	Carrillo 1980	Corona, 1997	Total
	Ardeidae						
garza blanca	<i>Casmerodius albus</i>					3	3
	Threskiornitidae						
ibis blanco	<i>Eudocimus albus</i>		1				1
ibis cariblanco	<i>Plegadis chihi</i>		1				1
	Anatidae						
ganso careto	<i>Anser albifrons</i>		1				1
pato	<i>Anas</i> sp.				1	54	55
pato golondrino	<i>Anas acuta</i>		1			17	18
pato cucharón	<i>Anas clypeata</i>					17	17
cerceta	<i>Anas cyanoptera</i>		1			5	6
pato pinto	<i>Anas strepera</i>					8	8
pato piquianillado	<i>Aythya collaris</i>	1					1
	Phasianidae						
guajolote	<i>Meleagris gallopavo</i>	1	2	7	6	120	136
gallo/gallina	<i>Gallus gallus</i>	7	4	47	9	118	185
codorniz de Moctezuma	<i>Cyrtonyx montezumae</i>		1				1
codorniz cotui	<i>Colinus virginianus</i>		1				1
	Recurvirostridae						
avoceta	<i>Recurvirostra americana</i>		1				1
	Rallidae						
gallineta	<i>Gallinula chloropus</i>					6	6
	Charadriidae						
chorlito	<i>Charadrius vociferus</i>					1	1
	Corvidae						
cuervo común	<i>Corvus corax</i>					1	1
chara pechirrayada	<i>Aphelocoma coerulescens</i>					2	2

\*El arreglo de las aves es taxonómico, de acuerdo con la American Ornithologists Union, 1983. Las cantidades indican número de restos, excepto las señaladas con un asterisco, que indica número mínimo de individuos.

corresponden al gallo, guajolote y a cinco especies de patos (cuadro 3).

### La identificación biológica

Como he señalado en otros escritos respecto a la identificación biológica de los registros en fuentes históricas (Corona-M., 1999a, b), ésta tiene un alto grado de dificultad, incluso en el caso de que se haga una descripción del ejemplar. En este caso, y dado que las *Relaciones Geográficas*

son un documento que prácticamente no se ha estudiado desde esta perspectiva, decidí retomar las identificaciones propuestas en Corona-M. (1999b), efectuadas a partir de los nombres comunes con los que se mencionan y relacionarlos con las denominaciones científicas proporcionadas en el listado de aves de Birkenstein y Tomlinson (1981). Esta obra es la compilación más importante de nombres comunes para aves mexicanas, tanto por la cantidad de ellos como por la amplitud de las regiones que abarca.

Sin embargo, en un futuro deben ser reevaluadas algunas de estas asignaciones, ya que presentan casos donde dos o más especies se pueden relacionar con el mismo nombre común, lo que para nuestro estudio dificultó su identificación, y se asignó de manera tentativa a la especie más común. Estas identificaciones podrán verificarse cuando se cuente con mayor información arqueozoológica e incluso biológica, y también cuando se precise más nuestro conocimiento de lo registrado en las crónicas del siglo XVI (Corona-M., 1999a).

Como ejemplos de algunas consideraciones efectuadas en la identificación, se tiene al corvejón o cormorán, que puede asociarse con la especie *Phalacrocorax brasilianus*, en tanto que se tienen algunos registros en el centro de México (Howell y Webb, 1995). Una consideración parecida se hizo con la grulla, ya que la especie *Grus canadensis* era un visitante invernal común del centro de México.

En el caso de los papagayos, grandes y chicos, se tomó en cuenta que en la *Relación de Minas de Zumpango* se especifica que ambas aves son de color verde, lo que permite inferir que se trata de la guacamaya verde (*Ara militaris*), y en el segundo caso de los loros del género *Amazona*, ya que éstos tienen cabezas con vistosos colores y parches rojos en las alas, aspectos que los hacen similares a los papagayos. Esto justificaría la forma en que son mencionados, sin que dejen de descartarse ejemplares de otras especies.

El faisán, faisán prieto, perdiz, paloma de monte, tórtola, lechuzca, búho, mochuelo y golondrina se asociaron de manera tentativa a la especie con distribución más amplia, aunque tampoco se descartan otras especies cercanas que comparten la misma área de distribución o que reciben el mismo nombre común.

También hubo casos donde la asociación del nombre común con una especie no pudo realizarse; por ejemplo el grajo o zanate, se identifica tentativamente como el *Quiscalus* cf. *Q. mexicanus*,

dado que en esa época también existía la especie *Q. palustris*, extinta a principios de este siglo por la desecación del río Lerma, a las orillas del cual habitaba (Howell y Webb, 1995).

El sacre, término que se refiere a un águila grande y blanca, puede relacionarse con al menos tres aves: a) el águila blanca (*Leucopternis albicollis*), cuya distribución actual se ubica en las proximidades del Istmo de Tehuantepec; 2) con ejemplares juveniles del águila arpía (*Harpia harpija*), que también se distribuye hacia el sureste mexicano y c) de acuerdo con Clark y Wheeler (1987), los ejemplares albinos del águila colirroja (*Buteo jamaicensis*), especie de amplia distribución en el territorio nacional. Sin embargo, por el momento, no se tienen elementos para tomar una decisión, por lo que se asigna una identificación al nivel de familia; esta situación se presentó en otros casos, como se consignan en la tabla respectiva.

Las aves registradas en las *Relaciones Geográficas* se contabilizaron de acuerdo con la frecuencia con que eran mencionados en las respuestas (tabla 2).

### La diversidad de aves

En primer lugar, destaca la ausencia de registros de aves que en otras fuentes son objeto de admiración, como pueden ser los colibríes o los pájaros carpinteros. Otro de los grupos menos representados es el de las aves canoras, que sólo son mencionadas como "aves pequeñas, canarios o aves de canto agradable".

Por otro lado, se puede observar que algunas *Relaciones* son verdaderamente proliferas en su listado de aves acuáticas, como son las de Iztapala y Mexicaltzingo; en aves terrestres, las de Citlaltamahua y Anenecuilco, Minas de Tasco y Minas de Zumpango, así como las de los poblados de Tequixquiac, Citlaltepec, Xilotzingo, Axocopan, Yetecomac, Tolnachatla y Tecpatepec.

En realidad, estas respuestas amplias, que son las menos en el conjunto analizado, pueden in-

dicar que las personas que las elaboraron tenían cierto interés o motivación por reconocer algunos aspectos de la naturaleza, incluso empujados por un factor externo, ya que por ejemplo en la *Relación de Taxco y de Texcoco* se menciona la visita del protomédico Francisco Hernández a estos sitios, durante su viaje por territorio novohispano para recoger información naturalista.

Por ello es que, considerando el sentido de la pregunta, las respuestas, más que un inventario general de los recursos faunísticos, indican el tipo de relaciones que se mantenía con la fauna, y en particular con las aves. Es decir, manifiestan los recursos utilizados cotidianamente por los pobladores y, en un segundo plano, se considera el posible usufructo para la Corona española. En este aspecto es donde radica la importancia de su estudio actual.

### Aprovechamiento de las aves

A partir de los registros en las *Relaciones* se pueden establecer tres grandes grupos de aprovechamientos: alimento, crianza y cetrería. Además existe información acerca de la estacionalidad, formas de obtención y algunas menciones sobre su uso como ofrendas y tributos entre los antiguos mexicanos.

Por otro lado, es importante recordar que son muy pocos los estudios arqueozoológicos y, por ende, el universo de ejemplares identificados; así la mayoría de las consideraciones aquí expuestas son necesariamente provisionales.

En cuanto al aspecto alimentario, no causa extrañeza que las denominadas gallinas de la tierra, es decir los guajolotes (*Meleagris gallopavo*), así como las gallinas de Castilla, o sea el gallo doméstico (*Gallus gallus*), sean las que tienen más menciones y por ende es claro que éstos eran los recursos avifaunísticos más importantes de estas comunidades. Este aspecto se confirma por la información arqueozoológica, ya que la mayoría de los restos corresponden a estas especies (cuadro 3), y en varios casos se reportan huellas de haber sido consumidas.

Adicionalmente se encuentran datos como el de las Minas de Tasco, donde se indica que el consumo de guajolote durante la época prehispánica estaba reservado a los personajes principales de los poblados; si ésta era una situación común en los poblados indígenas, podría explicar el gran éxito que tuvo la introducción de la gallina durante el periodo de la Conquista, ya que fue un recurso doméstico de fácil manutención y sin restricciones en su propiedad, puesto que los españoles no consideraban que tuviera un alto valor económico, permitiendo a la gran mayoría de la población tener acceso a él (Corona-M., 1996; Crosby, 1991).

En la mayoría de estas *Relaciones* se menciona también el consumo de patos, codornices y faisanes, aunque sólo se tienen datos arqueozoológicos de las dos primeras especies. El alto número de restos de patos indica que también era un recurso alimenticio importante, incluso en la Colonia. En situación inversa se encuentran las codornices y faisanes, ya que en el primer caso el registro es muy bajo, lo que puede indicar que eran recursos de consumo ocasional, y en el segundo, la preferencia fue disminuyendo con el tiempo a causa del interés por las aves domésticas.

La mención de ánsares o gansos, garzas y grullas en las *Relaciones* podría sugerir su consumo. El registro arqueozoológico nos confirma el hecho para las dos primeras aves, ya que se reporta al ganso careto (*Anser albifrons*) y se identifica a la garza blanca (*Casmerodius albus*). Adicionalmente se registra el ibis blanco (*Eudocimus albus*) y el ibis oscuro (*Plegadis chihi*), que de manera popular también se conocen como garzas. Sin embargo, es muy posible que estos sólo fueran recursos ocasionales.

Otro caso interesante es el de la *Relación de Xilotzingo*, donde se señala el consumo de cuervos, de los que tampoco se pudo establecer su identidad específica; sin embargo en el sitio "El Japón" se encontraron algunos restos de otro córvido, la chara pechirrayada (*Aphelocoma coerulescens*), con signos de posible consumo.

En la *Historia Natural de la Nueva España*, de Francisco Hernández (1960), también se encuentran datos sobre este uso para los cuervos. Esto, sumado a la baja cantidad de restos y menciones, permite sugerir que durante el periodo novohispano éste pudo darse de manera ocasional, a partir del antiguo conocimiento indígena de este recurso.

La avoceta, la gallineta y el chorlito son otras tres aves del registro arqueozoológico, que no se pueden relacionar con las identificadas en las *Relaciones Geográficas*. Sin embargo, es importante destacar que en otras crónicas de la época sí eran consideradas un recurso alimentario (Corona-M., 1999b).

En cuanto al aspecto de las aves criadas en el ámbito doméstico, en primer lugar debe indicarse que se trata de un sentido distinto al concepto que tenemos de la domesticación en la actualidad, ya que sólo se refiere al hecho de mantener ejemplares en cautiverio y criarlos, puesto que no existe evidencia para afirmar que se efectuaba una selección de características benéficas de esos ejemplares, que trajera como consecuencia modificaciones morfológicas de los mismos. Este aspecto deberá profundizarse en investigaciones futuras.

Así, por ejemplo, en las *Relaciones*, y prácticamente en todas las crónicas, se coincide en señalar que el guajolote y la gallina eran las aves que se mantenían en cautiverio (Corona-M., 1999b), lo que se confirmó en uno de los sitios reportados al registrarse individuos con distintas edades, indicando claramente que existía este proceso de crianza (Corona-M., 1996).

En cuanto a las palomas, patos y cuervos, se indica que se criaban en el poblado de Xilotzingo y en el de las Minas de Tasco. Del primer ave no existe evidencia arqueozoológica, aunque en la actualidad sí hay crianza; esto puede deberse a que la muestra de estudio es pequeña. En cuanto a los patos existe clara evidencia de su consumo, pero sólo en el sitio "El Japón" se

han registrado individuos de distintas edades, que también se pueden considerar evidencia de su crianza en el sitio. En cuanto a los cuervos, la información se limita al hecho que consignamos líneas antes, pero que apoyaría este punto de la discusión.

En todo caso, ésta es una línea de trabajo que debe profundizarse, ya que al menos en las crónicas se registran 36 aves que se mantenían en el ámbito doméstico (Corona-M., 1999b); es necesario obtener una mayor evidencia sobre este proceso, y el fin al que estaban destinadas.

Otro tema que destaca es el posible interés por la cetrería, tal vez debido a que los encargados de responder el cuestionario tenían algunos conocimientos particulares sobre el tema. De acuerdo con los datos de la tabla 2, el grupo de las aves falconiformes sería uno de los que se encuentra bien representado, y el interés en esta actividad quedaría reflejada en las denominaciones usadas (todas ellas de origen español): cernícalo, azor, sacre, gavián fino, milano. Cabe señalar que en algunos casos sólo son indicados como aves de caza o de rapiña.

Se conocen datos históricos aislados sobre la importancia que tenía para los criollos y españoles vecindados esta actividad de diversión, y que seguramente les proveía ocasionalmente de alimento; sin embargo no existe apoyo en la evidencia arqueozoológica.

No obstante, datos adicionales permiten apoyar la importancia de la cetrería, como son los comentarios en las mismas *Relaciones Geográficas* sobre la cacería de aves y los meses del año en que se efectuaba. Por ejemplo se indica que en la laguna y la acequia cerca de Culhuacan se cazaban grullas durante el mes de enero. En los meses de octubre a marzo se efectuaba esta actividad en Mexicaltzingo, donde obtenían "patos, ánsares, zarapitos, garzas, corvejones"; en Tequixquiac la temporada era en diciembre, sus productos principales eran las grullas y ánsares. Mientras que en la de Texcoco se indica que sólo llegaban patos y ánsares al lago.

Cuadro 4. Aprovechamiento de las aves según las *Relaciones Geográficas* y la información arqueozoológica.

Nombre común	Identificación	Usos	Fuentes	Importancia
corvejones	<i>cf. Phalacrocorax brasilianus</i>	OC	RG	ocasional
garzas	Ardeidae	A?; OC	RG	ocasional
garza blanca	<i>Casmerodius albus</i>	A	Arq	ocasional
ibis blanco	<i>Eudocimus albus</i>	A	Arq	ocasional
Ibis cariblanco	<i>Plegadis chihi</i>	A	Arq	ocasional
ganso careto	<i>Anser albifrons</i>	A	Arq	ocasional
ánsares	<i>Anser albifrons</i> o <i>Chen coenulescens</i>	A; OC	RG	ocasional
patos	<i>Anas</i> sp.	A; OC; D	Arq, RG	común
pato golondrino	<i>Anas acuta</i>	A; D	Arq	común
cerceta café	<i>Anas cyanoptera</i>	A; D	Arq	común
pato cucharón	<i>Anas clypeata</i>	A; D	Arq	común
pato pinto	<i>Anas strepera</i>	A; D	Arq	común
pato piquianillado	<i>Aythya collaris</i>	A; D	Arq	común
águila, milano, sacre	Accipitridae	F	RG	común?
gavilán	<i>Accipiter</i> sp.	F	RG	común?
azor, torzuelo	Falconidae	F	RG	común?
halcón	<i>Falco</i> sp.	F	RG	común?
cernícalos	<i>Falco sparverius</i>	F	RG	común?
faisán	<i>cf. Ortalis poliocephala</i>	A	RG	ocasional
faisán prieto	<i>cf. Crax rubra</i>	A	RG	ocasional
guajolote o gallina de la tierra	<i>Meleagris gallopavo</i>	A; D	Arq, RG	común
gallina de Castilla	<i>Gallus gallus</i>	A; D	Arq, RG	común
codorniz	Phasianidae	A	RG	ocasional
gallina de monte	Phasianidae	A	RG	ocasional
perdiz	<i>cf. Dendrortyx macroura</i>	A	RG	ocasional
codorniz de Moctezuma	<i>Cyrtonyx montezumae</i>	A	RG	ocasional
codorniz cotui	<i>Colinus virginianus</i>	A	RG	ocasional
gallineta	<i>Gallinula chloropus</i>	A	Arq	ocasional
grullas	<i>cf. Grus canadensis</i>	A?; OC	RG	ocasional
chorlito	<i>Charadrius vociferus</i>	A	Arq	ocasional
avoceta	<i>Recurvirostra americana</i>	A	Arq	ocasional
zarapitos	<i>cf. Bartramia longicauda</i>	A?; OC	RG	ocasional
paloma torcaz	Columbidae	A?; D	RG	común?
paloma de monte	<i>cf. Zanaida macroura</i>	A?; D	RG	común?
tórtola	<i>Columbina</i> sp.	A?; D	RG	común?
cuervo común	<i>Corvus corax</i>	A; D	Arq	ocasional
chara pechimayada	<i>Aphelocoura coeruleascens</i>	A; D	Arq	ocasional

Se muestran las aves a las que se les asigna algún aprovechamiento. El orden es taxonómico (American Ornithologists Union, 1983). A=alimento; D=domesticación o cautiverio; OC=objeto de caza; Arq=evidencia arqueozoológica; RG=*Relaciones Geográficas*; ?=duda.

Finalmente, existe también en este cuerpo documental una serie de respuestas que nos dan información sobre ciertos usos a los que se destinaban las aves antes de la Conquista: es el caso de la “paloma torcaza” y la codorniz, mismas que se ofrendaban. Además se indica que algunos tributos de pueblos, como Tepexpan y Tepoztlán, se hacían con guajolotes, codornices, palomas, faisanes y patos, lo que es indicativo del alto valor en que se les tenía; o el de Te-

quixquiac, que pagaba con plumas y trajes de guerra con plumas, aunque no especifican el nombre del ave. En la *Relación de Texcoco* se hace una detallada descripción de los colores de las plumas que se utilizaban en las vestimentas de antiguos dioses como Tezcatlipoca, Huitzilopochtli y Tláloc.

Es importante señalar que hay aspectos no registrados en las *Relaciones*, pero que surgen a

partir de las observaciones arqueozoológicas; tal es el caso de algunos huesos del guajolote, utilizados como materia prima para la elaboración de herramientas. Podemos decir que esta ave era utilizada de manera intensiva, seguramente por la facilidad de su acceso, toda vez que era un ave del ámbito doméstico (Corona-M., 1996).

También existe una serie de aves mencionadas en las *Relaciones Geográficas* que carecen de algún aprovechamiento aparente; tal es el caso de los corvejones, los papagayos, las golondrinas, los tordos, las calandrias y los gorriónes, además del zopilote, la lechuza y el búho. En los sitios reportados no hay evidencias de ellos; sin embargo, en otras crónicas sí se mencionan y se indica que pueden ser usados en aspectos alimenticios o medicinales, por señalar algunos.

#### A modo de conclusión

Con los datos disponibles se puede observar que los principales aprovechamientos de las aves que se manifiestan en las *Relaciones Geográficas* son la alimentación, la crianza y la cetrería; las dos primeras, tienen también evidencia arqueozoológica (cuadro 4).

Es claro que las aves con mayor consumo son: el guajolote, la gallina y los patos. Existen posibilidades de que las palomas y los córvidos también fuesen un recurso de cierta importancia, aunque por el momento no pueden establecerse con certeza a qué especies corresponden. Otras aves eran seguramente de consumo ocasional, como son las codornices, faisanes y aves zancudas, entre las que se encuentran la garza blanca y el ibis.

En cuanto a la crianza, hay evidencia arqueozoológica que apoya esta idea, en el caso del guajolote, la gallina y los patos, pero no para las palomas y los cuervos. Un punto importante de futuras investigaciones arqueozoológicas es la búsqueda de datos que permitan medir el impacto que tuvieron actividades como la cetrería y el cautiverio de ciertas especies, por parte de los pobladores de la Nueva España.

En todo caso, debe considerarse que el registro arqueozoológico del periodo colonial se encuentra subrepresentado, y que en la medida que se vaya ampliando la investigación de este campo se podrán refutar o comprobar algunas inferencias aquí expuestas. Además, existen limitaciones en los estudios desarrollados, ya que en la mayoría de ellos sólo se menciona la identificación de los ejemplares, y no se trabajan o publican los datos relativos a la edad de los ejemplares, sexo, morfometría u otros aspectos que enriquezcan la evidencia arqueozoológica.

En conclusión, las *Relaciones Geográficas* son un cuerpo documental importante no sólo para el estudio de los aspectos sociales, sino también para abordar —desde la perspectiva naturalista, como ya lo había mostrado Álvarez Peláez (1993)— el estudio de las plantas para usos medicinales. A diferencia de ella, considero que el análisis de grupos específicos de flora o de fauna permite extraer datos históricos para comprender las relaciones hombre-naturaleza y de la distribución de las especies. Estos datos deben ser contrastados y evaluados con aquellos que provienen de otras fuentes, particularmente los que nos permitan identificar con mayor certeza a los animales registrados; éste es, desde luego, uno de los objetivos de la arqueozoológica.

## bibliografía

- Acuña, R. (ed.).  
1984-1985. *Relaciones Geográficas del Siglo XVI: México*, vols. VI - VIII, México, UNAM.
- Álvarez Peláez, R.  
1993. *La Conquista de la Naturaleza Americana*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Cuadernos Galileo de Historia de la Ciencia).
- American Ornithologist's Union  
1983. *Check-list of North American Birds*, Lawrence, American Ornithologist's Union.
- Birkenstein, L. y R.E. Tomlinson  
1981. *Native Names of Mexican Birds*, Washington, D.C., Fish and Wildlife Service, US Department of Interior (Resource publication, 189).
- Carrillo, M. E.  
1980. *Identificación de los Restos Óseos procedentes del Convento de San Jerónimo, México, D.F.*, Informe del Archivo del Laboratorio de Paleozoología, INAH.
- Clark, W.S. y B.K. Wheeler  
1987. *A Field Guide to Hawks of North America*, Houghton Mifflin Co. Boston y New York.
- Corona-M., E.  
1996. "El Japón, Xochimilco: análisis arqueozoológico de un sitio habitado en la época de la conquista", en *Arqueología*, segunda época, núm. 16, México, INAH, pp. 95-108.
- 1999a. "El uso de las fuentes históricas en arqueozoología. El caso de la identificación de las aves", en *Arqueología*, segunda época, núm. 22, México, INAH, pp. 125-136.
- 1999b. *Las Aves en el Aiglo XVI Novohispano*, tesis de Maestría en Ciencias, México, Facultad de Ciencias-UNAM.
- Crosby, A. W.  
1991. *El Intercambio Transoceánico. Consecuencias Biológicas y Culturales a partir de 1492*, México, UNAM.
- Echenique, M.F.  
1992. *Fuentes para el Estudio de los Pueblos de Naturales de la Nueva España*, México, INAH.
- Hernández, F.  
1960. "Tratado segundo: Historia de las aves de la Nueva España", en *Obras Completas de Francisco Hernández*, vol. II, México, UNAM, pp. 318-366.
- Hinojosa, F., A. Montúfar y N. Valentin  
1991. *Excavación Arqueológica de un Basurero Colonial. Templo Mayor: un Estudio Biológico*, Informe del Archivo del Laboratorio de Paleozoología, México, INAH, mecanoescrito.
- Howell, S.N.G. y S. Webb  
1995. *A Guide to the Birds of Mexico and Central America*, New York, Oxford University Press.
- Moreno Toscano, Alejandra  
1977. "El siglo de la conquista", en *Historia General de México*, tomo II, México, El Colegio de México, pp. 1-81.
- Polaco, O. J. y A. F. Guzmán  
1994. "Fishes in some Mexican sixteenth century chronicles. Fish exploitation in the past". Proceedings of the 7th Meeting of the ICAZ Fish Remains Working Group, en *Annales du Musée Royal de l'Afrique Centrale Sciences Zoologiques*, núm. 274, Tervuren.
- Polaco, O.J. y A. Ocaña  
1978. *Informe de los Restos Óseos procedentes del Convento de San Jerónimo*, Informe del Archivo del Laboratorio de Paleozoología, México, INAH.
- Valentin, N.  
1993. *Informe del Análisis del Material Zoológico de Justo Sierra 33*, Informe del Archivo del Laboratorio de Paleozoología, México, INAH, mecanoescrito.



## **Acerca de la gran ceramoteca que la Arqueología mexicana se merece**

Después de darle vuelta a la introducción en busca de soporte teórico —más que todo para no caerle mal a la Nueva Ilustración—, opté por el camino directo de hacer un poco de historia y enumerar algunas ventajas que para la Arqueología mexicana tendría la organización de una ceramoteca nacional como resguardo de una parte sustantiva de nuestra memoria gremial.

La época que vivimos —y eso los arqueólogos que recorremos el país deberíamos saberlo— es de privatizaciones y desnacionalización, de sacar a remate documentos, ruinas e historia, y en términos globales de la más despiadada destrucción y saqueo de los bienes culturales de la humanidad. Se conserva aquello que vislumbra divisas y la investigación es pretexto y dádiva regateada. Recuérdense los famosos megaproyectos que privilegiaron unos cuantos sitios, o la Ruta Maya que involucra a cuatro países bajo espejismos de “turismo cultural, ecológico y étnico”.

Con el control de la economía y la política de los países dependientes, las grandes instancias transnacionales rigen el orden de la cultura e imponen sus propios modelos de pensar. Esto implica el abandono de tradiciones y conocimientos pasados en áreas de la inmediatez y de la moda; la jactancia del satisfactor momentáneo sepulta a paladas el pasado. La manipulación ocurre en todos los ámbitos: de los grandes núcleos de población a minúsculos sectores como el nuestro, con el oficio profesional obligado a entrar en el vértigo de la modernización desahogada. La colectividad reducida al individualista concepto de “triunfador” o *number one*, alejándonos cada día más de los problemas sociales que bullen alrededor. Ejemplifíquese con la participación pasiva de la masa de arqueólogos en los grandes y millonarios proyectos de inversión turística, en las obras de infraestructura urbana y rural a donde acudimos a rescatar la destrucción. Agréguese la poca exigencia de nuestra parte para que lo recobrado se estudie y publique, y el silencio colectivo ante

la disminución de nuestros derechos culturales: falta de cubículos y laboratorios, falta de evaluaciones académicas por calidad, y carencia de becas y acceso a publicaciones. ¿Cómo es posible que los centros regionales del INAH carezcan de bibliotecas, y que ni siquiera tengan una colección de publicaciones editadas por la institución? ¿Cómo pudo ocurrir, sin protesta alguna de nuestra parte, el asesinato de la Dirección de Prehistoria, en su tiempo modelo de investigaciones y ejemplo de la eficacia de un magnífico equipo de trabajo? ¿Cómo es posible que en toda la república, donde el INAH tiene la jurisdicción de gran cantidad de edificios, no exista un local donde se conserven los materiales estudiados, casi a cien años de excavaciones científicas?

Aquí me voy a referir a la necesidad de un repositorio que, en forma dinámica, resguarde la memoria física del material más estudiado por nuestra arqueología y fundamento de algunos de los mejores logros interpretativos. Retomo la propuesta para la fundación, por muchos años relegada, de una ceramoteca nacional.

Según relataba el profesor Eduardo Noguera, la idea original de un “gabinete de cerámica” se remonta a 1911, sugerida por Franz Boas durante su estancia en la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas. La finalidad era albergar las colecciones de superficie recolectadas por la institución en la Cuenca de México y sus alrededores, así como formar muestras análogas —no existían tipos aún— para establecer futuras comparaciones e impulsar la publicación de lotes semejantes en pasta, factura y decoración. Al parecer la idea no progresó, pues Manuel Gamio no hace mención al respecto en el *Programa de la Dirección de Estudios Arqueológicos y Etnográficos*, pese a que uno de los objetivos del renglón de artes menores era la “Cerámica doméstica, ritual, etcétera, etcétera. Posibilidades de aprovechamiento actual” (1918: 24). Aquel acervo produjo el *Álbum de Colecciones Arqueológicas* seleccionadas y arregladas por Boas. Aunque ese primer universo de tiestos agrupados en unos cuantos

atributos fue trabajado en los años 1910 y 1911, la publicación no salió sino hasta 1921 por disposición de Gamio, autor del texto. Por la repercusión posterior en el desarrollo del arte popular mexicano, conviene señalar que el dibujante del álbum fue Adolfo Best Maugard, quien inspirado en los diseños prehispánicos elaboró el llamado “Método de dibujo Best” (1923), ligado al surgimiento de la Escuela mexicana de pintura durante la etapa creativa de la Revolución.

El segundo intento, en este caso un laboratorio-bodega, ocurrió durante los trabajos del magno proyecto de antropología integral que entre 1917 y 1922 desarrolló Gamio en el Valle de Teotihuacan. El plan fue del ingeniero José Raygadas Vertiz, a cuyo cargo estuvo el estudio estratigráfico. Se elaboraron tableros con muestras de figurillas y tiestos característicos, como parte de la exhibición montada en el precioso museo de estructura metálica y vidrio edificado al centro de la zona, de acuerdo con el sentido educativo que Gamio le imprimió a las investigaciones. El grueso del muestrario se guardó en cajas de cartón etiquetadas, que pasaron a una bodega equipada con mesas y lámparas para extender y consultar los materiales. Según Noguera, el propósito era reunir ejemplares de los principales sitios de México.

Soy testigo de la forma brutal como los tableros fueron desprendidos al demolerse el viejo museo durante la temporada de reconstrucción 1962-1964, ocasionando que buena parte de las figurillas y tiestos seleccionados se perdieran o revolvieran. El destino de las cajas fue azaroso: unas se desfondaron con el tiempo en la bodega, y cuando ésta fue desmantelada trasladaron parte al Museo de Antropología de la calle de Moneda; otras quedaron arrumbadas y el resto pasó a esa especie de “cementerio de la cerámica”, en que han convertido la Casa de Morelos en Ecatepec. Yacen allí toneladas de material sin estudio proveniente de muchos sitios. En cuanto a vestigios del primer museo de Teotihuacan, en el estacionamiento de las oficinas administrativas se encuentran tiradas las

hermosas columnas de fierro de estilo *art nouveau*, silenciosos testigos del mal gusto de desperdiciar cosas bellas en vez de darles un destino digno. Demasiada arqueología tenían las cajas de Gamio: las primeras cronologías —entonces sólo dos “culturas”: tolteca y azteca—, piezas Tlálóc de la “cerámica de los volcanes”, de la “cultura de los cerros” y de lo que pronto formaría parte del Arcaico.

Proyectos van, proyectos vienen. Millones de pesos entran, millones de pesos salen, pero no crece el interés por dotar a la zona de un espacio decente donde se examinen y preserven los especímenes recobrados. La triste realidad del sueño de Gamio queda expresada en una entrevista-denuncia hecha recientemente por dos arqueólogos que laboran en la zona, acerca de las condiciones lamentables en que se encuentra la ceramoteca de Teotihuacan, poco apta para resguardar “ese tesoro”:

Es el gran pecado de la arqueología de México. Como somos tercer mundistas, por lo general hay recursos para excavar, pero no para estudiar los materiales que se obtienen (Vertiz, 2001: 56-59).

De 1910 a 1950 transcurrió en la arqueología mesoamericana el fenómeno que Ignacio Bernal (1979:154-188) llamó “El triunfo de los tepalcates”. Etapa gloriosa de las grandes secuencias cronológicas, de las tipologías dispuestas en cuadros de fases, periodos y horizontes, definidas por George Vaillant en la Cuenca de México, por Gordon Ekholm en la Huasteca, y por Phillip Drucker en su rastreo Olmeca a través de Veracruz y Tabasco. La cronología oaxaqueña se veía desde el proyecto nacional de Monte Albán, cuyo acervo cerámico estaba en un salón acondicionado del Convento de El Carmen en la Ciudad de México, donde permaneció muchos años en estudio por Alfonso Caso, Ignacio Bernal y Jorge Acosta. Empero, pese a haberse celebrado cuatro importantes mesas redondas —Tula y los toltecas, 1941; Mayas y olmecas, 1942; El norte de México y sur de los Estados Unidos, 1943; El occidente de México, 1946— en las que una parte

medular de las discusiones fue cronologista, puesto que la confrontación de las tipologías preocupaba a la mayoría de arqueólogos, y a la presencia de muy capacitados ceramistas mexicanos que externaron su preocupación por el destino de ese objeto de estudio, la creación de un local central de almacenamiento no fue posible. De un intento frustrado escribió Antonieta Espejo (1953:36-38):

El doctor Alfonso Caso... durante el desempeño de su puesto como director del INAH concibió el proyecto de establecer un departamento que llenara ese cometido, dentro del Museo Nacional de Antropología. Comisionó al entonces estudiante de la Escuela Nacional de Antropología, Alberto Ruz Lhuillier, para que hiciera un recorrido por los museos del Suroeste de Estados Unidos, con el objeto de estudiar los distintos sistemas seguidos por los investigadores norteamericanos en aquella región, para *archivar* cerámica arqueológica fragmentada y conservarla disponible para consulta. Al volver de aquel país, el señor Ruz formuló un informe sobre el tema, el cual existe en los Archivos del Museo. Diferentes actividades relacionadas con otros aspectos de la Antropología, impidieron que el doctor Caso y el arqueólogo Ruz pusieran en práctica el proyecto.

En 1953, el esfuerzo hasta hoy más serio pareció cristalizar, de acuerdo con la concepción madurada por Eduardo Noguera y el impulso de Eusebio Dávalos Hurtado, a la sazón director del Museo. El diseño de trabajo correspondió a Antonieta Espejo, discípula del primero. Se conceptualizó el lugar como un archivo en el que estuvieran representados los tipos cerámicos establecidos a la fecha y el muestrario completo de todo proyecto arqueológico futuro. Enriquecer la colección sería un requisito para todo investigador que saliera al campo.

En el artículo titulado “La Keramoteca del Museo Nacional de Antropología”, publicado en *Tlatoani*, revista de la Sociedad de Alumnos de la ENAH —lo recuerdo para hacer notar que el tema estaba presente en los intereses estudiantiles de entonces—, la señora Espejo informa al año y medio de su instalación, que la keramoteca (así le llamaba) ha contado con “medios exiguos” para cumplir su función, pero

gracias a “los esfuerzos de un grupo distinguido de estudiantes de la ENAH, puede decirse que ya existen bases firmes para el establecimiento de una keramoteca en un local más apropiado que cuente con el personal y el equipo de trabajo indispensables”.

La parte analítica del curso “Cerámica Mesoamericana” la dictó Noguera en ese local. Estaba en la azotea en una de las casetas construidas para talleres y laboratorios. Buenos muestrarios y pobre mobiliario: una mesa grande y un restirador, un viejo escritorio y un fichero de madera, los respectivos asientos y una dotación suficiente de cajas de cartón un poco más grandes que las de zapatos. Las ideas fluían de entre el equipo de estudiantes voluntarios:

La señora Zubaran (Jovita), quien además de arqueóloga es bibliotecaria, ha aportado al proyecto la elaboración de un sistema de *archivo* de cerámica fragmentada basado en la clasificación de Dewey, utilizada ampliamente en bibliotecas. Este sistema facilitará muchísimo el préstamo del material para consulta y el control de los materiales que entren y salgan del establecimiento.

No eran despreciables los fondos ingresados en tan corto tiempo: el muestrario huasteco de Gordon Ekholm y restos de la tipología de Vaillant —los mejores ejemplos de ambos paran en el Museo de Historia Natural de Nueva York—, mucho material de Tlatelolco agrupado según la secuencia de James Griffin revisada por Espejo. La falta de espacio impidió integrar el muestrario de Tenayuca, guardado en una pequeña bodega del sitio desde que Noguera concluyó el estudio para el proyecto 1925-1928. Hubo visitas a locales que guardaban remanentes con o sin estudio: San Pedro de los Pinos, también de Noguera, y Santa Teresa —Templo Mayor—, donde imperaba un verdadero desorden, con alfarería de las excavaciones de Gamio en 1921 y muchas bolsas de ingreso posterior sin etiquetas de procedencia.

A pesar de las limitaciones de equipo, algunos proyectos nacionales y extranjeros analizaron

allí su alfarería: Richard McNeish la de Pánuco, y Agustín Delgado la recuperada en Cerritos, San Luis Potosí, y en sitios cercanos a las márgenes del río Papaloapan. El etnólogo Roberto J. Weitlaner entregó un lote de tiestos y piezas completas de la Chinantla. Espejo dirigió a un grupo de estudiantes para poner al día un antiguo conjunto de Culhuacán, etiquetado por Enrique Juan Palacios. También coordinó las excavaciones dedicadas a proporcionar materiales para la próxima Mesa Redonda de 1956, centrada en el “Valle de México y los cuatro circunvecinos”. Piña Chan analizó allí la cerámica de El Gavilán, Texcoco.

La señora Espejo prácticamente hizo de la cerámica el objeto central de la arqueología. En mucho era el pensamiento de Noguera. Quien consulte el libro *Cerámicas de Mesoamérica* (1965), con la lista de virtudes de este sujeto de estudio y de los atributos que conforman un tipo —pasta, color “a ojo” (apenas comenzaban a usarse las tablas de Munsell), desgrasante, filiación estilística, forma y función en las únicas posibilidades de uso que se les atribuía: ceremonial y doméstico—, podrá entender cuál era el ideal de ceramoteca para esa generación. Lástima que el joven laboratorio quedó en embrión, no duró más de seis años en funciones reales. ¿En dónde estarán los muestrarios y el archivo de la profesora Espejo?

Por su interés más allá de lo anecdótico, señalo el contacto a larga distancia de un interés afín: en los años cuarenta, Noguera conoció el manuscrito de unas normas descriptivas debidas a su amigo argentino Antonio Serrano (1952); también figuraba en la bibliografía recomendada por Espejo.

En esos años la zona maya corría con mejor suerte. La Carnegie Institution, con bases de apoyo en Yucatán y Guatemala, estableció laboratorios en Mérida y la capital guatemalteca. El primero, hoy en el Museo Regional, acogió el producto de los estudios de George Brainerd y de Robert Smith. En Guatemala los muestrarios fueron organizados en lotes por proce-

dencia y guardados en gabinetes diseñados *ex profeso*, sencillos y prácticos. Son muestrarios de lujo: todo Uaxactún, para entonces columna vertebral de la secuencia maya; el reconocimiento de superficie del Altiplano Central de Guatemala, clásico recorrido de Edwin Shook, y el material de la cuenca del Motagua de Alfred Kidder (Taylor y Meigham, 1978).

En 1945, durante el gobierno democrático del presidente J.J. Arévalo, se reorganizó el Museo de Arqueología y Etnología. Tarea prioritaria fue ordenar la bodega y como consecuencia la ceramoteca. Caben allí, desde el más amplio muestrario, hasta el solitario tiesto entregado de manera espontánea. Un sencillo sistema de tarjetas permite el control por sitio, localidad, municipio y departamento; de ser posible se anota tipología y cronología. A pesar de los altibajos de la apreciación oficial sobre los valores históricos, propios de tantos años de gobiernos gorila, la ceramoteca guatemalteca ha logrado sobrevivir. Es obligación de todo proyecto entregar un muestrario completo y aportar de su costo los gabinetes diseñados desde los años treinta.

En México existen algunas ceramotecas oficiales y de proyectos extranjeros. La del Museo Nacional de Antropología heredó viejos muestrarios en las cajas que llegaron del anterior establecimiento y de los trabajos de campo generados por los curadores. Bien ordenada, la ceramoteca editó un breve pero útil boletín informativo —*Notas de la Ceramoteca*—, que tuvo básicamente circulación interna. Desafortunadamente la ceramoteca y la colección integrada a las secciones de la bodega correspondientes a las salas, fueron desmanteladas.

Durante un tiempo su animador fue Gonzalo López Cervantes, puntual estudioso de la tradición alfarera, desde la prehispánica a la actual. Tenía en mente un proyecto mayor: dotar a la Ciudad de México de un museo de la cerámica con valor didáctico e informativo; entre sus servicios se pensó en talleres y en una biblioteca especializada en orientación

técnica e histórica, exposiciones y producción de películas. Contaría con una ceramoteca de materiales antiguos y etnográficos. El proyecto lo editó Gonzalo por su cuenta (López Cervantes, s.f.).

Desde antes de la inauguración del museo, hubo preocupación sobre la forma de clasificar la inmensa colección de vasijas completas. Para el aspecto formal, Smith y Piña Chan (1963) prepararon un vocabulario con la terminología técnica y popular, que circuló mimeografiado en limitada edición de trabajo. Con el mismo propósito, Noemí Castillo y Jaime Litvak (1968) redactaron una guía matemática para fichar y describir formas cerámicas. No llegó a aplicarse, pero hubiera sido importante discutirla. Debo subrayar que la Sección de Máquinas Electrónicas del MNA publicó varios estudios de análisis matemático; Serra Puche (1971) trabajó figurillas teotihuacanas y Laporte (1972) el problema de las formas “genéricas”.

El desapego histórico tiende a olvidar esfuerzos, por eso insisto: de haber existido en México una entidad rectora, que hubiese coordinado los diferentes criterios descriptivos, no estaríamos ahora repitiendo los mismos términos y las mismas ilustraciones de objetos conocidos; estaríamos, en cambio, encaminando el discurso a lo novedoso, a mostrar diferencias, a significaciones antes no pensadas.

La Dirección de Salvamento Arqueológico tiene ceramoteca. En cuanto al enorme volumen intervenido sólo en la Cuenca de México, tendría obligación de ser la mejor, en donde se diera información variada: de los tiestos salidos al sembrarse un poste de la luz, de las cifras del tipo Azteca III negro sobre naranja en las ofrendas de determinado lugar, de las variantes en los diseños... al muestrario depurado de cualquiera de los espacios mayores intervenidos por la dependencia. Todo computarizado. Cuando apreciamos los millones de tiestos mexicas del tiradero ceremonial de La Magdalena de las Salinas, por ejemplo, no podemos dejar de preguntarnos si todo aquel material provino del

taller familiar de un viejito artesano, o si se produjo en grandes talleres o conjuntos organizados de alfarerías, y hasta dónde participaba el Estado en su distribución. El problema ha sido creer que ya no hay nada que hacer con ciertas cerámicas como la azteca, por estar “suficientemente estudiada”. Al pasarla por el tamiz clasificatorio se le trata como “diagnóstica” y “no diagnóstica”, o sea conocida o no. Eso se llama identificación tipológica y no análisis tipológico, y así ninguna novedad podrá brotar. Salvamento tuvo una ceramoteca en la calle de Alfonso Reyes, era buen espacio: un jefe la mandó desmantelar. De nuevo la pregunta: ¿a dónde irían a parar los materiales? Tepalcates del Convento de San Jerónimo, un muestrario del Palacio Nacional, por lo menos dos épocas Coyotlatelco de Iztapalapa...

La ceramoteca central del INAH está a cargo de la Dirección de Investigación y Conservación del Patrimonio Arqueológico. Es evidente que sus condiciones de espacio le imposibilitan recibir nuevos muestrarios. Una ceramoteca —desde Boas se entendió así— no es sólo un depósito ordenado de materiales, sino un centro generador de investigaciones.

El repositorio mayor no oficial pertenece a la New World Archaeological Foundation (NWAf), en San Cristóbal las Casas, Chiapas, donde se custodian más de cincuenta años de investigaciones de campo. Para quien trabaje la arqueología chiapaneca o de la costa sur de Guatemala y El Salvador, es pertinente acudir a consultarla. Es básica para comparar hallazgos olmecas de cualquier lugar de Mesoamérica; guarda alfarería desde 1500 años a.C. a la época colonial, y sus

fondos hablan de técnicas de excavación y métodos de estudio. En los muestrarios se manifiestan diversas tendencias de ver la arqueología, metodologías y criterios; desearía ver la cara de susto de las autoridades si un día la NWAf decidiera entregarlos oficialmente, sin contar previamente con un local adecuado donde continuar dando el servicio que presta.

Sobre qué clase de ceramoteca propondría no sabría decirlo. Proponerlo le corresponde a las nuevas generaciones, armadas de los avances tecnológicos a los que la profesión tiene acceso. A quienes están en condiciones de formularle a los tepalcates nuevas preguntas.

Yo me conformaría con un lugar que en cerámica equivaliera a lo que en papeles históricos es el Archivo General de la Nación. En donde consultar “a vistas” ejemplares publicados. Un centro de estudios con laboratorios propios y medios para coordinar con otras instituciones análisis de arcillas y pigmentos, de restos orgánicos, de huellas de uso, de fechamiento, y cuanta etcétera impliquen los avances de la ciencia en posibilidades de investigar y concluir. Que contara con la más completa toma de arcillas de los bancos de barro y de los componentes del desgrasante empleados en la etnografía mexicana. Que tuviese, tal como imaginaba López Cervantes, una biblioteca especializada, y generara sus propias series bibliográficas, una revista y un boletín informativo. Un espacio pensado para crecer, descentralizado desde su origen, con locales de apoyo en los centros regionales del INAH que hagan arqueología.

Hasta aquí llevaba escrito cuando desperté.

## bibliografía

- Bernal, Ignacio  
1979. *Historia de la Arqueología Mexicana*, México, Porrúa.
- Best Maugard, Adolfo  
1923. *Tradicción, Resurgimiento y Evolución del Arte Mexicano. Método de dibujo*, México, Secretaría de Educación Pública.
- Boas, Franz  
1921. *Álbum de Colecciones Arqueológicas* (Seleccionadas y arregladas por Franz Boas, ilustraciones de Adolfo Best Maugard, texto de Manuel Gamio), México, Publicaciones de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas.
- Castillo Tejero, Noemí y Jaime Litvak  
1968. *Un Sistema de Estudio para Formas de Vasijas*, México, INAH (serie "Tecnología", 2).
- Espejo, Antonieta  
1953. "La keramoteca del Museo Nacional de Antropología", en *Tlatoani*, núm. 7, México, Sociedad de Alumnos de la Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- Gamio, Manuel  
1918. *Programa de la Dirección de Estudios Arqueológicos y Etnográficos*, México, Impresora de la Secretaría de Hacienda, Departamento de Fomento.
- 1922. *La Población del Valle de Teotihuacan*, 5 tomos, México, Dirección de Antropología, Dirección de Talleres Gráficos, Secretaría de Educación Pública.
- Laporte, Jean Pierre  
1972. *Análisis de las Formas Genéricas en Vasijas de Tlatilco*, *Antropología Matemática*, núm. 23, México, Sección de Máquinas Electrónicas, Museo Nacional de Antropología, INAH.
- López Cervantes, Gonzalo  
s.f. *El Museo de la Cerámica*, México, edición del autor.
- Noguera, Eduardo  
1965. *La Cerámica Arqueológica de Mesoamérica*, México, Instituto de Investigaciones Históricas / UNAM.
- Serrano, Antonio  
1952. *Normas para la Descripción de la Cerámica Arqueológica*, vol. 24, Argentina, Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore, Imprenta de la Universidad de Córdoba.
- Serra Puche, Mari Carmen  
1971. *Diccionario Codificado. Rasgos de Cabezas de Figurillas de Teotihuacan*, *Antropología Matemática*, núm. 17, México, Sección de Máquinas Electrónicas, Museo Nacional de Antropología, INAH.
- Smith, Robert y Román Piña Chan  
1963. *Vocabulario sobre Cerámica*, México, Consejo de Planeación e Instalación del Museo de Antropología, CAPFCE-INAH.
- Taylor, R.E. y Clement W. Meigham  
1978. *Chronologies in New World Archaeology*, New York, Academic Press.
- Vertiz, Columba  
2001. "En riesgo el acervo de Teotihuacan. Sus bodegas, averiadas e insuficientes", en *Proceso*, núm. 1267, México.



*Aurora Montúfar López\** y *María Teresa García García\*\**

## **Arqueobotánica de El Tetzcotzinco<sup>1</sup>**

La identificación taxonómica y el análisis de los restos botánicos hallados entre los sedimentos de contextos arqueológicos sustentan información trascendental acerca de la flora, vegetación y clima propios del lugar y tiempo de ocupación, además de manifestar los posibles valores utilitarios de las plantas registradas.

Durante las excavaciones arqueológicas realizadas por la arqueóloga María Teresa García, en el primer trimestre del año 1998, en El Tetzcotzinco, se planteó la conveniencia de recolectar muestras de sedimentos arqueológicos, con el fin de identificar los restos botánicos que forman parte de las deposiciones natural y cultural acaecidas tiempo atrás.

El estudio de las estructuras orgánicas (semillas, hojas, madera, fibras y carbón, por citar las más comunes) que forman parte de esos sedimentos permitirá, en la medida de lo posible, obtener información ecológica y etnobotánica valiosa. De esta manera, con base en la flora identificada se podrá definir el tipo de vegetación, condiciones del ambiente y los satisfactores aportados por las plantas antes de la Conquista.

### **Antecedentes históricos**

A la llegada de los conquistadores españoles había tres centros importantes en el Valle de México: Tenochtitlan, Texcoco y Tlacopan. Formaban la llamada Triple Alianza, surgida en 1428 y que para esas épocas controlaba no sólo el Valle, sino que sus dominios se extendían a gran parte del área mesoamericana (Carrasco, 1996).

\* Subdirección de Laboratorios y Apoyo Académico.

\*\*Dirección de Investigación y Conservación del Patrimonio Arqueológico.

<sup>1</sup> Las tomas fotográficas que ilustran este artículo son de la profesora María Antonieta López García (†).





● Fig. 1.

Texcoco, la capital del Acolhuacan, empezó a tener relevancia cuando Quinatzin asumió el trono y trasladó los poderes que sus antecesores (Xolotl, Nopaltzin y Tlotzin) habían establecido en Tenayuca. Además, a diferencia de los señores anteriores, que se habían desposado con mujeres toltecas, él se casó con la hija de Tochtintecutli, primer señor de Huexotla, posiblemente para dar inicio a alianzas locales.

Precisamente al hablar de Quinatzin, don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl (1997), el principal cronista tezcocano, hace la primera mención del sitio al que nos estamos refiriendo: “Quinatzin... el cual murió en el bosque que llaman Tetzcutzinco...”

Techotlalatzin e Ixtlilxóchitl suceden a Quinatzin, quien fue asesinado por órdenes de Te-

zozómoc, el gran tlatoani de Azcapotzalco que buscaba tener el control en el Valle. Antes de morir, fue jurado como príncipe heredero su hijo Nezahualcóyotl, en el año de 1414.

Acolmiztli Nezahualcóyotl, el más importante y conocido tecuhtli acolhua, nació el 28 de abril de 1402; en él se conjuntaban el valor del guerrero, la sagacidad del gobernante, la sabiduría del sacerdote y la sensibilidad del poeta. Tardó casi catorce años en recuperar su señorío, fundando la Triple Alianza e iniciando la época de esplendor de la región.

La organización política y administrativa que emprendió le llevó un largo tiempo y fue probablemente hasta 1453 cuando inició la construcción de su templo en El Tetzcutzinco:

Demás de los jardines y recreaciones que tenía el rey Nezahualcoyotzin llamados Hueitecpan, y en los palacios de su padre llamados Cillan y en los de su abuelo el emperador Techotlalatzin, hizo otros, como fueron el bosque tan famoso y celebrado de las historias, Tetzcutzinco... (Alva Ixtlilxóchitl, 1997).

Este gran recinto aislado, del que hemos recuperado una mínima parte, se distinguía por la excelente talla en piedra de canales, fuentes, pilas, baños, escalinatas, etcétera y el sistema hidráulico que servía para llevar el agua desde el manantial, localizado a seis km del sitio.

Además, tenemos la referencia de que: “Estos bosques y jardines... tenían plantadas diversidad de flores y árboles de todas suertes, peregrinos y traídos de partes remotas”. En El Tetzcutzinco, por el lado sur,

...y de esta alberca salía un caño de agua que saltando sobre unas peñas salpicaba el agua, que iba a caer en un jardín de todas flores olorosas de tierra caliente... todo lo demás de este bosque, como dicho tengo, estaba plantado de diversidad de árboles y flores odorí-

Cuadro 1. Restos botánicos de un corte sedimentológico y pisos

<i>Reservorio: Tetzcotzincó</i>										
<i>Contexto cultural</i>	<i>Pisos</i>		<i>Corte sedimentológico</i>							
<i>Muestra</i>	<i>1</i>	<i>2</i>	<i>3-1</i>	<i>3-2</i>	<i>3-3</i>	<i>3-4</i>	<i>3-5</i>	<i>3-6</i>	<i>3-7</i>	
<i>Plantas</i>										<i>Total</i>
<i>Caryophyllaceae</i>	0	0	0	0	0	0	0	1	1	2
<i>Compositae</i>	0	0	0	0	0	0	18	0	0	18
<i>Cyperus</i> sp.	0	0	0	0	0	0	0	1	0	1
<i>Euphorbia</i> sp.	0	1	0	0	0	0	0	0	0	1
<i>Gramineae</i>	1	1	0	0	0	0	0	0	0	2
<i>Isoetes</i> sp.	0	2	6	3	3	1	1	1	1	18
<i>Lepidium</i> sp.	0	0	0	0	0	0	4	0	0	4
<i>Oenothera</i> sp.	1	0	0	0	0	1	0	1	0	3
<i>Oxalis</i> sp.	0	1	0	1	0	0	0	1	0	3
<i>Salvia</i> sp.	0	0	0	0	0	0	0	1	0	1
<i>Setaria</i> sp.	1	0	0	0	0	1	4	0	0	6
<i>Urtica</i> sp.	0	2	0	0	0	0	0	0	6	8
No identificada	1	2	0	0	0	0	0	0	0	3
<b>Total</b>	<b>4</b>	<b>9</b>	<b>6</b>	<b>4</b>	<b>3</b>	<b>3</b>	<b>27</b>	<b>6</b>	<b>8</b>	<b>71</b>
<i>Otros restos</i>										
Restos de pasto	0	X	0	0	0	0	0	0	0	0
Cormos	0	X	X	0	0	0	0	0	0	0
Raíces	X	0	X	X	X	X	X	X	X	X
Espina de maguey	X	X	0	0	0	0	0	0	0	0
Escamifolios	0	X	X	X	X	X	X	X	X	X
Insectos	0	X	0	X	X	X	X	X	X	X
Heces roedor	X	X	X	X	X	X	X	X	X	X
Ciscos	0	X	0	0	0	0	0	0	0	0

feras; y en ellos diversidad de aves, sin las que el rey tenía en jaulas traídas de diversas partes, que hacían una armonía y canto que no se oían las gentes; fuera de las florestas, que las dividía una pared, entraba la montaña en que había muchos venados, conejos y liebres... (Alva Ixtlilxóchitl, 1997).

### Fisiografía

El Tetzcotzincó, conocido también como "Los baños de Nezahualcóyotl", está ubicado en la

parte más occidental de la sierra de Tlálóc; forma parte de una pequeña cordillera semicircular, constituida de norte a sur por los cerros Colzi, Tecuilachi y Tepetán, que a su vez pertenecen al complejo terrestre Tlaixpan (Pulido y Koch, 1992).

Se localiza a 7 km al oriente de Texcoco, ciudad que de acuerdo con García (1973) se encuentra entre las coordenadas 19° 31' de longitud oeste y 98° 53' de latitud norte; tiene



● Fig. 2.

una altura de 2 353 msnm; su clima es del tipo templado, subhúmedo con lluvias en verano [C(w1)(w)b(i)g], y las cifras de temperatura y precipitación medias anuales son 15.9 °C y 710 mm de lluvia.

Siguiendo a Pulido y Koch (1992), la pequeña cordillera donde se encuentra El Tetzcotzincó está formada por laderas escarpadas con pendientes de 40 a 50 por ciento; el paisaje está representado por conos y derrames ígneos, mientras la hidrología por corrientes torrenciales de temporal y algunos canales pequeños de riego, manantiales y pozos profundos; los suelos son de profundidad variable, negros y con textura fina, algunos muy compactos; afloran rocas en más de 40 por ciento de su superficie.

El gradiente altitudinal de El Tetzcotzincó está entre 2 270 y 2 600 msnm, y tiene un área aproximada de 40 ha; la vegetación, lo mismo que su estructura geológica, ha estado sujeta a manipulaciones y cambios constantes, directa o indirectamente por el hombre, desde hace más de 500 años; por esta razón las asociaciones vegetales que sustenta son el resultado de esa influencia, entre otros factores, hallándose

plantas silvestres, cultivadas, autóctonas e introducidas.

A continuación se describen los principales tipos de vegetación que crecen en El Tetzcotzincó, los cuales, siguiendo a Pulido y Koch (1992), muestran la permanencia de algunas comunidades vegetales características de las diversas asociaciones botánicas de la Cuenca de México.

#### Encinar

Bosque conformado principalmente por la especie *Quercus deserticola*; su altura varía entre 5 y 12 m, se halla dispuesto en manchones y se acompaña de algunas especies de *Alnus* y *Cupressus*; son comunes las epífitas de varias especies de *Tillandsia* (heno). Los estratos inferiores están representados por abundantes arbustos y hierbas de los géneros *Dalea*, *Eupatorium*, *Senecio* (jarilla), *Baccharis*, *Laumourexia*, *Desmodium* (pegarropa), *Salvia*, *Estevia*, *Talictum* (costicpatl), *Valeriana* y *Mullenbergia* (zacatón).

Este bosque se encuentra en las laderas norte y oeste; en algunas de sus partes más perturbadas se presentan manchones de matorral de *Quercus frutex*.

Cuadro 2. Restos botánicos de pisos, tlecuiles y un canal.

<i>Acceso suroeste: Tetzcotzinco</i>									
<i>Contexto cultural</i>	<i>Piso</i>		<i>Tlecuiles</i>				<i>Adobe</i>	<i>Canal</i>	
			<i>Sin carbonizar</i>		<i>Carbonizado</i>				
<i>Núm. de muestra</i>	<i>1</i>	<i>2</i>	<i>3</i>		<i>4</i>		<i>5</i>	<i>6</i>	
<i>Profundidad cm</i>	170	92	178-186				110	182	
<i>Plantas</i>									<i>Total</i>
<i>Amaranthus</i> sp.	0	0	1	17	0	0	2	1	21
<i>Argemone</i> sp.	0	0	0	0	0	0	0	2	2
<i>Bromus</i> sp.	0	0	1	1	0	0	0	0	2
Caryophyllaceae	0	1	0	0	0	0	0	0	1
<i>Commelina</i> sp.	0	0	2	1	0	0	0	0	3
Compositae	1	0	5	6	0	0	0	0	12
<i>Crataegus mexicana</i>	0	0	0	0	0	5	0	0	5
<i>Cynodon</i> sp.	0	0	0	0	0	0	0	2	2
<i>Cyperus</i> sp.	0	0	25	50	0	0	0	0	75
<i>Dalea</i> sp.	0	0	0	2	0	0	0	0	2
<i>Eleusine</i> sp.	0	0	0	5	0	0	0	1	6
<i>Euphorbia</i> sp.	0	0	1	0	0	0	1	0	2
<i>Fitolacca</i> sp.	0	0	0	0	0	0	0	1	1
<i>Hilaria</i> sp.	21	0	0	13	0	0	0	0	34
<i>Jaltomata</i> sp.	5	0	0	5	2	8	0	0	20
<i>Lepidium</i> sp.	0	0	0	0	0	0	0	1	1
<i>Mentzelia</i> sp.	0	0	0	0	0	0	0	1	1
<i>Mirabilis jalapa</i>	0	0	1	0	0	0	0	0	1
Nyctaginaceae	0	0	1	0	0	0	0	0	1
<i>Opuntia</i> sp.	0	0	0	0	0	0	0	4	4
<i>Oxalis</i> sp.	0	0	0	0	0	1	0	0	1
<i>Physalis</i> sp.	0	0	1	0	0	0	0	26	27
<i>Portulaca</i> sp.	0	0	0	1	0	0	0	0	1
<i>Potentilla</i> sp.	0	0	1	1	0	0	0	0	2
<i>Prunus serotina</i> aff. <i>capuli</i>	0	0	0	0	2	0	0	0	2
<i>Salvia</i> sp.	0	0	0	2	0	1	1	0	4
<i>Setaria</i> sp.	8	0	5	31	0	1	5	2	52
<i>Simsia</i> sp.	0	0	0	11	0	0	0	0	11
<i>Solanum rostratum</i>	0	0	0	0	1	2	0	0	3
<i>Trifolium</i> sp.	0	0	0	1	0	0	0	0	1
<i>Urtica</i> sp.	0	1	0	0	0	0	0	2	3
Umbelliferae	0	0	0	1	0	0	0	0	1
Ulmaceae	0	0	3	0	0	0	0	2	5
No identificado	0	1	0	0	0	0	0	0	1
<i>Zea mays</i> (grano)	0	0	0	0	1	2	0	0	3
<b>Total</b>	<b>35</b>	<b>3</b>	<b>47</b>	<b>148</b>	<b>7</b>	<b>24</b>	<b>4</b>	<b>45</b>	<b>313</b>

Cuadro 2. continuación

Acceso suroeste: Tetzcotzincó								
Contexto cultural	Piso		Tlecuiles		Adobe	Canal		
	1	2	Sin carbonizar	Carbonizado				
Núm. de muestra	170	92	3	4	5	6		
Profundidad cm	170	92	178-186		110	182		
<i>Plantas</i>								<i>Total</i>
<i>Otros restos</i>								
<i>Zea mays</i> (olote)	0	0	0	0	X	X	0	0
Restos foliares de ahuehuete	0	0	0	0	X	X	0	0
Restos florales de ahuehuete	0	0	0	0	X	X	0	0
Raíces	X	X	0	0	0	0	X	X
Insectos	X	X	0	0	0	0	X	X
Ciscos	X	X	0	0	0	0	X	X
Restos foliares	X	X	0	0	0	0	X	X
Heces de roedor	X	X	0	0	0	0	0	X
Micromoluscos	X	X	0	0	0	0	X	X

#### Matorral xerófilo

Asociación en la que *Eisenhardtia polystachya* (palo dulce) es el dominante fisonómico; crece sobre un tercio del área total de El Tetzcotzincó, preferentemente en las laderas sur y este; se encuentran epífitas como *Phoradendron brachystachyum* (injerto) y arbustos de las especies *Montanoa tomentosa* (zoapatle) y *Sedum praealtum* (siempreviva), además de algunos árboles dispersos de *Schinus molle* (pirú) y *Opuntia* spp (nopales).

Las especies *Schinus molle* y *Opuntia streptacantha* se tornan el dominante fisonómico del matorral xerófilo en el suroeste, en las faldas cerriles y al noreste, cerca de la cima.

#### Zacatal

Es una asociación poco frecuente, se halla en pequeños manchones; las especies de pastos

más comunes son *Hilaria cenchroides* (grana), *Boutelohua simplex* y *Lycurus phleoides* (lobero).

#### Vegetación acuática

Aún subsisten algunos elementos de la vegetación acuática y subacuática, siempre en asociación al acueducto (a lo largo de su angosto cauce); las especies más comunes son *Mimulus glabratus*, *Juncus* (tulillo) y *Ranunculus schaffneriana*.

Cabe anotar que el acueducto original —en la mayor parte de su curso, desde los manantiales hasta las parcelas ejidales— fue entubado en 1985, y el tramo que corría por El Tetzcotzincó fue liberado y ya no es funcional.

Con relación a las actividades humanas, cabe destacar que en las faldas del cerro, de propiedad privada, existen áreas de cultivo de frutales (manzanas y peras como elementos introducidos, y tejocotes y capulines como árboles fruta-



● Fig. 3.

les autóctonos, muchas veces silvestres), y terrazas donde se produce maíz, frijol y haba. Además, con frecuencia recolectan, y ocasionalmente cultivan especias y plantas medicinales (Mendoza y García, s.f.), propias o extranjeras.

### Metodología

Durante los trabajos de campo de la temporada de enero a abril de 1998, en la zona arqueológica El Tetzcotzinco, fueron recolectadas 16 muestras sedimentológicas; nueve provienen del "Reservorio" (siete son de un corte sedimentológico y las otras de apisonados). Este último sitio se localiza en el extremo oriental del terraplén que lleva el acueducto y sirve de unión entre los cerros Tetzcotzinco y Metécatl. Del acceso suroeste fueron recolectadas siete muestras (pisos, fogón o tlecuil, adobe y drenaje). La obtención de los sedimentos en estudio estuvo a cargo del arqueólogo Gustavo Coronel Sánchez.

Los sedimentos fueron procesados por el método de flotación en agua simple (Montúfar, 1996), con el objeto de liberar los elementos de naturaleza orgánica de aquellos materiales

inorgánicos y pesados que los conforman. Las fracciones orgánica e inorgánica, de cada una de las muestras, fueron recuperadas en sobres de papel filtro, de forma independiente y se dejaron secar a la intemperie.

El contenido de cada uno de los sobres con material flotado (elementos orgánicos) fue revisado bajo un microscopio estereoscópico para separar manualmente los restos botánicos (semillas, fragmentos florales y foliares, restos de olote y ociscos) y registrar las fracciones de naturaleza animal: micromoluscos, heces de roedor e insectos, entre otros materiales.

La identificación de las semillas se hizo por comparación utilizando restos de la colección arqueobotánica de la Subdirección de Laboratorios y Apoyo Académico del INAH, y literatura especializada: Martin y Barkley (1961), Correl y Correl (1971), Sánchez (1984), etcétera.

### Resultados

En los cuadros 1 y 2 se reúnen los datos taxonómicos obtenidos de la identificación de semillas principalmente y de restos foliares, florales y

cúpulas de olote, además del registro de micro-moluscos, ciscos, insectos y heces, entre otros.

Las muestras sedimentológicas del Reservorio (cuadro 1) resultaron muy pobres en contenido orgánico:

- a) Los pisos manifiestan la presencia de ocho elementos vegetales, registrándose los géneros: *Cyperus*, *Euphorbia*, *Isoetes*, *Oxalis*, *Setaria*, *Agave* (espina lateral de maguey) y fragmentos de hojas escamiformes de cedro (*Cupressus* sp.). Estas plantas están presentes en las asociaciones vegetales que habitan actualmente El Tetzcotzinco.
- b) En el corte sedimentológico se observan nueve diferentes taxa; éstos están mejor representados en las capas superiores; las dos del fondo exhiben sólo dos y tres taxa. El elemento mejor representado corresponde a una espora trilete, identificada como *Isoetes*; en cambio las semillas más abundantes fueron identificadas a nivel de familia: Compositae, seguidas por los géneros *Urtica*, *Setaria*, *Oxalis* y *Lepidium*, entre otras. Cabe señalar que casi todas las muestras contuvieron restos de pequeñas hojas escamiformes, probablemente de árbol de cedro (*Cupressus* sp.).

De acuerdo con los resultados, en el Acceso suroeste (cuadro 2) se observa:

- a) Que las muestras de pisos y de adobe presentan por mucho cuatro taxa; éstos corresponden con semillas de herbáceas de las familias Compositae, Caryophyllaceae, Amaranthaceae y Gramineae.
- b) La muestra de sedimento de drenaje presentó doce elementos distintos; las semillas de miltomate o tomate verde (*Physalis*) son las más abundantes, seguidas de las de nopal (*Opuntia*).
- c) Las muestras no carbonizadas de tlecuil ostentan 20 taxa distintos; las semillas de tullello (*Cyperus*), pasto cola de zorra (*Setaria*),

quelite (*Amaranthus*) y los fragmentos florales de una Compositae (*Simsia*?) son los más conspicuos.

- d) Cabe mencionar que las muestras carbonizadas del tlecuil observan la presencia de semillas de plantas frutales autóctonas como son: tejocote (*Crataegus mexicana*) y capulín (*Prunus serotina* aff *capuli*), entre restos foliares y de flores masculinas de ahuehuete (*Taxodium mucronatum*), además de un fragmento de olote (*Zea mays*), cúpulas (estructurales del mismo) y semillas de hierbas ruderales (*Jaltomata*, *Salvia*, *Setaria* y *Solanum rostratum*).

En suma, las muestras de El Tetzcotzinco contuvieron un total de 35 plantas de diferentes taxa; cinco de ellas fueron identificadas a nivel de familia, 24 están clasificadas como género y una no pudo ser identificada (NI). La mayoría de los restos vegetales clasificados fueron hallados en las muestras no carbonizadas de tlecuil, posiblemente porque su estructura, a manera de pequeño abrigo o microhondonada, permitió la acumulación de propágulos aportados por el viento, entre otros factores, influyendo en la retención y conservación del material orgánico.

### Discusión y conclusiones

De acuerdo con los resultados, la identificación botánica de los restos vegetales recuperados de las muestras sedimentoarqueológicas de El Tetzcotzinco, indica la presencia de por lo menos 35 plantas distintas, identificadas principalmente a nivel de género y algunas sólo como familia; los individuos registrados corresponden en su mayoría a plantas herbáceas y anuales, es decir, que su presencia está definida principalmente por la temporada de lluvias, crecen como arvenses y ruderales, aunque se encuentran también algunos géneros de plantas de ambientes palustres o simplemente de áreas anegadas, por ejemplo: *Commelina*, *Cyperus*, *Oxalis*, *Isoetes* y ocasionalmente *Setaria*. Estos individuos posiblemente estuvieron asociados a la existencia de pequeños cuerpos o cursos de



● Fig. 4.

agua, representados por los canales y ductos de riego que hicieron florecer al cerro en tiempos prehispánicos, o quizá son producto de la influencia de la estación lluviosa, que inunda temporalmente algunos sitios del área de estudio.

Como plantas arbóreas se registraron cedro (*Cupressus* sp.) y frutales: tejocote (*Crataegus mexicana*) y capulín (*Prunus serotina* aff. *capuli*); éstos últimos crecen comúnmente en regiones con climas templados secos o subhúmedos de México, como la Cuenca de México. En la zona de Texcoco y particularmente en El Tetzcotzincó es frecuente hallar ejemplares de esos árboles, en cañadas y piemonte.

Mención especial merece el ahuehuete (*Taxodium mucronatum* Ten.), árbol majestuoso que está asociado al agua y crece a la orilla de los ríos o en áreas con nivel freático cercano a la superficie. En Texcoco se pueden observar algunos manchones de estos gigantes del agua, que muestran puntos donde antaño existieron cauces de río o márgenes de lagos o lagunas; en este sentido cabe mencionar la existencia de vestigios de un jardín prehispánico de ahuehuetes (El Contador, San Salvador Atenco, Texcoco), plantado por orden del rey Nezahualcóyotl. Se considera que el ahuehuete es un árbol

de gran trascendencia en la historia antigua de México; Solís (1999) le da la connotación de árbol sagrado, asociado al dios Tláloc y de acuerdo con García (1965), en 1921 la Escuela Nacional Forestal por votación popular lo declaró Árbol nacional.

También fueron recuperadas semillas de nopal (*Opuntia* sp.) y una espina lateral de maguey (*Agave* sp.), elementos que representan asociaciones de matorral xerófilo existente en el área de estudio y en muchos otros lugares de ambientes templados secos o semidesérticos de la República Mexicana.

Las prácticas agrícolas quedan evidenciadas directamente por la presencia en el tlecuil, de un fragmento de olote y cúpulas del mismo, e indirectamente por el registro de diversas plantas que se desarrollan de manera importante dentro de los terrenos de cultivo: arvenses y ruderales (*Amaranthus*, *Argemone*, *Solanum rostratum*, *Physalis*) y pastos (familia Gramineae, géneros: *Hilaria*, *Bromus* y *Setaria*).

A manera de colofón, se puede hablar de elementos florísticos silvestres comunes en la región y hallados en los sedimentos arqueológicos estudiados, por ejemplo los géneros: *Salvia*,



*Mentzelia*, *Lepidium*, *Simsia*, *Mirabilis*, *Jaltomata*, *Dalea*, y varios propágulos representantes de las familias Gramineae, Compositae y Umbelliferae.

Cabe mencionar también la presencia de los géneros *Eleusine* y *Cynodon* (Gramineae) como plantas alóctonas, introducidas en América a la llegada de los españoles y que son muestra de la deposición reciente de muchos de los taxa aquí registrados.

Se asume que las únicas muestras que pueden ser evidencia de flora y actividades prehispánicas son las obtenidas del tlecuil con material carbonizado. Este material se caracterizó por la presencia de maíz, tejocote, capulín y ahuehuate, principalmente.

Al comparar los restos botánicos registrados entre el Acceso suroeste y el Reservorio, se puede observar que el primero ostenta el mayor número de restos vegetales, muchos de ellos representan plantas propias de la flora actual y son el resultado de la dispersión y el establecimiento de un gran número de géneros y especies, cuyo crecimiento está definido por la temporada de lluvias, en el verano. Especies vegetales que antaño probablemente se vieron beneficiadas, fuera del régimen de lluvias, de manera importante por los cursos de agua establecidos alrededor del cerro (en su porción media). El agua era traída desde manantiales lejanos.

Con relación a la existencia en El Tetzcotzinco de jardines prehispánicos, que agrupaban una gran variedad de plantas de distintas regiones de México (cálidas, húmedas, templadas), resulta difícil discernir si algunos de los elementos registrados formaron parte o no de los jardines de Nezahualcóyotl en el siglo xv, menos aún si se considera que muchos de los individuos aquí reportados son característicos de climas templados y semidesérticos de la cuenca de México.

Por otro lado, se puede decir que El Tetzcotzinco sustentó los mismos tipos de vegetación que lo cubren actualmente. El bosque templado de encinos con cedros, capulines y tejocotes; el matorral xerófilo con nopal y maguey, y el pastizal con zacates y variadas hierbas, son las asociaciones mejor definidas en el pasado, sin soslayar las hierbas de hábitos palustres que pueden manifestar la influencia de los sistemas hidráulicos característicos de los “Baños de Nezahualcóyotl”, y los restos de maíz como evidencia de las prácticas agrícolas, de riego o temporal, en el área.

El reducido número de muestras analizadas y el estado muy deteriorado de los materiales orgánicos depositados (determinado entre otros factores, por lapsos anuales en los que alternan etapas de sequía y calor intensos, y de gran humedad y frío extremos), no permitieron la identificación y el registro de un mayor número de elementos botánicos y menos la evidencia física de algún taxón que indicara su pertenencia directa a los jardines de Nezahualcóyotl (por ejemplo fracciones de plantas de climas tropicales, cálidos y húmedos). No obstante se puede hablar de la presencia de ahuehuetes en la región de Texcoco, tanto en la época prehispánica, como en la actualidad y sobre todo si se toma en cuenta que los ahuehuetes son árboles longevos, milenarios.

Es posible que el registro de restos carbonizados de hojas y flores masculinas de ahuehuate en El Tetzcotzinco, manifieste la importancia rito-ceremonial que este árbol tenía en la época prehispánica.

Bajo estos antecedentes, se puede asumir que las condiciones ambientales en la región de El Tetzcotzinco no han sufrido modificaciones sustantivas, quizá cierto grado de desecación, pues el aporte continuo de agua, a través de los acueductos trazados y estructurados por el rey acolhua, dejó de manifestar su invaluable influencia en la flora y vegetación del lugar.

- a
- Alva Ixtlilxóchitl, Fernando de  
1997. *Obras Históricas. Historia de la Nación Chichimeca*, t. II, México, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM.
- í
- Carrasco, Pedro  
1996. *Estructura Político-territorial del Imperio Tenochca: La Triple Alianza de Tenochtitlan, Tetzucoco y Tlacopan*, México, Fideicomiso Historia de las Américas, El Colegio de México y Fondo de Cultura Económica.
- f
- Correll, D. S. y Correll Helen B.  
1971. *Aquatic and Wetland Plants of Southwestern United States*, vols. I y II, Estados Unidos, Stanford University Press.
- a
- García, E.  
1973. *Modificaciones al Sistema de Clasificación Climática de Köppen. Para adaptarlo a las Condiciones de la República Mexicana*, México, Instituto de Geografía-UNAM.
- r
- García Rivas, Heriberto  
1965. *Dádivas de México al Mundo*, México, Ediciones Especiales de Excélsior, Ediciones de Excélsior, Cía. Editorial S.C.L.
- g
- Martin, C. A. y Barkley, D. W.  
1961. *Seed Identification Manual*, Estados Unidos, University of California Press.
- o
- Mendoza Castelán, Guillermo y José García Pérez  
s.f. *Manual: Uso Terapéutico de las Plantas Medicinales del Cerro Tetzcutzingo, Municipio de Texcoco*, México, Departamento de Fitotecnia-Universidad Autónoma Chapingo y PROIH-CIESTAAM (Materiales para la Docencia, 1).
- i
- Montúfar López, Aurora  
1996. "Vegetación, etnobotánica y ambiente prehispánicos de Teotihuacan: proyecto interdisciplinario", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, tomo XLII, México, Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 63-69.
- l
- Pulido P., Teresa y Stephen D. Koch  
1992. *Guía Ilustrada de las Plantas del Cerro*

*Tetzcutzingo: especies comunes en el Valle de México*, México, Instituto de Biología-UNAM (Cuadernos IBUNAM 17).

- Sánchez, S. O.  
1984. *La Flora del Valle de México*, México, Herrero, S. A.

- Solís, Felipe  
1999. "Tecnología y obras públicas en el México prehispánico", en *México en el Tiempo*, núm. 30, México, México Desconocido/INAH, pp. 18-23.



# n o t i c i a s

## **Christine Niederberger Betton** **In memoriam**

Rosa Ma. Reyna Robles\*

Christine nació en Burdeos, Francia; gran parte de su vida adulta la pasó en México, país al que amó profundamente. Sus padres fueron Roger Betton y Linka Lowczynski, a quienes siempre profirió un gran cariño y respeto. Su educación secundaria la realizó en Les Écoles de la Légion d'Honneur. Más tarde, en 1954 y 1955, inició sus estudios en L'École Nationale des Langues Orientales Vivantes, actividad que interrumpió debido a los numerosos viajes realizados al extranjero con su familia.

En México, de 1965 a 1968, cursó la carrera de arqueología en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, y en 1969 excavó en la ladera del cerro de Tlapacoya, en el predio llamado Zohapilco, bajo la dirección del maestro José Luis Lorenzo. Con los resultados de esta excavación, en 1974 presentó su tesis *Zohapilco. Cinco Milenios de Ocupación Humana en un Sitio Lacustre de la Cuenca de México*. Años después, en 1981, obtuvo el doctorado de Estado en L'École des Hautes Études en Sciences Sociales de París, con la tesis *Palepaysages et Archéologie Pre-urbaine du Bassin de Mexico*, bajo la dirección de Jean Guilaine.

Su trabajo como arqueóloga lo dedicó a dos temas que la apasionaron: las culturas del Preclá-

sico o Formativo, en especial las de la época olmeca, y la arqueología de Guerrero.

Sus investigaciones siempre fueron de excelencia; con gran acuciosidad seleccionaba los sitios a excavar, con enorme cuidado recogía y registraba cada una de las evidencias y datos contextuales, con gran paciencia los analizaba y estudiaba y con sobresaliente soltura escribía los resultados en un lenguaje preciso y elegante. Ninguna concha o huesecillo dejó de ser identificado; ninguna roca, ningún tiesto, ninguna semilla o polen pasó desapercibido pues siempre se apoyó en los análisis y resultados de diversos especialistas, cuidando el fechamiento de los estratos y contextos por medio de radiocarbono.

La tesis que presentó en la ENAH fue publicada por el INAH en 1976. Esta importante obra marcó un parteaguas en el conocimiento y secuencia ocupacional de la cuenca de México. En Zohapilco logró establecer claramente que las ocupaciones relacionadas con materiales de estilo olmeca precedían a los niveles con materiales Zacatenco y El Arbolillo, revirtiendo así la secuencia y cronología hasta entonces aceptadas.

Su segunda obra, verdaderamente monumental, se desprende de su tesis de doctorado.

\* Dirección de Salvamento Arqueológico, INAH.

Fue publicada en 1987 por el Centro de Estudios Mesoamericanos y Centroamericanos (CEMCA) en dos volúmenes. En ella dejó plasmado uno de los trabajos más sólidos que se han producido en torno a las culturas preclásicas, no sólo de la Cuenca de México sino de toda la naciente Mesoamérica, o América media, como ella prefería llamarle. Allí retoma el análisis a profundidad del medio ambiente y la geografía de su primer trabajo, añadiendo los resultados de cada excavación arqueológica efectuada hasta entonces en la Cuenca, en especial de sitios anteriores a Cuicuilco; incluso, con la aprobación de los autores, reprodujo datos inéditos que incluyó en forma de “fichas”, además de resumir los datos publicados de todos los sitios preclásicos de las diferentes regiones mesoamericanas.

Una vez establecida la edad de sitios y materiales, abordó temas más profundos relacionados con el carácter y naturaleza de las sociedades del Formativo, argumentando de manera consistente que no eran igualitarias, como comúnmente se pensaba sino altamente jerarquizadas. Estas sociedades llegaron a conformar capitales regionales o “caput non urbs”, como ella denominó.

El fenómeno olmeca lo entendía sólo en dos sentidos: como una civilización y como un estilo. Siempre defendió que los objetos de estilo olmeca presentes en numerosos sitios del Preclásico o Formativo eran creación de una civilización multiétnica y plurilingüística sincrónica, distribuida en un amplio territorio, la naciente Mesoamérica, y que estos objetos se identifican por medio de un estilo peculiar panmesoamericano, reflejo de un sistema compartido de creencias, y no producto de la difusión a partir del “Olmec hearthland” de la Costa del Golfo, refutando así esta posición unicéntrica y unilateral, otorgando su justo valor a sociedades de otras regiones, poseedoras de estructuras económicas, políticas y administrativas complejas que jugaron un papel activo y creador dentro de la densa trama de intercambios interregionales.

La obra de Christine Niederberger es amplia y siempre de gran calidad. Hasta el último momento escribió con gran conocimiento y profunda sensibilidad; tres de sus trabajos postreros sobre la arqueología de Guerrero pronto serán publicados.

La lamentable pérdida de Christine deja un gran vacío en la investigación arqueológica de excelencia, pero también en las numerosas amistades que supo cultivar en vida. Siempre la recordaremos como una persona culta, inteligente, bondadosa, generosa y honesta. Le sobrevive su esposo, Jean Marie Niederberger, a quien amó profundamente.

Querida amiga, descansa en paz.

### Obra de Christine Niederberger

1969. “Paleoecología humana y playas lacustres postpleistocénicas en Tlapacoya”, en *Boletín del INAH*, núm. 37, México, INAH, pp. 19-24.

1970. “Excavations at Tlapacoya, Mexico. Cultural Remains II”, en *XXV Annual Meeting Society for American Archaeology*, México, Departamento de Prehistoria, INAH.

1974. “Inicios de la vida aldeana en América Media”, en *Historia de México*, vol. I, Barcelona-México, Salvat, pp. 93-130.

1975. “Excavaciones en Tlapacoya-Zohapilco”, en *XLI Congreso Internacional de Americanistas. Actas*, vol. I, México, INAH, pp. 403-411.

1976. *Zohapilco. Cinco Milenios de Ocupación Humana en un Sitio Lacustre de la Cuenca de México*, México, INAH (Científica, 30).

s.f. “Modalités d’instauration de la vie sédentaire dans le Sud du Bassin de Mexico”, en *Communication* (4 Mars 1976), París, *Société des Américanistes/Musée de l’Homme*.

1979. “Early sedentary economy in the Basin of Mexico”, en *Science*, vol. 203, Washington, American Association for the Advancement of Science, pp. 132-142.

1980. "Dos casos de desarrollo agrícola y utilización del medio ambiente: Tlapacoya, Estado de México y Coxcatlán, Puebla", en *Seminario de Ecología Agrícola*, México, Universidad Autónoma Metropolitana - Xochimilco, 19-24 de octubre.
- 1981a. "Paleopaisajes de la Cuenca de México", en *Atlas de la Ciudad de México*: 28-29, México, Secretaría de Recursos Hidráulicos.
- 1981b. "De la prehistoria a las primeras capitales en la Cuenca de México", en *Atlas de la Ciudad de México*: 30-31, México, Secretaría de Recursos Hidráulicos.
- 1981c. "Les premières capitales (*Caput non Urbs*) du Bassin de México", en *Xème Congrès de l'Union Internationale des Sciences Préhistoriques et Protohistoriques*, vol. 16, México, pp. 151-170.
- 1985a. "Sédentarisation et paléoenvironnements en Amérique Moyenne", en *Grand Atlas de l'Archéologie*, París, Encyclopaedia Universalis, pp. 342-343.
- 1985b. "La Civilisation Olmèque ou la naissance de la Mésoamérique", en *Grand Atlas de l'Archéologie*, París, Encyclopaedia Universalis, pp. 344-345.
- 1985c. "Les communautés pré-urbaines d'Amérique Moyenne", en *Grand Atlas de l'Archéologie*, París, Encyclopaedia Universalis, pp. 346-347.
1986. "Excavación de un área de habitación doméstica en la capital 'olmeca' de Tlacoatzotlán, Guerrero", en *Arqueología y Etnohistoria del Estado de Guerrero*, México, INAH-Gobierno del Estado de Guerrero, pp. 81-103.
- 1987a. *Paléopaysages et Archéologie Pré-urbaine du Bassin de Mexico*, 2 vols., México, Centre d'Études Mexicaines et Centraméricaines.
- 1987b. "Middle America: from the beginning of a sedentary life to the rise of the first regional centers", en *XIème Congrès de l'Union Internationale des Sciences Préhistoriques et Protohistoriques*, Römisch-Germanisches Zentralmuseum Mainz.
1988. "La arqueología sobre el periodo formativo y la época pre-Cuicuilco en la Cuenca de México", en *La Antropología en México*, vol. 14, México, INAH, pp. 59-80.
1990. "L'imaginaire collectif et l'art sacré de la Mésoamérique ancienne", texto presentado en la mesa redonda de la exposición *Art Précolombien du Mexique*, París.
1994. "Introducción y presentación de la obra", en *Entre Lagos y Volcanes: Chalco-Amecameca Pasado y Presente*, México, UAM-Iztapalapa, Colegio Mexiquense.
1995. "Early Mesoamerica: a non-diffusionist perspective from Central Highlands and Western Mexico", en *Princeton Symposium on the Olmec*, International Symposium organized by The Art Museum, Princeton University, in conjunction with the exhibition *The Olmec World. Ritual and Rulership*, Princeton.
- 1996a. "Mesoamerica: genesis and first developments", en *History of Humanity. Scientific and Cultural Development*, vol. II, From the Third Millenium to the Seventh Century BC, Eds. A.H. Dani and J.P. Mohen, UNESCO, Paris / Routledge, Londres, pp. 462-475.
- 1996b. "The Basin of Mexico: a multimillennial development toward cultural complexity", en *Olmec Art of Ancient Mexico*, E.P. Benson y B. de la Fuente (eds.), National Gallery of Art, Washington and H.N. Abrams, Inc., Nueva York, pp. 83-93.
- 1996c. "Olmec Horizon Guerrero", en *Olmec Art of Ancient Mexico*, E.P. Benson y B. de la Fuente (eds.), National Gallery of Art, Washington and H.N. Abrams, Inc., Nueva York, pp. 95-103.
- 1996d. "Paisajes, economía de subsistencia y agro-sistemas en Mesomérica a principios del siglo XVI", en *Temas Mesoamericanos*, Sonia Lombardo y Enrique Nalda (eds.), México, INAH-Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, pp. 11-50.
1997. "An approach to Paleolithic technology and art in Middle America", en *The Dictionary of Art*, Londres, MacMillan Publishers.
- 1998a. "Las sociedades mesoamericanas antiguas", en *Historia de América Latina*, vol. I, París, UNESCO.
- 1998b. "Presentación", en *Rescate Arqueológico de un Espacio Funerario de Época Olmeca en Chilpancingo, Guerrero*, México, INAH (Científica, 382).

2000. "Tres años antes de que se apague para siempre el sonido del tambor de Mato-Topé o El viaje del príncipe de Wied en el valle del Misuri: 1833-1834", en *Nómadas y Sedentarios en el Norte de México*, Coloquio en Homenaje a la doctora Beatriz Braniff (2-6 de Octubre de 1995), Durango, Universidad Juárez del Estado de Durango.

2000. "Ranked societies, iconographic complexity and economic wealth in the Basin of Mexico towards 1200 BC", en *Symposium on Olmec Art and Archaeology in Mesoamerica: Social Complexity in the Formative Period* (20-21 September 1996), Center for Advanced Study in the Visual Arts, National Gallery of Art, Washington.

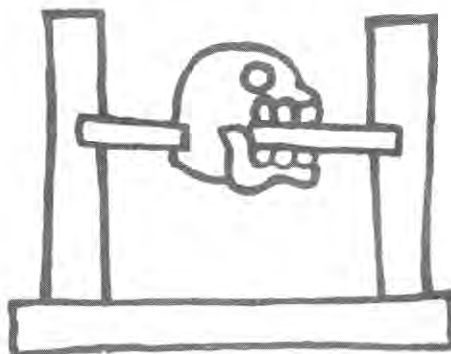
"Antiguos paisajes de Guerrero y el papel de su fauna en las creencias míticas", en *Investigaciones arqueológicas en el Estado de Guerrero: Balance y Perspectiva a principios del siglo XXI* (en prensa).

"Nacar, 'jade' y cinabrio: Guerrero y las redes de intercambio en la Mesoamérica", en *Investigaciones Arqueológicas en el Estado de Guerrero: Balance y Perspectiva a principios del siglo XXI* (en prensa).

"Formative figurines from Central Mexico: Sensitive markers of the post-Covarrubias New Chronology and salient testimonies of ancient Behavior and Beliefs", en *Early Figurines in Mesoamerica* (en prensa).

Christine Niederberger y Louis Bazin, "Les Amériques", en *History of Humanity*, vol. III, París, UNESCO (en prensa).

Christine Niederberger y Rosa Ma. Reyna, "Alto al saqueo en la cuenca del Balsas: una llamada de auxilio", en *Investigaciones Arqueológicas en el Estado de Guerrero: Balance y Perspectiva a principios del siglo XXI* (en prensa).



## Gonzalo López Cervantes y la arqueología histórica en México (1946 - 1999)

*Elsa Hernández Pons\**

La arqueología mexicana conoció, gracias a Gonzalo López Cervantes, la importancia de registrar, entender y difundir el pasado colonial de México, con una metodología y sistematización rigurosas. El gran interés y entusiasmo de Gonzalo por este tema fue uno de sus más importantes labores y logros; podemos considerarlo hasta la fecha uno de sus principales exponentes. Sembró esta pasión en muchos de quienes fuimos sus alumnos y nos orientó hacia ese campo.

Maestro, colega y especialista, muchos de los estudios de Gonzalo López Cervantes son base de consulta obligada para los interesados en la arqueología histórica. Nació en Guadalajara, Jalisco, el 30 de junio de 1946. Estudió Arqueología y obtuvo su grado de maestría en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Investigador del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), laboró en varias dependencias. Fungió como Jefe de Personal durante cinco años y organizó los archivos. En el Museo Nacional de Antropología, en la Dirección de Monumentos Históricos, y en el Centro INAH Jalisco, realizó diversos proyectos, algunos de salvamento, y básicamente en el sitio de Ixtepete. Dejó muchos seguidores y amigos en Cuba y Guatemala. Murió en Guadalajara, Jalisco, el 26 de agosto de 1999.

Quienes pudimos disfrutar a Gonzalo López Cervantes como maestro y amigo, lo recordaremos siempre amable, de buen humor, apachador, profundamente erudito y con gran alegría por la vida y por la arqueología. Dejó muchos discípulos y sus amigos lo vamos a extrañar.

Si bien no puede hablarse a la fecha de especialistas, esta actividad académica viene desarrollándose en México gracias a la motivación personal de algunos arqueólogos concentrados en esta etapa de la historia, y quienes dan el mismo valor y respeto a una evidencia del Preclásico que a un basurero del siglo XVIII. En la Ciudad de México, en las viejas excavaciones de Tlatelolco, ya Griffith y Espejo (1946, 1950) habían hecho sentir la necesidad de tener una fase arqueológica donde colocar ese momento del cruce cultural, que entre broma y verdad llamaron Azteca V, preocupación de la que también se ocupó Noguera (1934) al trabajar los materiales del Templo Mayor. El excelente trabajo de análisis de materiales coloniales, no superado a la fecha, que realizó Gonzalo López Cervantes (1975), es lectura obligada para quien realice estudios sobre cerámica de ese periodo. Su estudio se basa en los materiales arqueológicos no prehispánicos, de los trabajos de las líneas 1 y 2 del Metro de la Ciudad de México, sistematizando por primera vez los materiales coloniales recuperados.

Gran lector, escritor, investigador y guionista de obras de teatro: dirigió un grupo teatral, "Las eximias", en el que sus propios integrantes representaban las obras. Entre otras podemos mencionar: "El efecto de los rayos gama sobre las putas", "Diálogos de sor Juana" y "Coxolyauhqui".

Una de sus debilidades fue la cerámica de tradición hispánica, y dedicó mucho tiempo a su estudio (López Cervantes, 1978). Al realizar en Jalisco una exposición temporal en 1997 sobre mayólica mexicana, escribió lo siguiente:

Especial atención (merece) el azulejo en la arquitectura, técnica oriental desarrollada en Anatolia y Babilonia durante varios siglos antes de la era cristiana. Asimilada y depurada por los árabes, quienes la introdujeron en España. De tal modo, a partir del siglo XI d.C., se generalizó su uso en aquella península.

En el "Vocabulario Hispano árabe" leemos: azulejo llaman en algunas partes de España a cierta suerte de

\* CNMH, INAH.

ladrillo vidriado de que suelen hacerse muy galanas solerías y forros de paredes. Consta de: alzuleycha = al y suleycha, el dicho ladrillo.

Los siglos XVII y XVIII marcan el auge del azulejo, tanto en la península ibérica como en el virreinato de la Nueva España. En la región de Puebla - Tlaxcala y en la Ciudad de México, se han conservado excelentes testimonios de azulejería barroca. Esta moda comenzó a declinar con el advenimiento del Neoclásico. Resurgió con el estilo Art Nouveau y ha continuado hasta el presente.

Un planteamiento académico que le interesó desde 1979, fue un proyecto para la creación de un museo de la cerámica, en el que pudieran realizarse diversas actividades, conferencias, sesiones académicas y talleres de estudio de los materiales arqueológicos. La arqueología mexicana se merece, dada la importancia de los materiales de excavaciones que todos los días recupera el INAH, un espacio que nos permita la salvaguarda y sistematización de la información recuperada. Si esto cristaliza un día, Gonzalo sería el autor intelectual del proyecto.

Su labor académica puede resumirse en muchos y diversos rubros: investigación y docencia sobre arqueología prehispánica y colonial, además de un brillante conferencista, y poseedor de una cultura amplia y profunda que le permitía disfrutar la diversa cultura material, lo prehispánico, lo histórico y el arte popular, como lo presentó en el libro *Cerámica Mexicana* (1983: 9-10), donde nos refiere la importancia que tienen estos materiales:

...la cerámica es frágil, pero imperecedera. Después de centurias de fabricación no pierde su forma ni su color, y aunque la vasija se destruya, sobreviven los fragmentos, en un grado mucho mayor que otros objetos como textiles y madera. De tal suerte, al estudioso le ayuda a distinguir culturas y sus interrelaciones, además de establecer horizontes culturales. [...] México tiene una tradición alfarera de milenios. Esta parte de la cultura material la encontramos ricamente desarrollada desde la época prehispánica hasta nuestros días, es un dilatado universo de formas, técnicas y decoraciones... En resumen, la cerámica en nuestro país ha sido un indicador sensible de su avatar histórico.

## Obra de Gonzalo López Cervantes

López Cervantes, Gonzalo  
y Ma. Rosa García Avilez

1978. *Ensayo Bibliográfico del Periodo Colonial de México*, México, edición de los autores.

López Cervantes, Gonzalo

1974. "Porcelana europea en México", en *Boletín INAH*, núm. 9, México, INAH.

1975. *Cerámica Colonial de la Ciudad de México*, tesis de maestría en Arqueología, México, ENAH.

1976. *Cerámica Colonial en la Ciudad de México*, México, INAH (Científica, 38).

1977. *Bibliografía Mínima sobre cerámica*, México, INAH.

1978. "Breve noticia sobre la cerámica española", en *Boletín Antropología e Historia*, vol. 22, tercera época, México, INAH.

1979. *Notas para el Estudio del Vidrio en la Nueva España*, México, INAH (Cuadernos de trabajo, 19).

1979b. "Inventario de tipos cerámicos procedentes de los estados de Campeche, Chiapas, Yucatán, Veracruz y Tabasco", en *Notas de Ceramoteca II*, Sección de Arqueología, MNA, México, INAH.

1979c. "Inventario de tipos cerámicos procedentes de los estados de Chihuahua, Durango, Guanajuato, Nayarit, San Luis Potosí y Zacatecas", en *Notas de Ceramoteca III*, México, MNA, INAH.

1979d. "Inventario de tipos cerámicos procedentes de los estados de Michoacán, Guerrero y Oaxaca", en *Notas de Ceramoteca V*, México, MNA, INAH.

1979e. *Museo de la Cerámica. Proyecto*, México, edición del autor.



1980. *Bibliografía Sumaria para el Estudio del Vidrio*, México, INAH (Científica. Catálogos y bibliografías, 93).

1980b. "Inventarios de tipos cerámicos procedentes de los estados de México, Distrito Federal, Morelos, Hidalgo y Puebla", en *Notas de Ceramoteca VI*, México, MNA, INAH.

1980c. "34 tuestos coloniales de Habana vieja, Cuba", en *Boletín Antropología e Historia*, núm. 29, México, INAH.

1981. "Bibliografía breve sobre cerámica oriental", en *Notas de Ceramoteca IV*, México, MNA, INAH.

1982. "Informe preliminar sobre los materiales coloniales", en *El Templo Mayor: Excavaciones y Estudios*, México, INAH.

1983. "Algunas propuestas para la filmación de monumentos históricos", en *Foro de Defensa del Patrimonio Cultural*, México, Comité Ejecutivo del SNTE.

1983a. *Cerámica Mexicana*, México, Everest (Raíces Mexicanas).

1989. "Arqueología Histórica", en *Jornadas de Antropología*, México, Universidad de Guadalajara, Jalisco.

1990. *Cerámica de Tonalá, Jalisco*, México, INAH (Fuentes).

1991. *Arqueología de Salvamento en la Antigua Capilla de Aránzazu*, México, INAH (Cuadernos de trabajo 1).

1995. *Mayólica Mexicana: una Muestra*, México, Museo Regional de Guadalajara, INAH (tríptico).

1997. *Guía Breve de la Zona Arqueológica de El Ixtepete, Jalisco*, México, Centro INAH, Jalisco.

## Bibliografía

• Besso-Oberto González, Humberto

1975. "Excavaciones arqueológicas en el Palacio Nacional", en *Boletín INAH*, núm. 41, II época, México, INAH, pp. 3-27.

1977. *Arqueología histórica, un paradigma de investigación*, tesis de maestría, México, ENAH.

• Charlton, Thomas H.

1970. "Ethnohistory and archaeology: post-conquest aztec sites", en *American Antiquity*, vol. 34, núm. 3.

1971. "El valle de Teotihuacan: cerámica y patrones de asentamiento, 1520-1969", en *Boletín INAH*, núm. 41, II época, México, INAH, pp. 15-23.

• Griffith, James B. y Antonieta Espejo

1946. "Exploraciones arqueológicas en Santiago Tlaltelolco", en *Memorias de la Academia Mexicana de Historia*, vol. 5, núm. 4, México.

1950. *La Alfarería Correspondiente al Último Periodo de Ocupación Nahua del Valle de México*, México, Editorial Andina.

• Gussinyer, Jordi

1977. "Influencias precolombinas en la distribución y desarrollo de la primera arquitectura colonial en el centro de Chiapas", en *Anales INAH*, octava época, tomo I, 55 de la colección, México, INAH / Secretaría de Educación Pública, pp. 5-34.

• Lee, W., Thomas A. Jr.

1974. "The middle Grijalva regional chronology and ceramic relations: a preliminary report", en *Mesoamerican Archaeology. New Approaches*, University of Texas Press, pp. 1-20.

• Navarrete, Carlos

1966. "The Chiapanec, history and culture", en *Papers of the New World Archaeological Foundation*, publication núm. 6, NWAFF, Provo, Utah, Brigham Young University.

1968. "La cerámica postclásica de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas", en *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, tomo XIX, 48 de la colección, México, INAH/SEP.

•Noguera, Eduardo

1934. "Estudio de la cerámica encontrada donde estaba el Templo Mayor de México", en *Anales del Museo Nacional de México*, t. 1, época 5, México.

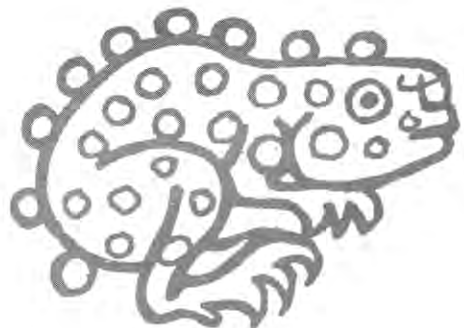
•Spores, Ronald

1969. "Exploraciones arqueológicas en el Valle de Nochistlan", en *Boletín INAH*, núm. 37, México, INAH, pp. 35-43.

### Fe de erratas

Corrección al mapa de ubicación del artículo: "La cerámica de fondo sellado de Tepexi, Cuthá y Tehuacán, Puebla", de Blas Román Castellón Huerta y Alfredo Dumaine López, que apareció en el número 24 de *Arqueología*.

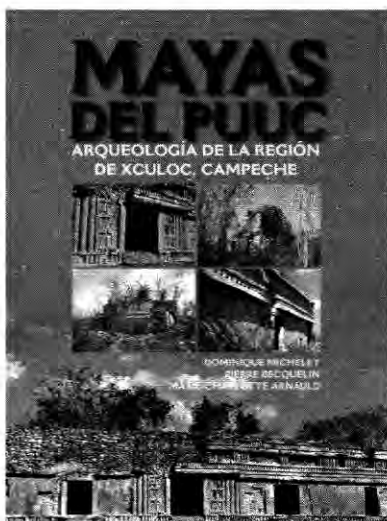
En la ilustración de la página 62 aparece Cuthá arriba y Tehuacán abajo, cuando en realidad debiera ser a la inversa: Tehuacán arriba y Cuthá abajo.



## r e s e ñ a s

## Mayas del Puuc. Arqueología de la región de Xculoc, Campeche

Antonio Benavides C.\*



Michelet, Dominique, Pierre Becquelin y Marie-Charlotte Arnould, *Mayas del Puuc. Arqueología de la región de Xculoc, Campeche*, México, Gobierno del Estado de Campeche / CEMCA, 2000, 548 pp.

La publicación de esta obra fue financiada por el Gobierno del Estado de Campeche y el Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos (CEMCA). Éste último es una institución que pertenece al Ministerio de Relaciones Exteriores del gobierno francés y que ha laborado en varias regiones de México promoviendo la investigación arqueológica y facilitando la conservación del patrimonio cultural en Chiapas (Toniná, por ejemplo), Campeche y Michoacán.

En el caso que nos ocupa, desde mediados de la década de 1980 un equipo de arqueólogos galos,

encabezado por los tres autores de esta obra, decidió trabajar en Campeche. Su primera selección fue la región de Xculoc, en el extremo noreste de la entidad, al norte de Bolonchén. Xculoc es una modesta comunidad campesina que ha crecido a un lado y encima del pequeño asentamiento prehispánico que originalmente fuera reportado por Teobert Maler, en marzo de 1887. Este explorador austriaco anotó que Xculoc significa “pies truncos”, si bien los hablantes de maya yucateco indican que este término también puede referirse a “pies sagrados” o simplemente a la “cuenta de los pies”.

Sea cual sea el significado del topónimo, el equipo francés caminó en Xculoc y sitios cercanos de 1986 a 1991, registrando y analizando fundamentalmente las evidencias de asentamientos mayas existentes en varias localidades. Algunos avances de investigación y noticias de hallazgos diversos fueron dados a conocer en revistas especializadas (por ejemplo *Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana*, *Mayab*, *Mexicon*, *Acta Mesoamericana* y *Latin American Antiquity*), memorias de congresos y publicaciones similares.

El libro consta de tres partes integradas por diez capítulos. La primera parte está formada por tres capítulos que se refieren a los recorridos de superficie y los levantamientos topográficos efectuados en la región de estudio. El interés primor-

\* Centro INAH, Campeche.

dial de los arqueólogos fue conocer la forma y la distribución del asentamiento maya precolombino. Para lograr este propósito, prepararon planos detallados de buen número de unidades habitacionales, es decir, de los vestigios materiales de las casas precolombinas que encontraron entre las zonas arqueológicas de Chunhuhub, Kalakuitz, Xcochkax, Xculoc y Xpostanil.

Los espacios entre las comunidades de ayer fueron llamados transectos y a lo largo de ellos registraron buen número de alineaciones de piedra, plataformas, cimientos de casas, muros, sectores de habitaciones que soportaron techos con arco falso, sillares de recubrimiento con elementos decorativos, artefactos de molienda, chultunes (grandes depósitos subterráneos para agua pluvial), etcétera.

El tercer capítulo de esta primera parte está dedicado a la arqueología de las nueve cuevas de la región de Xculoc estudiadas por el proyecto.

La segunda parte del libro contiene dos capítulos dedicados a las excavaciones de los grupos habitacionales de Xcochkax. Tras la descripción de los elementos estudiados, se presentan los espacios explorados antes y después del proceso de excavación. Sistemáticamente se explican las etapas encontradas, los sistemas constructivos, los tipos de relleno y la distribución de los objetos asociados a los elementos arquitectónicos. Al final se incluye el panorama general de los conjuntos intervenidos y la distribución del mobiliario o artefactos asociados.

Los análisis de los materiales e informaciones obtenidas conforman la tercera parte del libro *Mayas del Puuc*. El capítulo 6 se refiere a las particularidades de la ecología regional. Para tratar dicho tema se presenta una descripción de los cuatro tipos de suelo del distrito de Bolonchén, la climatología y la vegetación. La clasificación de los suelos se realizó con base en criterios agrícolas y de drenaje. Al comenzar el tercer milenio la vegetación regional de Xculoc está integrada por bosques caducifolios duran-

te la temporada seca. En realidad estamos ante bosques secundarios que han sufrido una explotación excesiva desde hace muchos años, y su regeneración, sin que la afecten labores agrícolas ni incendios, tardaría entre quince y treinta años. La parte final de este capítulo contiene una interesante encuesta sobre la vivienda y el consumo de agua en el poblado de Xculoc.

El capítulo 7 está dedicado al complejo cerámico Cehpech de Xcochkax, que en términos generales ubica a los vestigios arqueológicos en tres momentos comprendidos entre los años 820 y 940 de nuestra era, es decir en el periodo que buen número de investigadores denomina Clásico terminal. La descripción tipológica de los materiales cerámicos estudiados y los dibujos correspondientes integran un práctico anexo.

El octavo capítulo proporciona la interpretación de los materiales excavados en los sectores habitacionales. El análisis incluye la distribución de los objetos en los distintos espacios arquitectónicos y en las varias épocas detectadas. Conocemos así los depósitos votivos u ofrendas antiguamente colocadas bajo las habitaciones; las vasijas que se empleaban de manera cotidiana en las viviendas; los implementos empleados en la molienda de granos; los artefactos de piedra tallada y de piedra pulida (puntas de proyectil, hachas, machacadores, raederas, raspadores, percutores); los lugares generalmente usados como basureros, etcétera. Los pocos restos óseos encontrados también fueron analizados, al igual que conchas y caracoles marinos producto de las excavaciones y que casi siempre fueron llevados desde la costa campechana.

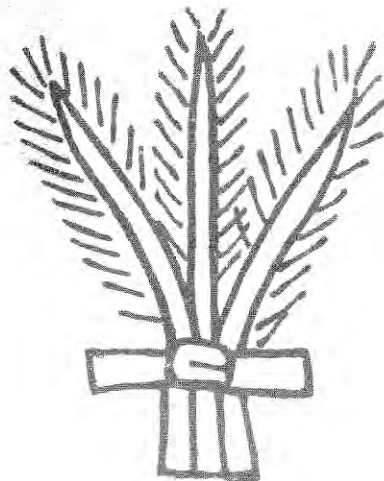
El capítulo 8 también contiene una sección dedicada al análisis de las habitaciones erigidas con materiales perecederos y sus anexos (albarradas, depresiones, chultunes) y su relación con las construcciones que estuvieron techadas con bóveda. Las primeras son más numerosas y presentan gran variabilidad en el número de aposentos, distribución y orientación.

El estudio de las unidades habitacionales, desde una perspectiva regional, conforma el capítulo 9. Se incluye aquí una tipología de los diversos inmuebles y elementos asociados que se registraron a lo largo del trabajo de campo. Los inmuebles más numerosos son aquellos que no contaron con techo de bóveda y que contuvieron una o dos habitaciones. A continuación, la siguiente frecuencia alta corresponde a los edificios abovedados que tuvieron de uno a tres aposentos. Vienen después las plataformas sencillas, así como las llamadas “plataformas/altares”. Algunas otras construcciones inventariadas fueron templos, columnas independientes, depresiones del terreno bordeadas con muros periféricos, un juego de pelota, un arco monumental y una calzada o sacbé. Estos dos últimos son de Xculoc y están estructuralmente vinculados.

El último capítulo de *Mayas del Puuc* contiene una síntesis y un ensayo interpretativo general. Entre los principales resultados de este importante esfuerzo colectivo francés se encuentran:

- el registro de 87 ha del asentamiento prehispánico de la región de Xculoc
- el estudio y la clasificación de las unidades habitacionales de la región
- la excavación extensiva de varias unidades habitacionales y su interpretación
- el análisis de algunos de los componentes de la ecología regional (por ejemplo suelos, calendario agrícola actual y dinámica de regeneración vegetal)
- análisis del material cerámico de cinco unidades habitacionales y definición de tres facetas del complejo Cehpech (820 – 980 d.C. como límites máximos)
- interpretación funcional de las viviendas prehispánicas excavadas
- reflexiones en torno a la demografía, economía, sociedad y organización política de los mayas del Puuc desde la perspectiva de Xculoc.

La labor de los investigadores franceses no se ha restringido al municipio de Hopelchén. Después de Xculoc, durante la primera mitad de los años noventa estuvieron en Xcalumkín, a pocos kilómetros al suroeste de Cumpich, donde trabajaron a lo largo de varias temporadas para obtener una secuencia cronológica que les permitiera asociarla a los vestigios arquitectónicos. Tras terminar su compromiso en el municipio de Hecelchakán iniciaron un nuevo proyecto en el sur de Campeche. De esa manera llegaron a Balamkú, a poca distancia al noreste de Conhuás, en donde siguen contribuyendo al estudio de la civilización maya.



  
**NOVEDADES**  
**editoriales**  
 I N A H

CLAUDIA MOLINARI ▶  
 Y EUGENI PORRAS (COORDS.)  
*Identidad y cultura  
 en la Sierra Tarahumara*  
 (Obra Diversa)



Los artículos reunidos en este volumen tratan diversos aspectos y problemas de la cultura de los grupos indígenas de la Sierra Tarahumara que tienen que ver con la identidad. Desde los aspectos histórico, lingüístico, económico, ritual y simbólico hasta las discusiones actuales sobre diversidad y derechos indígenas.

NELLY M. ROBLES GARCÍA (ED.) ▶  
*Procesos de cambio  
 y conceptualización  
 del tiempo. Memoria  
 de la Primera Mesa Redonda  
 de Monte Albán*



Monte Albán es uno de los centros arqueológicos más importantes del país, con un innegable valor histórico y cultural, hecho que lo ubica entre los focos generales de conocimiento de la historia cultural de Mesoamérica. Su importancia no sólo se da en el terreno arqueológico, ya que los estudios muestran a sus monumentos como inagotables fuentes para los trabajos epigráfico, astronómico, arquitectónico y artístico.

**DE VENTA EN:**

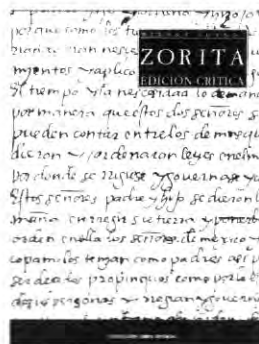
Librería "Francisco Javier Clavijero"  
 Córdoba 43, col. Roma  
 Tel. 5514 0420

Librería del Museo Nacional  
 de Antropología  
 Paseo de la Reforma y Gandhi,  
 col. Polanco  
 Tels. 5553 3834 / 5211 0754

Librería del Aeropuerto Internacional  
 "Benito Juárez"  
 Sala "A", local 11, Llegadas  
 nacionales  
 Tel. 5571 0267

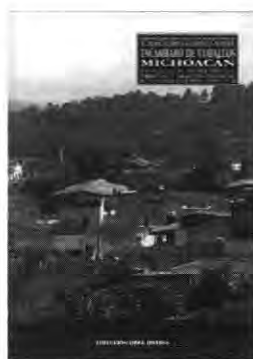
Librería del Museo Nacional  
 de Historia  
 Castillo del Bosque de  
 Chapultepec,  
 col. Polanco

Tienda del Templo Mayor  
 Guatemala 60, col. Centro  
 Tel. 5542 4785



▶ WIEBKE AHRNDT  
*Zorita.*  
*Edición crítica*  
 (Obra Diversa)

Este trabajo rescata dos fuentes fundamentales del siglo XVI para el estudio de la historia social y económica de México. Incluye además un estudio completo sobre la vida y obra de Alfonso de Zorita, funcionario colonial de la Nueva España, quien a través de sus escritos da testimonio de los primeros años de la conquista y colonización de las tierras del Nuevo Mundo.



▶ CONCEPCIÓN DE ITA  
 MARTÍNEZ  
 Y RAÚL DELGADO LAMAS  
*Tacámbaro  
 de Codallos, Michoacán.*  
*Glosa general de las  
 características urbanas  
 y arquitectónicas  
 de un poblado histórico*  
 (Obra Diversa)

Este trabajo presenta un estudio del patrimonio arquitectónico y urbano construido en la ciudad de Tacámbaro, Michoacán; asimismo, define algunos de los rasgos básicos de la arquitectura histórica de la ciudad con su entorno natural. A través del inventario de inmuebles, encuestas, dibujos, mapas, fotografías y planos se reconstruye la tipología constructiva y se determinan las categorías para cada grupo de construcciones que poseen características físicas similares de calidad arquitectónica.



▶ JOSÉ FRANCISCO  
 COELLO  
 Y ROSA MARÍA  
 ALFONSECA  
*El Bosque  
 de Chapultepec:  
 un taurino  
 de abolengo*

El Bosque de Chapultepec, con su lago y su castillo, nos permite conocer sus historias ligadas con quehaceres y paisajes taurinos. De acuerdo con la idea de que la historia es un remedio para no olvidar el pasado a la luz del presente, se ha hecho una interesante y novedosa interpretación que incluye un análisis de la estructura compositiva del famoso biombo que recoge la recepción del virrey duque de Albuquerque al deslumbrar el siglo XVIII.